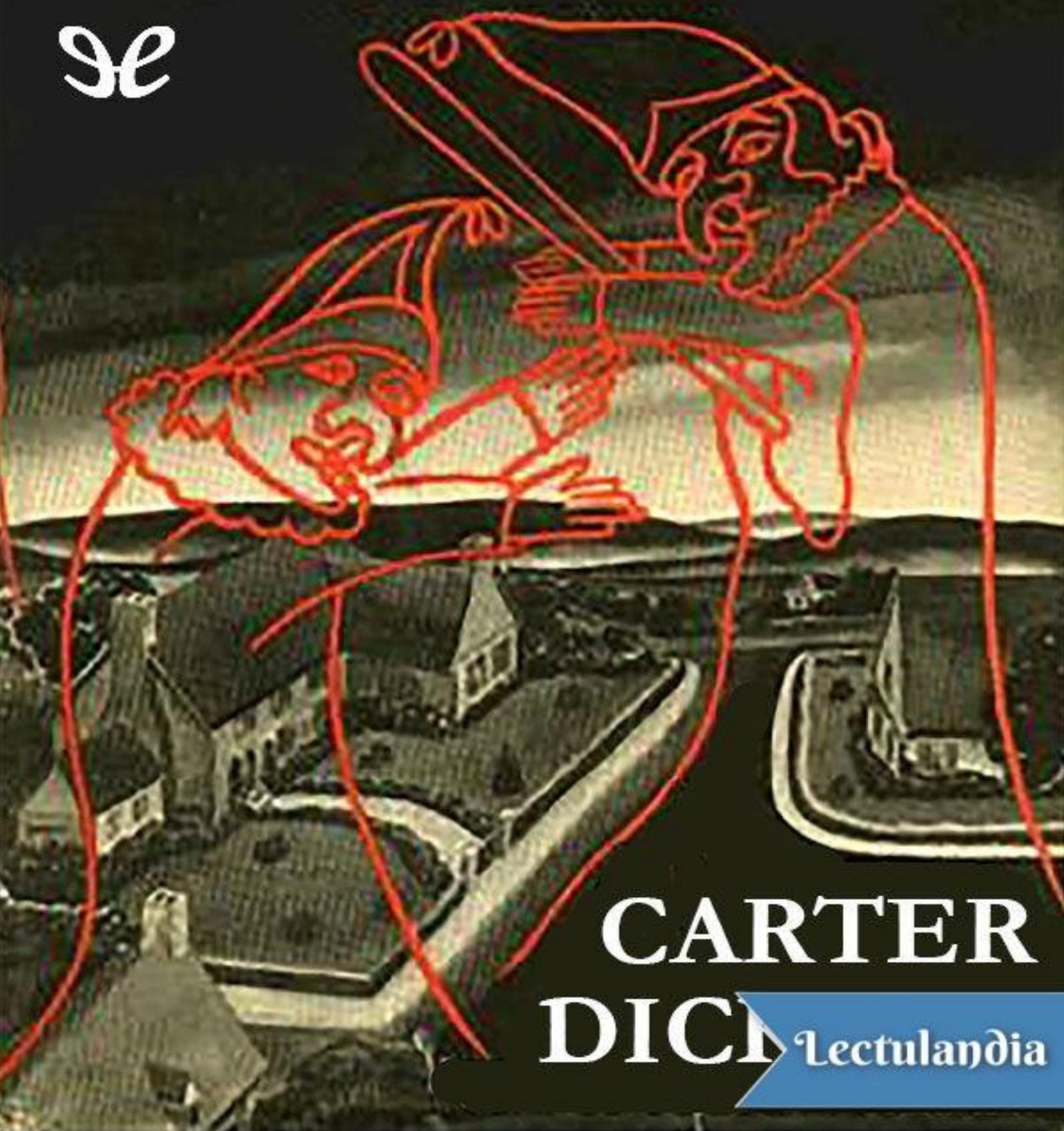


LOS
CRÍMENES
DE
POLICHINELA

de



CARTER
DICK

Lectulandia

Sir Henry Merrivale (conocido como H. M.), solicita mediante un urgente telegrama la colaboración de sus jóvenes ayudantes, Kenwood Blake y su novia, que iban a casarse al día siguiente. Les pide acudan a Torquay para jugar un papel encubierto bajo un alias por el cual ya es conocido, "Robert Butler".

Inmediatamente se precipitan los hechos y el novio termina convertido en un fugitivo de la justicia.

Finalmente, Sir Henry examina y descarta tres posibles soluciones complejas, revelando al asesino justo a tiempo.

Lectulandia

Carter Dickson

Los crímenes de Polichinela

Gideon Fell - 5

ePub r1.0

Titivillus 21.01.2018

Título original: *The Punch and Judy Murders*

Carter Dickson, 1936

Traducción: Julio Vacarezza

Editor digital: Titivillus

Retoque de portada: Preigad

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Biblioteca
de bolsillo*

CARTER DICKSON

**LOS CRÍMENES
DE POLICHINELA**

**NOVELAS
POLICIALES**

TEXTOS COMPLETOS

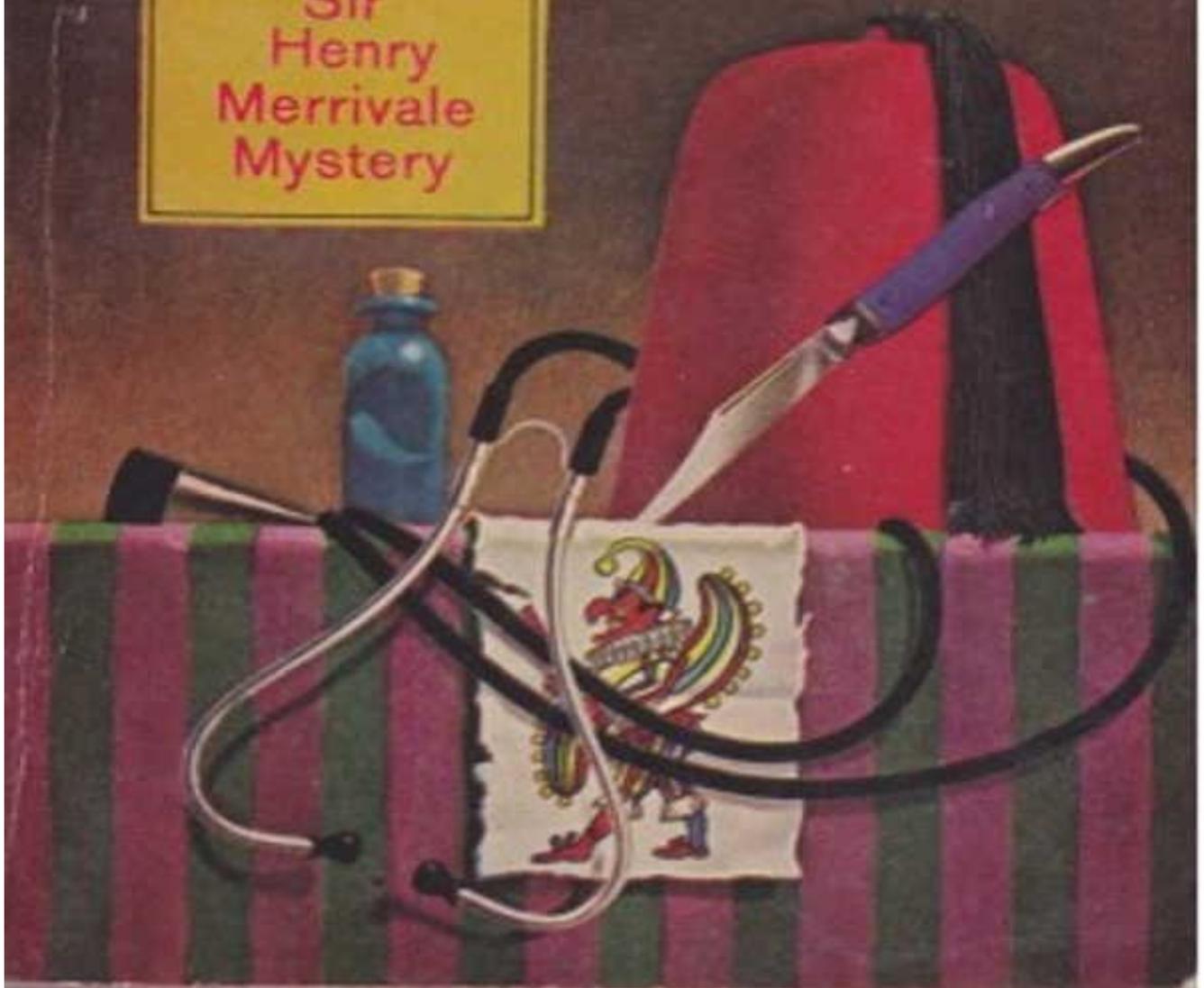
The Punch
and Judy
Murders

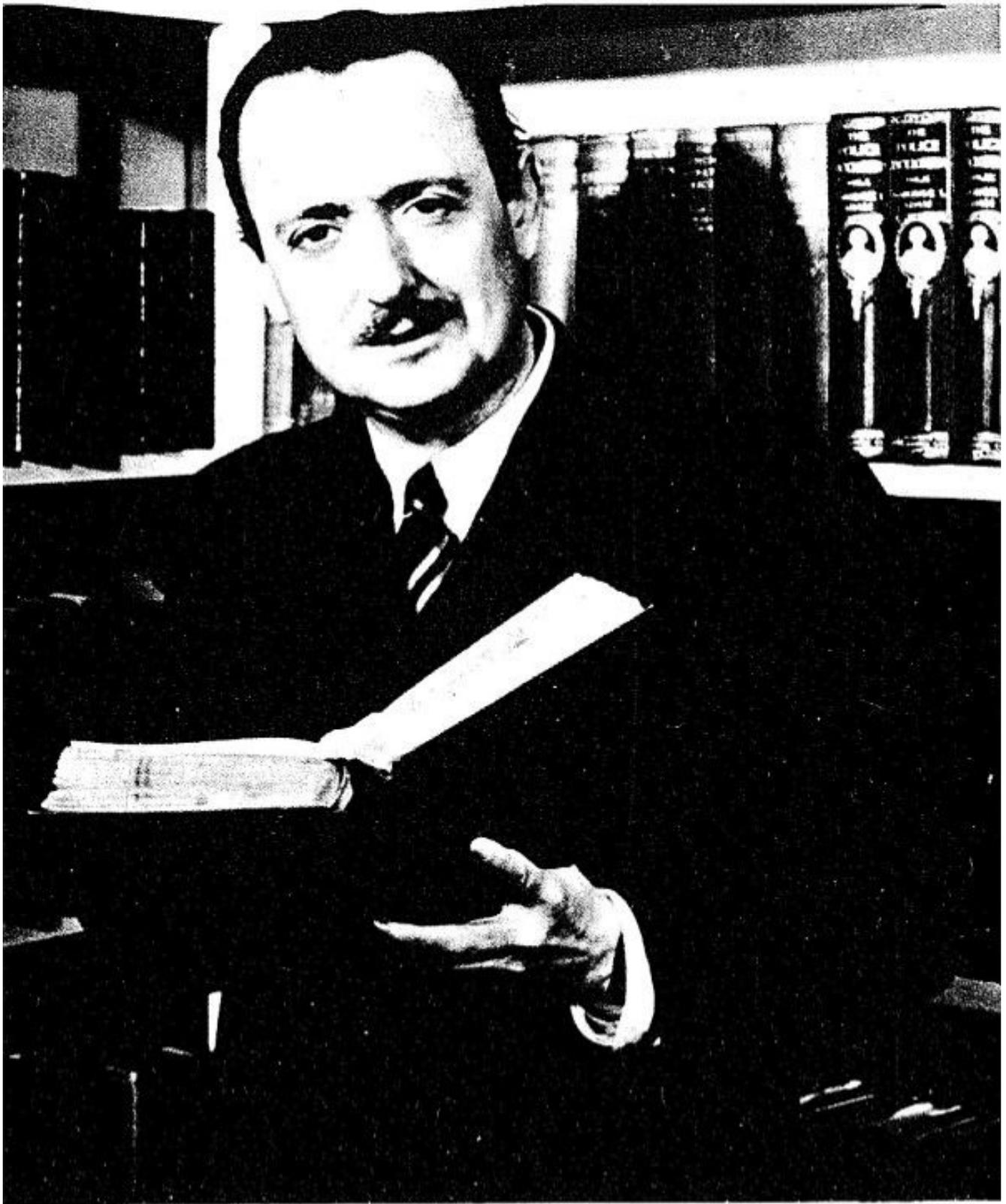
**CARTER
DICKSON**

A
Sir
Henry
Merrivale
Mystery

DOUBLEDAY

MEDALLION
F902
50c





John Dickson Carr
CARTER DICKSON

PRÓLOGO^[1]

CARTER DICKSON

Entre los escritores más destacados de la novelística policíaca se halla John Dickson Carr, que utilizó para sus novelas los seudónimos de Carter Dickson y de Carr Dickson.

Aunque se le cataloga como escritor inglés, la realidad es que nació en los Estados Unidos de América el año 1905.

Su ciudad natal fue Uniontown, del Estado de Pennsylvania.

Sus padres fueron Waoda Nicholas Carr y Julia Carr, el primero de los cuales ocupó durante mucho tiempo el cargo de administrador de Correos de Uniontown y temporalmente, de 1913 a 1915, fué miembro del Congreso de los Estados Unidos.

A los ocho años, John Dickson Carr fué llevado a Washington. Mientras su padre «tronaba en el Congreso», el pequeño John, en pie sobre una mesa de la antecámara, recitaba el monólogo de Hamlet a algunos caballeros, entre los cuales se encontraban Thomas Heflin, Pat Harrison y Claude Kitchin.

Sentado sobre las rodillas de «tío Joe», Cannon escuchó relatos de fantasmas.

Sherlock Holmes, D'Artagnan y el Mago de Oz fueron los héroes de su juventud, a los que dedicaba todas las horas que podía.

A los catorce años empezó a escribir en un periódico cuyo hombre se desconoce. Escribía Sobre deporte, haciendo también la crónica de los Tribunales de justicia.

Tan desconocidos como el nombre del periódico en que hiciera sus primeras armas como escritor son los colegios en que estuvo, a excepción de la High School, que, según confesión propia, estaba orgulloso de él porque fué el único instituto en que aprendió sin cansarse.

Pudo haber estudiado la carrera de leyes en la Universidad de Pennsylvania, pero su dificultad con los libros frustró los designios de la familia, y se hizo periodista.

Otro de los grandes tropiezos de su carrera escolar fueron las matemáticas.

En 1920 fué al extranjero, viajando y viviendo en Inglaterra y en el continente europeo. Por esa época escribió una novela histórica, que no tuvo ningún éxito.

En 1930 escribió It walks by Night. Tenía entonces veinticinco años, y fué una obra que atrajo poderosamente la atención de los lectores.

Según el Daily News Standard, de Uniontown, de fecha 31 de agosto de 1939, John Dickson Carr visitó su ciudad natal en compañía de su esposa, oriunda de Bristol, Inglaterra. Como su hija Julia era aún muy pequeña, la dejaron en Bristol

con su abuela materna.

John Dickson Carr escribió la mayor parte de sus treinta libros de misterio en la década que pasó en Gran Bretaña, donde en 1936 fué honrado con la inclusión en el Detective Club.

Fueron sus padrinos en tal solemnidad Dorothy Sayers y Anthony Berkeley. Y hasta G. K. Chesterton le honró con su asistencia al acto.

Durante los ataques aéreos a Londres, de 1940 a 1941, fué varias veces bombardeado, perdiendo casa y fortuna; pero no se movió de la capital.

J. B. Priestley dijo que Carr tenía un sentido tal de lo macabro, que lo elevaba por encima de los escritores de relatos detectivescos. Otros han afirmado que sus novelas son verdaderas obras de arte por su estilo, sus argumentos y el dinamismo de su acción.

Los relatos que ha escrito para la radio han tenido un magnífico éxito.

Las primeras novelas que escribió tenían como fondo París, y su protagonista era Bencolin, de la Policía parisiense. Pero la popularidad del autor no llegó a su máximo hasta que creó al doctor Gideon Fell. Con el seudónimo de Carter Dickson inventó su sir Henry Merrivale, más conocido como «H. M.» o «El Anciano».

La técnica de Carter Dickson es muy semejante a la de Ellery Queen. Su fuerte ha sido y es los problemas criminales mezclados con lo sobrenatural. La maravillosa forma de explicar sus problemas representa, tal vez, la causa de sus éxitos.

John Dickson Carr es un hombre moreno, con bigote, fumador de pipa, cuyos escasos cabellos le dan aspecto de hombre más viejo de lo que es en realidad.

SALVADOR BORDOY LUQUE

I

EL NOVIO INICIA SUS VIAJES

Entregado a la una de la tarde del lunes 15 de Junio:

Kenwood Blake
Edwardian House
Bury Street,
London, S. W. 1.

VÉASE CONMIGO HOTEL IMPERIAL TORQUAY. INMEDIATAMENTE EXPRESO
PARTE ESTACIÓN PADDINGTON 3.30 URGENTE.

MERRIVALE.

Entregado a la una y treinta y cinco del mismo día:

Sir Henry Merrivale
Hotel Imperial
Torquay,
Devon.

ESTÁ USTED LOCO POR SI LO OLVIDÓ ME CASÓ MAÑANA POR LA MAÑANA.
TAMBIÉN URGENTE

BLAKE.

El telegrama siguiente estaba concebido en un estilo epistolar algo más amplio. Lo recibí a las 2 y 10 de la tarde. Evidentemente había sido telefoneado en seguida por el anciano, quien, al parecer, no tuvo en cuenta la economía o la coherencia:

NADA DE CHISTES MALDITO SEA TOME ESE TREN AUNQUE ESTÉ ENFERMO ME
OCUPARÉ DE QUE REGRESE A TIEMPO PARA EL SACRIFICIO YO MISMO DEBO ESTAR
PRESENTE ¿No? PERO ESTO ES IMPORTANTE TOME ESE TREN ES IMPRESCINDIBLE
QUE SEA USTED BUTLER.

Cualquier hombre un poco filósofo debe sospechar que la víspera de su boda algo ha de salir mal. Parece cosa del destino. Eso es lo que ocurre con todos los asuntos de los humanos. Había yo aprendido ya que tal era mi caso en todo lo que concerniera a Evelyn Cheyne y a mi persona. Así fué como, en esa calurosa tarde de junio, mientras me hallaba en mi departamento, refrescándome con el contenido de un vaso y estudiando el telegrama, me pareció que —por alguna razón desconocida, y menos de veinticuatro horas antes de mi casamiento— tendría que ir a Torquay y ser un mayordomo^[2].

Había transcurrido poco más de un año desde aquel terrible asunto de Château de L'Ile, en Francia, el cual se conoce con el nombre de *Los Crímenes del Unicornio*^[3]. Evelyn Cheyne y yo pensábamos casarnos; lo único que tal vez extrañe al lector ha de ser el tiempo que demoramos para decidirnos. En verdad, la culpa no fué nuestra. El motivo de que esperáramos tanto era el mismo que nos tenía intranquilos respecto a la boda: los padres de Evelyn.

Decir que eran tremendos sería injusto y daría una impresión errónea. El comandante Sir Edward Kent-Fortescue Cheyne era buena persona y simpatizaba conmigo; Lady Cheyne, aunque algo llorona, no tenía nada de malo. Pero por sus nombres imaginará el lector cuál era la dificultad. Cuando les dimos la noticia, Lady Cheyne lloriqueó un poco, y el general afirmó roncamente que esperaba no le defraudara al confiar la felicidad de su hija a mi cuidado. Como sus nombres lo indican, eran muy aficionados a la etiqueta. El general había preparado una boda de gran pompa. Llamó a un viejo amigo suyo del Canadá, alto dignatario de la iglesia, para que oficiara la ceremonia. En consecuencia, no me agradaba pensar siquiera en lo que sucedería si no me presentaba a las once y treinta en punto de la mañana del martes.

Pero acababa de recibir el telegrama de H. M., el cual parecía indicar que había dificultades.

Hice lo que debí haber hecho en seguida: efectué una llamada de larga distancia a Torquay. Pero H. M. no se hallaba en el hotel ni había dejado mensaje alguno para mí. Llamé entonces a Evelyn. La joven, por lo general muy animada, se mostró casi tan abatida como yo. En tono preocupado, me dijo:

—Ken, parece algo serio.

—Eso es lo que opino.

—Pero... ¿piensas ir? El viejo ha hecho mucho por nosotros, y no sería correcto que lo defraudaras si te necesita. ¿Crees que es...?

Quería preguntarme: “¿Crees que es un asunto del Servicio Secreto?”. H. M., jefe del departamento, necesita tener un motivo muy poderoso para alejarse de su escritorio en el Ministerio de Guerra y moverse por sus propios medios. Ya que el pesado trabajo de trasladarse de su oficina a su hogar provocaba en él interminables protestas y gruñidos, su presencia en Torquay se debía, con toda seguridad, a algo muy importante. Sea como fuere, yo no estaba ya relacionado oficialmente con su

departamento, y Evelyn, quien formó parte del mismo, había presentado su renuncia hacía más de un mes.

—¿Por qué yo? —dije a mi novia—. Tiene muchos que son más inteligentes y a quienes puede llamar en cualquier momento. En primer lugar, tendré que cancelar la cena de esta noche, lo cual no agrada a nadie. Además, tengo el presentimiento de que ocurrirá algo feo. Cada vez que H. M. se decide a salir de su oficina, y me arrastra en sus aventuras, termino siempre huyendo de la policía.

—¿Pero irás?

—Querida, tengo que hacerlo. Recuerda que la última vez que me vi en un enredo, H. M. me salvó...

Sobrevino una pausa y luego oí una exclamación de placer que acababa de emitir Evelyn.

—Sí, pero nos divertimos enormemente, ¿eh? —dijo—. Oye, Ken, déjame ir contigo. Entonces, si no regresamos a tiempo, los dos nos veremos en un aprieto con mi padre, y podremos casarnos sencillamente, lo que, al fin y al cabo, es lo que deseo hacer.

—¡No! Tu padre...

Sí, supongo que tienes razón —admitió, con sospechosa humildad—. Pase lo que pase, tendremos que casarnos en la iglesia de St. Margaret. Si no lo hacemos, nunca me dejarán tranquila. Pero... ¿qué será lo que H. M. tiene entre manos? ¿Sabías que estaba en Torquay?

Reflexioné un instante.

—Sí, ya estaba enterado de que había salido de la ciudad, aunque nadie sabía su paradero. El sábado pasado lo andaba buscando un americano llamado Stone. Fué al Ministerio de Guerra, pero allí no pudieron o no quisieron darle informes. Luego se vió con Masters en Scotland Yard; Masters no sabía nada, y lo envió a casa.

—¿Stone? —repitió Evelyn—. ¿Quién es? ¿Sabes qué quería con H. M.?

—No. Me dió la impresión de que era un detective privado, pero tenía otras cosas en qué pensar y no quise preguntarle nada. Oye, ¿estás segura de que no te molestará si...?

—Queridito —me interrumpió Evelyn—, haz lo que gustes. Me encantaría acompañarte. Pero, ¡por amor de Dios!, trata de regresar a tiempo para la boda. Ya sabes lo que sobrevendrá si no lo haces.

Lo sabía. Lo más probable era que tuviera que quitarle el látigo a su padre y dominarle por la fuerza. Corté, pues, la comunicación después de haber cambiado una despedida con mi novia, quien me rogó que me cuidara. Comencé luego a usar el teléfono a más y mejor a fin de cancelar mis compromisos de esa noche. Naturalmente, la tarea no me resultó nada agradable, y Sandy Armitage, que sería mi padrino de boda, me dijo lisa y llanamente que estaba muy disgustado. Eran las tres y veinte cuando al fin subí a un taxi, sin equipaje alguno, y llegué a la estación de Paddington con el tiempo justo para saltar al tren en el momento en que partía. Me

senté en el extremo de un compartimiento vacío y me dispuse a descansar y entregarme a la meditación.

La mención de la visita de Stone trajo a mi memoria un detalle extraño. El americano habíase presentado en mi departamento para preguntarme dónde estaba H. M. y se condujo de manera misteriosa, pero parecía estar muy bien informado. Al menos, el Ministerio de Guerra le ayudó en lo que pudo, de manera que, seguramente, tenía credenciales que probaban su derecho a interrogarme. Me llamó la atención algo que me dijo: que H. M. se había estado portando de manera algo rara. Ahora bien, la conducta de H. M. no podría considerarse nunca como vulgar, y me di cuenta de que las palabras de Stone tenían cierta vinculación con un chiste del ministerio que él (no conociendo a H. M.) no podía comprender. Mr. Johnson Stone era un hombre fornido, de cabellos grises y mandíbula prominente. La mirada bondadosa de sus ojos quedaba algo velada por los lentes sin aro que descansaban sobre el puente de su nariz. El hecho de tener que buscar infructuosamente a H. M. por todo Londres le había puesto muy nervioso.

—Me han dicho —manifestó, mirándome de soslayo—, que su jefe es un hombre muy raro. Afirman que últimamente ha tomado la costumbre de disfrazarse.

Esto era algo sorprendente, aun en mi jefe, y me di cuenta de que se trataba de una broma. Di a Stone mi palabra de honor de que ni el jefe del Servicio de Espionaje ni ninguno de sus empleados usaba nunca disfraces; Pero, evidentemente, alguien había convencido a Stone —me figuré que sería Lollypop, la rubia secretaria de H. M.— y el americano se fué murmurando que era un asunto muy raro, con lo cual me sentí inclinado a estar de acuerdo. ¿Qué tendría entre manos el viejo pillo?

El tren debía llegar a Torquay a las 7 y 38. El viaje fué cansador y al oír el estrépito de las ruedas me decía que se acortaba el tiempo de que disponía para regresar a Londres. No obstante, cuando salimos a la campiña de Devon, condado en el que las vías férreas corrían por espacio de varias millas a lo largo de la costa oceánica, comencé a sentirme más calmado. Cambié de tren en Moreton Abbot, y a la hora exacta descendí en la estación de Torquay. Mientras miraba a mi alrededor en busca de la camioneta del Hotel Imperial, se detuvo a mi lado un largo automóvil azul. Lo guiaba un chófer uniformado, y en la parte trasera se encontraba H. M. Tenía las manos cruzadas sobre su abultado abdomen y me miraba fijamente, a pesar de lo cual estuve a punto de desconocerle a causa de su sombrero de panamá blanco que llevaba con el ala vuelta hacia abajo.

Su corpulenta figura era la misma, como así también su gran nariz sobre la que cabalgaban los anteojos. Las comisuras de sus labios se inclinaban hacia abajo, y la expresión de su rostro denotaba la malevolencia de costumbre. Pero creo que en un lapso de veinte años no le había visto nadie sin su famoso sombrero de copa que —según sus declaraciones— fuera regalo de la reina Victoria. Su aspecto, con ese panamá adornado por una cinta azul y blanca y el ala volcada hacia abajo, movía a risa, y en seguida comprendí la razón de que dijeran que andaba disfrazado.

—Quíteselo —le advertí por lo bajo—. Le conocemos.

H. M. salió de su ensimismamiento y se volvió hacia mí con expresión de terrible ira en el rostro.

—¿También usted? —exclamó—. ¡Que me maten! ¿Es que ya no hay lealtad en el mundo? ¡Eso quisiera saber! Si oigo una palabra, más respecto a disfraces y patillas falsas y... ¿Qué tiene de malo este sombrero? ¿Eh?

¿Qué tiene de malo? Es bastante bueno. —Laboriosamente se lo quitó, dejando al descubierto la calva en la que relucieron los últimos rayos del sol. Miró el sombrero con gran respeto, lo hizo girar en sus dedos y volvió a calzárselo. Su enojo se acentuó—. ¿No tengo derecho a estar fresco si se me ocurre? ¿No tengo derecho...?

—No discutiremos eso ahora —le interrumpí—. Hablando de lealtad, heme aquí. La boda debe celebrarse mañana a las once y media. Conviene, pues, que comencemos sin tardanza lo que haya que hacer.

—Bueno... —comenzó H. M., restregándose la barbilla con ademán culpable.

Cubrió su turbación con una serie de protestas contra el matrimonio en general y el mío en particular; pero al fin admitió de mala gana que ambos podríamos regresar a Londres a tiempo. Luego hizo una seña al *chauffeur*.

—Puedes irte, Charley. Mr. Butler me llevará de vuelta. Ken, su nombre es Robert T. Butler. Creo que sabe lo que eso significa, ¿eh?

Sólo entonces se hizo la luz en mi cerebro.

—En 1917 —manifesté, mientras se iba refrescando mi memoria—. Era el mes de setiembre u octubre. Hogenauer...

—Así me gusta —gruñó H. M.

Ocupé el asiento del conductor, y H. M., con gran profusión cía maldiciones, se sentó a mi lado. Me dió instrucciones para que saliera del pueblo por el camino que lleva a Babbacombe. A pesar de todas sus protestas, me percaté de que estaba muy preocupado, pues fué al grano en seguida.

—Hace más de quince años y los dos nos estamos volviendo viejos, pero tenía la esperanza de que recordara...

Calló durante un momento y, mientras se reflejaba una expresión obstinada en su rostro, prosiguió:

—Representó usted el papel de un tal Robert T. Butler, de Nueva York, un americano fuera de la ley que, durante la guerra, estuvo vinculado al servicio secreto alemán. Su tarea era la de investigar las actividades de Paul Hogenauer, quien nos estaba dando muchos dolores de cabeza. Queríamos averiguar si era lo que fingía ser: un buen súbdito británico, hijo de un alemán naturalizado y de una inglesa; o si era cómplice de aquel individuo a quien llamaban L. en un asuntito por el cual podrían haberle fusilado. ¿Se acuerda ahora?

—No recuerdo a ese “L”, sea quien sea —repuse—; pero Hogenauer... Sí, lo recuerdo muy bien. También sé que fué declarado libre de sospechas. No era un espía, sino lo que aparentaba ser.

H. M. asintió. Elevó las manos a sus sienes y se las restregó. En su rostro seguía reflejándose la obstinación.

—Ajá. Sí. Piense ahora un poco en Hogenauer, Ken. Ese hombre era y es una especie de genio... Cuando le conoció usted tenía unos treinta y cinco años de edad y ya le habían ofrecido una cátedra de fisiología en Breslau. Luego se dedicó también a la psicología. Cada semana adquiría un nuevo *hobby*. Era un mago del ajedrez y tenía una habilidad especial para los criptogramas, códigos y problemas mentales. Además, se dedicaba al estudio de la química, y, finalmente, era poco lo que no sabía sobre grabados, tintas o anilinas, razón por la cual el Whitehall deseaba ganar sus simpatías si no era un espía alemán. A pesar de todo esto, era un hombre muy sencillo y honrado..., ¿o estábamos en un error? ¡Que me maten, hijo, si no es eso justamente lo que quiero saber! El problema me tiene preocupado.

H. M. hizo una mueca. Aún no comprendía qué relación tenía yo con todo eso, y así lo exprese.

—Ya sé que quedó libre de sospechas, y estoy seguro de que no nos equivocamos al considerarlo así —arguyó H. M.—. Pero, después de todo aquello, ¿qué hace el hombre? En octubre de 1917 sale con rumbo a Suiza. Bien, nosotros no le detuvimos, y luego resultó que fué a parar a Alemania. Un mes más tarde recibimos una carta muy amable, tan larga como su brazo y tan confusa como su cabeza, en la que nos explicaba qué pensaba hacer y cuáles eran los motivos que le movían. La mitad de su corazón, según decía, estaba en Alemania. Por consiguiente, ocuparía un escritorio en esa oficina de Koenigstrasse donde mueven los títeres, descifran códigos y descubren a los espías aliados. Es cuestión de conciencia, nos decía. Ahora bien, apostarí a hasta mi último penique a que nunca sospechó que en Inglaterra le tuvimos bajo vigilancia. Además, estoy seguro de que nunca hizo nada malo aquí. ¿Pero a qué tanta honradez de su parte? ¿Qué fué lo que le hizo germanófilo después de tres años de guerra? Lo que debemos averiguar es si podemos confiar en él.

Hice un esfuerzo mental y recordé a un hombre pequeño, delgado, muy tímido y semicalvo que gastaba una lustrosa americana negra y corbatín de lazo. Como la mayoría de mis colegas, era yo muy duro en aquella época; recuerdo que desdeñaba al hombrecillo; pero, desde entonces, en una u otra oportunidad, me he preguntado si Paul Hogenauer no se reía en secreto de todos nosotros.

—El problema es muy interesante —admití—, pero todavía no sé qué tengo yo que ver con él. ¿Es que Hogenauer está en Inglaterra?

—Sí, así es —gruñó H. M.—. Hace ocho o nueve meses que regresó. Ken, hay algo feo en el aire, y no puedo adivinar de qué se trata. Hogenauer está complicado en el asunto. No quiero decir que sea él el responsable, pero está enterado de todo... Para abreviar, le diré que Charters y yo hemos dado de manos a boca con un avispero.

Dejé escapar un silbido.

—Esto parece una reunión de viejos amigos. ¿Se refiere usted al Coronel Charters?

—Ajá. Naturalmente, no es oficial su participación en el asunto; hace largo tiempo que no está vinculado con el Departamento. Pero es el Alguacil mayor del condado y se encontró con Hogenauer. En seguida envió dos líneas a nuestro ministro para ponerle sobre aviso. Ahora vamos a su casa.

Señaló hacia adelante con la cabeza. Habíamos salido de la carretera que une a Torquay con Babbacombe y avanzábamos por un camino de tierra que seguía las sinuosidades del terreno vecino al mar. Frente a nosotros, hacia la derecha, observé los acantilados de Babbacombe cortados a pico sobre un trozo de playa cubierta de guijarros y espuma de mar. El gesto de H. M. indicaba la parte superior del promontorio sobre el cual se elevaba un chalet bajo y amplio construido al estilo sudafricano y al que rodeaba una galería. En los alrededores no, se divisaba otra vivienda que una casita de ladrillos rojos situada a unos cien metros de distancia y separada del chalet por una cancha de tenis. Al dirigir la vista hacia esa mansión, vi que los últimos rayos del sol se reflejaban sobre la placa de bronce colocada junto a la puerta. Nos dirigíamos hacia la entrada del chalet, junto a la cual se elevaban varios laureles.

—Además —continuó H. M., con la vista fija al frente—, no sólo queremos saber si se puede confiar en Hogenauer, sino también si está en su sano juicio. Ya le dije que cambiaba de *hobby* como de camisa. Pues bien, hijo, ahora tiene uno que es el más raro de todos: fantasmas.

—¿Quiere usted decir que se dedica al espiritismo?

—No, nada de eso —repuso H. M.—. Quiero decir que afirma tener una teoría científica por la cual puede dar una explicación lógica, basada en hechos físicos, sobre la existencia de todos los fantasmas, espectros y duendes que asustan a los mortales. Además, afirma poder trasladarse por el aire en estado invisible, como Alberto Magno. Ken, ese individuo está loco o es un genio, y es necesario averiguar cómo hemos de considerarlo.

II

EL TIESTO INVERTIDO

Miré a H. M. y le vi muy serio. Habíase vuelto para contemplarme por sobre el hombro. Las comisuras de sus labios apuntaban hacia abajo y su rostro parecía tan inexpresivo como siempre; pero vi en sus ojos una expresión sardónica que me fué imposible interpretar. En ese momento detuve la marcha frente a la entrada del *chalet*. Un automóvil de turismo azul se hallaba estacionado en el camino de coches.

El coronel y la señora Charters nos esperaban en el pórtico. No había visto a Charters desde aquella época en que fuera la mano derecha de H. M. y casi su rival. Aún seguía siendo muy delgado, erguido y de modales corteses; empero, se notaba en él la carga de los años y en su rostro reflejábse una expresión de nerviosidad y preocupación. Parecía haber echado de menos las cosas buenas de la vida. Tenía el cabello gris muy corto, brillaba la bondad en sus ojos grises, que daban impresión de fatigados, y sospeché que sus dientes eran postizos. La elegancia de sus ropas no era la que recordaba. No obstante todo, esto, le traté con gran respeto, como en aquella otra época.

La señora Charters, una mujer regordeta y alegre, se adelantó para darnos la bienvenida.

—Ya sé que está muy mal molestar a un hombre la noche antes de su boda —expresó el coronel—. Maldíganos usted si quiere, pero escuche. Merrivale y yo decidimos que era usted el único que podría ayudarnos. —Me estrechó la mano cordialmente—. Entremos.

Nos condujo hacia la parte trasera de la galería que daba al mar y en la que reinaban ya las sombras. Una brisa suave refrescaba el ambiente. Había varios cómodos sillones de mimbre. Sobre una mesa vi algunas botellas, vasos y un bol con trozos de hielo. Charters sirvió las bebidas, mirando sobre la baranda en dirección al acantilado y la lejana playa.

—Aquí se está muy bien —manifestó—. Sólo deseo que continuemos así. Este rincón del mundo es muy tranquilo. Yo no hubiera deseado que se presentara este asunto imprevisto. La semana pasada, cuando apresamos a Willoughby, creí que el revuelo era suficiente para todo un año.

Con un movimiento de cabeza señaló una ventana que, evidentemente, daba a su estudio, indicando una caja de hierro situada en el interior de la habitación. No comprendí qué quiso decir con su referencia a Willoughby o su mirada hacia la caja de hierro, y ahora lamento no haberle formulado alguna pregunta al respecto.

Charters habíase tornado algo nervioso.

—Eso fué un delito ordinario, pero este maldito asunto... ¿Se lo contó usted, Merrivale?

—Le dije solamente que Hogenauer estaba aquí —gruñó H. M.

—Y —manifesté yo— que estaba ocupado en un invento que le tornara invisible y le transportase por el aire. Oiga usted, señor, me figuro que no me habrá hecho viajar varias millas para contarme cuentos de hadas. ¿De qué se trata? —Charters dejó caer un trozo de hielo en uno de los vasos.

—Le diré —repuso—. No sabía que Hogenauer estaba en Inglaterra, y mucho menos que vivía cerca de aquí. Me enteré de ello hace unos tres meses. ¿Se fijó usted en esa casita de ladrillos que hay en el camino? ¿Sí? Pues bien, allí vive el doctor Antrim. Es un hombre joven, bastante buena persona, casado con una señora muy simpática. Mi esposa se hizo muy amiga de ella y hemos trabado tal amistad con ellos que nos visitamos continuamente. Una noche vino aquí Antrim rebosante de noticias. Parece que se había encontrado con un viejo compañero de estudios de Alemania a quien admiraba por su talento científico. Sí, era Hogenauer.

»Antrim deseaba presentármelo. No le dije que lo conocía, y Hogenauer tampoco se lo dijo. Cuando se enteró de que residía yo aquí, sólo vino a visitar a Antrim una o dos veces, aunque éste es su médico y Hogenauer no parece estar muy bien de salud. Al instante me puse en comunicación con la oficina policial; comprobé que está anotado en el registro de extranjeros y que, desde el otoño pasado, vive en una bonita villa de Moretón Abbot, no muy lejos de aquí. Pues bien, puse sin demora a un hombre para que lo vigilara. Naturalmente, no tenía asidero alguno...

Charters repartió los vasos de ginebra con hielo y limón. Había recobrado en parte su antigua agudeza cuando comenzó a bosquejar los hechos. Tomó asiento sobre la baranda de la galería y cruzó los brazos.

—El hombre ha estado viviendo como todos, menos en un aspecto. Día por medio, entre las ocho y nueve de la noche, y a menudo hasta mucho más tarde, se encierra en la salita trasera de su casa. Las ventanas se cierran con esas persianas de tipo anticuado. El sargento Davis, encargado de vigilarlo, se acercó a la casa para ver qué ocurría en el interior. Una noche saltó el muro del jardín, se acercó hasta la ventana y espío por entre las tablillas de la persiana. Dice que la habitación estaba a oscuras; pero que vió algunos dardos de luz que giraban alrededor de una cosa parecida a un tiesto de flores que estaba invertido.

H. M., que estaba sacando su pipa del bolsillo, abrió y cerró los ojos varias veces.

—¡Cielo santo! —exclamó—. ¿Ese sargento Davis, es...?

—Es hombre digno de toda confianza. Usted mismo podrá hablar con él.

—¿Qué se sabe del servicio doméstico de Hogenauer?

—Tiene un sirviente que cocina y limpia. Mejor dicho, ha tenido varios. A dos ya los despidió por demasiado curiosos. Ahora hay allí uno nuevo.

—¿Y tiene algún amigo íntimo?

Charters se mordió el bigote.

—A eso iba. Como dije, estaba algo preocupado por el asunto ése de Willoughby, que me dió muchísimo trabajo; pero puedo afirmar esto: Hogenauer se fué de Alemania después de una aparente desavenencia con su gobierno. Al parecer, no tenía mucho dinero cuando salió de su país. Desde que vive en Moretón Abbot, sólo Antrim y otra persona le han visitado. Esa otra persona es Albert Keppel, quien no usa ya el “von”.

—Ajá. El físico —observó H. M., haciendo un ademán vago con la mano en que sostenía su pipa—. He oído algunas de sus conferencias. Es uno de los profesores invitados por las autoridades para dar clases durante un año en la Universidad de Bristol. Allí reside... y en Filton, no muy lejos de Bristol, se halla la fábrica de aeroplanos más grande de Inglaterra... y en ella trabajan en turno doble, noche y día, en no sé qué proyecto importantísimo. ¿Eh? Sin embargo...

Hizo un círculo en el aire con su pipa.

—Y todavía —intervine yo— no veo qué tengo que ver con todo es...

—La razón de que esté usted en el asunto es que L. se halla en Inglaterra —me interrumpió bruscamente Charters. Apartóse de la baranda y comenzó a pasearse por la galería. Parecía estar recordando el pasado—. Me imagino que no conoció usted a L.; Merrivale y yo le dijimos al menos de nombre.

—¿Pero a él no?

—A él no —afirmó Charters, gravemente—, o a ella. L. puede ser hombre o mujer. Siempre ha estado en sombras ese detalle. Todo lo que sabemos es que L. fué el demonio más listo con el que el servicio de contraespionaje tuvo qué habérselas. ¡Dios santo! ¿Recuerda usted los tanques, Merrivale? L. estuvo a punto de escapar con esa información. Por suerte descubrimos el punto por el que se filtraban los informes secretos. Verá usted, ignoramos la nacionalidad de L. Es una especie de corredor internacional de secretos, y no le importa en absoluto a quién sirve, siempre que se le pague bien. Consigue los informes más importantes y los vende al mejor postor.

Pero, oiga usted —protesté—, hace ya casi veinte años de todo aquello. Si todavía está en actividad, debe ser una especie de hombre de hierro. No puede ser que no tengan indicio alguno...

—Lo tenemos —manifestó serenamente Charters—. Hogenauer se ha ofrecido a descubrirnos su identidad.

Sobrevino una pausa. Por sobre el agua aminoraba ya la luz, y se alargaban las sombras del acantilado. En el interior de la casa un reloj dió las ocho menos cuarto. En el ascético rostro de Charters se reflejaba ahora una expresión tan intrigada como la de H. M.

—Hace una semana exacta —continuó, sopesando cada una de sus palabras— que Hogenauer se presentó aquí... solo. Era la primera vez que me veía cara a cara con él desde aquella época, lejana ya, en que le teníamos bajo vigilancia. En casa

vivimos solamente yo, mi esposa, mi secretaria y la doncella, pero todos habían salido. Daniels, el inspector de policía, suele venir algunas noches a revisar conmigo sus informes. Él acababa de retirarse. Me hallaba yo en mi estudio —indicó la ventana de la habitación que ya observara yo antes— sentado a una mesa que está junto a la ventana. Tenía la lámpara encendida. De pronto, levanté la vista... y allí estaba Hogenauer, del otro lado de la abertura, mirándome.

Hizo una pausa y miró a H. M.

—Merrivale, fué algo extraordinario. Solía usted decir que no tenía yo mucha imaginación. Tal vez así sea; no lo sé. No le había oído acercarse; levanté la vista, y allí lo vi, asomado a mi ventana. Lo reconocí en seguida. No había cambiado mucho, pero parecía enfermo. Era tan pequeño y de aspecto tan tímido como siempre, aunque sobre el puente de su nariz su piel parecía papel aceitado. Sus ojos eran los de los enfermos de paludismo. Me dijo: “Buenas noches”, y luego, con la mayor frescura, saltó por sobre el alféizar de la ventana y se introdujo en mi estudio. Se quitó el sombrero y tomó asiento frente a mí. “Quiero venderle un secreto por dos mil libras esterlinas”, manifestó.

Charters nos lanzó una satírica mirada.

—Por supuesto, tuve que fingir que no lo conocía; que ignoraba lo que el hombre hacía allí y el hecho de que me conociera. Con gran suavidad, me dijo: “Creo que usted me conoce. Una vez le escribí una carta explicándole por qué me iba a Alemania, y por qué no podía revelar el procedimiento de teñido en el cual estaba trabajando. En Berlín conocimos a todos los hombres de su departamento que trabajaron contra nosotros”.

—¡Bah! —gruñó H. M., evidentemente picado en su amor propio.

—¿Cree usted que era *bluff*? —dijo Charters—. Yo no opino lo mismo. Es posible que el hombre esté loco. Al menos eso pensé. En fin, el caso es que me dijo que L. estaba en Inglaterra y se brindó a revelarme su identidad y su paradero por la suma de dos mil libras. Le informé que no estaba ya en servicio activo, y le pregunté por qué no se ponía en contacto con usted. Él me contestó, con gran calma, que comunicarse con usted sería lo mismo que firmar su propia sentencia de muerte. “Necesito esas dos mil libras, pero no arriesgaré mi vida por ellas”, afirmó. Le pregunté entonces para qué necesitaba el dinero. Comenzó a hablar de su “invención” o “experimento”... Merrivale le ha dicho de eso tanto como yo sé... y yo comencé a creer que el pobre estaba loco. Lo que no puedo describir es la suprema... ¿cómo podría decir?... *tranquilidad* del hombre, sentado allí con las manos cruzadas sobre su sombrero y los ojos tan grandes y fijos como los de un gato embalsamado.

»Pues bien, amigo Blake, el día siguiente efectué un viaje a Londres para ver a Merrivale. Hogenauer no había mentido; se cree que L. está actualmente en Inglaterra».

Charters calló, comenzando a sacudirse los pantalones como si con ello quisiera desechar todo el asunto. Daba la impresión de que le molestaba su conciencia.

—¡Ja; ja, ja! —rió H. M.—. A Charters se le ha atascado el asunto en la garganta; no puede seguir adelante ni decirle su participación en el caso, Ken. Pero lo haré yo. Tendrá usted que asaltar una casa.

Dejé mi vaso vacío sobre la mesa, miré a H. M., y me sentí un tanto inquieto.

—El caso es éste —continuó H. M.—. Si Hogenauer es sincero, podrá recibir sus dos mil libras. ¡Oh, sí! Ya antes hemos hecho estos negocitos, aunque nadie se lo susurra a la policía. Yo mismo estaría dispuesto a pagarlas de mi propio bolsillo. ¿Pero, es sincero? Hijo, hay algo muy raro en este asuntillo, y de nuevo huelo la sangre de un inglés. Hay algo que no comprendemos, de manera que debemos dilucidarlo, y, por lo tanto, tiene usted que entrar en la casa de ese pordiosero, revisar sus documentos, si los tiene, y averiguar qué eran esas lucecillas que giraban alrededor del tiesto de flores. ¿Comprende?

Charters se aclaró la garganta.

—Por supuesto —intervino—, no puedo darle mi permiso oficial...

—Exactamente —dije yo—. ¿Qué ocurre entonces si me sorprenden? ¡Caramba, se supone que mañana *me caso!* ¿Por qué no contratan los servicios de un ratero profesional?

—Porque no podríamos protegerle —repuso el Alguacil Mayor, con cierta aspereza—, cosa que puedo hacer en su caso. Además, no habrá peligro alguno. Hogenauer va a Bristol esta noche, para lo cual tomará el tren de las ocho. Estoy seguro de que no regresará hasta mañana. Anoche estuvo en casa del doctor Antrim y se lo dijo. En cuanto a su sirviente, está cortejando a una joven de Torquay y no volverá a la casa por lo menos hasta la medianoche. Después que caiga la oscuridad, tendrá usted un par de horas o más para practicar el registro de una casa vacía. —Se tornó un tanto inquieto, después que se hubo amenguado su momentánea efervescencia—. De todos modos no es legal —gruñó—. No le censuraría si se negara usted a hacerlo. Oiga usted, Merrivale, la responsabilidad es toda suya. Si algo sale mal.

Con cierto calor indiqué de quién era la responsabilidad. H. M. me habló en tono conciliador.

—¡Mire lo que tenemos! —agregó, después que trató de calmarme.

Entró en la casa y volvió a salir con un maletín negro muy parecido, al que usan los médicos en sus visitas domiciliarias. De su interior extrajo una serie de llaves, ganzúas, un berbiquí, un taladro, cuñas, tenazas especiales y un diamante de vidriero. Siguió luego una palanca de hierro, un frasquito de aceite de parafina para usar en los instrumentos de metal, un par de guantes de goma y una curiosa botellita cuyo contenido resplandecía como si estuviera llena de luciérnagas.

—El Perfecto Ladrón —observó H. M., con regocijo—. ¿No le enciende la sangre, Ken? Esta palanca es telescópica; lo mejor que se ha hecho; se extiende hasta una yarda de largo y tiene una fuerza tremenda. La botella de fósforo es mejor que cualquier linterna. Estas desparraman la luz por todos lados, y los policías la ven por

las ventanas. Esto no puede verse, y da bastante luz para cualquier propósito. Diga usted, Charters, será conveniente que pongamos un poco de tela adhesiva por si tiene que cortar un vidrio de la ventana. Llévase de mi consejo, Ken, y pruebe primero la ventana de la cocina; es la parte más vulnerable de cualquier casa. Ya veo que viste un traje azul oscuro, lo cual le ayudará mucho en la oscuridad...

—Un momentito —le interrumpí—. Lo que quiero saber es qué necesidad había de tanto *camouflage*. En lugar de decir “es imprescindible que sea usted Butler”, ¿por qué no dijo ladrón? ¿Qué tiene que ver con todo esto mi papel de Robert Butler?

H. M. no dejó escapar uno de sus acostumbrados rugidos. Continuó mirándome fijamente, mientras hacía girar la palanca en su mano.

—Es nuestra segunda línea de defensa, hijo —repuso—, en caso de que algo salga mal. No crea que menosprecio los riesgos. Hay gente muy lista que trabaja contra nosotros, y lo malo del caso es que no tenemos la menor idea respecto a lo que hacen. Es muy posible que hayan preparado una trampa. Hay tres personas cuyos motivos ignoramos. Primero está Paul Hogenauer, segundo ese profesor de física aparentemente inofensivo que se llama Albert Keppel, y tercero el famoso L. Es posible que ninguno de ellos tenga nada peligroso en vista. También es posible que Hogenauer haya preparado una trampa para nosotros... o para el agente que mandemos. No me extrañaría que su viaje a Bristol fuera parte de la trampa.

—¿Y sería yo quien caería en ella?

H. M. gruñó:

—Por eso le pedí que viniera. Hay muchos muchachos que harían mejor ese trabajito de forzar una ventana, si fuera solamente eso lo que necesitara yo. Pero usted conoció a Hogenauer en otro tiempo. Para él es usted Robert Butler, espía y acerbo enemigo de Inglaterra, y Hogenauer nunca olvida una cara. Que nosotros sepamos, nunca se enteró de que no fuera usted lo que representaba. Si por casualidad se trata de una trampa, se meterá usted en ella antes de haber podido hacer ningún daño. Podrá fingir ser un aliado de él y estar de su parte... y es usted el único que podría hacer tal cosa. Le será posible salir del enredo con facilidad, si llega a ser una trampa. Además, puede que se entere de algo útil.

—O que reciba una bala —dije—. Hogenauer parece saber mucho sobre todos nosotros. ¿No se le ha ocurrido que también puede conocerme como lo que realmente soy?

—Ajá —asintió H. M.—. Claro que sí, Ken; fué lo primero que pensé. Pero..., no creo que corra usted mucho peligro. Ya sé que le pido mucho, especialmente en estos momentos, y estaría usted en su derecho si se negara; pero, ¿no confiará en el viejo?

—Sí —repuse—. ¿Cuándo comienzo?

—¡Espléndido! —exclamó Charters—. Conviene que coma algo antes. No reinará la oscuridad hasta más o menos las diez, pero sería mejor que saliera a eso de las nueve y echase una ojeada por los alrededores de la casa. El sargento Davis escribió la dirección de Hogenauer para mí. Creo que es “Los Alerces”, Camino del Valle,

Moreton Abbot. El sirviente, como ya le dije, irá a ver a su novia, y tendrá usted el camino expedito. Se llevará un automóvil, naturalmente, pero no necesito, indicarle que lo estacione a cierta distancia de la casa. Llévase el de Merrivale, o el mío si lo prefiere, a menos que Serpos lo haya sacado ya...

H. M. pareció algo molesto.

—Ese Serpos —dijo—. Es su secretario, ¿verdad? ¿Ese individuo tan ágil que vi aquí anoche?

Charters contestó sarcásticamente:

—Siempre fué usted un pillo receloso, Merrivale. ¿Le preocupa el nombre extranjero y la leyenda del secretario malvado? ¡Pamplinas! El joven Serpos es de lo más honrado que se conoce. Su padre fué buen amigo mío. Serpos es armenio, pero se educó en Inglaterra. Trabajaba en un banco de Londres. Como no estaba muy bien de salud, le di un trabajo más liviano en un clima mucho mejor que el de la capital. Es un muchacho muy divertido —admitió Charters, de mala gana—, y un mímico experto cuando le convence uno de que demuestre sus habilidades. Ganaría dinero en los teatros.

—Sea como sea, no me agrada —murmuró H. M., sacudiendo la cabeza—. Y ya que estamos en eso, Charters, ¿qué me dice usted de ese doctor Antrim?

—Basta ya de extranjeros —repuso el Alguacil Mayor—. Y si busca usted personajes sospechosos por los alrededores, puede olvidar a mi amigo Antrim. —Rió entre dientes—. Es un irlandés muy simpático. Su esposa es una joven muy bonita, quizá demasiado para una enfermera, profesión que creo tenía antes de casarse. Le ayuda con su trabajo. Claro está que la vida de un médico de campo no es muy movida...

Calló, algo turbado, mientras oíamos ruido de pesados pasos que se acercaban por el *hall* principal de la casa. H. M. guardó todas las herramientas de su Perfecto Ladrón, y acababa de cerrar el maletín cuando un individuo de elevada estatura salió a la galería.

—Oiga usted, Charters... —comenzó el recién llegado, y calló al vernos—. Lo siento —agregó—. Ignoraba que tenía usted invitados. Perdone usted. Otra vez será.

Acerté al imaginar que debía ser el doctor Antrim. Era un joven delgado, de cabellos negros, rostro pecoso, mandíbula prominente y agradables ojos castaños. Su aspecto inspiraba confianza. Sus manos se mantenían firmes. Sus ropas oscuras eran muy elegantes y cuidadas, y daba la impresión de que una mujer le hubiera arreglado la corbata antes de permitirle que saliera. Evidentemente, regresaba de hacer su recorrido habitual, pues notábase el bulto de su estetoscopio en el bolsillo de la americana y tenía polvo en el calzado. Además, algo parecía tenerle muy preocupado. Charters le obligó a quedarse y nos lo presentó.

Ignoro si fué su sentido del humorismo o algún propósito desconocido lo que movió a H. M. a intervenir en el momento en que Charters estaba por presentarme.

—Le presento —dijo, señalándome— a Mr. Butler. Esta noche regresa a Londres

en automóvil.

—Sí, por cierto —repuso Antrim, desatinadamente—. Si me perdonan ustedes, señores... yo... la cena, ¿saben? Hoy no tomé el té, y tengo mucho apetito. —Se volvió luego a Charters, sonriendo para fingir tranquilidad—. Parece que he perdido a mi esposa. ¿Ha visto usted a Betty por aquí. Coronel?

Charters le miró intrigado.

—¿A Betty? No, no la he visto desde esta mañana. ¿Por qué?

—La señora Charters me dijo que creía haberla visto subir a un autobús...

—Oiga usted —le interrumpió secamente Charters—, ¿qué diablos le pasa? ¡Hable usted, hombre! ¿Qué ocurre?

—Nada, nada. Sólo quería saber...

—Déjese usted de rodeos —le dijo Charters, amoscado—. Nunca se pone usted así porque Betty suba a un autobús.

Antrim se dominó. Aparentemente, acababa de ocurrírsele otra idea que deseaba comunicarnos. Con una mirada de soslayo hacia nosotros, dijo, más tranquilo:

—¡Oh!, no es que piense que ha huido ni nada por el estilo. El caso es que ha habido un pequeño error. Nada importante, por supuesto, y será fácil arreglarlo, pero sería muy molesto si... —se interrumpió un instante—. Supongo que debo decírselo. El caso es que en mi botiquín he echado de menos dos frascos. No creo que no estén, y ya aparecerán, pero es...

—¿Frascos? —intervino H. M., abriendo los ojos—. ¿Qué clase de frascos?

—Es una negligencia mía. Lo malo es que ambos son más o menos del mismo tamaño. Por su aspecto se diría, que los dos contienen lo mismo. Por supuesto que están rotulados, de modo que no hay nada que temer. Uno tiene bromuro de potasio en forma cristalina, que se usa ordinariamente para calmar los nervios. Pero el otro, por desgracia, contiene sales de estrocnina... producto muy soluble.

Sobrevino un momento de silencio. El rostro de H. M. continuó tan inexpresivo como siempre. Noté, sin embargo, que mordía con fuerza la boquilla de su pipa.

III

LAS CELOSÍAS DEL SUBURBIO

Eran las nueve y cuarto cuando inicié mi fantástico viaje. Ingerí varios sandwiches y bebí una botella de cerveza mientras me indicaban la ruta hacia Moreton Abbot, población situada a unas diez millas de distancia. Las cosas no parecían muy malas; con un poco de suerte podría terminar el asunto y regresar a casa de Charters alrededor de medianoche, ya tranquilo por completo. No me di cuenta de la tensión nerviosa que me dominaba, aunque no sentí el gusto de los sandwiches y la cerveza me pareció sin fuerza.

H. M. y Charters se quedaron en el estudio de éste último. Ambos parecían preocupados por la novedad que trajera Antrim. Al salir, recuerdo que Charters ofrecía mostrar a H. M. las pruebas, del caso Willoughby. Noté también que el auto de turismo azul no se hallaba ya en el camino de coches de la residencia. Después de ocultar el maletín que H. M. llamará el Perfecto Ladrón debajo de la alfombra de la parte trasera del coche —era más una molestia que una ayuda, ya que pensaba usar solamente las ganzúas o el diamante de cortar vidrios—, ocupé el asiento delantero del Lanchester de H. M. y me lancé a la aventura.

Comenzaba a caer la oscuridad; a lo largo de la carretera principal se encendían ya las luces. El camino por el cual conducía al coche estaba en sombras. A ambos lados se elevaban altos setos vivos, detrás de los cuales alcancé a ver numerosos manzanos en flor. En una palabra, todo era paz... que duró unos cincuenta segundos. Había llegado al cruce del camino con la carretera principal. En ella vi un autobús que se detenía junto a un farol para que descendiera una persona que vestía un traje de brin blanco. Luego, desde el seto que se hallaba a mi derecha, me llegó el ruido de ramillas rotas y un chistido. Un rostro, que parecía pálido a causa de la penumbra y de sus cabellos renegridos, habíase asomado por entre la vegetación. Lo siguió un cuerpo grande y, al detener yo el coche, el doctor Antrim apoyó una mano sobre la portezuela.

—Perdone usted —me dijo—. Le parecerá demasiada libertad de mi parte, pero se trata de algo urgente. Mi automóvil se ha descompuesto y no tengo tiempo para arreglarlo. Dijeron que iba usted a Londres esta misma noche. ¿No podría llevarme hasta Moreton Abbot?

Presentábaseme un problema antes de que comenzara la aventura. Los ojos de Antrim parecían brillar en la oscuridad.

—Moreton Abbot —repetí, como si el nombre me fuera desconocido—.

¿Moreton Abbot? ¿A qué parte de la población desea ir?

—Al Camino del Valle. Está en las afueras del pueblo. ¡Al diablo con la dignidad, no hay tiempo para esas cosas! —exclamó Antrim, pasándose los dedos por el cuello—. El caso es que vive allí uno de mis pacientes. Un tal Hogenauer. Es algo muy importante.

Si no le llevaba, probablemente tomaría el autobús e iría de todos modos. Si le llevaba, su presencia podría obstaculizar mi aventura; pero al menos le tendría al alcance de mi vista y sabría cuándo era conveniente entrar a la casa. Empero, no me fué dado tomar una decisión. El pasajero que había descendido del autobús en la carretera, acababa de entrar al camino. Vi que era un individuo fornido que vestía un traje blanco, lucía sombrero de paja y fumaba un cigarro. Vaciló al vernos, y luego se encaminó hacia el vehículo.

—¿Podría usted decirme...? —preguntó una voz familiar que se interrumpió para exclamar—: ¡Bien, bien, bien! ¡Que me maten si no es Blake! ¡Qué extraordinario encontrarle a usted aquí! ¿Cómo está usted, Mr. Blake?

Los últimos rayos de luz brillaron sobre los lentes de Mr. Johnson Stone... todavía ocupado en seguir la pista de H. M. En su rostro brillaba la cordialidad, pero noté que su paciencia se estaba agotando. Aun en el momento de extenderme la mano pareció ocurrírsele algo.

—Oiga usted —dijo, en tono receloso—, ¿me estaba engañando? ¿Sabía usted dónde estaba Merrivale? Acabo de enterarme de su paradero. Sólo por lo bueno que soy le he seguido por toda Inglaterra cuando debería estar descansando, y en este momento tendría que estar en casa de mi yerno, en Bristol. Si me han estado engañando...

—Perdone usted, señor —terció Antrim, secamente, mientras que miraba con profunda atención—. Tenía entendido que este señor se llamaba Butler.

—Pues, se llamaba Blake cuando le conocí en Londres —replicó Stone, mirándole con curiosidad—. Pero es posible que emplee un disfraz, como todos los demás. Ya me estoy cansando de este juego.

—Es muy posible —dijo Antrim.

Y en seguida se alejó a través de la abertura del seto. Stone_ parpadeó y guardó silencio por un momento.

—Si he cometido un error, lo lamento —expresó, al fin—. No lo habría hecho si lo hubiera sabido. Pero me sorprendió usted, y si tiene la intención de andar dando nombres falsos, debería avisarme con anticipación. Siempre he considerado a los ingleses como personas muy sensatas; pero le aseguro que desde que estoy en el país he comenzado a cambiar de opinión. Esta noche debería estar en Bristol, y si llego a ver a Merrivale, lo cual parece imposible...

Puse en marcha el motor.

—Allá está. Pero hay algo que quisiera rogarle: ¡por amor de Dios deje de insistir con esa tediosa broma de los disfraces! Se lo recomiendo especialmente para cuando

vea a H. M. Y por favor, no mencione su sombrero para nada.

Apreté el acelerador y el automóvil se lanzó hacia adelante. Tuve la satisfacción de ver que Stone se llevaba la mano a sus lentes, con ademán de gran sorpresa.

Lo malo del caso era que Antrim había huido como un conejo asustado al mencionarse el nombre falso. ¿Por qué? Acababa de perder la oportunidad de enterarme de algo por su intermedio, aunque me consolé al pensar que no tenía la menor idea respecto al asunto sobre el cual podría haber sabido algo. Para mí era un juego en la oscuridad, y muy pronto se tornaría peligroso.

Tardé bastante en llegar a Moreton Abbot. Salí de Torquay dando un rodeo por varios de los numerosos caminillos; pero cuando entré en Moreton Abbot, me encontré en seguida en el Camino del Valle. Era una calle muy larga y ancha, bastante mal iluminada y muy representativa de lo que son los suburbios respetables. Vi en ella largas hileras de casitas muy parecidas entre sí. Cada una tenía un diminuto jardín al frente y una portezuela con el nombre pintado en sitio visible. La mayoría de las residencias estaban iluminadas; algunos ciclistas corrían por el camino, y llegó a mis oídos la voz de un aparato de radio.

Aunque por lo general es muy difícil hallar una casa por el nombre, cuando no hay numeración, pasé frente a “Los Alerces” casi en seguida. El nombre estaba recién pintado sobre la puerta. Me sorprendió ver que, efectivamente, había dos alerces que flanqueaban el caminito de entrada, y la residencia tenía un aspecto más respetable que sus vecinas. Me alivió ver que las casas de los alrededores estaban a oscuras, y que por la parte trasera corría un callejón.

Seguí la marcha unos cien metros más y tomé por una calle llamada Liberia Avenue, donde detuve el coche y me puse a pensar. Debía decidir a qué distancia estacionar el coche. Lo acerqué al encintado de la acera y encendí un cigarrillo.

En ese mismo instante una pesada mano se apoyó en mi hombro.

Un policía muy corpulento me contemplaba con gran satisfacción. A la luz del tablero de instrumentos vi en su brazo las jinetas de sargento. Casi, en seguida, otro policía apareció frente al vehículo, y dirigió el haz de su linterna eléctrica hacia la patenté.

—Está usted arrestado —manifestó el sargento—. Le advierto que cualquier declaración que haga será usada en su contra. ¿Es el número que buscamos? —preguntó a su colega, mirándole por sobre el hombro.

—Sí —asintió el otro—. AXA. 564. Eso mismo. Tuvimos suerte.

Ambos me miraron con gran atención.

—¡Chist! —dijo el agente, al cabo de una pausa que me pareció siniestra—. La maleta negra, señor. La maleta negra que nos encargaron buscar.

—Es verdad —repuso el sargento.

Examinó la parte delantera del coche, en la que no encontró nada más interesante que mis pies; examinó luego la trasera, palpó la alfombra, y con una exclamación triunfal, sacó el maletín del Perfecto Ladrón.

—Salga de ahí, amiguito —me ordenó—. ¿Tiene inconveniente en que abra esto? Ya para entonces me había recobrado en parte de mi sorpresa.

—Ya lo creo que lo tengo. No diga tonterías. En primer lugar, se equivoca usted de medio a medio. Antes de arrestar a una persona, especialmente si es inocente, debe usted decirle de qué se la acusa.

—No tengo inconveniente en hacerlo —repuso con gravedad el representante de la ley—. Para empezar, le acuso del robo de un automóvil, y después podemos seguir con hurto calificado. Ya que sabe usted tanto de leyes, estará enterado que la pena máxima por hurto son catorce años.

—¿Quién me acusa de todo eso?

El sargento dejó escapar una risita.

—Un caballero llamado Sir Henry Merrivale... y el Coronel Charters, quien resulta ser el Alguacil Mayor de este condado. ¿Eh, Stevens?

Por un momento hice un esfuerzo para convencerme de que no se trataba de una pesadilla. Con la peculiar mala suerte que siempre sigue a mis aventuras bajo las órdenes de H. M., era claro que se había cometido un error; pero, en nombre del diablo, ¿qué clase de error? Evidentemente, el automóvil era el Lanchester de H. M. Lo conocía tan bien como el mío. Sí, ¿pero y si H. M. y Charters no habían hecho ninguna denuncia? ¿Y si se tratara de la primera intentona del desconocido enemigo? Recordé las palabras de Charters acerca de Serpos, su secretario: “un mímico experto cuando le convence uno de que demuestre sus habilidades”. Al pensar en esto, miré fijamente al sargento.

—Oiga usted —le dije—, está cometiendo un grave error. No vale la pena que discuta con usted; todo lo que quiero es convencerle de su equivocación. El mismo Alguacil Mayor me encargó una misión muy importante. Vamos a la comisaría; me da usted dos minutos para usar el teléfono y se lo demostraré. ¿No le parece bien? Ni Sir Henry Merrivale ni el Coronel Charters han mandado un mensaje como el que menciona usted.

El sargento me lanzó una mirada curiosa. Nunca es prudente decir demasiado. Luego saltó a la trasera del coche, sin quitarme la mano del hombro.

—Suba al estribo, Stevens —ordenó a su subordinado—. Usted... ponga en marcha el coche. Sí, me parece bien su proposición... si puede usted demostrarnos lo que dice. —Rió entre dientes—. El *bluff* no me hace efecto alguno, amiguito. Hace veinte minutos la comisaría de Torquay envió una alarma general, y los dos caballeros de quien habló usted fueron en persona a hacer la denuncia. *En persona*, amiguito. De manera que no mandaron ningún mensaje, ¿comprende? Le acusaron a usted. Dijeron también que buscáramos una maleta negra que llevaría en el auto.

—Sargento, no es posible que todos estén locos. ¿Quién se supone que soy?

—No lo sé —repuso mi captor—. Probablemente tiene usted un montón de nombres. Dicen que uno de los alias que podría usar sería Kenwood Blake.

Aspiré profundamente y me aferré con fuerza a la rueda de la dirección. Si se

trataba de una treta de los dos misteriosos personajes para quienes trabajaba, sólo podía pensar que eran un par de pillos. Pero también se me ocurrió que mis dos captores podrían no ser de la policía, aunque tuve que abandonar muy pronto esta última idea.

La comisaría se hallaba en la Liberia Avenue, en la parte que hacía una curva hacia la izquierda a sólo unos cien metros de la carretera principal. Era un edificio bajo, separado de la calle por un patio de baldosas. Sobre la puerta brillaba una lámpara de arco. Los dos policías me condujeron en marcha triunfal hacia la sala principal. Detrás del escritorio sé hallaba un obeso sargento con la chaqueta desprendida. El reloj colocado en la pared marcaba las diez menos diez. Vi, con gran alivio, un teléfono sobre el escritorio.

—Lo apresamos en cuanto salimos de la comisaría —anunció mi sargento, y su colega del escritorio dejó escapar un silbido—. Todo en orden. Aquí tiene la maleta negra. Quiere telefonar al Coronel Charters. Sí, llamaremos a Torquay para dar el informe. Stevens... llévele allí —indicó una puerta que daba a otra habitación—. ¡Esta parte del asunto es privada, amiguito! —me dijo—. Ya tendrá usted su oportunidad de hablar.

No tuve más remedio que obedecer. El cuidadoso Stevens abrió la puerta que daba a un cuarto de techo bajo, con una puerta y una ventana. Se asomó a esta última. A pesar de la penumbra reinante en el exterior, era posible distinguir a dos agentes que arreglaban el motor de un automóvil patrullero, como así también a un motociclista que contemplaba la escena. No había posibilidad ninguna de escapar por ese lado. Stevens salió entonces a la sala principal, cerrando la puerta a sus espaldas. Quería escuchar lo que prometía ser una conferencia telefónica muy interesante. Lo era. Me hallaba yo tendido en el suelo, en una posición muy curiosa, con la oreja pegada a la parte inferior de la puerta, y tan furioso como jamás lo había estado.

Después de establecer comunicación con Torquay, el sargento cambió unas palabras de saludo con su colega de la otra población.

—Ja, ja —rió—. Sí, ya lo tenemos. Lindo trabajito, ¿eh? ¿Podría hablar con el Coronel Charters? ¡No, el superintendente no! ¡Sí, el Coronel Charters! Él mismo me dió instrucciones —declaró mi precioso sargento, con pomposa entonación—. ¿Cómo? Llámelo a su casa entonces. Es posible que esté allí.

Sobrevino una larga pausa.

—¿No está? Bueno, ¿está allí un señor llamado Merrivale? ¿No? ¿Dejaron algún mensaje? Este individuo dijo que quería hablar con él. ¿Han dejado algún mensaje? —Luego el sargento pareció enmudecer por la sorpresa—. *¿Que no lo acusemos?* ¿Cómo es eso? Está acusado de...

Siguió otra larga pausa, mientras parecía recibir explicaciones; luego se echó a reír estentóreamente.

—¡No! —exclamó—. ¿No? ¡No diga! ¡Bueno, bueno! —(Ya para entonces mi ira había alcanzado un límite imposible de imaginar)—. ¿De veras? Y el pobre tonto se

habrá creído muy afortunado, ¿eh?, Ja, ja, ja. —Se tornó nuevamente serio—. Sí, pero si ninguno de los caballeros quiere acusarle, ¿qué haremos con él? ¿Qué dijeron? ¡Ah! Sí, es lo mejor. Le diré una cosa: le dejaremos esta noche en la celda. Luego podremos llevarle a Torquay mañana por la mañana. ¿Le parece bien a las once? Convenido. ¿Cómo está la familia?

Y a las once y treinta del día siguiente tenía yo una cita muy diferente.

Me levanté, dominado por la furia, aunque ya más dueño de mí mismo, disponiéndome a hacer una inspección del cuarto en que me hallaba. Una lámpara con pantalla verde pendía del techo, sobre una mesa de madera en la que descansaba una revista de novelas detectivescas. Había una pileta con su correspondiente grifo, como así también, una sucia toalla colgada de un clavo. Pero lo que atrajo mi atención fueron tres armarios de madera empotrados en la pared. En el interior del primero hallé lo que esperaba encontrar: una chaqueta de uniforme colgada de una percha. Había también un casco en el estante superior, un cinturón y una linterna. Como lo notara H. M., vestía yo un traje azul oscuro, de manera que mis propios pantalones servirían a mis propósitos. Tardé sólo diez segundos en ponerme la chaqueta y el casco, asegurar el cinturón alrededor de mi cintura y colgar de él la linterna para convertirme en el Perfecto Policía. El uniforme me sentaba bastante bien. Desde la sala principal llegaba a mis oídos la voz del sargento que continuaba hablando por teléfono, y, por la ventana abierta que daba al patio trasero, me llegó la voz de alguien que comentaba los defectos de un carburador. Por ahí estaba el único camino de salida. Admito que me sentía algo nervioso cuando me dispuse a tomarlo.

Salí de espaldas, como si acabara de volverme para cerrar la puerta. Con seis pasos estuve en el patio. Si los policías levantaban la vista, como era muy natural que lo hicieran, verían una espalda familiar y un casco. El peligro residía en la lámpara de arco que iluminaba un sector bastante amplio frente a la puerta. Se me aflojaron las piernas y se acrecentó mi nerviosidad cuando cerré la puerta. Luego giré sobre mis talones y encendí la linterna, dirigiendo el haz de luz al rostro de mis pseudo-colegas. Todos estaban inclinados sobre el motor del automóvil, de manera que los tomé de sorpresa.

—¡Ea! —gruñó uno, y dió un respingo—. Aparta eso... ¿Qué broma es ésa, Pierce?

Todos apartaron la vista. Descendí los escalones, aunque no muy rápidamente. Tendría que desviar la linterna, pero podía contar con que estarían cegados unos segundos. En la parte trasera del patio se elevaba una pared bastante alta, con un portón doble que daba salida a una calleja. Me encaminé hacia ella a paso lento. No me atreví a volverme, pues sabía que me estaban mirando.

Una voz exclamó:

—¡Ese no es Pierce!

Al oírla, eché a correr.

El portón estaba sólo a medio metro de distancia, y noté que colgaba de sus rejas

una cadena y un candado abierto. Traspuse la entrada, cerré las dos hojas, aseguré el candado y arrojé la llave a la distancia. Por primera vez miré hacia atrás, No se oían gritos ni revuelo. Los dos policías corrían hacia mí en silencio, y un brazo pasó por entre las rejas en el momento de cerrarse el portón. La puerta trasera de la comisaría estaba abierta y una voz daba órdenes con gran serenidad.

—Thompson, salte la pared. Dennis, vaya por la puerta lateral y corra por la calleja. Stevens, a la calle y no le deje escapar. Pierce...

Al echar a correr por la calleja, me orienté perfectamente. Cuando entré a la Liberia Avenue desde el Camino del Valle, había dado una vuelta hacia la izquierda, y la comisaría se hallaba casi al extremo de la avenida.

Era un ángulo recto. Si retrocedía ahora, llegaría al callejón que pasaba por detrás del Camino del Valle. Si me quedaba en descubierto, podrían apresarme fácilmente. Comprendí que mi único refugio era el sitio al que primeramente intentara ir: “Los Alerces”. No temía la atención de los vecinos; mi uniforme era mi mejor salvaguardia.

Corría velozmente por el oscuro callejón flanqueado por jardines. Frente a cada puerta se veía un recipiente de desperdicios. En lo alto, a mis espaldas, brilló de pronto un haz de luz, y vi a uno de mis perseguidores pasando sobre la pared de la comisaría, a punto de saltar al suelo. Hasta el momento había reinado tanto silencio que oí claramente el estrépito de sus pies al chocar con el suelo, pero al instante comenzaron a ladrar los perros. Sus ladridos apagaron el ruido que produjeron varios de los recipientes que eché ni suelo a fin de detener la marcha del policía que venía en mi persecución. Acababa de tomar la curva para internarme por el callejón que corría paralelo al Camino del Valle, cuando llegó a mis oídos el estrépito de su caída al chocar con uno de los recipientes y se apagó la luz de su linterna. Para entonces habíase despertado todo el vecindario y se encendieron luces en las casas de los alrededores.

Noté las cabezas de los vecinos que asomaban a sus ventanas. Mi única alternativa era la de encender mi linterna y fingir ser un policía empeñado en la búsqueda de mí mismo, mientras me esforzaba por encontrar el camino hacia la parte trasera de “Los Alerces”. Eso era lo más difícil. Cada una de las portezuelas se asemejaba a su vecina. Jadeaba ya cuando la luz de mi linterna iluminó un alerce junto a una puerta. Tal vez fuera coincidencia, pero tendría que correr el riesgo. Abrí la portezuela, la cerré a mis espaldas y... tropecé con algunas botellas.

Los recipientes estaban alineados junto a la entrada; mi imaginación multiplicó su cantidad, convirtiéndola en un millar, mientras mis pies las lanzaban rodando por doquier con una baraúnda suficiente como para despertar a toda la población. Volví el haz de mi linterna hacia abajo, mientras trataba de evitar resbalar sobre ellas. Ni siquiera eran botellas de cerveza, sino que contenían una marca especialmente mala de agua mineral alemana, la que recordé por su etiqueta azul y roja. Hasta el momento había reinado el silencio y la oscuridad en las casas que flanqueaban a “Los

Alerces”. Pero ahora, en la de la derecha se levantó una ventana del piso alto. Vi la cabeza de una mujer que se asomaba y oí su voz.

Recobré el equilibrio y el aliento.

—Lamento haberla molestado, señora —dije, imitando la manera de hablar de los representantes de la ley—, pero se ha escapado un asesino. Es un maniático homicida, y deberíamos haber puesto sobre aviso al vecindario, pero no se aflija usted; ya le apresaremos.

La ventana descendió con mayor celeridad de lo que esperara, y se corrió en el acto la cortina. Me quedé solo entre las botellas, transpirando y con los nervios en tensión. Nuevamente reinaba el silencio. Los perros cesaban ya de ladrar. La persecución parecía haber tomado otro rumbo.

Marché silenciosamente por el sendero, guiándome por las piedrecillas blancas que marcaban sus contornos, y pase junto a los macizos de flores y a un alto poste que sostenía la antena de radio. La cocina de “Los Alerces” sobresalía unos metros de la línea de edificación. Además de su puerta y de la que daba a la carbonera, vi una tercera abertura que daba al jardín. Hacia su derecha había dos ventanas cerradas y con persianas aseguradas. Evidentemente, eran las ventanas de la misteriosa sala trasera, a través de cuyas celosías el Sargento Davis había visto luces misteriosas que giraban alrededor de “algo que parecía ser un tiesto de flores invertido”.

Aun cuando me preguntaba cómo haría para entrar en la casa sin disponer de las herramientas del Perfecto Ladrón, avancé hacia las ventanas. La casa era como todas las demás del suburbio, y, sin embargo, no me agrado su aspecto.

Acerquéme a la ventana más próxima a la puerta y traté de espiar por entre las tablillas de la celosía... sin resultado alguno. En el interior reinaba la oscuridad más impenetrable. Aun cuando acerqué mi linterna al espacio entre las tablillas, sólo vi un manchón producido por su luz. La ventana no parecía estar cerrada. Luego probé la otra. Al acercar mi linterna a la celosía, raspé con ella la madera, y hubiera jurado que hubo un movimiento en el interior de la habitación. No pude identificar el sonido que oí; era como el crujir de sedas, y estuve a punto de dejar caer la linterna. Esta vez pude ver en el interior algo oscuro. Parecía ser el respaldo de un sillón, y por sobre el mismo sobresalía algo que daba la impresión de ser un tiesto de flores invertido. Era rojizo, aunque no pude estar seguro de ello, por lo imperfecto de la visión, y no se movía. Sin motivo alguno, el espectáculo me estremeció. Al apartarme de la ventana, enjugándome la frente, oí de nuevo el ruido que llamara antes mi atención.

Las dos persianas estaban aseguradas. Sin esperanza alguna, me dirigí hacia la puerta y probé el picaporte. Estaba sin llave.

Aunque traté de abrirla silenciosamente, las bisagras chirriaron y gimieron sin cesar. Frente a mí vi el *hall* principal de la casita y la puerta de entrada que se hallaba a unos nueve metros de distancia... y esa puerta se estaba abriendo. En la abertura, con la llave aun en la mano, un hombre se destacaba contra el débil resplandor de los faroles de la calle. Su mirada estaba fija en mí.

IV

EL FRASCO DE VENENO

—¿Quién es? —preguntó una voz trémula.

En respuesta, encendí mi linterna y la volví de costado para que iluminara mi uniforme. Oí entonces una exclamación de alivio. El recién llegado buscó el interruptor un momento y encendió las luces.

Nos hallábamos en un angosto *hall* cuyo desaliño no concordaba con el aspecto exterior de la casa. Había un paragüero de porcelana, y sobre uno de los muros se destacaba una acuarela fechada en 1870, y en la que se veía a una joven bailando frente a una mesa a la cual se hallaban sentados dos oficiales del ejército alemán. En el umbral continuaba en pie el recién llegado.

Era un hombre joven, pequeño y delgado. Su actitud y sus ropas le hacían parecer mayor de lo que era. Su cabello estaba peinado a un costado y le caía sobre la frente en una curva, a la moda de los antiguos taberneros. Sus facciones eran agudas, y sus ojos benévolos. Vestía ropas oscuras, cuello duro y corbatín negro; además, llevaba un sombrero hongo y guantes. Su acento indicaba que era oriundo de Londres. Sin duda alguna, se trataba del sirviente de Hogenauer, de quien se suponía que estaba con su novia. Si hubiera llevado a cabo mis planes, habría sido sorprendido.

—Medió usted un susto —declaró, en tono acusador—. ¿De qué se trata?

—Esta puerta estaba abierta —expliqué—. Me asomé para ver si todo marchaba bien. Estamos buscando a un criminal y...

—¡Hola! —exclamó, muy nervioso—. No creerá usted que está en la casa, ¿verdad? ¿A quién buscan? Debe ser un individuo peligroso. Toda la calle está llena de polizontes.

En efecto, así era, lo cual me ponía en un aprieto. Le tranquilicé al instante, asegurándole que no había nadie en la casa, pues temí que saliera y llamase al resto de los agentes. Mi situación era bastante precaria, y deseaba que entrara y cerrase la puerta. Oí los pasos de mis pseudo-colegas, que podrían verme claramente desde el exterior; pero no podía ocultarme u ordenarle que cerrara, pues podría despertar sus sospechas. Mientras él se estiraba los puños de la camisa, mirando vacilante hacia la calle por sobre el hombro, los pasos de los policías se acercaron más.

—El deber me llama —gruñí, volviéndome hacia la puerta trasera—. Bueno, hasta luego.

—¡Oiga, pare usted un momento! —protestó, e hizo lo que esperaba yo. Cerró la puerta y se acercó apresuradamente, deseoso de que me quedara junto a él mientras

hubiera peligro de que asaltara la casa algún criminal. Sacó del bolsillo un paquete de Gold Flakes, agregando—: No hay necesidad de que se vaya tan pronto. Tome un cigarrillo. ¡Vamos, tome uno! Su sargento no le verá, y mi amo no está en casa esta noche. ¡Tome!

—Bueno, tomaré uno —repuse, fingiendo hacerlo de mala gana—. Muchas gracias, señor. Usted es el criado de Mr. Hogenauer, ¿verdad?

El otro asintió con actitud condescendiente, mientras encendía un fósforo.

—El mismo, agente. Soy Henry Bowers, para servir a usted. Hace sólo dos semanas que trabajo aquí. Es claro que el trabajo es... pero... —Se interrumpió dos veces para encogerse de hombros, indicando algo que no acerté a interpretar—. Pero eso no tiene importancia —agregó—. ¿A quién persiguen ustedes? ¿Qué ha hecho? ¿Se trata de un asesino?

Como no parecía tener idea de llamar a nadie más, le expliqué que se trataba de un asesino que había asaltado la casa del Alguacil Mayor del condado.

—De modo que es mejor que esté usted en la casa. Pero, algo me extraña. ¿Cómo es que, estando fuera el amo, esté usted aquí? Yo no estaría, se lo aseguro.

—Eso es culpa de mi conciencia —explicó—. Tengo aquí un trabajo muy cómodo. ¿Cree usted que no lo aprecio? —Bajó la voz, como para indicar que me hacía una confidencia—. Buena paga, poco trabajo, y todas las noches libres si quiero tomarlas. De modo que no arriesgo el empleo. Todo lo que dice el amo es como el Evangelio para mí. ¿Comprende? —Entrecerrando los ojos, Bowers se golpeó el pecho con aire de profunda astucia—. Pues bien, esta mañana, después del desayuno, me dijo: “Harry, esta noche voy a Bristol”, y se echó a reír al decirlo. “Pero —agregó— podrías volver temprano esta noche, pues quizá tenga un visitante”.

—¿Dijo que iba a Bristol, y sin embargo esperaba un visitante?

—Eso mismo. Le digo las cosas como son. A menudo me parece que el amo está un poco... —Bowers se tocó la frente con un ademán significativo—. Tiene un sentido del humorismo algo raro, y nunca sé si habla en serio o no. De modo que siempre hago lo que dice. ¿Comprende? Le diré cómo fué.

»Esta mañana, como le dije, me indicó que iba a pasar la noche en Bristol. Le pregunté: “¿Quiere que prepare una maleta?” y me contestó: “No, no la necesito”, y se echó a reír de nuevo. “¿Estará usted en casa del doctor Keppel?”, inquirí. Este doctor Keppel es otro cabeza cuadrada que vive en un hotel de Bristol. Él afirmó: “Sí, estaré con él, pero no creo que él esté allá; a decir verdad, tengo la esperanza de que haya salido”. Fué entonces cuando me dijo que tal vez tuviera un visitante esta noche. ¿Qué le parece?».

Comprendí que la locuacidad de Bowers obedecía a su intranquilidad. Se alisaba los cabellos y lanzaba miradas inquietas hacia los rincones oscuros del *hall*. No obstante, sus palabras me hicieron ver una nueva posibilidad para mí. Al parecer, el mismo Hogenauer intentaba cometer un asalto, o al menos una visita secreta al hotel de Keppel cuando estaba seguro de que su amigo no se hallaba allí. Comprendí,

asimismo, que el hombrecillo esperaba que el mismo Keppel viniera a la casa. ¿Por qué?

Tal probabilidad habíasele ocurrido al listo Bowers.

—De modo que me dije —continuó el criado—, que el amo iba a Bristol y Keppel vendría aquí. ¿Eh? Confirmaba mis sospechas el hecho de que Keppel estaba aquí en Moreton Abbot esta mañana. Lo sé porque vino a las once a conversar con mi amo. No sé qué dijeron, pues hablaron en alemán; pero mi amo dió a su amigo un paquete que parecía ser un sobre doblado en dos. Se trataron con gran cordialidad. Claro está que no es asunto mío, pero le aseguro que no me gustó nada.

Fingí estar reflexionando profundamente.

—Pero su amo —dije al fin— le ordenó que regresara temprano esta noche. No volvió usted muy temprano, ¿verdad?

—No —exclamó Bowers, con cierta agresividad—, ¿y por qué? Se lo diré. Porque lo último que me dijo mi amo esta tarde fué: “Sí, Harry, creo que tendrás un visitante esta noche, pero dudo de que le veas”.

Sobrevino una pausa.

—¿Qué le parece a usted? —dijo Bowers, algo más calmado.

—¡Vaya! ¿Cree usted que su amo, o Keppel, estaban por cometer algún delito?

El otro, se dió cuenta de que había ido demasiado lejos.

—Mi amo no —afirmó, muy serio—. Eso lo juraría. Usted lo sabe, como lo saben todos en la comisaría. Él quiere marchar bien con la ley. Es forastero ¿comprende? Se ha anotado en el registro de extranjeros; pero siempre teme que le hagan salir del país al terminar el plazo establecido. Él no es capaz de hacer nada malo. Podría decirle...

—¿Qué podría usted decirme?

Me hice cargo de que había cambiado la voz o que demostraba demasiada curiosidad para un policía ordinario. Sobrevino un cambio sutil en la atmósfera. Bowers comenzó a estudiarme con mirada recelosa.

—Oiga, señor —dijo el joven, adelantándose un paso—, ¿quién es usted? A veces habla como un polizonte y otras veces habla de otra forma. A veces se porta como policía y otras.

Era necesario que le interrumpiera antes de que llegase muy lejos en sus razonamientos.

—Le diré lo que soy —manifesté, en tono agresivo—. Soy un hombre que quiere progresar, eso es lo que soy. Quiero llegar a sargento antes de envejecer. ¿Comprende, amiguito? Y, si quiere saberlo, por eso es que hace tiempo que vigilo esta casa.

—¡Prosiga! —contestó, retrocediendo.

—Sabemos que en esta casa ocurren cosas que deben explicarse. Sabemos que tres noches de cada semana su amo se recluye en la sala trasera con las ventanas cerradas. Pero hemos visto unas luces raras por esas ventanas. Yo mismo las he visto. Sabemos que está trabajando en un experimento extraño. ¿De qué se trata? No sólo

queremos saberlo nosotros, sino también Scotland Yard y el Ministerio de Guerra.

—¡Vamos, vamos! —exclamó Bowers, con tono escéptico, al cabo de una pausa. Pero sus ojos siguieron fijos en los míos—. ¡Vaya, no hay nada en ese cuarto! —agregó—. ¿Acaso no lo sé yo? Lo limpio todos los días, y no hay nada más que un montón de libras. Ni siquiera guarda nada bajo llave. Yo mismo lo he comprobado. Si quiere encerrarse allí por la noche, es asunto suyo, pero allí no hace ningún experimento. ¿Quiere comprobarlo? Se lo demuestro ahora mismo.

Señalaba la puerta de la habitación situada a la izquierda del *hall*. Luego la miró, dió un paso hacia ella, y su voz se elevó un tanto.

—La llave está por la parte exterior —agregó—, ¿y dónde diablos está el picaporte?

—¿Qué ocurre?

Señalaba con el índice un pequeño orificio octogonal del cual debía haber sobresalido el picaporte. No lo vi por ninguna parte, pero la llave estaba colocada en la cerradura, casi a punto de caer. Bowers abrió la boca, titubeó un momento, y se inclinó luego para recoger algo del suelo. Era el picaporte fijo a su eje. Mas no vi el que correspondía al otro lado.

Al fin el criado logró hablar.

—Hay alguien ahí dentro —declaró—. ¿No se da cuenta de lo que ha pasado? Hace mucho que el picaporte del interior estaba suelto; él amo me pidió que se lo arreglara. Alguien entró ahí y cerró la puerta; luego quiso salir, pero el picaporte estaba suelto y no hizo girar el eje. Cuando lo sacudió, lo hizo caer, y ahora está ahí dentro y no puede salir. La puerta está sin llave, pero la cerradura no funciona. Ahora está ahí dentro...

—¿Quién? ¿Hogenauer?

—Me parece que no —repuso Bowers—. No puede ser el amo. Pero ese criminal que andan persiguiendo ustedes.

Tomé el picaporte de su mano. En ese momento ambos oímos una especie de suave crujido que procedía del otro lado de la puerta. Sin aviso previo, Bowers se lanzó hacia la salida que daba a la calle. Corrí tras él y le tomé del brazo. De no haberlo hecho, en pocos segundos hubiera estado la casa llena de policías. Después de dos tentativas logré colocar el eje en su sitio, sin soltar el brazo del criado; después hice girar el picaporte y abrí la puerta.

En el interior reinaba la oscuridad más impenetrable.

Bowers temblaba.

—¿Está usted loco? —preguntó—. Haga sonar el silbato. Es peligroso...

Tanteé la pared en busca del interruptor. Lo encontré, pero al hacerlo funcionar no conseguí nada. Todavía tenía la linterna asegurada a mi cinturón. Su haz de luz recorrió la habitación hacia una pared cubierta de libros; luego lo volví hacia la derecha y me quedé inmóvil. Allí estaban las dos ventanas cerradas. A corta distancia de la abertura más lejana vi una mesa amplia, detrás de la cual se hallaba un sillón

bajo y mullido en el cual estaba sentado un hombre que me sonreía.

El espectáculo era espantoso. Digo que me sonreía, pues su mueca semejaba una sonrisa; mas con esa palabra no he descripto por completo su rostro inclinado hacia un costado. Él cuello estaba doblado casi en dos, la cara vuelta en dirección a la puerta, y el cuerpecillo frágil del individuo se arqueaba como si quisiera saltar del asiento, aunque sus pies parecían haberse enredado con las patas del sillón. Sus facciones —que daban la impresión de ser solamente dientes y ojos— hubieran sido desconocidas para mí de no haber sido por los lóbulos puntiagudos de sus orejas. ¡Era Hogenauer! Sus ojos relucían a la luz de la linterna. No se necesitaban conocimientos médicos para saber que Hogenauer estaba muerto. También era obvio que había fallecido a causa de un envenenamiento por estricnina.

Había algo más que daba un aire festivo a su apariencia. Lucía una de esas chaquetas de fumar que estuvieron de moda hace treinta años. Confeccionada en tela oscura y gruesa, tenía solapas rojas descoloridas por el tiempo. Sobre su enorme cabeza calva se veía un adorno que fué común en una época mucho más remota: un “gorro de fumar” parecido a un fez. Tenía una borla que pendía hacia un costado y habíase descolorido hasta el punto de parecer anaranjado. Su aspecto era el de un tiesto de flores invertido. Debajo de este desusado adorno, con la cabeza apoyada sobre un hombro, sonreía el muerto.

Pero Paul Hogenauer no era el causante de esos ruidos que oyéramos antes de entrar. Bowers estaba en lo cierto. Había alguien en la habitación, alguien con vida. Moví la luz de la linterna por el aposento. La sala era una biblioteca de aspecto común, de tinos cinco metros de ancho por seis de largo, con empapelado de color castaño claro y una alfombra oscura sobre, el piso. Junto a la pared de la izquierda había un armario, único sitio donde podría haberse ocultado alguien. Las bibliotecas ocupaban el muro opuesto a la puerta. El hogar se hallaba a la derecha, entre las dos ventanas cerradas. Lo adornaban un reloj de cuco, y varias pipas de porcelana que pendían de cordones de seda. En medio de la habitación destacábase una mesa redonda sobre la que se veían varias revistas, un vaso vacío y una botella de agua mineral llena hasta las dos terceras partes. Pero la mirada volvíase siempre hacia el escritorio detrás del cual se encontraba Hogenauer. Sobre este último mueble pendía un cordón eléctrico con un portalámparas vacío. Noté que la bombilla descansaba sobre el escritorio, frente al muerto.

Penetré en la habitación... y me pareció que la puerta del armario se movía. Mas no me preocupaba tanto la persona oculta allí, sino Bowers y lo que este pudiera hacer al ver al muerto. Hay situaciones más agradables que las de hallar un cadáver en compañía de un hombre nervioso que ya comienza a sospechar de uno, mientras que la policía recorre los alrededores de la casa en que ocurre lo que he descripto. Empero algo bueno había en el asunto. Tendría una excusa legítima para usar el teléfono, como deseaba hacerlo desde el principio. Fingiendo llamar a la comisaría, podría telefonar a H. M. para averiguar qué diablos se propusieron hacer al ordenar

que me arrestaran por ladrón, y conseguir que Charters llamara a sus sabuesos antes de que me arrestaran de nuevo. De manera que hablé a Bowers en tono tranquilizador.

—Entre usted. Está muerto. No puede hacernos daño.

Por extraño que parezca, se calmó un tanto al oírme. Echó una mirada desde la puerta y, aunque palideció un poco al ver a su amo, logró dominarse.

—Mr. Hogenauer ha muerto envenenado —le dije—. Es suicidio o asesinato. Sea lo que fuere, debo telefonar a la comisaría. ¿Dónde está el teléfono?

—¿Eh? —preguntó—. ¿Entonces quién era el que hacía esos ruidos? ¿Quién...?

—Eso no tiene importancia. ¿Dónde está el teléfono?

—No tenemos —repuso Bowers. Sentí que me flaqueaban las piernas—. Al amo no le gustaban los teléfonos.

Todavía le dominaba la sorpresa, y hablaba en tono tranquilo.

—Oiga usted, todo está al revés. ¡Los muebles han sido cambiados de sitio!

—¿Qué?

—Es la verdad. Mire usted. Mueva la luz. Ese escritorio grande donde está él suele hallarse siempre frente a la otra ventana. —Señaló otro cordón eléctrico que pendía cerca de la otra abertura, con una pantalla de estilo alemán—. Y esa pantalla está siempre en la otra lámpara. El reloj no lo tenemos nunca sobre el manto de la chimenea, sino en la pared de enfrente. Las pipas deberían estar sobre el escritorio grande. Las sillas han sido cambiadas de lugar... ¡Por amor de Dios, encienda las luces!

Me pareció que ya podría soltarle el brazo. Di dos pasos y levanté la bombilla de sobre el escritorio, indicando a Bowers que hiciera funcionar el interruptor. Y, en el momento en que lo hacía, se abrió la puerta del armario.

El criado profirió una exclamación al salir alguien del interior del mueble. Estuve a punto de dejar caer la bombilla; pero me dominé y la puse en su sitio, encendiéndose en seguida. Era una lámpara de 200 watts y su luz nos cegó a ambos por un instante. El que acababa de salir del armario no corrió hacia la puerta ni se movió con rapidez. Por el contrario, tomó asiento en una de las sillas...

Luego vimos a una mujer muy pálida que se hallaba sentada muy erguida en una silla de brazos. Aunque respiraba aceleradamente, nos miró con gran serenidad. Era muy bonita, a pesar de su nariz algo roma y de su boca grande; tenía los cabellos rojos partidos en el medio y recogidos por sobre sus orejas, y sus ojos azules estaban enrojecidos. Lucía un traje de lana con una blusa de seda blanca y una corbata negra, y sus dedos se aferraban a un bolso de piel de serpiente. Como para demostrarnos su calma, sacó del bolso un paquete de cigarrillos y un encendedor. Luego encendió, tranquilamente un cigarrillo, aunque la llama del encendedor tembló un poco.

—Me pareció mejor salir —manifestó— antes de obligarles a que me sacaran a la fuerza. Supongo que querrá usted eso.

De nuevo introdujo la mano en el bolso y sacó un frasquito cerrado que contenía

un poco de un polvo blanco y cristalino.

V

LOS CUATRO GEMELOS

—¿Esto? —dije. Me acerqué a ella y tomé el frasco.

Su rótulo rezaba: “Bromuro de potasio. Media cucharadita en medio vaso de agua. L. D. A.”.

A pesar de la serenidad que había demostrado, la mujer estaba a punto de sufrir un colapso nervioso.

—Al menos podré salir de aquí —manifestó—. Ese frasco contiene sales de estriquina. El *coroner* podrá comprobar que el pobre Mr. Hogenauer murió envenenado con estriquina. Algo quiero decirle ahora. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Mi esposo no tiene nada que ver con esto. Acaba de comenzar su carrera... —golpeó el brazo en la silla y su voz se quebró un tanto—. No sé qué ocurrió, pero es culpa mía.

—Usted es la señora Antrim, ¿verdad?

Ella levantó la vista.

—¿Ya lo sabe usted? Entonces Larry... mi esposo...

—Lo vi en casa del Alguacil Mayor esta noche —repuse evasivamente—. ¿Qué pasó?

—¡Eso es lo que no sé! Mr. Hogenauer era paciente de mi esposo. Anoche fué a casa... —Hizo una pausa para mirar a Bowers—. Usted lo recuerda, pues estaba con él. Es el criado de Mr. Hogenauer, ¿no?

—Sí, señora —replicó Bowers, que apretaba una mano con la otra. Su elegante peinado estaba hecho una ruina—. Cuando el amo salía, lo que no sucedía a menudo, alquilaba un coche del garaje y yo lo guiaba.

—Él habló con mi esposo —continuó la señora Antrim, mirando al suelo—. El doctor le daba bromuro, un sedativo común. Yo soy la encargada de los remedios. Estudié medicina y por lo general la muerte no me afecta.

Miró de soslayo al cadáver y volvió a fijar la vista en el suelo. El cigarrillo pendía de sus labios.

—Pues bien, saqué del estante lo que me pareció ser el frasco de bromuro. Así rezaba el rótulo, estaba en su lugar de costumbre y parecía... En fin, sea como fuere, pesé lo que creí era un cuarto de onza de bromuro, como me había ordenado el doctor, y lo puse en un frasco de media onza, el que tiene usted en la mano.

»Sólo esta noche volví al consultorio. Noté entonces que el frasco de bromuro estaba lleno a medias, mientras que la noche anterior había quedado casi vacío

cuando saqué la dosis. No pude imaginar qué había sucedido. Luego comencé a sentirme asustada... especialmente cuando, vi que el rótulo estaba un poco gomoso, como si algo hubiera estado pegado encima.

»Registré los estantes. La única indicación de que había algo malo era que el frasco de estriknina estaba más atrás de su lugar usual en la hilera de los estantes. Es del mismo tamaño que el de bromuro. Su rótulo también estaba gomoso, y su contenido era ínfimo, tal como recordaba que quedó el frasco después de haber dado la dosis a Mr. Hogenauer.

»Entonces comprendí lo ocurrido. Alguien había cambiado los frascos. Alguien pegó un rótulo de bromuro sobre el de estriknina y uno de estriknina, sobre el de bromuro y, en lugar de esto último, había dado yo a Mr. Hogenauer un cuarto de onza de sales de estriknina puras, y después que hube hecho esto, alguien entró de nuevo en el consultorio, despegó los rótulos falsos y puso los frascos en sus lugares respectivos.

»Es muy fácil entrar en el consultorio —agregó con voz monótona—. Hay una puertaventana que nunca cerramos con llave hasta la hora en que mi esposo se acuesta».

Verdad o no —y supuse que la mujer era sincera—, sus declaraciones eran extraordinarias. Tuve que mantenerme inexpresivo, pero me pregunté cómo podría hacer para interrogarla sin traicionarme. Los médicos que ejercen en el campo no suelen tener una cantidad tan grande de estriknina a mano; no la necesitan, ya que para sus usos indicados viene en preparaciones ya hechas. Además, no la tienen en un frasco que esté en exhibición en un estante.

—Perdone usted, señora —dije—, pero es mucho veneno, ¿no le parece? ¿Qué cantidad tienen ustedes?

—A veces hasta dos onzas. No sé si lo entenderá usted, pero mi esposo se especializa en enfermedades nerviosas y del corazón. Ese es el motivo de que tenga formiato de estriknina, el que, como todos saben, es un estimulante muy eficaz. Además, es médico de consulta del Ken Hill Hospital, y se preocupa mucho de los casos que atiende. Por lo general, los médicos disponen de poco tiempo para preparar sus soluciones de estriknina, pero Larry prefiere hacerlo él mismo. El frasco tenía el rótulo rojo que ordena la ley. No quiero que piense usted...

Aturdida, buscó a su alrededor un sitio en el que dejar su cigarrillo. Yo lo tomé de su mano y lo arrojé al hogar vacío. La señora Antrim apoyó la cabeza en el respaldo de la silla.

—Querría tomar un poco de coñac —dijo—. He estado encerrada en esta habitación...

—Lo lamento, señora —la interrumpió Bowers, roncamente—, pero el pobre amo era abstemio. En la casa sólo hay...

Indicó el vaso y la botella de agua mineral que estaban sobre la mesa central. Era la "Eisenwasser" de etiqueta azul y roja, la misma clase de botella con las que

tropezara yo al entrar al patio trasero.

—¡No toque eso, idiota! —le advertí—. Probablemente es el mismo vaso del que bebió Hogenauer. Mezcló con el agua mineral lo que creyó que era bromuro...

—Sí, ya pensé en eso —manifestó la señora Antrim, irguiéndose en la silla—; pero, ¿cómo es que no se dió cuenta inmediatamente de que no estaba tomando bromuro? Es imposible que haya cometido un error así. Me figuro que no sabrá usted lo que son las sales de estriknina. Se disuelven fácilmente, pero tienen el gusto más espantoso que se conoce. Al primer sorbo tiene que haberse dado cuenta de que había algo raro. Sin embargo, bebió medio vaso.

—No pudo haberse dado cuenta si lo tomó con esa agua mineral. Ahí está el quid. Sabe peor que la estriknina. —Me volví hacia Bowers—. Oiga usted, vaya a buscar un vaso, de agua de la cocina para la señora Antrim.

Aun en medio de su aturdimiento e incertidumbre, me pareció que la mujer me miraba con curiosidad mientras Bowers salía de la habitación. Le pregunté si deseaba pasar a otro cuarto; pero se negó, aferrándose con fuerza a los brazos de la silla. Una cosa estaba clara. Encontrábase en un enredo peor que el de antes. No podía salir de la casa que era mi santuario, y, al mismo tiempo, me era imposible permanecer en ella más tiempo. Si la policía me encontraba allí —cosa muy probable—, no solamente me encerrarían en una celda (de lo cual podría librarme en cuanto probara mi identidad), sino que también me retendrían como testigo para la investigación... y debía contraer matrimonio la mañana siguiente. Lo más aconsejable era escapar de la casa, librarme del uniforme policial y confiar en mi buena estrella. Empero, si hacía un solo movimiento sospechoso, Bowers trataría de detenerme. Miré hacia la ventana. Una luz se filtró fugazmente por las tablillas de la celosía. Oí entonces ruido de pasos y voces en el callejón, haciéndome cargo de que mis perseguidores se hallaban cerca. Mi seguridad estaba en esa casa iluminada, ya que ellos buscarían primeramente en todos los rincones oscuros...

—¿Qué le pasa? —me preguntó súbitamente la señora Antrim—. ¿Qué piensa hacer? ¿Se quedará usted ahí parado? ¿No tiene qué informar a sus superiores? Ya no puedo soportar más.

—Un momento, señora. Tendré que oír primero sus declaraciones, si me hace el favor... ¿Cómo llegó usted aquí?

Ella se estremeció.

—Claro. Se lo diré; pero no comprendo por qué se queda ahí parado como una momia. ¿Qué estaba diciendo? ¡Ah, sí! Pues bien, cuando descubrí que los frascos habían sido cambiados...

—¿A qué hora se dio cuenta?

—A eso de las ocho menos cuarto. Estaba esperando que llegara mi esposo en cualquier momento. Había dado toda esa estriknina a Mr. Hogenauer y no quería alarmar a Harry. Mi único recurso era tratar de ponerme en contacto con Mr. Hogenauer. No pensé que ya habría tomado el veneno, pues nos habríamos enterado

de ello. Empero, no podía telefonarle; sabía que no hay teléfono en esta casa. Comprendí que sería necesario venir aquí sin tardanza. Me asomé a la ventana... Vivimos cerca del Coronel... —Hizo una pausa y se pasó la mano por los ojos. Parecía intrigada—. ¿Dijo usted que vió a mi esposo en casa del Coronel Charters?

—Sí, señora, por un asunto de rutina —repuse—. Prosiga usted.

—Dos desconocidos, uno de los cuales tenía un sombrero estrafalario, se alejaban en ese momento en un auto abierto. El Hillman del coronel estaba en el camino de coches, y sabía que no le molestaría si lo usaba para trasladarme aquí. De modo que oculté los frascos en mi habitación... Lo hice por el susto, pues ya no podrían dañar a nadie... y corrí luego hacia la casa del coronel; pero en el momento en que salía de la mía, vi a alguien, el secretario del coronel según creo, que subía al Hillman y se alejaba. Le llamé, pero no se detuvo. De manera que tuve que tomar el autobús. Su ruta es muy larga y tarda muchísimo. Además, desde la parada tuve que caminar hasta aquí. Eran más de las nueve cuando llegué...

—¿Sí?

—Golpeé a la puerta, pero no obtuve contestación. Luego di la vuelta a la casa, probé la puerta de servicio y espí por las ventanas. Comprendí que había sucedido lo peor. Lo supe antes de mirar por la celosía y ver ese gorro rojo que sobresalía por el respaldo del sillón. Lo llamé, pero no se movió.

—¿Cómo es que vió usted el gorro? ¿Cómo supo lo que era? No está demás que sepa —agregué rápidamente— que estamos muy interesados en lo que ocurre en esta casa.

—¿Sí? —dijo, con curiosa entonación teutónica, y me miró fijamente. Luego continuó con serenidad—: Creo que tiene usted razón. Me parece que harían muy bien en investigar. Eso es lo que iba a decirle. Habrá dificultades por este asunto..., ¡pero mi esposo no estará complicado en ellas!... ni yo, si puedo evitarlo... Bien, vi ese gorro porque entonces estaba encendida la luz, aunque no era una luz común. Ya le explicaré.

»Descubrí que la puerta de servicio estaba abierta. De manera que entré. Tenía que asegurarme de lo ocurrido. Esta habitación estaba cerrada, y la llave se encontraba puesta en la cerradura por el lado interior. Pero ya ve usted mismo —indicó con el dedo—, que es una cerradura anticuada. Se coloca un papel por debajo del quicio de la puerta; se empuja luego la llave desde el exterior, cae ésta sobre el papel y puede uno retirarla por debajo. ¡Oh, sí, soy muy hábil! Así lo hice, con un diario que encontré en la cocina. Luego abrí la puerta desde el lado de afuera. Pruébelo usted».

Se levantó de la silla. Era pequeña, con el cuerpo atlético de una nadadora. Noté que sus piernas no estaban muy firmes. Encaminóse hacia el hogar e indicó la rejilla. Por el rabillo del ojo vi que Bowers, vaso en mano, había regresado a la sala. Pero ella no prestó atención al agua, y creo que el criado fué quien la bebió. La señora Antrim señalaba un objeto que había en la rejilla de la chimenea, el que yo ya había

visto al arrojar un cigarrillo. Al verlo creí que era una pluma fuente ordinaria. Mas estaba en un error. Lo recogí y comprobé que se trataba de una linterna pequeña... otro de los aparatitos que agradaban tanto a Hogenauer. La bombilla estaba rota.

—Cuando entré —continuó serenamente la señora Antrim—, la sala estaba a oscuras, a excepción de esta linterna, que estaba encendida. Se hallaba allí —colocó la mano sobre el manto de la chimenea— y su haz de luz pasaba junto al cuerpo de Mr. Hogenauer... así.

Colocando la linterna sobre la repisa, trazó una línea imaginaria hacia el escritorio. Pasaba ésta por sobre la cabeza del muerto, en línea con el cordón de la lámpara, y finalizaba en uno de los estantes de libros de la pared.

—Quise saber qué libros señalaba esa luz en forma tan directa —prosiguió la mujer, algo más animada—. Al investigar vi que no indicaba ninguno. Véalo usted mismo. Hay un vacío en el sitio mismo donde terminaba el rayo de luz, y de allí se han sacado dos libros. Puede usted comprobarlo por las marcas dejadas en el polvo.

La seguí hacia el otro lado del escritorio. Los libros que faltaban eran dos volúmenes de una colección muy bien encuadernada que trataba sobre la ciencia de la aeronáutica antes de la invención de las máquinas más pesadas que el aire. Leí el título: *Astra Castra, Experimentos y Aventuras en la Atmósfera. 1865.*

¿Por qué estaba allí, sentado en la oscuridad, muerto, con una lucecilla que iluminaba un espacio entre los libros? —exclamó ella—. Y eso no es todo. Mire en el escritorio... sobre el secante.

Después de estas palabras retrocedió de nuevo, pues a ninguno de nosotros nos agradaba la mueca del hombrecillo muerto que se iba tornando rígido poco a poco.

El escritorio estaba completamente limpio, a excepción de una cosa. Había una bandejilla de plumas y lápices cuidadosamente ordenados, y un amplio secante con bordes y esquinas de cuero. Sobre el secante veíanse cuatro pares de gemelos de plata amontonados, como si hubieran caído de manos del muerto.

Cuatro pares de gemelos de camisa. Estaban unidos con un trozo de grueso cordel, como si el difunto hubiera querido atarlos como cuentas, asegurando a cada uno con un nudo y anudándolos luego todos juntos. En el extremo del cordel descubrí un lazo. Apartando la vista de ese extraordinario indicio, la dirigí hacia el espacio libre en el anaquel, de donde faltaban dos volúmenes de una antigua obra sobre aeronáutica. Recordé también la declaración de Bowers de que todos los muebles habían sido cambiados de sitio: el escritorio se encontraba junto a una ventana que no le correspondía, el reloj en otra pared, la posición de las sillas alterada.

—¿Y bien? —dijo la señora Antrim.

La contemplé con fijeza.

—Sí, señora. ¿Notó usted todo esto cuando entró? ¿O hizo alguna otra cosa?

Ella pareció algo sorprendida.

—Pues... sí, supongo que algo hice, sin darme cuentista. Ahora lo recuerdo. Lo primero que hice fué encender la luz del escritorio y asegurarme de que Mr.

Hogenauer estaba muerto.

—¿Y cuánto tiempo diría usted que había transcurrido desde que falleció hasta que llegó usted?

—Es difícil de calcular; pero no creo que fuera más de media hora. Yo llegué a eso de las nueve y cuarto. La estricnina tarda mucho en hacer efecto, pero no debe haber tardado más de ese tiempo en matarlo después que la hubo ingerido. Tal vez no fuesen más de veinte minutos. Estaba mal de salud, y ya le faltaba poco para cumplir los sesenta años. Opino que debe haberla bebido a eso de las nueve menos cuarto.

—Prosiga usted, señora. ¿Qué hizo después de comprobar que estaba muerto?

—En primer lugar —respondió, gravemente—, busqué el frasco con el rótulo del bromuro. Estaba allí, sobre el manto de la chimenea. Fué así como golpeé la linterna con el codo y la hice caer. Iba a lavar el frasco y llevármelo...

Bowers se aclaró la garganta.

—¿Y por qué no? —preguntó ella en tono de desafío—. Lo hubiera hecho si no me hubiese encontrado aquí encerrada. Había cerrado la puerta al entrar. De modo que tomé el frasco y me dispuse a ir a la cocina para lavarlo. Pero el picaporte estaba suelto y no funcionaba. Creo que estaba muy asustada o nerviosa; sea como fuere, lo sacudí y me quedé con él en la mano, mientras que la otra parte caía del lado del *hall*. Nada peor podría haberme ocurrido.

—Es mejor que así fuera —exclamé—. Si hubiese llevado ese frasco, habría sido cómplice de crimen.

Ella me miró fríamente.

—Eso es todo, agente —me dijo—. Estuve aquí encerrada. Por supuesto, se me ocurrió escapar por una de las ventanas. ¡Pero mírelas usted! Aparentemente, el pobre Hogenauer las mantenía siempre abiertas pero dejaba cerradas las celosías. Los pasadores están herrumbrados, y no pude hacerlos funcionar. Si me dominó el pánico, es muy comprensible. Aun se me ocurrió levantar una silla, y romper la celosía; pero no tuve fuerza suficiente para hacerlo. Además, hubiera despertado a todo el vecindario. Sin embargo, estaba a punto de probar suerte, cuando oí una horrible conmoción en la parte trasera, mientras ladraban los perros y corrían hombres de un lado para otro. Estaba tan nerviosa que saqué la lámpara del portalámparas, caliente como estaba. Al cabo de un momento llegó usted y habló con una mujer de la casa vecina, diciéndole algo respecto a un asesino que andaba por los alrededores. —Hizo una mueca—. Creo que sabe usted todo lo demás, aunque me figuro que no se imaginará cómo me sentí al estar aquí encerrada en la oscuridad.

—Muchísimas gracias —le agradecí, adoptando la actitud de un funcionario policial. Sólo me hubiera hecho falta una libreta para representar del todo mi papel—. Hay algo más, señora Antrim. Cuando Mr. Hogenauer estuvo anoche en su casa, ¿no le dijo que tenía intención de ir esta noche a Bristol?

Ella abrió los ojos.

—Por cierto que a mí no me lo dijo. Quizá se lo haya comunicado a mi esposo, y,

de todos modos, ahora sabemos bien que no lo hizo.

—Es verdad, pero... —me volví hacia Bowers—... eso es lo que le dijo a usted, ¿verdad?

—Sí, es verdad, como todo lo demás que le contó.

—Pero usted no lo vió marcharse. ¿No lo llevó a la estación en un auto?

—No. La última vez que vi con vida al amo fué después del té, a eso de las seis, cuando me dijo que podía salir si quería. Fué entonces cuando me indicó que regresara temprano, pues probablemente tendríamos un visitante esta noche.

De nuevo intenté aclarar el enredo.

—Él le dijo que intentaba visitar al doctor Keppel en Bristol, y que tenía motivos para creer que Keppel habría salido cuando él fuera. En una palabra, ese señor estaba aquí en Moreton Abbot, y Mr. Hogenauer creía que vendría aquí esta noche. ¿Es eso lo que usted comprendió? Sí. Pero Hogenauer no fué a Bristol y Keppel no vino aquí.

—Tal vez haya venido —murmuró Bowers—, yéndose luego.

—¿Quiere usted decir que puede haber tenido algo en contra de su empleador?

La palabra “empleador” despertó nuevamente sus sospechas, pero Bowers sólo me miró hoscamente.

—¿Cómo puedo saberlo? Siempre hablaban en alemán.

—¿Qué aspecto tiene Keppel?

—¿Qué aspecto tiene? No sé. Es más o menos como el amo, pequeño y delgado, excepto que cojea un poco y tiene cabellos grises muy abundantes. Además, el que cambió los frascos y puso el veneno en lugar del bromuro estaba en Torquay, en la casa del doctor. Allí es donde debe usted investigar.

—¡Mentiroso! —exclamó la señora Antrim.

Era dudoso que pudiese prolongar el interrogatorio algo más, pues ambos esperaban que hiciera yo algo. Sin embargo, la insinuación de Bowers respecto al doctor Keppel me permitió hacer justamente lo que me ordenaran: revisar la sala, y especialmente el escritorio, con el pretexto de ver si algo faltaba. Aunque revisé todo a conciencia, no había en la sala nada sospechoso. El escritorio estaba casi vacío. La habitación se hallaba muy bien arreglada, excepción hecha del diario que había usado la señora Antrim para apoderarse de la llave desde el exterior.

Pero noté algo en el secante. Levanté los gemelos unidos y los puse a un lado, para ver si había algo debajo del secante, y descubrí unas pocas líneas escritas claramente donde habían sido secadas sobre la blanca superficie. Había otros borrones y una que otra letra cruzada sobre lo escrito, pero lo que me había llamado la atención era lo que más se destacaba. Parecía ser algo escrito en inglés.

—¡Acérquelo al espejo! —exclamó Bowers, muy emocionado—. Esta mañana estaba escribiendo una carta. Lo vi haciéndolo.

—¿A quién?

—No sé. Él mismo la echó al correo. Pero escribía muchas. —Bowers señaló una caja de estampillas—. Siempre estaba escribiendo. Más aun, esas palabras no estaban

ayer en el secante; lo recuerdo porque lo miré esta mañana para ver si tenía que cambiarlo. ¡Acérquelo al espejo!

Levanté la carpeta y me encaminé al espejo colocado sobre el manto de la chimenea. Escrito en inglés, con caligrafía pequeña y apretada, y en términos de los más comunes, leí el siguiente mensaje:

plano. Haré la tentativa esta noche, y puedo asegurar a Su Excelencia que tengo esperanzas de éxito. El sobre se halla en la casilla superior de la izquierda del escritorio de Keppel en el Hotel Cabot, Bristol. En vista de las dudas de Keppel, tal vez habría sido más aconsejable tener, aquí a dos hombres de confianza. Pero si logro obtener el sobre estaremos en posesión de conocimientos que

En ese punto se cruzaban líneas que hacían indescifrable el resto del mensaje. Lo miré con incredulidad. Era demasiado simple. Era tan casual como una invitación para cenar. Estaba impreso sobre el secante tan a la vista como si alguien hubiera dibujado una flecha para que fuese hallado. Y, sobre todo, *estaba en inglés*.

¿Pero, por qué no? En el Servicio de Contraespionaje ha corrido una leyenda sobre códigos, cifras, contraseñas secretas y tonterías similares. Los miembros del servicio no suelen hablarse en una jerigonza incomprensible, ni existe un código que el departamento correspondiente no pueda resolver. Aún recuerdo el desengaño que sentí al enterarme de que los Mensajeros del Rey no acostumbran a viajar disfrazados y con un par de pasaportes falsos; ocupan un compartimiento especial del ferrocarril en cuya puerta puede leerse: Reservado para el *Mensajero del Rey*. Cuando alguien tiene algo que decir, suele decirlo claramente. Al fin y al cabo, no estábamos en época de guerra. No había motivo para que el Correo, y mucho menos el Ministerio de Guerra, se mostrara curioso respecto a cartas despachadas desde una pintoresca villa situada en un suburbio no muy alejado del mar.

—Parece una nota oficial —comentó la señora Antrim, al cabo de una pausa. Parecía algo inquieta—. ¿No será que...?

Miré a Bowers.

—¿No vio usted nunca los nombres de las personas a quienes dirigía estas cartas?

—No. Todo lo que sé es que no las enviaba al continente europeo.

—¿Cómo está enterado de eso?

—Por las estampillas —repuso Bowers, en seguida—. Yo las colecciono, y por eso me he dado cuenta. Debería usted saber que las cartas de aquí a América llevan tres medios peniques, y a los países europeos llevan más, ¿comprende? Cada una de las cartas que enviaba el amo, o al menos las que vi yo, tenían estampillas de tres medios peniques... ¡Hola! ¿Qué es eso?

Giró sobre sus talones. Había tomado yo el diario como para envolver el papel secante con él, cuándo se oyeron de nuevo los pasos de los policías en el callejón de la parte trasera de la casa. Pasaban por allí cerca, evidentemente sin sospechar nada,

cuando llegó a mis oídos el chirriar de una ventana que se levantaba en las cercanías. No me resultó difícil identificarla como la ventana de la casa vecina, a la cual asomara la furiosa mujer con quien había hablado poco antes. Esta vez, la vecina chistó a los policías para llamarles la atención.

—¿Ya le apresaron? —gritó roncamente.

Sobrevino un momento de silencio.

—Todavía no, señora Mac Corseter —respondió la voz del sargento que me capturara—. Pero le encontraremos; no tema usted. Las patrullas están recorriendo todo el barrio. No podrá escapar.

—Deberían ustedes avergonzarse —declaró ásperamente la señora Mac Corseter—, ¡hombres tan grandes como ustedes! Es una vergüenza que las personas decentes no puedan dormir tranquilas sin que un maniático homicida ande corriendo...

—¿Eh?

La señora Mac Corseter pintó entonces con su lengua un cuadro horroroso, que hubiera puesto la carne de gallina al más valiente.

—¡Oiga usted! —exclamó el sargento, algo amoscado—. No hay ningún maniático homicida, señora. Sólo se trata...

—No trate usted de engañarme —le interrumpió la vecina—. Pago mis impuestos y no lo permitiré. Fué un policía quien me dijo que se trataba de un loco peligroso, armado con una navaja llena de sangre, de modo que no trate de engañarme. Más aun, su subordinado se cuidó muy bien de no encontrarse con el criminal. Entró en “Los Alerces” hace más de media hora, y no sé qué puede estar haciendo allí todo este tiempo.

De nuevo se produjo un silencio amenazador.

—Pero yo sí lo sé —declaró el sargento—. ¡Entre usted, Dennis!

Oyóse ruido de pasos apresurados, un chirrido cuando se abrió la portezuela del jardín trasero, y luego el estrépito de las botellas de agua mineral al ser atropelladas. La señora Antrim y Bowers se volvieron muy lentamente para mirarme con gran fijeza.

VI

EL DIARIO DE LAS CIEN LIBRAS

Los sabuesos se me echaban encima, a pesar de las botellas; mi santuario habíase esfumado, y se me presentaba la perspectiva de una celda. No había tiempo para discutir o dar explicaciones.

—Perdonen ustedes —dije, y eché a correr.

Como estaba cerca de la puerta, me hubiera sido muy sencillo cerrarla y retirar el picaporte, dejando a mis dos compañeros aprisionados allí. Mas no deseaba hacerlo. Era necesario que la puerta quedara abierta de par en par, pues era lógico esperar que el espectáculo del cadáver detuviera a mis perseguidores lo suficiente como para darme unos segundos de ventaja.

Los policías —parecían ser dos— eran muy veloces. Yo mismo no me demoré nada en absoluto en salir al *hall*, pero estaban ya a un paso de la puerta trasera cuando llegué yo a la entrada principal. Mas no salí; demasiado conocía esos jueguitos de mis días de aventuras. Apagué las luces del *hall*, abrí la puerta y volví a cerrarla estrepitosamente. Luego crucé el oscuro *hall* y me introduje en una habitación situada a la derecha, sobre el frente de la casa.

Me encontré en un cuarto oscuro y de pesada atmósfera, en cuyo interior relucían débilmente los antiguos muebles a la luz que penetraba por la ventana. En mis manos llevaba el diario con el que había estado envolviendo el papel secante, y se me ocurrió una idea en el momento mismo en que los representantes de la ley penetraban en la casa. No había esperado que la señora Antrim gritara, pues no parecía ser una mujer histérica; pero al entrar los policías dejó escapar una exclamación que sirvió para atraer la atención de ambos agentes hacia el cadáver. Con toda la rapidez de que fui capaz, me quité la chaqueta, el casco y el cinturón. Tal vez debí haberlos arrojado a un lado; pero no quise hacerlo en vista de lo útiles que me habían sido hasta el momento en todas partes. Mi americana estaba en la comisaría. De manera que me quité el chaleco, arrollé las mangas de mi camisa y doblé el cuello para adentro, convirtiéndome así en un vecino que sale a tomar aire en *deshabillé*. El resto de las ropas las envolví en el diario, en el momento mismo en que el sargento gritaba roncamente en el *hall* y alguien corría hacia la puerta de salida.

Me encaminé hacia la ventana y espí el exterior desde detrás de la cortina de encajes. El farol de la calle daba una luz muy débil, y uno de los alerces arrojaba profundas sombras sobre un costado de la ventana. Se abrió la puerta principal; mas no fué el sargento quien salió. Era, seguramente, “Dennis”, uno de los que estaban

arreglando el automóvil cuando escapé de la comisaría. El hombre no me conocía. Dennis cojeaba un poco, y vi que se acariciaba la rodilla. Cuando se volvió, noté en su rostro una maligna expresión que no es permitida a los miembros de la fuerza policial, pero que era perfectamente comprensible.

El agente no se dejó engañar por la treta que le había jugado. Corrió hacia la calle, miró de derecha a izquierda, iluminó de paso el jardín, y regresó luego hacia la casa. Se hizo cargo de que yo seguía en el interior. Me oculté en el momento en que el haz de luz de su linterna iluminó mi ventana y pasó de largo. Dennis volvió por el sendero y le oí hablar con su sargento en el *hall*.

—Haga sonar el silbato entonces —le dijo el sargento—. Póngase de guardia en el frente, y yo cuidaré la trasera hasta que...

Tenía que arriesgarme. Levanté la hoja de la ventana tan suavemente como pude y pasé al exterior con el paquete todavía en mis manos. Dennis parecía estar en el interior de la casa, y la sombra proyectada por el árbol era muy intensa. Me agaché, manteniéndome pegado al húmedo césped. El ruido de la ventana al levantarse, y aun el crujir de la baja cerca cuando salté por sobre ella para llegar a la acera, fueron ahogados por los gritos que lanzaba Bowers en el interior de la casa. Hallábame a punto de escapar, cuando Dennis salió de la casa, a menos de dos metros de donde me encontraba yo, y me vió en el momento en que se llevaba el silbato a los labios.

Si hubiera tratado de huir o hubiese permanecido quieto, se me habría echado encima. Mi única alternativa era marchar directamente hacia él y confiar en la suerte.

La portezuela de “Los Alerces” estaba a menos de un metro y medio. Cuando Dennis levantó la vista, me encaminé hacia ella, entré en el sendero con el paquete entre mis brazos, y fingí tropezar con él.

—¿Por qué no mira por dónde va? —gruñí—. ¡La ropa limpia! —agregué, poniéndole el paquete debajo de las narices.

Esto fué demasiado.

—No quiero saber nada con esa condenada ropa limpia —aulló Dennis, quien estaba muy nervioso esa noche.

—La ropa limpia —insistí—, para la señora Mac Corseter. Camino del Valle. Dijo que era urgente.

Dennis se puso tan furioso que estuvo a punto de no poder hacer sonar su silbato. Por la puerta abierta del *hall* pude ver al sargento, a quien seguían Bowers y la señora Antrim, que iba hacia la puerta trasera; si se volvían, estaba perdido.

—La casa vecina —me dijo Dennis—. ¡Váyase ya! —agregó—... ¡Un momentito! ¿No vió usted a...?

Dije que no.

—¡Pero, oiga! ¿Para qué andan ustedes por los techos? Acabo de ver a un policía trepando por ese techo —declaré en tono extrañado—, y...

—¡Ah! —exclamó Dennis—. ¡Bueno, váyase ya!

Era hora, pues otros dos, policías se acercaban por la calle. Dennis habíase vuelto

hacia la casa para indicar que el fugitivo había subido al techo, confirmando así su creencia de que seguía en el interior. Los que se acercaban por la calle debían haber oído la orden que me dió Dennis de retirarme, olvidando mencionar a la señora Mac Corseter, de manera que me alejé en dirección opuesta a la de ellos.

Transcurría el tiempo, pero no oí señales de persecución. La esperaba, ya que las cosas se aclararían en cuanto vieran la ventana abierta a la sombra del alerce; empero no había ruido alguno que indicara que me perseguían. No vi a nadie por la calle. Sin embargo, en cualquier momento podría encontrarme de manos a boca con una partida de policías, los que seguramente no estarían en el mismo estado de ánimo que mi amigo Dennis. Marché a paso normal alejándome de la Avenida Liberia y formulando planes asesinos que concernían a H. M. En el momento en que un reloj público daba las once, llegué a una calle transversal y vi lo que buscaba: una cabina telefónica.

Naturalmente, estaba iluminada y sus paredes de cristal no daban más refugio que una vitrina; pero una vez que pudiera ponerme en contacto con H. M. o con Charters, no tendría ya que preocuparme. Dejé el paquete en el suelo y busqué algunas monedas en el bolsillo. Sólo entonces recordé claramente que mi billetera estaba en la americana que había dejado en la comisaría, en el bolsillo de mis pantalones encontré la suma de tres peniques y medio en monedas de cobre... nada más.

Empero, como Torquay se hallaba apenas a diez millas de distancia, tres peniques me bastarían para efectuar la llamada. Me comuniqué con la central y expliqué que deseaba hablar con el Coronel Charters, ya fuera en su oficina o en su casa. Aun en esos momentos temí fracasar en mi tentativa, y estuve a punto de lanzar un grito de alivio cuando llegó a mis oídos la voz de Charters.

—*¡Amigo mío!* —le dije, concentrando en esas dos palabras toda la furia que me embargaba.

Charters se aclaró la garganta ruidosamente, y habló luego con ese tono altivo que suelen emplear las personas investidas de autoridad, cuando comprenden que han cometido un error.

—¿Blake? Lo siento mucho, Blake. Me temo que hemos cometido un error. Ya está todo arreglado; se le dejará en libertad en seguida. Ya he dado orden para ello. Merrivale descubrió... Supongo que estará usted en la comisaría, ¿no?

—No, no estoy en la comisaría, sino en una cabina telefónica perdida en el desierto; en mangas de camisa y con sólo medio penique en el bolsillo. Toda la fuerza policial de Moreton Abbot me ha estado persiguiendo durante un tiempo que me ha parecido eterno, después de haberme encerrado en una celda por orden *suya*. Tengo aquí en un paquete un uniforme policial y una linterna robada, y llevo puesta un poco de mi ropa. Podría agregar que me gustaría mucho ahorcarle con mi corbata.

—¿Trató usted de escapar? ¡Blake, no sabía que era usted tan loco! Si se hubiera contentado con esperar...

Cerré los ojos.

—Coronel Charters —le dije—, el tiempo vuela y no vale la pena discutir con un

hombre como usted, que no conoce la gratitud. Lo que quiero explicarle es que ESCAPÉ, y antes de que sigamos, ¿quiere usted decirme qué pasó y por qué me arrestaron?

La voz de Charters era trémula cuando me contestó:

—Fué Serpos... Joseph Serpos, ¿sabe usted? Mi secretario. Me cuesta creerlo, Blake; nunca pensé que haría algo así. A decir verdad, debe haberlo tenido todo planeado con anticipación. Abrió la caja de hierro y se escapó con su contenido. Sabe que no soy rico; pero parece no estar enterado de que lo que sacó de la caja eran las pruebas del caso Willoughby. No estaba aquí cuando apresamos a éste. ¡Qué idiota! En fin el caso es que preparó una maleta, se apoderó de mi auto y huyó una hora antes de que usted se fuera...

—Sí, pero, ¿por qué me hicieron arrestar a mí?

—De eso tiene la culpa el doctor Antrim. Dice que se encontró con usted en el camino de coches. Estaba nervioso, o confundido. Cuando usted salió, según recordará, Merrivale y yo íbamos a mirar las pruebas del caso Willoughby. Descubrimos el robo... y una nota muy cortés de Serpos en la que decía que se iba y sería inútil tratar de seguirle. En ese mismo instante entró Antrim. No sé por qué, parecía tener sospechas de usted. Juró que debía ser usted quien robó la caja, pues le había visto escapando *en mi coche*. Naturalmente, sabíamos que era Serpos el ladrón, pero nos figurábamos que se había llevado el Lanchester de Merrivale por ser más veloz... Por ese motivo —continuó Charters, acerbamente—, Merrivale concibió la brillante idea de que el cambio de automóviles era un complot: de que Serpos había elegido deliberadamente el Lanchester para que creyéramos que usted se había ido en él; que si le detenían fingiría, ser usted. De modo que ordené arrestaran a un hombre que guiaba un Lanchester con patente AXA 564, en el cual llevaba una maleta negra. Avisé que tal vez diera el nombre de Blake. Antrim juró enfáticamente que se había usted ido en el Hillman azul...

—Debe estar ciego. Los coches no se parecen en absoluto. Además, había otra persona presente cuando hablé con Antrim: un americano llamado Stone.

—Quien afirmó que no sabe distinguir uno de nuestros coches del otro —replicó Charters, secamente—. Los autos ingleses son un misterio para él. ¡No me hable de Stone! Entre él y Merrivale se suscitó un altercado, pero dejemos eso ahora. No nos dimos cuenta del cambio de los autos hasta, que recibí el mensaje de que la maleta negra del siniestro criminal que habían apresado contenía un juego completo de herramientas para el robo. —(Llegó a mis oídos la voz de H. M. que parecía protestar o querer transmitirme algún mensaje)—. Me imagino que no se ha dado cuenta de que arruinó usted todo, Blake. No sé cómo escapó. De todas maneras, ahora no tendrá oportunidad de registrar la casa de Hogenauer o el escritorio grande o...

—Todo lo contrario —le interrumpí—, todo lo contrario. Ya lo he hecho, a pesar de sus sabuesos.

Le relaté todo lo ocurrido, tan rápida y concisamente como me fué posible. En

mitad de mi narración intervino la telefonista pidiendo que depositara más dinero; mas, al cabo de agitada discusión, conseguí que cargaran el resto de la llamada a Charters. Por otra parte, parecía haber ciertas dificultades al otro lado de la línea, mientras Charters transmitía los informes que acababa de darle. Alcancé a oír algo lejana la voz de H. M., como así también la de otra persona. Concluí citando palabra por palabra, según las recordaba, las líneas que había descubierto en el secante.

—En consecuencia, no podría haber huido si los policías no se hubiesen llevado la sorpresa de encontrar el cadáver. El asunto es éste: está muy bien que dijo usted que telefoneó a la policía para ordenarles que me dejaran en libertad; la cuestión es que ahora me necesitan como testigo principal de un caso de asesinato. Aunque estén convencidos de que no tuve nada que ver con ello, no habrá boda para mí mañana si me capturan. ¿Quiere usted pensar un poco y decirme de qué manera podré librarme del enredo?

—Hogenuer... ingirió... estircnina... —dijo quedamente Charters. Pareció cortarse la comunicación, y agité la horquilla— Merrivale seguirá hablando —me informó entonces Charters.

—¿Qué tal, Ken? —retumbó la voz de H. M. en mi oído.

—En cuanto a su participación en este asunto —le espeté—, guardaré silencio. Pero, por favor, a ver si le ocurre otra inspiración. Piense algún, medio sutil por el cual pueda librarme de este enredo. ¿Puede hacerlo?

—Pues... vamos a ver —repuso el viejo. Me lo imaginé rascándose la barbilla con el índice—. He estado pensando durante los últimos dos minutos y creo que ya se me ha ocurrido algo. Ajá, podremos sacarle del apuro...

—¿Sí?

—El sobre está en el casillero superior de la izquierda del escritorio de Keppel en el Hotel Cabot, Bristol —citó H. M.—. Pues bien, Ken —agregó, como si se le hubiera ocurrido una idea genial—, lo único que puedes hacer es correr hacia Bristol y robar ese sobre antes de que regrese Keppel. ¿Eh?

Me aparté un poco para mirar fijamente el aparato telefónico. La proposición que acababa de oír indicaba el descaro más absoluto.

—¿No se quedará satisfecho hasta que dé con mis huesos en la cárcel? —inquirí—. ¿Es necesario que me condenen a veinte años de prisión a fin de que esté contento? ¿Qué le pasa? H. M., no lo haré, se lo juro.

—Le apuesto a que lo hace —replicó alegremente el viejo—. ¿Quiere apostar algo? Escuche usted, Ken. ¡No se ponga así! Lo hará usted por su propia voluntad. ¿Sabe quién está aquí a mi lado, hablándome al oído? Muy bien, se lo diré. Es el encanto de su corazón, su adorada, su futura esposa, Evelyn Cheyne...

—¿Qué?

—Ajá... ¡Calla, pequeña! —ordenó a alguien que estaba a su lado, y se volvió de nuevo al teléfono—. ¿Qué puedo hacer yo si ella le sigue? ¿Tengo la culpa si insiste en perseguir a su enamorado? Llegó aquí menos de diez minutos después que se fué

usted, y dijo que no pensaba perderse esta aventurilla. Ahora bien, si no va usted a Bristol, ella lo hará; se ha ofrecido buenamente. De manera que piénselo mejor y vaya con ella, para protegerla. Ya sabe que suele arriesgarse mucho, hijo...

»¡No, no es una extorsión! Ni lo piense. ¡Caramba, Ken! ¿No se da usted cuenta de que es la única forma de hacerlo? Si le consuela eso, le garantizo que Charters y yo podemos arreglar las cosas para que no se vga envuelto en el asunto de Hogenauer, de manera que no tendrá que declarar como testigo ni asomar las narices otra vez por Moreton Abbot. Mas no puedo hacerlo inmediatamente; es decir, será imposible arreglar el asunto en dos horas, pues habrá que hablar con algunas personas influyentes. ¿Comprende? Y son las próximas dos horas las que tienen importancia para nosotros. Ken, debe usted ir a Bristol esta noche y robar ese sobre antes de que Keppel regrese al hotel. Además, tiene que ir en tren. El camino es largo, y es necesario obrar con presteza.

—¿Con medio penique en el bolsillo —le dije—, y sin chaqueta?...

—¡Claro! —declaró H. M., con gran frescura—. En eso le ayudará su novia. Hay un tren de Plymouth que llega a Moreton Abbot a las once y veinte. Es el rápido que va a Londres, pero hace varias paradas, y Bristol es una de ellas. Será difícil que podamos hacerlo; pero llevaremos a la joven a Moreton Abbot lo más rápido posible, y creo que llegaremos. Encuéntrese usted con ella en el andén. Ella no podrá ir a buscarle adonde está usted porque la estación está al otro lado del pueblo, y entonces perdería el tren. Le esperará a usted con bastante dinero y con una de las americanas de Charters, ya que se cuida usted tanto de su indumentaria. Eso es todo. ¿Qué le parece?

—Espléndido. ¿Y si pierdo el tren?

—¡Vamos, vamos! —gruñó H. M., en tono conciliatorio—. Ya podrá usted hallar la forma de llegar a Bristol si ella también puede hacerlo. Tenemos que darnos prisa, Ken. Adiós.

Se cortó la comunicación.

En vano agité la horquilla. En vano dije al aparato telefónico que nunca había estado antes en Moreton Abbot y no tenía la menor idea respecto a la ubicación de la estación ferroviaria... excepto el hecho de que se hallaba al otro lado del pueblo. En vista de las circunstancias, lo más probable era que tuviese que preguntar a un policía.

Empero, nada ganaría con quedarme en una cabina telefónica iluminada, a la vista de todos. Salí a la calle y la vi desierta. Al azar doblé una esquina y me apoyé contra un seto para reflexionar sobre mi situación.

Para llegar a la estación había un sólo medio seguro. Aún estaba en mi poder el equipo del Perfecto Policía. Muchos automóviles andaban por la calle. Podía ponerme las ropas policiales, detener a algún auto y hacerme llevar a la estación para detener a un fugitivo que deseaba escapar en el tren de las once y veinte.

De nada valía quedarme allí y lanzar un rosario de maldiciones. Mi novia, con su

acostumbrado gusto por la aventura, había insistido en meterse en el enredo, y ahora era yo quien debía protegerla. Debí haber adivinado por su risita que no obedecería mi orden de quedarse en su casa. Me pregunté qué estaría pensando su padre en esos momentos. Claro está que el hecho de que estuviéramos juntos tal vez mejorara un poco las cosas, mas no aclaraba el enigma al que me veía abocado.

Pues me era imposible hallarle sentido alguno al asunto. Me hubiera gustado saber qué pensaba H. M. de todo eso. En cuestión de expresar sus opiniones respecto a cualquier punto, es casi imposible hacerle callar. Mas no había dicho nada acerca de lo que me interesaba. Claro está que tal vez se debiera su reticencia al aparato telefónico. Como yo, H. M. detestaba hablar mucho por teléfono; prefiere hacerlo cara a cara, y las conferencias telefónicas prolongadas le ponen nervioso. Ambos estamos acostumbrados a lanzamos los hechos a la cara y rápidamente. Empero, no había podido enterarme de lo que Serpos robara de la caja de hierro, algo que parecía ser tan valioso y respecto a lo cual se había hecho tanto escándalo.

Y esto no era nada si se lo comparaba con las curiosas circunstancias del asesinato. En “Los Alerces”, en el Camino del Valle un hombre había muerto envenenado con estriknina. El problema en sí era bastante claro: evidentemente, había echado él mismo la dosis (contundiéndola con el bromuro) en un vaso de un agua mineral de gusto extraordinariamente desagradable. Lo confuso eran las circunstancias que rodeaban al hecho. Teníamos una serie de acontecimientos como los siguientes:

Esa mañana, durante el desayuno, Hogenauer dijo a Bowers que pensaba ir a Bristol, que se había asegurado de que Keppel no estaría en su hotel, al cual haría una visita subrepticia. Advirtió también a Bowers que esperara un visitante en “Los Alerces” esa misma noche, visitante que probablemente sería Keppel. Durante la mañana, Hogenauer escribió una carta a alguien a quien trataba de “Su Excelencia”, comenzando en un fragmento con una referencia a “planos” (aeroplanos posiblemente), mencionando que “haría la tentativa esa noche” para apoderarse de un sobre que se hallaba en el escritorio de Keppel, e interrumpiéndose con un comentario acerca de conocimientos valiosos. Créase que Keppel estaba ahora en Moreton Abbot. La misma mañana, fué a ver a Hogenauer, y cuando se retiró — según afirmaciones de Bowers—, Hogenauer le entregó algo que parecía ser “un sobre doblado en dos”. Bowers vió por última vez a Hogenauer a las seis de la tarde, cuando el criado se retiró de la casa. A esa hora, el difunto advirtió de nuevo a su criado sobre la posible visita de esa noche, agregando que posiblemente Bowers no vería a su visitante. Hogenauer ingirió el veneno alrededor de las nueve menos cuarto. Su cadáver fué descubierto, poco más de media hora después, por la señora Antrim. La puerta de la sala en que se hallaba estaba cerrada con llave por el lado interior. En la habitación se habían cambiado de sitio varios muebles, una luz colocada sobre la repisa de la chimenea señalaba un espacio libre en los anaqueles de donde faltaban dos libros sobre aeronáutica, y sobre el escritorio de Hogenauer había

cuatro pares de gemelos de camisa.

Al llegar a este punto me hice cargo de que debía dejar de reflexionar y ponerme en campaña. No convendría que me demorara en llegar a la estación. Desaté el paquete. Me puse el chaleco y la corbata, y comencé a abotonar otra vez la chaqueta de policía para la segunda etapa de mis aventuras. Mi reloj, que aún descansaba seguro en el bolsillo del chaleco, me dijo que eran las once y cuarto. A corta distancia distinguí las luces de un automóvil que se acercaba lentamente. Arrojé a un lado el diario, que había servido para varios propósitos esa noche desde que la señora Antrim lo hallara en la cocina, y, en el momento en que se abrió al caer al suelo, sirvió una vez más. Algo blanco cayó de entre sus páginas sueltas y fué a dar al pavimento.

Lo recogí. Era un billete de cien libras.

VII

EL DEMONIO EN LA MALETA

—¿A la estación? —inquirió el que guiaba el auto—. ¡Sí, cómo no! Encantado de llevarle. Suba usted. A decir verdad, hacia allí iba.

Era un individuo obeso y amable que lucía una gorra a cuadros y guiaba un viejo automóvil de turismo cuya parte posterior estaba protegida por cortinas laterales. Abrió la portezuela del asiento delantero, pero yo salté a la trasera.

—Me sentaré aquí, si no tiene inconveniente —le dije—. Ese pillo a quien busco estará sobre aviso. Si ve a un policía, echará a correr. Será mejor que esté oculto. Dijo usted que iba a la estación... ¿piensa tomar el tren de las once y veinte?

—¿Yo? ¡No, no, no! —respondió, haciendo un amplio ademán. El auto reanudó la marcha en dirección contraria al Camino del Valle—. Voy a esperarlo. Mi esposa vuelve hoy de los Estados Unidos. El tren recoge a los pasajeros del *Queen Victoria* en Plymouth. Probablemente no llegará a horario, pues siempre ocurre lo mismo.

La noticia me satisfizo, aunque no me agradaba la perspectiva de tener que esperar en la estación. Mi compañero demostró gran interés en el villano que robara al Alguacil Mayor, y me interrogó largo y tendido sobre el asunto, llegando al punto de protestar airado contra la condición en que estaba la justicia británica. Me encontraba yo bien protegido por las polvorientas cortinas del coche, y no temí que me descubrieran cuando pasamos por el centro del pueblo. Pero la estación estaba mucho más alejada de lo que creyera. Avanzábamos lentamente mientras mi compañero conversaba a más y mejor, y casi me pareció oír el reloj que se tragaba el tiempo en mi chaleco. Mientras tanto, meditaba profundamente sobre la cuestión del billete de cien libras que estuviera oculto entre las páginas de un periódico viejo. La señora Antrim afirmó haberlo hallado en la cocina —aparentemente su declaración no se apartaba mucho de la verdad, pues era un *Daily Telegraph* fechado cuatro días atrás—, pero rara vez trata la gente de esta forma a los billetes de tanto valor. Por consiguiente, la señora Antrim no había encontrado el diario en el sitio que mencionó o el billete no estaba en él cuando lo encontró ella. Y en tal caso, ¿cuál era la explicación del misterio?

—¡Cielo santo, ha llegado a horario! —exclamó mi compañero.

Acabábamos de entrar en el espacio abierto frente a la estación, y las manecillas del reloj de la torre señalaba las once y diecinueve minutos y medio. Desde cierta distancia llegó a nuestros oídos el agudo silbato del tren. Frente a la estación vi varios taxis, pero no encontré a Evelyn. Entre las dos alas del edificio se hallaba una

puertecilla con un ordenanza de guardia que era el encargado de recoger los pasajes. Ni siquiera tenía un penique con el cual pagar la entrada al andén; sin embargo, esto no importaba si Evelyn no llegaba a tiempo. El peligro mayor residía en la presencia de algunos verdaderos policías que estuvieran de guardia en la plataforma. Lo que deseaba hacer era quedarme oculto en el auto hasta que pudiera echar una ojeada en mi derredor; pero mi compañero no me brindó esta ansiada oportunidad.

—¿Está aquí? —susurró, roncamente.

—No. Creo que...

—Entonces debe estar en el andén —dijo el otro.

Sus robustas piernas, cubiertas con medias de golf de color pardo, se movieron rápidamente cuando se apeó del vehículo.

—¡Ahora tendré algo que contarle a mi esposa e hijos! —exclamó, mientras abría la portezuela de la parte trasera, exponiéndome a la vista de los conductores de taxis y de uno que otro mozo de cordel—. ¿No sería mejor que se diera prisa? Tengo que recibir a mi mujer dentro de un momento, y me gustaría ver el final del asunto antes.

No me quedaba otro remedio que apearme. Los mirones me observaron con interés al ver que me acercaba a la portezuela, y varios se aproximaron. Mi compañero pasó, colocando su penique en la ranura correspondiente y haciéndome señas para que le siguiera, lo cual exacerbó la curiosidad de todos. Eché una mirada al andén. Vi en él a unas seis personas, mas no estaba Evelyn entre ellas. El estrépito del tren que se aproximaba hacía vibrar toda la estación, y en ese momento apareció el haz de luz de su reflector doblando una curva.

—¡Pase usted! —me urgió mi compañero—. Usted no necesita pagar, ¿no es verdad? —agregó, volviéndose al funcionario del ferrocarril—. Un terrible criminal quiere escapar en ese tren... Robó al Alguacil Mayor...

El ordenanza abrió la portezuela. Detrás de mí alguien habló en tono excitado. Una mano pasó por sobre mi hombro y su índice señaló hacia el andén.

—Sí —dijo la voz—, y allí está.

Entró el convoy, ahogando el sonido de su voz, pero ya todos la habíamos oído. Iluminado por el reflector se hallaba un hombre al borde de la plataforma. Era alto, delgado y algo cargado de hombros; tenía el cuello vuelto hacia atrás y nos miraba por sobre el hombro. Gastaba grandes anteojos y en su rostro largo y flaco se reflejaba una expresión de profundo temor. No se movió; solamente miraba con extraordinaria fijeza. Por un momento temí que se desplomara sobre los rieles, al paso del tren. Pero se recobró en el momento en que pasaba el convoy, aminorando la marcha, y, girando sobre sus talones, el individuo se alejó a paso vivo.

Una voz gritaba ya que detuvieran al ladrón. Creo que hasta el ordenanza encargado de la portezuela abandonó su puesto cuando todos pasamos al andén; tuve que ir, pues todos me miraron al avanzar. Nuestra presa no se alejó mucho. Un mozo de cordel le tocó en el brazo y el individuo se detuvo atemorizado.

Cuando llegamos a su lado, un par de mis acompañantes parecieron asombrados,

y yo estuve a punto de darle mis excusas. El individuo era un clérigo... al menos así lo indicaban sus ropas. Vestía una chaqueta oscura, el camisolín, el cuello clerical y un sombrero negro. Si hubiera mantenido el dominio de sí mismo, los cazadores se habrían excusado y él podría haber huido. Mas no fué así. Tenía la frente cubierta de transpiración y en sus ojos se reflejaba el miedo.

—Está bien —dijo, en voz apenas audible—. Está bien, está bien —repitió, con leve entonación extranjera—. Iré con usted. Ya sabía que no podría escapar. Estaba seguro de que esa maldita señora Antrim me vió cuando subía al coche...

Miré la maleta negra que llevaba en la mano, y me hice cargo de la situación.

—Usted es Mr. Joseph Serpas, ¿verdad? —le dije.

—Sí. Yo... ¿Cómo me descubrieron vestido así? —preguntó a su vez, en tono plañidero—. Tenía todo preparado. Estas ropas; el pasaporte. Yo...

—¡Hágale la advertencia de costumbre! —dijo en ese momento la voz de uno de los curiosos—. Debe usted hacerlo. Así lo manda la ley.

Serbos se llevó la mano a la frente.

—Sáqueme de aquí —rogó—. Me... me entrego. Será mejor que se haga cargo de esto. Ya sabe lo que hay adentro. Tómela.

Puso en mis manos la maleta negra que mantenía el producto de su robo.

—¿No toma nota de lo que dice? —preguntó la misma voz de antes—. ¿Dónde está su libreta? Debe usted escribir sus declaraciones. ¿Dónde está su libreta?

Ya se me subía la mostaza a las narices. Me hubiera agradado aplastar la cara del que hablaba. A nuestro alrededor aumentaba el gentío, mientras me encontraba allí parado con el prisionero a quien tenía por fuerza que arrestar. ¿Qué diablos podría hacer con él? Esta vez el asunto estaba bien claro: tratábase de una cuestión que atraería a un verdadero representante de la ley en cualquier momento.

Miré por sobre las cabezas de los curiosos, viendo toda clase de rostros... menos el de Evelyn. Habíase producido cierta confusión a causa de las personas que descendían del tren (mi celoso amigo de la gorra a cuadros estaba abrazando a una obesa señora, aunque miraba por sobre el hombro de la dama para ver cómo seguía el asunto), y una serie de carretillas de mano iban de un lado a otro con las maletas de los pasajeros. Vi las cabezas asomadas a las ventanillas de los coches, como así también el coche-comedor con sus mesas bien servidas, lo cual exacerbó un apetito que no podría ser satisfecho con el medio penique de que disponía.

En ese momento divisé al fin a Evelyn.

Volvía la cabeza en el instante de ascender a un compartimiento de primera clase. Parecía nerviosa y afligida; sus ojos recorrieron el andén. Detrás de ella, en el mismo compartimiento vi nada menos que a Mr. Johnson Stone, que se aprestaba a colocar su sombrero en uno de los asientos. Se incorporó y noté el brillo de sus lentes y el cigarro que tenía en la boca. En ese momento me vio.

Contempló mi uniforme y no exagero al decir que le saltaron los ojos de las órbitas. Le vi extender la mano y tocar el brazo de Evelyn.

—¡Por el amor del cielo, mire usted! —exclamó—. ¡Otra vez disfrazado!

El curioso que hablara antes seguía insistiendo a mi lado.

—¿Por qué no le registra? —decía—. Tal vez está armado. Iré a buscar a otro policía...

Mientras ordenaba a los curiosos que se apartaran, hice una seña para indicar a Evelyn que se quedara donde estaba hasta que yo me librara del enredo. Si corría ahora hacia el tren estaba perdido. Por otra parte, el convoy partiría en un instante. Por el rabillo del ojo vi que el jefe de estación se acercaba con el reloj en la mano.

—¿Qué pasa aquí? —protestó—. ¿Qué ocurre, agente?

—Lamento el revuelo, señor —repuse—. Este hombre acaba de entregarse; hay orden de llevarlo a Torquay. El Alguacil Mayor...

—Un momento. ¿Quién es usted? Nunca le he visto en la estación, y reconozco a todos los policías de este pue...

—No, señor. Vengo de Torquay. Misión especial.

—¡Ah, bien! —asintió el otro lanzando un suspiro de alivio—. No conviene que haya dificultades aquí... ¡Apártense todos, por favor!... Puede usted llevarle a Torquay, si quiere, amigo. Número 3... por aquel lado. Ese tren es el último que va a Torquay esta noche. Vamos; le acompaño.

Ya se cerraban las portezuelas del tren de Londres.

—Oiga usted —dije al jefe de estación, llevándole aparte—, se trata de algo muy importante. Es necesario que revise esta valija. ¿No hay algún sitio privado donde pueda llevar a mi prisionero? —indiqué con la cabeza a Serpos, quien no se había movido—. Además, ¿no podría hacer que esos curiosos se fueran y reservarme un compartimiento en el tren de Torquay?

—Yo mismo me ocuparé de eso —repuso el hombre—, y haré despejar el andén en medio minuto. ¿Un compartimiento? Si. Puede usted llevarle a la sala de espera, si quiere. No hay nadie allí.

Serpos se estaba enjugando la frente y trató de librarse de mi mano cuando le conduje rápidamente hacia la sala de espera, la que estaba momentáneamente desierta. Me alivió ver que una puerta entreabierta daba a la calle.

—Muy bien —le dije—. ¡Váyase! ¡Rápido, antes de que le vean!

Serpos habíase dejado caer en un banco ubicado junto a la pared. Tenía las manos sobre el rostro y me pareció que estaba sollozando; pero al acercarme más comprobé que maldecía por lo bajo en voz quebrada por la emoción. De entre sus manos salía un interminable monólogo.

—¡Malditos sean! ¡Malditos! Estaba seguro de que los policías eran unos idiotas. Eso es lo que duele. Siempre creí ser listo... No fué la Antrim... Si no hubiera perdido tanto tiempo; si me hubiera escapado, en lugar de ocultar el auto y perder tres horas preparando una pista falsa...

Le compadecí un poco, y, de todos modos, tenía el producto de su robo en la maleta negra.

—¿Me oye usted? —insistí—. Le dejo ir. ¡Salga por allí!

Levantó el rostro en el momento en que se oía el estrépito de las portezuelas del tren que se cerraban.

—No —repuso—. No. Aceptaré el castigo. Iré con usted. Puede ser que...

Me pareció notar una expresión astuta en sus ojos castaños y se me ocurrió que su arrepentimiento era exagerado. De haber interpretado en ese momento su mirada, habría tenido en mis manos la clave del asesinato. Pero sus pensamientos parecieron fijarse en algo que le había dicho yo, y, de pronto, su rostro perdió su palidez y se puso en pie.

—Ya veo —manifestó serenamente—. Quiere que huya, ¿no? No es usted de la policía, ni lo enviaron Charters o Merrivale. Sé de donde viene, y está usted enterado de todo. Sí, creo que podré escapar. Ahora bien, amiguito, entregúeme esa maleta. Si no lo hace atraeré con mis gritos a todo el mundo..., y entonces tendrá usted que probar quién es.

En el exterior sonó el pito del guarda.

A nuestra izquierda vi una puerta sobre cuyo entrepaño se leía la palabra “Caballeros”. Creo que Serpos estaba demasiado aturdido para resistirse o gritar, pues, sin dificultad alguna, dejé caer la maleta al suelo y le hice pasar por esa puerta de un solo empujón. En el interior había varios excusados con sus puertas correspondientes. De otro empujón le hice entrar en uno de ellos y le encerré. Sobre el picaporte había un pequeño dial niquelado con la inscripción “ocupado” o “desocupado”. Este dial tenía que girar para que pudiera abrirse la puerta. Saqué mi medio penique, puse el dial en la palabra “ocupado” y lo aseguré para que no pudiera abrirse la puerta desde el interior.

Serpos comenzó a gritar y a golpear la puerta con furia, pero yo salí a la antesala, recogí la maleta y eché a correr hacia el tren. La plataforma estaba desierta. Aunque el convoy estaba en marcha, se deslizaba lentamente. Dejé pasar varios coches hasta que vi un compartimiento vacío en uno de los últimos. Abrí la portezuela y corría junto al vagón para tomar impulso cuando oí un grito procedente de la sala de espera. Salió de ella un hombrecillo en mangas de camisa, y al mismo tiempo se presentó mi amigo, el jefe de estación. El hombrecillo le gritó:

—Señor, hay un clérigo encerrado en el lavatorio, y sus maldiciones son algo...

El resto de la frase la ahogó el estrépito de la portezuela del compartimiento en que entré. Pasábamos en ese momento junto a uno de los faroles de la estación; no supe, pues, si me había visto. En seguida me quité el casco y asomé la cabeza a la ventanilla para mirar hacia atrás. Los dos empleados del ferrocarril no parecían muy excitados. No obstante, vi que el jefe de estación señalaba la oficina telegráfica.

Si me habían visto, telegrafiarían a la estación más próxima para que me detuvieran. Aunque así no fuese, estaba ya hastiado del maldito disfraz de policía; quería vestir de nuevo ropas decentes. Era absolutamente necesario que me librara del uniforme. Si me veía alguno de los pasajeros y cundía la alarma, me apresarían.

Evelyn había me traído una chaqueta para que me cambiara, y Evelyn estaba en el tren. Mas me sería imposible recorrer los coches con esta vestimenta...

¡La maleta de Serpos, naturalmente! Probablemente contenía una muda completa. Por un instante pensé que tal vez hubiera en ella otro disfraz de clérigo, perspectiva tan desagradable que casi me produjo náuseas. Mas ese detalle no importaría mucho, pues, en tal caso, sería una chaqueta negra, y las chaquetas negras son todas muy parecidas. Además, tenía yo mis pantalones azul oscuro.

Me sentí tan aliviado que me dejé caer, en un asiento y descansé unos minutos. A poco me hice cargo de que no me convenía continuar allí. Lo más indicado sería uno de los lavatorios, en el cual podría librarme del Perfecto Policía. Además, estaba muy interesado por revisar la maleta negra y comprobar qué diablos había robado Serpos. Ese misterio me había tenido sobre ascuas toda la noche, y estaba decidido a aclararlo, inmediatamente.

Abrí la puerta del corredor y comprobé que estaba desierto. El tren marchaba ya a toda velocidad. En menos de una hora y media estaríamos en Bristol... y dispuestos a transgredir nuevamente la ley.

Nil desperandum. El Perfecto Policía marchó de puntillas hacia el lavatorio más cercano y se encerró en él. En seguida me dispuse a lidiar con la maleta. Era de las ordinarias y no estaba cerrada con llave. La abrí, y un segundo más tarde arrojaba desesperadamente las prendas hacia todos lados sin encontrar en ella nada interesante.

Serpos me había engañado. Ese flaco y lloroso individuo de los anteojos consiguió burlarse de mí. Pues no había botín alguno en la maleta. A excepción de algunas prendas de vestir, unos pocos artículos de *toilet*, un libro, un pasaporte y un pasaje para un barco, estaba tan Vacía como la de un genuino sacerdote.

VIII

SEIS PIES DE TIERRA

Se elevó en el aire el sonido burlón del pito del tren, y por la ventanilla semiabierta pude oír el estrépito incesante de las ruedas. Me apoyé contra la pared mientras hacía un esfuerzo por interpretar la conducta de Mr. Joseph Serpos.

Lo que más me sorprendía era comprender ahora cuán consumado artista era el joven. Había otra vestimenta completa de clérigo en la maleta, lo cual era natural, ya que poseía un pasaje para un barco y tendría que estar sujeto a la inspección aduanera al abandonar tierra. Aun el libro era una obra llamada *Sermones de una parroquia de Sussex*. Ahora bien, todos los sacerdotes que había conocido yo eran hombres como tantos otros, con quienes podía uno pasar largos ratos fumando una pipa y bebiendo algo sin tener en cuenta que fueran clérigos. Pero Serpos se había disfrazado como un cura de ópera cómica, y lo había hecho muy bien. El pasaporte estaba extendido a nombre del Reverendo Thomas Caulderon, La Vicaría, Grayling Dene, Somerset, y en él se mencionaba “misionero”. El pasaje era para el barco de carga y pasajeros *Northern Sultán*, que partía el miércoles 17 de junio desde el Puerto de Tilbury con destino a Odessa.

El individuo no era tan joven, ni en edad ni en experiencia, como parecía. El retrato del pasaporte era el suyo y en su rostro se reflejaba una expresión pía que era una burla para mí. Hasta el sello oficial parecía genuino. Si era un artista tan listo, ¿por qué se dejó dominar por el temor cuando le acorralamos en la estación? Y luego, ¿por qué se reflejó una expresión tan astuta en su enjuto rostro? El individuo era un enigma tan grande como el mismo Hogenauer. Me dió la impresión de que había en todo esto un detalle que explicaría en pocas palabras todo el misterio del caso, pero ese detalle había desaparecido tan limpiamente como Mr. Serpos.

Comprendí que no ganaría nada con reflexionar sobre el asunto. Lo indicado era darme prisa y ponerme la chaqueta negra a fin de salir a buscar a Evelyn. Por consiguiente, después de examinar todas las prendas para asegurarme de que no había en ellas nada escondido, me hice cargo de mi mala suerte. Había una chaqueta negra, sí; pero era una especie de levitón con largos faldones.

Me lo probé y el efecto fué tan espantoso que volví a quitármelo. Mientras que mis muñecas sobresalían casi dos pulgadas por las mangas, y el levitón amenazaba reventar en los hombros, la mayor estatura de Serpos hacía que los faldones me llegaran casi hasta los talones. Para colmo, la combinación del levitón con mis pantalones azules y mi corbata algo chillona era ridícula. Recorrer un tren inglés en

esa vestimenta, cuando en la parada más próxima estarían en busca de un fugitivo, sería lo mismo que invitar a la captura, Me quedaba una sola alternativa, ya que nadie espera que los sacerdotes sean modelos de elegancia...

Cinco minutos más tarde (a las once y media, o sea doce horas justas antes de mi boda), salí del lavatorio luciendo una vestimenta clerical completa, incluso el cuello. El conjunto, aunque ajustado y ridículo, podría pasar ante los ojos de la gente, e hice un esfuerzo para adoptar una expresión que se ajustara a mi nuevo papel. En una mano llevaba la valija que contenía las reliquias del Perfecto Policía, y en la otra un volumen de sermones. Marché tan calmosamente como me fué posible, aunque hervía por dentro. El tren era muy largo, y, como había recogido a los pasajeros del barco de ultramar, estaba bastante lleno. Los viajeros parecían ser en su mayoría americanos o canadienses. Pasé por los corredores de tres coches, examinando el interior de todos los compartimientos en busca de Evelyn, y debo haber tenido un aspecto muy eclesiástico, pues una joven saltó apresuradamente de la falda de su novio, y otra estuvo a punto de ahogarse con un vaso de *whisky*. Entraba ya en el cuarto coche cuando encontré a Evelyn. Ocupaba un asiento junto a la ventanilla, y me dió la impresión de estar a punto de llorar, circunstancia tan extraordinaria que me di prisa en abrir la puerta. Frente a ella se hallaba Mr. Johnson Stone. Este vió mi vestimenta, y abrió la boca asombrado, quitándose el cigarro de entre los dientes.

—¡Jesu... cristo! —exclamó.

Esto fué ya demasiado para mí.

—¡Oiga usted! —le dije, e hice una pausa para recobrar el aliento—. Por última vez, y por amor de Dios, le ruego que deje ya de hacer esas malditas bromas respecto a los dis...

Evelyn me chistó, mientras sus ojos se dirigían hacia el asiento situado junto al corredor. Bajé la vista y me encontré cara a cara con un genuino sacerdote anglicano.

Era éste delgado y alto, su rostro estaba pálido y tenía la expresión de un perro guardián. Gastaba anteojos con medios cristales por sobre los cuales estaba mirándome. Tenía las piernas cruzadas y apoyaba una de ellas contra el asiento a fin de darme paso, por lo cual parecía estar haciendo contorsiones. No pronunció palabra alguna; pero tenía el *Times* en la mano, y lo agitó, sin quitarme los ojos de encima.

En ese momento de apuro lo único que se me ocurrió decir fué “Pax vobiscum”, y como la frase hubiera parecido algo pedante, no me aventuré a pronunciarla. Sobrevino uno de esos silencios profundos que sólo se producen en los compartimientos del ferrocarril, cuando la gente desea hablar, pero se ve turbada por la presencia de extraños. Lo interrumpía solamente el estrépito de las ruedas y el susurro de la fresca brisa que penetraba por la ventanilla. Fué ése el momento en que pasé muy decorosamente al interior y tomé asiento junto a Evelyn.

Mi novia parecía contener la risa, pero debo admitir que representó muy bien su papel. Sus ojos relucían y, adoptando una actitud de extraordinaria inocencia, habló con ese tono mesurado que emplean muchas mujeres en presencia de los clérigos.

—Me alegro de que haya llegado —dijo—. ¡Temía tanto que no nos encontrara! Claro está que le vimos subir al tren, pero le he estado buscando por todas partes sin hallarlo... ¡Oh, perdón! Mr. Stone, le presento al Reverendo... —se interrumpió, confundida y perpleja—. ¡Oh, qué estúpida soy! El Reverendo...

—Thomas Caulderon —intervine yo.

—¡Es claro! Mr. Stone, le presento al Reverendo Caulderon.

Stone parecía a punto de decir: “¿No me diga?”, con tono de burla. Sus ojos brillaban detrás de los lentes, pero respondió como un caballero, inclinando la cabeza gravemente y haciendo un ademán amable.

—Encantado de conocerle, señor —dijo, con voz ronca—. Tendrá usted que excusar mi lenguaje; me sorprendió verle. Tome asiento. Ponga su maleta allí arriba. La señorita estaba afligida por usted, y le buscó por todo el tren. ¿Dónde estaba?

—En el lavatorio —repuse, afablemente—. Estas cosas... llevan tiempo, ¿sabe usted?

Esto fué un error. Considerando mi expresión extremadamente clerical, me hice cargo en seguida de que era una equivocación. Sobrevino otro silencio. Mi colega no levantó la vista del *Times*; pero presentí que me miraba de soslayo. Plegó despaciosamente el periódico, y pareció reflexionar un momento; después se puso de pie y salió del compartimiento, cerrando la puerta tras de sí. No nos habíamos librado de él, pues su equipaje continuaba sobre la rejilla que sobresalía sobre nuestros asientos, pero la tensión que predominara un momento antes habíase aliviado.

Evelyn se recostó sobre el respaldo.

—Bien, Ken —dijo, humildemente.

—Bien —dije yo—, interviniste en el asunto, ¿eh?

Su expresión continuó siendo humilde, pero sus ojos danzaban.

—Dime, viejo, ¿no era la única alternativa? Si no pudieras presentarte mañana, ya sabes lo que ocurriría, ¿verdad? Mientras que si los dos estamos en ello...

Al fin y al cabo, tenía razón. Al ver a mi novia, toda mi actitud hacia la aventura había cambiado. El asunto seguía siendo peligroso, pero ahora comenzaba ya a gozar de la vida. Todo parecía excelente. Levanté a Evelyn y la senté sobre mis rodillas, notando al mismo tiempo que mi colega nos espiaba desde el corredor. De manera que la aparté decorosamente, pero no antes de que ella me hubiera dado una prueba de su afecto. Tomé entonces el volumen de sermones. Stone me habló sin mover los labios.

—Espléndido —dijo—. ¿Por qué no sale ahora y le aconseja qué apueste hasta la camisa a las patas de a “Gay Tomato”, que corre en la cuarta de Gatwick?

Pero mi amigo el clérigo había desaparecido y Stone prosiguió en el tono de un padre que da un reto a su hijo mayor por haber regresado tarde a la casa.

—¡Debería usted avergonzarse —continuó— de andar de un lado para otro disfrazado, cuando le espera en su casa una chica tan buena! Yo...

Súbitamente se interrumpió al ocurrírsele algo, y clavó la vista en la ventanilla.

—¡Vamos, vamos! Por favor —le rogó Evelyn—. Ken, Mr. Stone no se dirige a nosotros. Hubo un terrible altercado en Torquay, y la culpa la tuvo H. M. No sé el motivo; creo que fué por algo referente al nuevo sombrero de H. M., pues llegué a casa del Coronel Charters cuando todo había terminado. Pero en cuanto Mr. Stone llegó allí, H. M. le arrojó de la casa sin querer escucharle, y ambos se estaban insultando y dispuestos a irse a las manos. Corrí detrás de Mr. Stone por el camino de coches, pero ya entonces era él quien no quería escuchar razones. Me parece una vergüenza, pues él vino desde América especialmente para decir algo a H. M...

—Olvidémoslo —intervino Stone, más calmado—. Ya le dije que estoy en viaje de placer. Vine a visitar a mi hija y a mi yerno que viven en Bristol. Eso es todo. Pero traté de entrevistarme con Merrivale por hacer un favor a un amigo. Me alegro de que existan personas sensatas entre las amistades de ese viejo pillo.

Evelyn frunció el ceño.

—Verás, Ken, me encontré de nuevo con Mr. Stone en la estación de Moreton Abbot, cuando ambos tomábamos eh tren, y desde entonces he tratado de averiguar qué quería decir a H. M. Te aseguro que no es muy comunicativo, pero se trata de algo que concierne a una persona llamada “L.”.

Sobrevino una pausa. Evelyn me miraba fijamente, y me pregunté hasta qué punto estaría enterada del asunto. Por la expresión de mi rostro, ambos debieron haber comprendido que sus palabras tenían un significado especial para mí. Stone me contemplaba con gran interés.

—Pasa algo, ¿eh? —dijo.

—¡Ya lo creo! —repuse, y miré a Evelyn—. ¿Estás enterada de todo?

—Sé lo que me dijo H. M. —contestó ella—, y parte de lo que me comunicaste tú por teléfono. Pero no es eso lo que quiero saber, Ken. ¿Qué es lo que has estado haciendo? Tengo una valija con un traje para ti —señaló una maleta que descansaba sobre el enrejado—. Son ropas que usaba el Coronel Charters antes de adelgazar tanto, y dice que deben sentarte bien. Es muy cuidadoso. Hasta puso un cortaplumas por si tenías que forzar alguna cerradura. ¡Ah!, y también tengo el boleto para ti, a fin de demostrar que subiste al tren legalmente. Pero... ¿te vió alguien subir vestido de policía? Te vi correr y subir, cuando ya estaba dispuesta a apearme, y luego no te pude encontrar por ninguna parte...

—No sé. Eso es lo que me tiene preocupado. ¿Para el tren en alguna estación antes de llegar a Bristol?

—Sólo en Exeter, según creo. Dentro de poco llegaremos allí.

—Lo sabremos entonces. Pero eso no es lo interesante. Mr. Stone, ¿tenía usted que dar a Sir Henry Merrivale algún informe sobre el espía que se conoció una vez con el nombre de “L.”?

—Es verdad —replicó él, mirándome con atención. Parecía un jugador de *poker* que estudia a su oponente.

—¿Alguna vez oyó usted hablar de Paul Hogenauer?

—NO.

—Hogenuer vive ahora en Inglaterra, dedicado, al parecer, a sus asuntos particulares. Durante la guerra fué miembro del servicio de inteligencia alemán, y estuvo radicado en Berlín. Siempre se le conoció como hombre consciente y honrado. Desde hace poco tiempo ha estado trabajando en un experimento o invención, para la cual necesitaba dinero. Por consiguiente, ofreció traicionar a L. por dos mil libras esterlinas.

Stone no cambió de expresión y continuó dando suaves chupadas a su cigarro.

—Esta noche Hogenuer fué asesinado. Lo envenenaron con estriknina, en circunstancias muy curiosas. Esto puede o no estar relacionado con L.; pero ya se dará usted cuenta de la posibilidad. Si sabe algo respecto a ese espía, es de suma importancia que nos lo diga. No tenemos credenciales, pero al menos sabe usted quiénes somos. Si pudiéramos averiguar quién es L. y qué hace...

—Yo sé quién es —repuso Stone— y qué hace.

Se arrellanó en el rincón del asiento, elevando los hombros. Me pareció descubrir en sus ojos la sombra fugaz del escepticismo; pero en seguida tomó una decisión. Primeramente sacó su cigarrera y me la ofreció, como para sellar un pacto con un cigarro. Luego extrajo una cartera del bolsillo interior de su americana y me mostró una serie de documentos.

—Está bien —manifestó—. Se lo diré; pero primero quiero saber algo de usted; ya verá por qué. De manera que me figuro querrá ver mis credenciales. Vengo de Pittsburgh; soy el ayudante del jefe de policía. Le advierto que sólo he intervenido en este asunto de manera extraoficial, y porque el Secretario del Ministerio de Guerra es gran amigo mío, Eche una ojeada a esto. Además, aquí tiene una carta de presentación del Ministerio de Guerra de los Estados Unidos. Este es mi pasaporte.

»Ahora bien agregó, encendiendo un fósforo para mi cigarro—, si cree usted que puede confiar en mí, cuénteme todo. Después le daré mis informes, y no creo que perderá usted en el cambio. ¿Qué dice?

—Cuéntale todo, Ken —intervino Evelyn—. Yo misma deseo enterarme de lo ocurrido, y hay un par de preguntas que H. M. me indicó te formulara.

Esta vez relaté los sucesos acaecidos con lujo de detalles, mientras el aire de la noche refrescaba, se oía el monótono canturrear de las ruedas del tren, y el traje blanco de Stone acumulaba hollín.

—... de manera que —concluí— tenemos otro episodio de misterio desde que H. M. recibió mis últimos informes. Ahora no sólo se trata de los muebles cambiados de sitio en una habitación, de dos libros desaparecidos y de cuatro pares de gemelos de camisa. Agregue a todo eso el billete de cien libras oculto en un periódico viejo que la señora Antrim afirma haber hallado en la cocina. No insinúo que la señora Antrim haya envenenado a Hogenuer. Sería muy raro que le hubiera dado estriknina de su propio laboratorio y corriera luego a la casa para asegurarse de que su víctima la había ingerido. Pero, ¿qué parte tiene ella en el asunto? Además, debemos

tener en cuenta a Serpos. ¿Quién es ese hombre? ¿Cuál es su juego? Según se han presentado las cosas, nada relaciona a Serpos con Hogenauer. Sin embargo, la noche en que éste murió envenenado, Serpos huyó con... lo que sea que se llevó. Oye, Evelyn, tú estuviste con H. M. ¿Qué diablos es lo que robó Serpos?

Ella sacudió la cabeza.

—No sé. Parece que no te das cuenta que han pasado sólo dos horas desde que empezó todo este enredo. En la casa estaban todos corriendo de un lado para, otra y lanzando maldiciones, y a mí me dejaron de lado. Sólo se dieron cuenta de que me podían aprovechar cuando avisaste que estabas en Moreton Abbot, sin dinero ni ropa. —Levantó la vista con una sonrisa—. Sin embargo, ya veo que te arreglaste muy bien... Ken, no me agrada decirlo, pero casi estoy orgullosa de ti.

—Pues bien, si me preguntan a mí —gruñó Stone— corren ustedes un riesgo inútil. Ese Merrivale está más loco de lo que parece. No debería estar usted complicada en este enredo, señorita.

Miró fijamente a Evelyn, quien arrugó la nariz y clavó luego la vista en el piso.

—Si he comprendido lo que me... —continuó—. A propósito, ¿cómo se llama usted en realidad?

—Blake.

—¿Está bien seguro?

—Sí.

—Muy bien —prosiguió Stone, con cierto alivio—, si es que he comprendido bien, le han enviado a usted a asaltar un cuarto de hotel antes de que Keppel regrese a Bristol. Me parece que se arriesga usted demasiado, ya que no sabe cuándo volverá Keppel. Hogenauer pensó que estaría fuera esta noche; mas no me parece que Hogenauer sea un buen juez de lo que pueda ocurrir. El mismo está muerto. Hay algo feo en todo este asunto, especialmente... Se interrumpió para meditar un momento —. Me parece que en este país toman el robo con escalamiento como cosa corriente. ¿Cómo piensa realizarlo? ¿Conoce la ciudad?

Conozco muy bien Bristol, pues me gusta más que todas las otras ciudades inglesas. Además, recordaba muy bien el Cabot Hotel, el que se halla situado en el College Green, algo más allá de la catedral y la biblioteca. Se trata de un edificio grande, a la antigua, y muy cómodo.

—No me será muy difícil —le dije—. Tomaré un cuarto en el mismo piso en que está Keppel. Aunque tenga la puerta cerrada, el edificio es algo antiguo y las cerraduras se rinden al menor esfuerzo.

—¡Hum! —exclamó Stone—. En fin, usted sabrá lo que hace. ¿Pero qué piensa Merrivale del asunto?

Evelyn había estado asomada a la ventanilla; ya llegábamos a Exeter. Se volvió como si estuviera a punto de decirnos algo, y noté una expresión preocupada en su rostro. Luego miró a Stone y sacudió la cabeza.

—¡No!... ¡Juguemos limpio! —exclamó—. Por el momento dejaremos en paz a

H. M. Ahora le toca a usted, Mr. Stone. Dijo que nos daría informes si Ken le contaba todo. ¿No es verdad? Pensaba confiarnos quién era L. y qué hacía.

Stone la contempló con expresión divertida y asintió.

—Perfectamente —concedió—. Les diré lo que quieren saber. El verdadero nombre de L. es Lord, John Stuart Lord. Era ciudadano estadounidense, aunque fingió tener muchas nacionalidades y siempre se salió con la suya. ¿Quieren saber lo que hace ahora? Yace bajo seis pies de tierra en el Cementerio de Woodlawn Road... Lo que quiero decirles es que L murió de pulmonía hace más de seis semanas.

IX

LOS DOS SACERDOTES

Stone se arrellanó en el asiento, contemplándonos atentamente, mientras se dibujaba una sonrisa en sus labios.

—Entonces Hogenauer mintió cuando dijo... —comenzó Evelyn.

—Sí, Hogenauer mintió.

—¡Un momento! —protesté—. Me parece una noticia demasiado importante para que nos la dé así de repente. Hogenauer demostró estar bien seguro de que L. estaba vivo y se hallaba en Inglaterra hace una semana. No dudo de usted, pero, ¿tiene pruebas de lo que dice?

—Suficientes —repuso Stone.

Se interrumpió al entrar el guarda, y Evelyn me puso en la mano el boleto que comprara para mí en Abbot. El funcionario era un individuo enjuto, de cabellos y bigote color arena: un escocés típico. Todos guardamos silencio cuando marcó nuestros boletos, pues el tren estaba entrando en Exeter, y si la noticia de mi huida había sido enviada por telégrafo, muy pronto lo sabríamos. El guarda dejó escapar un gruñido, nos devolvió los pasajes marcados y se retiró.

—Entré en el asunto por casualidad —continuó Stone—, y le contaré cómo fué. Estuve en Forbes Field, el campo de *baseball* de Pitsburgo, y después de ver el partido fui al Schenley Hotel. El gerente es amigo mío. Me llamó aparte y me preguntó si podía ver a alguien en el piso alto. Me informó que se trataba de un moribundo que insistía en hablar con algún funcionario de la policía.

»Subí, y en una de las habitaciones vi a un guapo viejo, de unos sesenta y cinco años, que estaba echado en el lecho y apenas podía respirar. Era un día de primavera, pero el hombre estaba muriendo de pulmonía. Consiguió preguntarme si le conocía. Le dije que no, que no tenía ese placer. Entonces sonrió, indicando un baúl. El gerente y yo lo abrimos...

»Pues bien, no necesito darles todos los detalles, pero si alguna vez se abrió un gabinete que contuviera la Historia Secreta del mundo, fué en aquella habitación. La mitad de los papeles me resultaron incomprensibles, pues estaban escritos en lenguajes extranjeros, pero había tres o cuatro condecoraciones que cualquiera podía reconocer... Y eran de diferentes países; este L. no tenía favoritos. Allí estaba, sonriendo como un loco mientras nos observaba.

»Posteriormente se esforzó en contarnos su historia, la que, en pocas palabras es la siguiente: Tenía una hija en alguna parte, e ignoraba su paradero. No era lo que

podría llamarse un padre atento. Pero había logrado ahorrar una buena suma y no tenía a quién dejársela. Creyó que la policía estaría en mejores condiciones de manejar el asunto que cualquier abogado, pues no había muchos indicios para seguir la pista, de modo que me rogó que encontrara a su hija. Todo lo que sabía era que seis años antes se había casado con un joven recién graduado en una escuela de medicina de Irlanda. Ni siquiera conocía el apellido de su yerno... y sólo sabía su primer nombre, que era Lawrence. En su poder tenía una instantánea del joven. Por lo general, esas, instantáneas no son tan útiles como pudiera figurarse la gente. De todos modos, estoy seguro de que vi a ese hombre esta noche».

Stone frunció el ceño; parecía vacilar.

—¿Se refiere usted al doctor Lawrence Antrim? —inquirí.

—Así lo creo —repuso él, y, moviendo su cigarro con ademán agresivo, agregó—: Tenga en cuenta de que eso no es asunto mío. ¿Cuántas veces, tengo que decirle que estoy de vacaciones? Naturalmente, telegrafiaré a mi país para que las autoridades realicen las investigaciones por las rutas usuales. Además, no era para encontrar a la chica o a su marido por lo que tenía que ponerme en contacto con Merrivale.

»El viejo murió la misma noche del día en que fura verle. Naturalmente, con todos esos documentos del baúl, pensé que convenía ponerme en comunicación con Washington. ¡Dios mío, cómo les interesó el asunto! Después me enteré de que este L. era una persona importantísima. Y al morir no parecía diferente de los demás... En fin, el caso es éste. Los funcionarios de Washington me dijeron que se creía que L. estaba en Inglaterra. Se figuraron que la gente de Whitehall se sentiría aliviada al enterarse de que el hombre estaba a seis pies bajo tierra, de modo que podrían dejar de buscarle. No sé si lo saben ustedes, pero entre los países no se reconoce oficialmente la existencia de los espías durante la paz. Empero, ya que yo venía a Inglaterra, el secretario pensó que sería bueno que me pusiera en contacto con Merrivale y le diera la noticia. Ya saben ustedes lo que ocurrió. Ese lunático del sombrero panamá...

Habíamos llegado ya a la estación de Exeter. No se veían señales de que pasara nada desusado, de manera que no temí que me hubiesen descubierto. De todos modos, cuando me asomé a la ventanilla, estaba más preocupado por la noticia que nos diera Stone que por la posibilidad de ser aprehendido.

Su relato sólo nos explicaba la curiosa conducta de Antrim y la razón de que se asustara y sospechase de mí cuando Stone me acusó de estar en Torquay con nombre supuesto. En otras palabras, ¿cuánto sabía Antrim? ¿Sabía, o sospechaba, que su esposa era la hija de una sombría y prominente figura de la política internacional? ¿Creía que el gobierno británico estaba interesado en él?

Evelyn sacudió lentamente la cabeza.

—Oye, Ken —protestó—, el asunto está ahora menos claro que antes. ¿Adónde van a parar los complots y las alarmas? Eliminado L., ¿qué tiene que ver Hogenauer

con todo esto? Él dijo que L. estaba en Inglaterra, y ofreció revelar su identidad; pues bien, mintió. ¿Por qué? Más aún, ¿dónde está el motivo de que le asesinaran? Si L. estuviera vivo, podríamos pensar que él mató a Hogenauer para cerrarle la boca. Pero L. estaba muerto y enterrado un mes antes de que Hogenauer hiciera su proposición... Quiero decir que... naturalmente...

—Quiere decir usted —manifestó Stone, seriamente—, si se puede creer en mis palabras.

—Sí —intervine yo—. ¿Qué pruebas tiene usted de todo esto?

—¡Oh, pruebas!... —exclamó Stone, sacudiendo el puño. Aplastó su cigarro y se golpeó la rodilla, mirándonos como si le costara un esfuerzo no perder la paciencia—. ¿Qué clase de pruebas quiere usted? Nadie conocía a L, ¿no es verdad? Al menos no le conocía nadie que fuera capaz de presentarse ahora y decirlo. Nunca le tomaron las impresiones digitales, ni le fotografiaron, ni le detuvieron nunca por sospechoso. Si no hay indicios, de que un hombre está vivo, ¿cómo pueden conseguirse indicios después que ha muerto, excepto por las pruebas que se encuentran en su poder? El Ministerio de Guerra de Estados Unidos está convencido, lo mismo que yo. Claro está, podrían ustedes pensar que les he contado un cuento de fantasmas; pero, en tal caso, espero que puedan atribuirme alguna razón para que lo haga. He recorrido toda Inglaterra sólo para encontrar a Merrivale y confiarle esto, y todo lo que conseguí a cambio de mis molestias fué un puntapié en la rabadilla. De manera que pueden ustedes creerme o no, como gusten. No quiero enfadarme por este asunto, y les ayudaré en todo lo que pueda. Pero me creen ustedes o no, y, sea como sea, no discutamos.

Salíamos ya de Exeter. Evelyn y yo nos miramos mientras Stone nos contemplaba con ojos austeros. Nos resultó imposible dudar de su palabra. Evelyn le calmó de nuevo mientras el tren devoraba las millas.

—Pero hay algo muy importante relacionado con esto —dije yo—. ¿Por qué estaba L. en América? Es decir, ¿estaba... ocupado? ¿Tenía algo entre manos?

—No, no. Estoy bastante seguro de que no tenía nada.

—¿Por qué?

—Porque él mismo me lo dijo —repuso Stone, con gran solemnidad—. Recuerde usted que no ocultó nada respecto a sí mismo. Sabía que estaba agonizando, y nos dijo toda la verdad. ¿Qué motivo podría tener para mentir entonces? —Stone se arrellanó cómodamente y contempló los paisajes que adornaban las paredes del compartimiento—. Dijo usted que no he hablado lo bastante para justificar lo que oí. Pero me parece que hay un par de detalles, relacionados con este asesinato, que ha pasado usted por alto.

—Usted dirá.

—Muy bien, a ver si he comprendido. Anoche fué Hogenauer a casa de Antrim y se quejó de sus nervios; Antrim le recetó bromuro, y su esposa despachó la receta. Alguien que quería envenenar a Hogenauer entró al botiquín, y cambió los frascos de

bromuro y estriquina, pegando diferentes rótulos en ellos. ¡Muy bien! —agregó Stone con énfasis, extendiendo la mano—. Lo que quiero saber es cómo se enteró el asesino de que Antrim le recetaría bromuro, de manera que le fué posible cambiar los frascos de antemano. ¿Cómo lo averiguó el asesino? Y, si lo averiguó, ¿cómo estuvo allí a tiempo para entrar y cambiar los frascos entre el momento en que Antrim dijo “Bromuro” y el momento en que su esposa lo despachó?

Evelyn me miró, y sus ojos verdes relucieron.

—Creo que tiene razón, Ken —dijo—. Pero, ¿adónde nos lleva ese detalle? ¿Hacia la señora An...?

Stone hizo mi gesto para contenerla.

—No sé. Eso es asunto vuestro —repuso, casi con indiferencia—. Les dije que no era asunto mío, y no deseo insinuarles nada...

—Lo cual está haciendo.

—Lo cual estoy haciendo, amigo Blake —admitió, con expresión de regocijo en sus ojos azules—, de modo que le diré algo más. Puede que se hayan cambiado los frascos. Es posible. Pero, aun así, el asesino corrió un albur demasiado grande... ¿comprenden? ¿Cómo podía estar seguro de que Hogenauer iba a ingerir la estriquina mezclada con esa agua mineral que disimularía su sabor? La mayoría de la gente, casi podría decir todos, mezclan el bromuro con agua común. Si Hogenauer hubiera hecho eso, se habría dado cuenta de que había algo malo en cuanto bebiera el primer sorbo.

—Probablemente porque Hogenauer no bebía otra cosa —repuse—. Ya le conté que había un montón de botellas en el patio trasero. Bowers afirmó que era abstemio, y es muy posible que nunca bebiera el agua corriente.

Stone se inclinó hacia adelante.

—A eso iba, justamente. ¿Pero quién sabía eso? ¿Quién podía saber que sólo bebía agua mineral?

—Su médico, supongo —manifestó Evelyn, al cabo de una pausa.

—Sí, su médico; lo admito. Pero es más fácil que fuera una persona que vivía en la misma casa o la visitaba constantemente. ¿Me comprenden?

—Bowers... o Keppel.

—O Keppel —dijo Stone con gran énfasis. Me dió un golpecito en la rodilla—. ¡El único visitante que recibía! Le diré cómo veo yo las cosas, Blake. Me enorgullezco de ser un buen investigador, y he leído muchos tratados de psicología experimental. Hay que imaginar cómo trabajará la mente del criminal.

»Tome por ejemplo este crimen. En vista de las circunstancias, la policía debe suponer que se trata de un trabajito efectuado por dentro. Quiero decir que lo llevó a cabo una persona que tenía acceso a la casa de Antrim, alguien que vivía cerca, alguien que entró y cambió los frascos. Por lo tanto las posibilidades son limitadas, y la policía no mira muy lejos. ¿Pero y si es eso justamente lo que el asesino quiere hacerles pensar?

»Supongamos que lo que la señora Antrim dió ayer a Hogenauer fuera realmente

bromuro y no otra cosa. ¡Muy bien! Hogenauer lo lleva a su casa. Si tenía alguna medicina recetada por el doctor, ¿por qué no tomó una dosis anoche? Eso es lo que quiero saber. Pero tal vez la tomó, y no le hizo daño porque era realmente bromuro. Ahora bien, es posible que alguien se enterara de que el bromuro se lo dieron en casa de Antrim, y, por consiguiente, ideó un plan de campaña.

»Esa persona fué durante la noche a la casa de Antrim y entró en el botiquín. Había allí todos esos frascos colocados en los estantes. El de bromuro tenía menos de la mitad, pero el de sales de estriquina estaba lleno, pues nadie lo había tocado. Pues bien, este desconocido llevaba en su bolsillo una dosis de polvos de bromuro de los que pueden comprarse en cualquier farmacia. La utiliza para llenar hasta el cuello el frasco de bromuro. Luego roba una buena dosis de sales de estriquina del otro frasco. Después empuja el frasco de estriquina, sacándolo de la hilera, a fin de que llame la atención la mañana siguiente. Pone luego un poco de goma en cada una de las etiquetas. Tal vez escribió un par de ellas, y las arrojó a algún sitio donde se puedan hallar dentro de poco.

»Ahora ya ve que está la escena preparada. Todo se descubrirá. Tendrá, pues, la prueba de que, por mi cambio de frascos, Hogenauer ingirió estriquina, y que, algo más adelante, alguien volvió a colocar los frascos en sus sitios respectivos. Y en su bolsillo llevaba una buena cantidad del veneno para envenenar a su víctima.

»No tengo necesidad de decirles lo fácil que le resultaría la tarea, ¿verdad? —preguntó Stone, echándose hacia atrás—. Todo lo que tenía que hacer era visitar al día siguiente a Hogenauer, a quien podía hacer salir un momento de la sala a fin de poder echar la estriquina en el frasco de bromuro. La primera dosis que tomará su víctima sería su perdición, y luego habría pruebas de que Hogenauer consiguió el veneno en casa de Antrim. Y usted mismo me dijo que el único que visitó hoy a Hogenauer fué Keppel... ¿Qué les parece? —finalizó Stone, con gran complacencia.

De nuevo se oyó la pitada del tren como un comentario burlón. Durante mis investigaciones a las órdenes de H. M. había oído, explicaciones ingeniosas de asesinatos, pero lo que nos diera Stone era de lo mejor, tanto por lo sencillo como por lo plausible.

Evelyn enarcó una ceja.

—Sí, ya sé lo que piensas, Ken —observó—. Recuerdas lo del año pasado en el Château de L'Ile, y aquellas explicaciones... d'Andrieu... Auguste... Con él discutiste acerca de si tu valija tenía o no un fondo fal... —se interrumpió, mirando sobresaltada la maleta de Serpos que descansaba sobre la rejilla—. ¡Cielo santo! No, creo que no podría ser. Oiga usted, Mr. Stone, es muy ingenioso, y... ¿Qué sabe usted de Keppel?

—Nada en absoluto —repuso Stone, serenamente—. Hoy he oído su nombre por primera vez.

—¿Qué motivo puede haber tenido?

—Escuche usted, señorita, No afirmo que la solución sea la que he dado; no he

hecho más que sugerir una explicación de los hechos. En cuanto al motivo, parece que Hogenauer quería robarle algo a Keppel. ¿Qué me dicen de que éste deseara devolver el cumplido? Según lo que Hogenauer dijo a su criado, así parece. Por otra parte... Tengo muchas ganas de acompañarles para mantenerles bajo vigilancia. Si ocurriera lo peor, mi yerno podría.

En ese momento le interrumpió Evelyn con un chistido de advertencia.

Se abrió la puerta del compartimiento. Apareció en la abertura el enjuto clérigo de los lentes con medios cristales y me estudió con frialdad. Luego se hizo a un lado. Detrás de él aparecieron los arenosos mostachos del guarda, quien parecía sospechar algo, aunque se mostraba vacilante. El sacerdote me señaló.

—Ese es —dijo.

Maldije para mis adentros. Fuera cual fuese mi disfraz, las dificultades parecían pegarse a mis talones. Miré hacia el exterior, haciendo un esfuerzo por controlar la expresión de mi rostro. Hacía largo rato que habíamos pasado la estación de Taunton y me pregunté cuánto faltaría para que llegáramos a Bristol. Estaba casi seguro de que las autoridades no habían enviado mensaje alguno con respecto a mi persona. Pero, ¿qué se traía entre manos el clérigo? Me volví hacia él con expresión altanera.

—Perdone usted, señor —expresé, con gran dignidad—; pero, ¿se refería usted a mí?

—Así es, señor —replicó mi colega, con igual dignidad. Su voz era áspera y hablaba con la inflexión característica de los colegiales—. Quiero aclarar —agregó, elevando una mano, y mirando primero al inquieto guarda y luego a mí—. Si he cometido un error, me disculparé. No afirmo, señor, que sea usted un criminal o un transgresor de las leyes. Pero creo que estoy en mi derecho al afirmar que ese disfraz de sacerdote, especialmente si se tiene en cuenta su conducta de esta noche, debe ser castigado. Una burla así a las vestiduras sagradas...

Salté de mi asiento.

—¡Esto es intolerable! —exclamé—. ¿Insinúa usted, señor, que no soy un verdadero...?

—Así es —replicó mi colega. Señaló a Evelyn y miró de nuevo al guarda—. Y, si no, me equivoco, esa señorita es su cómplice.

—Aplástele la nariz, reverendo —intervino Stone, evidentemente picado por la poco caballeresca conducta del otro para con Evelyn, la que había adoptado una expresión de santa inocencia—. ¡Debería usted avergonzarse! —continuó Stone, con gran vehemencia—. ¿Cómo se atreve a contar chismes sobre personas inocentes que...?

El guarda chasqueó la lengua y nos miró melancólicamente, aunque sin decir palabra.

—¡Gente inocente! —exclamó mi colega—. ¡Ja, ja, ja! Permítame que me sonría, señor... ¡Ja, ja, ja! —Se volvió hacia el guarda—. Le diré lo que ocurrió. Cuando el tren se alejaba de Moreton Abbot, vi claramente a este joven que salía corriendo de la

estación. En ese entonces vestía el uniforme de agente de policía, y llevaba en la mano esa maleta negra que podrá usted ver ahora sobre la rejilla, junto a mi equipaje. Subió al tren. Esta señorita estaba esperándole, ya que, cuando no apareció al cabo de cinco minutos, salió a buscarle, por el tren. No mucho después, apareció él en este compartimiento, vestido con ese grotesco disfraz de clérigo que, según podrá ver, todavía tiene puesto. ¿Niega usted esto, señor?

—Por cierto que sí.

Mi colega se cruzó de brazos.

—¿También se atreverá a negar lo que siguió? De la subsiguiente conducta de esté joven, poco diré. Paso por alto el lenguaje vergonzoso que empleó al entrar aquí para saludar a ese otro señor. Paso por alto su conducta con esta señorita, conducta que sólo podría describir como el comienzo de una orgía libidinosa. Deseo aclarar mi posición. Si es esto el resultado de una broma o una apuesta, no quiero causar molestias a este joven, aparte de insistir en que tenga la decencia de quitarse ese insultante disfraz. Admiro la alegría juvenil como cualquier otro; pero, si se me permite expresar una opinión en la que quisiera estar equivocado, no puedo menos que sospechar que algo más serio se oculta detrás de todo esto. A decir verdad, no me sorprendería que este hombre fuera un criminal a quien la policía desea capturar. Si tal es el caso, insistiré en que se le aprese y se le entregue a las autoridades cuando lleguemos a la próxima estación.

Señaló con el índice la maleta negra.

—Ha negado usted mis acusaciones, señor —agregó—. Pues bien, pruebe que estoy equivocado. Abra esa maleta.

X

EL CADÁVER VOLADOR

El asunto se estaba poniendo feo. Fuera cual fuese la ruta que tomara esa noche, parecía estar destinado a dar con mis huesos en una celda. El guarda, todavía silencioso, volvió hacia mí su melancólica mirada, dejando escapar un gruñido.

—No, señor —negué—. Por cierto que no abriré esa maleta.

—No abrirá la maleta —dijo el otro, ceremoniosamente, y volvió a cruzarse de brazos—. ¿Y se puede preguntar por qué no quiere abrirla, señor?

—Porque no es mía.

Esto le tomó de sorpresa, pero, al mismo tiempo, confirmó sus sospechas. Carraspeó, mirando seriamente al guarda y favoreciéndome luego con una sañuda sonrisa. No parecía malo el viejo, y debía de haberle enfurecido que se insultara a su profesión, de manera que tenía una buena excusa para sus acusaciones.

—¿Niega usted que trajo aquí una maleta? —persistió.

—No, no lo niego; pero no fué esa. Mi maleta está allí.

Ahora era el momento de bendecir la prudencia de Charters al enviarme algunas ropas. Señalé la valija que llevara Evelyn.

—Debí haber adivinado esto —declaró mi colega, sacudiendo la cabeza—. ¿Vale la pena seguir fingiendo? Yo mismo puedo afirmar que la valija que indica la trajo a este compartimiento esa señorita.

Con los ojos rebosantes de regocijo, Evelyn extendió la mano y bajó la valija.

—Ábrala —dijo al guarda, con gran dulzura.

El funcionario obedeció su indicación y extrajo de la valija un traje de *tweed* (evidentemente de Charters), un par de pijamas, una navaja, una brocha y un jabón de afeitar. Ya para entonces comenzaba a mirar con desconfianza al furioso clérigo. Al fin rompió el silencio que mantuviera hasta entonces.

—No mantendrá usted —afirmó, con marcado acento escocés— que *ésto* pertenece a la señorita, ¿eh? Por mi parte, no le juzgaré; pero si le interesa mi opinión, señor, está usted más loco que una cabra.

—Loco o bebido —intervino Stone.

—Eso mismo —asintió el otro. Levantó la americana y examinó la etiqueta del sastre con gran interés—. Usted, señor, ¿tendría inconveniente en decirme su nombre?

—Martin Charters —repuse, y Stone cerró los ojos.

El guarda examinó cuidadosamente la etiqueta, asintió satisfecho y dejó escapar

un gruñido. Luego dirigió la mirada hacia la maleta negra que descansaba sobre la rejilla.

—Sí. Pero esa.

Evelyn señaló a mi antagonista, lanzándose de lleno a la batalla.

—Es de él —declaró—. Yo misma lo vi traerla. Pero no creo que esté bebido; me parece que su intención es hacer que se sospeche del reverendo Charters mientras él se escapa. ¿Por qué habría de decir que otro es un criminal, a menos que lo sea él mismo? En cuanto a sus insinuaciones sobre mi virtud... dice que salí del compartimiento. ¡Pues bien, así es! ¿Sabe usted por qué?

—¿Eh?

—Me hizo proposiciones indecentes —declaro Evelyn, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Mi colega se tornó intensamente pálido.

—¡Esto es intolerable! —exclamó, casi sin aliento—. Nunca hubiera imaginado una cosa así. Tendré mucho gusto en probar mi identidad y mi honradez con el testimonio de cualquiera de los que viajaron conmigo en el transatlántico. Yo... yo... —Estaba tan furioso que tartamudeaba— ...he sido rector de la Iglesia St. Joseph de Toronto durante veintidós años...

—¡Ah, se ha fugado! —intervino Evelyn, cruzando los brazos—. Si examina usted su maleta, apuesto a que encontrará un pasaporte falso, disfraces y un pasaje para algún sitio alejado de la civilización...

El guarda extendió la mano y se apoderó de la maleta... Y fué así cómo al fin descubrimos lo que Mr. Joseph Serpos había robado.

La maleta descansaba sobre el enrejado, apoyada contra la varilla de seguridad. Es fácil suponer que la parte inferior de la maleta, con los refuerzos de metal a lo largo de su fondo, se haya enganchado en la barra cuando fué retirada de su sitio. No estoy seguro de la forma en que ocurrió. El caso es que, cuando el guarda la fué a sacar, abrióse la parte inferior de la maleta... y un momento después todo el compartimiento se llenaba de papel moneda.

En ese primer momento de aturdimiento, me pareció que nunca en la vida había visto tanto dinero junto. Por la ventanilla abierta entraba una fuerte brisa, y una nube de billetes revoloteaba por sobre nuestras cabezas. Había empero algunos paquetitos, como así también billetes sueltos de varias denominaciones. No nos paramos a pensar. Instintivamente, nos lanzamos sobre el dinero, a fin de recogerlo antes de que el viento lo llevara hacia el corredor o lo hiciera volar por la ventanilla. Stone se lanzó hacia ésta con la idea de cerrarla, perdiendo eh sombrero en la confusión. A pesar del revuelo; recuerdo que pensé en el estado lamentable de mis finanzas y tuve la precaución de guardarme un paquete de billetes de diez chelines en el bolsillo. Lo juntamos lo mejor posible. El guarda se incorporó al fin, respirando jadeante y contemplando con malevolencia al rector de la iglesia de St. Joseph.

—No lo dejen escapar —ordenó—; voy a buscar ayuda. Llegamos a Bristol

dentro de cinco minutos.

El tren parecía correr a mayor velocidad que nunca. Muy pálido, el rector se dejó caer en el asiento y dió rienda suelta a la lengua. Su propia elocuencia le aturdió tanto que sus palabras eran incoherentes. Traté de razonar con él, explicándole que todo se arreglaría; pero me llamó ladrón y estafador en términos tan insultantes que tuve que renunciar a mis propósitos. Al fin y al cabo, había cumplido con su deber al denunciarme; pero no tenía yo intención de caer en manos de la policía después de los acontecimientos de esa noche.

El guarda regresó con otros dos empleados cuando estábamos entrando en la estación Temple Meads de Bristol. A excepción de algunos mozos de cordel, no se veía a nadie en la plataforma a esa hora de la madrugada. Pero uno de los compañeros del guarda, después de examinar la pila de dinero, acercó su rostro al cristal de la ventanilla e indicó a una persona que se hallaba en el andén. Señalaba a un fornido individuo de sombrero hongo que corría a la par del tren.

—Conozco a ese hombre —afirmó el empleado—. Es un inspector del departamento de policía. ¡Cristo, ya están en el asunto! Probablemente saben que este hombre está en el tren y han venido a arrestarlo...

—Vamos —dije a Evelyn, en voz baja, mientras extendía la mano para apoderarme de la maleta de Charters—. ¡Tan pronto como se detenga el tren, debemos escapar!

El hombre del sombrero hongo había levantado la mano, haciendo un ademán con el que indicaba nuestro compartimiento. Uno de los empleados del ferrocarril abrió la ventanilla y se asomó para llamarle.

—Iré a buscar al inspector —anuncié—. Somos testigos.

Abrí la puerta y me introduje entre un grupo de mozos de cordel. Llevaba en una mano la valija y con la otra arrastraba tras de mí a Evelyn. El inspector de policía se hallaba en el andén. Hubiera jurado que me vió bien claramente, y ya debía haber recibido una descripción de mi aspecto. Sin embargo, marchaba hacia el compartimiento sin prestarme la menor atención, aunque Evelyn y yo estuvimos por un instante bajo la luz de una de las lámparas. Hasta más tarde no me enteraría por qué no se fijó en mí. Pasamos junto a un quiosco y corrimos hacia la escalera del túnel que cruzaba la amplia estación. Cuando salimos al otro lado de Temple Meads, aún no había señales de persecución. Nos miramos. Evelyn parecía un tanto aturdida.

—Nos miró —exclamó, asombrada—. Ese inspector te miró y no te prestó la menor atención. No nos sigue nadie. No está bien eso. ¿Cómo lo explicas?

Admití que ya no podría explicar nada relacionado con ese enredo.

—Excepto que Serpos dió un buen golpe y no pudo escapar —concluí—. Su conducta es aún más misteriosa. Debe haber habido ocho o diez mil libras en el doble fondo de esa maleta.

—¡Qué bonito dinero! —exclamó Evelyn, apenada—. Y lo tuvimos que dejar. Oye, ¿será posible que H. M. haya arreglado ya las cosas y que la policía no te

persiga? El hecho de que ese inspector no te apresara parece indicarlo así.

—Es posible. Pero te aseguro que no pienso ir a la comisaría para preguntar. Además, se me acaba de ocurrir que no estamos ya bajo la jurisdicción de Charters. Ni siquiera estamos en Devon, sino en Somerset o Gloucestershire, según en que orilla del río nos encontremos.

Evelyn me miró.

—El hombre de las siete caras —dijo, con gran ternura—. Querido, ¿por qué no me haces el favor de meterte en el lavatorio más próximo, quitarte esas ropas de cura y ponerte la chaqueta de Charters? La vestimenta de clérigo no te sienta bien; das la impresión de que acabarás de robar la caja de las limosnas. Además, se me ha ocurrido que tendremos dificultades si te presentas en el Cabot Hotel sin sombrero y con una mujer que no luce un anillo de bodas en su mano izquierda.

Le informé que tenía una mente pervertida, y me preguntó, con gran candor, si conocía a alguien que no la tuviera.

—No es que tenga inconveniente en quitarme esta condenada ropa —manifesté, con gran dignidad—. Pero parece que estoy pasando la víspera de mi boda en lavatorios o en una celda, y esto ya me está cansando. Además, en cuanto me ponga la chaqueta de Charters aparecerá Stone para jurar que me he disfrazado de nuevo. Es el destino. Es...

—¡Vamos, vamos! —me calmó ella—. Stone ya ha visto el disfraz, y, de todos modos, ¿qué tiene de raro una chaqueta de *tweed*? No te quedes ahí protestando, Ken, o nos vendrán a buscar... ¡Date prisa!

Tenía razón. Una vez que me quité la vestimenta de cura, me sentí como nuevo. En tres minutos había salido del lavatorio y me reunía con ella en el exterior... y aún no se veían señales de persecución. Cuando metí a Evelyn en el primer taxi que pasó, el reloj de la estación señalaba las dos menos cinco.

Estaba decidido a no usar más disfraces o nombres supuestos esa noche. Ni con tortura podrían obligarme a usar otro nombre que no fuese el mío. Expliqué esto a Evelyn mientras el taxi nos llevaba por las silenciosas calles de Bristol.

—Sí, ya sé —repuso ella, muy pensativa—; pero, ¿no te parece que podría ser necesario?

—¿Necesario? ¿Cómo?

—Pues, quiero decir... en primer lugar, tienes que averiguar si Keppel todavía está fuera. No puedes entrar al hotel y comenzar a registrar sus habitaciones sin saber primero si está en ellas o no, ¿eh? Y, si Keppel es tan pillo como Stone parece considerarlo, su salida puede ser una trampa. En primer lugar, tendrás que fingir que tienes una cita urgente con él. Luego, si realmente ha salido, podrás tomar una habitación en el mismo piso y ocuparte del asunto. Una cita urgente... ¡Hum! ¿No podrías ser el Profesor Blake de la Universidad de Edimburgo?

—No, no podría.

—¡Sí, pero algún nombre has de dar!

—La “cita urgente” me servirá. Si nos vemos en un aprieto, diré las mentiras que sean necesarias. Pero, mientras tanto...

En ese momento llegamos al Cabot Hotel. Pagué al conductor del taxi con uno de los billetes que robara del botín de Serpos, pensando que tenía derecho a usar parte del producto de su robo. Entramos luego al edificio y nos encaminamos a la portería, donde nos atendió un joven muy cortés.

—Sí, señor —dijo, en tono animado.

Pregunté por el doctor Keppel, explicando que habíamos viajado desde lejos para cumplir una cita urgente que teníamos con él, y era necesario que le viéramos, a pesar de lo avanzado de la hora. El empleado extendió la mano hacia el conmutador telefónico, pero se contuvo.

—Lo lamento, señor —dijo—. El doctor Keppel ha salido.

—¿Ha salido? ¿A esta hora de la noche? Pero, seguramente...

El escribiente pareció intrigado.

—Sí, señor. Nunca está fuera hasta tan tarde. Un momento. —Se volvió hacia el casillero de la correspondencia y sacó una tarjetita—. Sí. Dejó un mensaje. Yo no estaba de servicio cuando salió, pero aquí está. Dijo que saldría a eso de las nueve y no volvería hasta tardé.

—¡Ah! Entonces regreso de Moreton Abbot, ¿eh?

—¿De Moreton Abbot? Sí, señor. Volvió esta tarde, según me dijeron.

—¡Caramba, esto es muy inconveniente! —protestó Evelyn, mostrándose muy molesta—. ¡Mis obligaciones tienen su límite! Está bien que me llamen a tomar notas a cualquier hora de la madrugada, pero cuando se ha concertado una cita... Profesor Blake...

La mirada que le lancé la hizo callar, pero el escribiente ya estaba sobre aviso.

—Pero —sugerí yo—, ¿no podríamos esperarlo en sus habitaciones?

El otro vaciló.

—Lo siento, señor. El mensaje dice que si vinieran a visitarle, preferiría que no le esperaran en sus habitaciones. Usted comprenderá, señor. El doctor Keppel... es así.

—Entonces —expresé fríamente—, podríamos tomar dos habitaciones para nosotros. Mi secretaria está un poco fatigada...

El escribiente asintió en seguida. ¿Queríamos habitaciones en el mismo piso en que estaban las del doctor Keppel? Contesté afirmativamente. ¿Nos agradaría tener habitaciones corridas? También asentí. El empleado tomó dos llaves, me entregó la pluma e hizo señas a un botones. Luego sonrió.

—Por pura formalidad, señor —manifestó—, como la señorita no tiene equipaje... Usted comprende...

Todos sonreímos mientras le pagué. Firmé por los dos, usando nuestros verdaderos nombres. Cuando el botones nos llevó al piso alto en el ascensor, Evelyn y yo nos miramos. ¿De manera que Keppel había dejado un mensaje para que no se permitiera la entrada a sus habitaciones a ningún visitante? ¿Sería posible que nos

esperara? Era probable que así fuese.

Las habitaciones de Keppel estaban en el piso más alto del edificio. Pasamos por un corredor flanqueado por puertas blancas.

—¿Cuáles son las habitaciones del doctor Keppel? —pregunté al botones, hablando en voz baja.

El botones señaló dos puertas en la pared de la izquierda, las últimas del corredor. Aunque el pasillo estaba iluminado solamente por una débil lámpara colocada en un extremo, pudimos ver claramente las puertas señaladas... y perdimos las esperanzas. Por lo general, según recordaba bien, las antiguas cerraduras del hotel podían abrirse con una horquilla o una lima de uñas; pero el cuidadoso doctor Keppel había hecho colocar en sus puertas dos cerraduras Yale.

No dijimos nada, aunque Evelyn, a espaldas del botones, sacudió los puños con ademán colérico. Nuestras habitaciones se hallaban en el extremo del corredor. A ellas nos condujeron, y me libré del botones dándole una propina.

Me senté luego en uno de los sillones y contemplé la espaciosa habitación con su cama de bronce y su antigua araña. Las cortinas de la ventana se movían a impulsos de la brisa. Oí a poco el ruido de un pasador al ser corrido, se abrió la puerta de comunicación entre los dos cuartos y entró Evelyn. Habíase quitado el sombrero y tenía el cabello suelto. Se encaminó hacia el espejo colocado sobre la repisa de la chimenea de mármol blanco, sacó un peine de su bolso y comenzó a peinarse. Súbitamente rompió a reír.

—Bueno, Ken —dijo—, aquí estamos, y nos han derrotado. ¿Sabes abrir una Yale sin la llave?

—No.

Me miró por el espejo.

—Mañana a esta hora —prosiguió— debemos estar en el Tren Azul, viajando hacia el sur de Francia. ¿Qué apuestas a que no es así? No podemos conseguir ese sobre...

Exclamé acaloradamente que haríamos el viaje y que el sobre estaba a nuestro alcance. La habitación era vecina a las de Keppel, y sólo nos separaba de ellas el espesor de una pared. Me encaminé hacia la ventana y me asomé a ella. Los recargados adornos de la arquitectura del siglo dieciocho tenían sus méritos: dos pies por debajo de la ventana, corría una cornisa de piedra que se extendía a lo largo de toda la fachada, pasaba también por debajo de las ventanas de Keppel y se hallaba a unos veinte metros por sobre los jardines de la Biblioteca y los claustros de la catedral; pero tenía unos sesenta centímetros de anchura, y era un sendero bastante seguro. Aunque la luna estaba semioculata por una esquina del edificio, pude ver claramente el camino a recorrer.

—¿Te parece prudente? —preguntó Evelyn, en voz baja.

Tenía en el bolsillo el cortaplumas que me enviara Charters. Di instrucciones a Evelyn.

—No sabemos cuándo volverá Keppel, pero tal vez llegue en cualquier momento. Quédate aquí y deja entreabierta la puerta que da al corredor. Desde ella podrás vigilarlo en toda su extensión, como así también el ascensor y la escalera. Si sube alguien...

—¿Qué aspecto tiene Keppel?

—No sé... ¡Espera! Bowers me dijo que era pequeño, de cabellos grises y que cojeaba. Eso basta para reconocerlo, pero si ves a alguien que te parece peligroso...

Ella asintió, lanzando una mirada rápida a su alrededor. Luego tomó el vaso de vidrio que había sobre el lavatorio.

—Muy bien, viejo. Si puedes forzar una de las ventanas, déjala abierta; yo dejaré abierta ésta. Si veo acercarse a alguien, cerraré la puerta y romperé este vaso contra el hogar. Es seguro que lo oirás. Pero, Ken, por favor, ten cuidado.

Salí a la cornisa. Todos hemos visto películas en que el espectáculo de una persona que avanza con las piernas temblorosas sobre una cornisa nos causa gracia. Aseguro al lector que no tiene nada de cómico ni es tan fácil como parece. Al principio no se tiene dificultad ninguna, aunque desde la cintura para arriba tiene uno la impresión de tambalearse. No sé por qué, se siente uno desnudo. Se notan más agudamente los sonidos: el susurro del viento al mover las hojas de los árboles que se hallan a veinte metros más abajo, o el rechinar de los zapatos sobre la piedra. Cuando se mira hacia abajo, parece que el suelo le atrae a uno. Pero esto ocurre cuando las piernas y rodillas comienzan a flanquear.

Arrimaba mi hombro izquierdo a la pared, tanteando al mismo tiempo con la mano derecha. Me tambaleé hasta que conseguí aferrarme al marco de la ventana más próxima. Según pude observar, había cuatro de ellas en las habitaciones de Keppel. Me sostuve del marco de la más cercana y avancé con gran cuidado.

La ventana estaba abierta.

Aun la cortina estaba recogida y se agitaba suavemente a impulsos del viento. Era la abertura un rectángulo negro en el que penetraba muy poca luz. No me agradó el aspecto del asunto.

Era demasiado fácil. Parecía atraerle a uno hacia adentro. Mi primera intención fué pasar la mano, tomarme del alféizar por el lado interior, y entrar. Empero, algo me contuvo. *Cuidado* —parecía decirme el murmullo del viento—. *No toques esa ventana. No toques...*

Con la mano derecha extraje el cortaplumas del bolsillo y oprimí el botón que abría la hoja. La metí en la abertura sin encontrar obstáculo alguno, y luego la hice correr a lo largo del bastidor. Nada. Según me pareció ver, corría por la parte inferior del marco una angosta ranura. Pasé la hoja del cortaplumas por ella.

Cuidado, te digo. No toques la ventana. No toques...

Repentinamente cayó la ventana con el estrépito de una guillotina.

Pareció saltar hacia mí, pues la débil luz se reflejó en su cristal al caer, y su estrépito resonó con gran fuerza. Me eché hacia atrás, golpeando la pared con la

mano, y sólo me salvó de caer el hecho de que estaba tomado del marco. La ventana partió en dos la hoja del cortaplumas con suma facilidad y como podría haber cortado cualquier otra cosa. Pues capté el brillo de algo más cuando descendió. Había un motivo para la existencia de la ranura del alféizar. Vi una cuchilla afilada sujeta a lo largo de la parte inferior de la ventana. Si hubiera extendido la mano para tomarme de la parte interior, la presión de mis dedos o el peso de mi mano sobre el alféizar habría hecho caer esa guillotina en miniatura... y cuatro de mis dedos estarían ahora cercenados.

Estos pensamientos fueron rapidísimos. Lo sé porque el cortaplumas cayó de mi mano cuando me eché hacia atrás, y comprendí todo el mecanismo de la trampa antes de oír que caía entre las ramas de uno de los árboles que se hallaban debajo.

Por unos segundos permanecí inmóvil, con los ojos cerrados. Hubiera dado mil libras esterlinas a cambio de unos minutos de reposo.

Si todas las ventanas estaban provistas del mismo mecanismo, sería inútil intentar la aventura. Pero ahora temía más desandar mis pasos que continuar hacia adelante, ya que en tal caso tendría que soltar algo a lo que estaba aferrado. Deseché de mi mente estas ideas y avancé hasta la ventana próxima. Esta se hallaba cerrada, aunque sin asegurar. Acerqué mis dedos temblorosos al cristal y la levanté una pulgada. Parecía no haber ranura alguna en el alféizar. Tendría que hacer la prueba. Tomé el faldón de mi americana y lo puse en la abertura, cerrando luego la ventana.

Descubrí al retirar el faldón que no había otro mecanismo como el anterior en esta ventana. Terminé de abrirla, me encomendé al cielo y salté al interior de la habitación.

Había cortinas sobre la abertura y el interior de la estancia estaba a oscuras, pues la débil luz exterior iluminaba solamente el borde de una alfombra descolorida. Permanecí un momento inmóvil, enjugándome la transpiración de la frente con la cortina. La única otra luz era la que pasaba por debajo de la puerta que daba al corredor. No me pareció que hubiera nada siniestro en el cuarto. Al cabo de un momento, encendí un fósforo.

Comprobé que estaba en el estudio. La luz del fósforo iluminó algunos libros y un par de grabados en la pared. Me alegré de ver que había encontrado el escritorio de primera intención; estaba junto al muro, entre las dos ventanas, y lo hallé cuando extendí la mano hacia la izquierda. Era uno de esos muebles de estilo francés, alto, angosto y con una tapa de palo de rosa que por cierto no hubiera servido como protección contra los ladrones. La llave estaba puesta en la cerradura. Había varios casilleros a ambos lados, todos llenos de papeles... excepto el superior de la parte izquierda. Allí, según me informaran, había un sobre. Lo toqué con cuidado, mas no caí en ninguna trampa. Estaba cerrado y lacrado, y recién al retirarlo sentí algo en mis dedos.

Era negro de humo.

Una gruesa capa de ésa sustancia cubría la madera en la que reposara el sobre, de

manera que el que lo tocara dejase huellas. Me quedé mirándolo y tratando de averiguar en qué residía la trampa.

Tal vez fuera el leve susurro de las cortinas lo que me hizo girar sobre mis talones. No tuve la impresión de que nada se hubiera movido. Sin embargo, encendí un tercer fósforo y avancé más hacia el interior de la estancia...

Lo primero que vi qué una mesita redonda sobre la que reposaba una botella con una etiqueta roja y azul, y un vaso. Más allá había una larga mesa baja junto a un sillón. Vi entonces un gorro de fumar de color rojo que estaba medio torcido, un par de ojos vidriosos por la muerte y un rostro desfigurado por el efecto de la estricnina. Y, en el momento en que el fósforo se consumía, distinguí a Paul Hogenauer que, sentado en el sillón, me sonreía.

XI

LA VENTANA-GUILLOTINA

Hay espectáculos que nuestros sentidos no absorben porque la mente se niega a creer. “No has visto tal cosa”, nos dice el cerebro. “Es imposible”. Luego el sentido común vuelve por sus fueros y comprende uno que es verdad lo que ha visto.

Paul Hogenauer, con su fez rojo y su sonriente mueca, no podía estar sentado en ese sillón.

Sin embargo era así.

En la oscuridad seguí viendo a Hogenauer con tanta claridad como le viera un segundo antes. Se había deslizado en la silla, y su posición era diferente de la que tenía en Moreton Abbot, a unas setenta millas de distancia. Su barbilla estaba algo más adelante y su cabeza más inclinada hacia un costado, como si estuviera juzgando los méritos de una obra artística.

Lo primero que acudió a mi mente fueron las palabras de H. M. con respecto a la nueva teoría de Hogenauer: *Afirma poder trasladarse por el airé en estado invisible, como Alberto Magno*. Pues bien, parecía haberlo hecho, a pesar de estar muerto.

Retrocedí dos pasos, tropecé con una silla y me dejé caer sobre ella. En una mano tenía el sobre, que era bastante pesado; en la otra tenía el fósforo consumido, el cual cayó al suelo. El sobre lo guardé en mi bolsillo, casi sin darme cuenta de lo que hacía. De nada me hubiera servido encender otros fósforos. Me dominó la necesidad de tener luz. Me levanté de la silla con un esfuerzo. Sobre el escritorio de palo de rosa había visto una lámpara con pantalla, amarilla. Al menos podía hallar de nuevo el mueble, pues se encontraba entre las dos ventanas. Caminé a tientas hacia él y encendí la lámpara.

Todavía estaba allí, sentado en el sillón. Recuerdo que me pregunté vagamente si la habitación estaría igual que aquella otra sala de “Los Alerces”. No era así. Tratábase de una estancia amplia, de alto cielo raso y amoblada con más gusto que la otra. Aunque no había muchos libros, vi gran cantidad de pilas de diarios. El hogar se hallaba sobre la pared de la derecha, mirando desde las ventanas. La mesa se encontraba cerca del centro, de manera que el hombre que estaba sentado junto a ella recibiría la luz occidental desde la abertura más lejana por sobre su hombro derecho y no sobre el izquierdo...

Alguien golpeó en los cristales de la ventana. Giré sobre mis talones y vi a Evelyn en la parte exterior de la ventana-guillotina. Estaba tratando de levantarla mientras miraba al muerto.

Haber gritado o hecho algún ademán violento podría haberla sorprendido hasta el punto de que soltara su asidero en el marco, pues no puedo negar que estaba muy pálida y que sus ojos parecían enormes, casi fantasmales, a través del, vidrio. Pero si levantaba esa ventana perdería los dedos. El diablo jugaba con nosotros esa noche, y parecía divertirse más que nunca. Fué ése el peor momento de todos. No creo que hubiera podido gritar aunque hubiese querido hacerlo. Me acerqué lentamente, impidiéndole que viera al muerto y tratando de llamar su atención. Monótonamente, repetía en voz baja:

—La otra ventana. Aparta das manos. Vé a la otra ventana. La otra ventana. Aparta las manos. La otra...

Evelyn pareció comprender. Desapareció y, en menos de dos segundos más, la hacía pasar por donde había entrado yo. Habíase quitado los zapatos para el viaje, y aunque estaba jadeante, no le costó mucho sonreír.

—Lo siento, Ken —dijo, serenamente—, pero no podía quedarme más tiempo allá. Ya tardabas demasiado.

Creí que algo había ocurri...

—Algo ha ocurrido. ¿Estás bien?

—Perfectamente, aunque los dos estamos muy sucios. ¡Ea, me haces daño en las manos! No aprietes tanto, viejo. ¿Qué te pasa? ¡No tengo nada en las manos!

Así era. Nunca la quise más que en ese momento, aunque no podría habérselo dicho, y, de todos modos, no era ése el sitio más apropiado para galanteos. Evelyn miró hacia el muerto.

—¿Quién... quién es, Ken?

—A menos que me haya vuelto completamente loco, es Hogenauer.

—Pero eso es...

—Ya sé.

Miró de nuevo.

—Pero tiene pelo —manifestó, extrañada—. Tú dijiste que Hogenauer era calvo. Este tiene pelo. Lo vi por la ventana; le sobresalía del gorro. —Al cabo de un momento de silencio agregó—: Debes haber recibido una sorpresa desagradable, Ken. Ese hombre no puede ser Hogenauer; pero opino que ya no necesitamos temer que Keppel nos sorprenda.

Eso era lo que necesitaba para recobrar el uso completo de mis facultades. Recuerdo bien que sus palabras me aclararon el cerebro. Al acercarme al cadáver, recordé lo que había dicho Bowers algo más temprano: *¿Qué aspecto tiene? Es más o menos como el amo, pequeño y delgado...*

El rostro, naturalmente, estaba desfigurado y descolorido por la estricnina; pero el hombre, a pesar de su fez rojo, no lucía una chaqueta de fumar como Hogenauer; tenía puesta una americana oscura común, cuello blanco y corbata. Levanté el fez, y una mata de cabellos grises saltó hacia arriba como el muñeco de las cajas de sorpresa, alterando por completo la cara del muerto. Para asegurarme contra cualquier

engaño, di un tirón a los cabellos, inclinando el cadáver un poco... Estaba ya frío y rígido. Luego miré su pierna izquierda y el bastón que yacía a sus pies. Ya no me cabía la menor duda; el individuo era el doctor Albert Keppel.

—Ken —dijo Evelyn, desde el otro extremo de la mesa—, mira.

Me acerqué a la mesita redonda sobre la que estaban la botella de agua mineral y el vaso.

—Hasta bebió la misma clase de agua mineral que Hogenauer —prosiguió ella—, y... ¿ves esto?

Junto al vaso se veía un sobre ordinario, algo arrugado y doblado en dos. Lo tomé, limpiándome primeramente las manos en un pañuelo. El sobre estaba vacío, aunque aún quedaba en su interior un polvo blancuzco y cristalino. Lo toqué con el dedo y me lo llevé a la lengua, comprobando que tenía gusto amargo. Eran los restos de sales de estricnina.

—¿No te dijo Bowers que cuando Keppel visitó esta mañana a Hogenauer, éste le dió algo que parecía ser “un sobre doblado en dos”? —dijo Evelyn.

—Eso mismo. Le dió Una dosis de estricnina y Keppel la tomó. Según me parece, deben haber fallecido casi al mismo tiempo.

Evelyn había comenzado a temblar.

—¡Déjalo, Ken! ¡Déjalo! Nuestras impresiones digitales están por todos lados. Oye... ¿no sería mejor que nos fuéramos? ¿Conseguiste el sobre que viniste a buscar?

—Sí.

—Pues eso es todo lo que debemos hacer. Si nos sorprenden ahora... —Se interrumpió; era incapaz de irse sin descifrar el misterio—. Oye, ¿hay gemelos en el escritorio, falta algún libro o se parece la disposición de los muebles a lo eme viste en la otra casa?

Regresamos junto al escritorio, el que estaba muy desordenado. Había paquetitos de papel de nota, llenos de fórmulas matemáticas y marcas igualmente indescifrables. Vi dos libros con papel de nota metido entre las páginas para marcar algún pasaje. Había también varios lápices de color. Pero todo esto había sido apartado para dejar un espacio libre en medio del escritorio. En ese espacio libre descansaba un trozo de cristal circular, de unas tres pulgadas de diámetro. Su cara inferior era chata, pero la superior era ligeramente convexa. Yacía junto a un cenicero de bronce en el que vi las colillas de numerosos cigarrillos. A poca distancia, en una de las hojas de notas, veíanse varios símbolos escritos con un lápiz azul:

Si a' es el ángulo de refracción, y t el espesor de la placa, entonces

$$BC \cos a' = t$$

$$BD = 2BC \operatorname{sen} a = 2t \operatorname{tg} a$$

$$2 \mu BC \cos a = 2t \mu \cos a$$

—Es algo relacionado con la luz, sus refracciones o... ¡Ya sé! —exclamó Evelyn

—. Al menos ya sé lo que es ese trozo de cristal. Es la lente de una linterna mágica.

Súbitamente se interrumpió, levantó la mano y habló en un susurro.

—Apaga esa luz, en seguida. Alguien sube, y la verán por debajo de la puerta.

Después de fijarme bien en la posición de Evelyn, extendí la mano y apagué la luz. Después me uní a ella en la oscuridad. Desde el corredor nos llegaba claramente el rechinar del viejo ascensor. Reinaba tal silencio en el hotel que no tuvimos dificultad alguna en identificar el sonido que hizo al detenerse en nuestro piso. Probablemente era algún huésped que regresaba tarde. Por cierto que no podía ser Keppel; pero, de todos modos, Evelyn respiraba jadeante en la oscuridad.

Se oyó el ruido de la puerta del ascensor y de pasos en el corredor, como asimismo una voz queda mientras dos personas se acercaban.

¡Ea, espere un momento! —dijo la voz del escribiente del hotel. No era ya amable, sino áspera y con un dejo de astucia en ella—. Tenemos que decidir lo que hemos de hacer. La dificultad está en que puede tratarse de un error. Es posible que lo recibiera por casualidad. Si tal es el caso, arriesgaría mi empleo al provocar un escándalo, para no decir nada del inconveniente de despertar al gerente y llamar a la policía. Pero, si estoy en lo cierto —susurró la voz, con gran alegría—, habrá una buena ganancia para...

La voz del botones pareció formular una pregunta.

—Eso mismo —replicó el escribiente. Al parecer, se habían detenido—. Mírelo. Es un billete falso. Me dió cuatro billetes de diez chelines para pagar las habitaciones. Le aseguro que es muy buena la falsificación. No la hubiera notado si no hubiese trabajado antes en un banco.

Con los labios junto a mi oreja, Evelyn me susurró, desesperada:

—¡Cielos! ¿Qué hemos hecho ahora?

—¡Shh!

—Le diré lo que han hecho —dijo la voz del escribiente, con tanta prontitud que parecía responder a Evelyn. Ambos retrocedimos unos pasos—. Como dije, puede ser un error. Pero sacó el dinero de un paquete de billetes nuevos, todos de diez chelines, y creo que era lo único que tenía. ¿Cree usted que los habrá conseguido honradamente?

—A mí me dió media corona —murmuró súbitamente el botones—. ¡Cristo santo! ¿Cree usted que...?

—¡Oh, al diablo con esa media corona! —exclamó el otro—. ¡Calle y apártese de esa puerta! Su media corona salió del cambio que le di yo. Pero escuche, le diré lo que opino. Los cuatro billetes son falsos y casi perfectos. Apostaría a que hay un solo hombre en Inglaterra que pudo haberlos hecho. No me gustaron nada ese “Blake y su secretaria” cuando vinieron; por eso le pedí que pagara por adelantado. Apostaría a que tenemos en el hotel a dos miembros de la banda de Willoughby.

Evelyn lanzó una exclamación ahogada. El botones preguntaba algo que no alcancé a comprender, y mi corazón dió un vuelco.

—¿No lee los diarios? —preguntó el escribiente—. ¡Shh! ¡SHH! Silencio. Hace quince días que se ocupan de la noticia el *Post* y el *World*. Willoughby era el mejor falsificador americano. La policía estaba enterada de que se hallaba en Inglaterra, y sabían que tenía una prensa para hacer billetes en alguna parte del oeste...

—¡Ah! —admitió el botones—. Pero...

—Ya sé. Lo capturaron la semana pasada, y encontraron la prensa cerca de Torquay. Willoughby rechazó a tiros a la policía y lo mataron. Había unas ocho o diez mil libras en billetes falsos. La investigación oficial se efectuará la semana próxima...

Sonreí en la oscuridad. Ahora veía claramente la relación entre el dinero, Joseph Serpos y el misterioso caso Willoughby. Cuando me arrestaron en Moreton Abbot, confundidme con Serpos y el sargento habló por teléfono con Torquay, se mostró muy regocijado. Ahora comprendía la razón de que dijera: “Y el muy tonto se habrá creído afortunado, ¿eh?”. Recordé también las palabras de Charters cuando me explicó por teléfono que Serpos habíase apoderado del contenido de su caja de hierro sin saber que se trataba de las pruebas del caso Willoughby. “No estaba aquí cuando apresamos a éste. ¡Qué idiota!”. Es decir, Mr. Joseph Serpos había preparado un plan ingeniosísimo para apoderarse de un montón de dinero falso.

Empero, el asunto explicaba la conducta rara de Serpos cuando lo capturé, aclarando por qué estuvo a punto de romper en llanto y por qué, cuando se recobró, dijo con falsa humildad que deseaba regresar a recibir su castigo. Comprendí entonces lo que había hecho. También se hizo cargo de que no podría ser muy grave la acusación contra él. Sin embargo... sin embargo...

Sin embargo, comprendí que todo esto no nos servía de nada en nuestra situación actual. El escribiente hablaba de nuevo.

—Había otros dos o tres en la banda de Willoughby —decía—, y estoy seguro de que están aquí. Tengo este revólver. Es el que estaba en el cajón de abajo. No lo usan desde hace años, pero está cargado, y...

Me alejé con Evelyn de la puerta, encaminándome hacia las ventanas. Teníamos que marchar con gran cuidado en la oscuridad, y, por un error de cálculo, estuve a punto de hacer caer la mesita en la que se hallaban la botella y el vaso. Hablé al oído de Evelyn:

—¿Cerraste la puerta que da al corredor?

—Sí.

—Entonces podemos llegar antes que ellos a la habitación. Si nos sorprenden aquí, estamos perdidos. ¿Te sientes con ánimo para pasar de nuevo por la cornisa?

—Sí.

Estaba trasponiendo el alféizar de la ventana, cuando se volvió hacia mí.

—Ken, me olvidé. La puerta de tu cuarto está cerrada, pero la del mío no. Si llaman al tuyo y no obtienen respuesta, irán al mío, y la puerta de comunicación está abierta...

XII

EL TRANQUILO HOTEL

Les ganamos por escaso margen, pero les ganamos. Cuando el escribiente abrió la puerta de comunicación, nos hallábamos en mi cuarto, junto al hogar, y encendía yo cigarrillos para Evelyn y para mí. Lo malo del caso fué que nos resultó muy difícil adoptar una actitud de dignidad ofendida estando ambos sucios y desarreglados, y Evelyn sin zapatos. Ni siquiera tuvimos tiempo para corregir este último inconveniente.

El individuo se lanzó a la puerta, convencido de que habíamos escapado. Habíale oído golpear a la mía en vano mientras avanzábamos por la cornisa. Ahora entró en la habitación y se detuvo súbitamente.

Antes no había reparado en él; para mí no fué más que una voz que emergía desde detrás de un mostrador. Ahora se me presentaba como un enérgico joven de cabellos rubios, cutis sonrosado, ojos de serio mirar bajo sus cejas color de arena, y mandíbula prominente. Sus ropas eran elegantes, aunque algo viejas. Tenía una mano en el bolsillo de la americana, y aferraba algo que hacía un bulto muy sugestivo. Después de abrir la puerta con cierta violencia, se detuvo, y por su mirada noté la clase de situación en que creía encontrarnos. Era casi como si dijera: “Una aventurilla, ¿eh?”. Empero, en estas situaciones, suele sobresaltarse más el que entra de sorpresa que el que resulta sorprendido.

—Buenas noches —le saludé, con amabilidad—. ¿Qué ocurre?

Era evidente que sus sospechas libraban reñida batalla con el hábito del buen empleado de hotel.

—Entré —dijo—. Usted no contestó a mi llamada.

—No —admití—. ¿Y bien?

Sobrevino una pausa. Luego, después de lanzar una mirada al botones que estaba detrás de él, expresó lo que deseaba decir.

—Lamento si ha ocurrido un error —manifestó—; pero, ¿suele usted pagar sus cuentas con dinero falso?

Por su expresión, parecía decir: “No lo he dicho del todo mal, ¿eh?”. Me figuré que el joven era un gran aficionado al cine. De ser así, mal iría el asunto. Brillaban sus ojos, y respiraba rápidamente; era indudable que estaba preparado para lo peor.

—¿Dinero falso? ¿Qué diablos quiere usted decir?

—Repito: lamento si ha ocurrido un error. Me dió usted cuatro billetes de diez chelines cada uno. Todos ellos son falsos.

Evelyn y yo nos miramos, como si acabáramos de hacernos cargo de algo que nos sobresaltaba.

—¡Caramba! —dijo ella, empleando todo su talento histriónico—. ¿Podría ser...? Ese automóvil que vendió usted...

—Y —repuse— me pagó con varios paquetes de billetes. Eran todos nuevos...

No le ofrecimos explicación alguna; cambiamos frases como si estuviéramos resolviendo un problema particular y entusiasmándonos cada vez más con él sin que el asunto tuviera nada ver con otras personas. Luego Evelyn se interrumpió y le miró fríamente. Me di cuenta de que el joven había perdido la serenidad.

—Parece que ambos cometimos un error —le dijo ella—. Empero, no se aflija. Tengo suficiente dinero bueno en mi bolso.

Ahora contemplaba el joven la suciedad de nuestras ropas, y su mirada se dirigió hacia la ventana. Tomó entonces una decisión.

—Oigan ustedes —manifestó—, si me equivoco ya me daré cuenta en seguida; pero creo que son ustedes un par de pillos, y me parece que han estado haciendo de las suyas en el hotel. ¿Tienen inconveniente en que los revise?

—Por supuesto.

Apretando los dientes, extrajo el revólver del bolsillo. De nuevo su afición al cine le resultó útil.

—Arriba las manos —ordenó.

—No diga tonterías —gritó Evelyn.

—Arriba las manos —repitió él, muy serio. A pesar de su intranquilidad, se notaba que la situación le agradaba. Era muy posible que disparara uno o dos tiros al aire para demostrar que era el dueño de la situación, y en cuanto la gente comienza a disparar tiros llega el momento en que alguien resulta herido. Levantamos las manos, y el joven hizo una señal al botones.

—Regístrelos.-

El aludido, que parecía no ser aficionado al cine, miró a Evelyn muy turbado y protestó. El escribiente ordenó entonces:

—Bueno, regístrelo a él al menos. ¡Rápido!

El hombre metió las manos en mi bolsillo, mirándome como para pedir disculpas, y sacó la colección de artículos que había estado yo toda la noche transfiriendo de un disfraz al otro. Lo primero que encontró fué el sobre lacrado. Lo segundo fué el billete de cien libras.

—¡Cáspita! —exclamó el botones, hablando al fin.

—Tráigalo —ordenó nuestro captor.

Nunca olvidaré su aspecto cuando examinó el billete, levantando la vista de tanto en tanto a fin de no dejar de vigilarnos. El cañón de su revólver estaba lleno de polvo, y creo que había una telaraña en su interior; mas no era un objeto con el que se pudiera jugar. Al fin levantó la vista con expresión de triunfo.

—Ahora estoy convencido —anunció—. Este billete también es falso, aunque no

tan bien hecho como los otros. Willoughby debe haber cometido un error. Compañero, hemos capturado a la banda de Willoughby.

Miré a Evelyn. ¡De manera que el billete que estuviera en el diario que había encontrado la señora Antrim en la cocina de Hogenauer era falso! Al parecer el viejecillo estaba complicado en la falsificación. El asunto se estaba tornando demasiado complicado para mi tambaleante cerebro, y el escribiente sonreía muy satisfecho.

—Vaya al teléfono —ordenó al botones— y despierte a Mr. Collins. Telefonee también a la comisaría y avise que tenemos a dos componentes de la banda de Willoughby. Hay mil libras de recompensa por su captura. Kenwood Blake y Evelyn Cheyne. Me gustaría saber cómo se llaman en realidad. ¡No se muevan o disparo!

—¡Oh, por amor del cielo!... —exclamé, disgustado—. Deje de hablar así y escuche. ¿No nos dará una oportunidad de explicar? Esto es más serio de lo que piensa.

—No puede ser más serio —replicó—. Corrí un riesgo y acerté. Podrá dar todas las explicaciones que quiera en la comisaría.

Pensó un momento. Sin duda alguna, tenía suficientes pruebas contra nosotros como para mandarnos a la cárcel; sabía que estaba en lo cierto, y comenzó a creerse un héroe.

—¡Vaya! —agregó, muy pensativo—. La noticia interesará al mundo. Podría llamar también a la oficina de prensa. Es... es una noticia que interesará a todos los diarios de Londres. Me parece que todavía hay tiempo para que la incluyan en la edición de la mañana...

Estaba seguro de que la noticia interesaría también al Comandante Sir Edward Kent-Fortescue Cheyne cuando la leyera al tomar el desayuno.

—¿Le parece que la publicidad sería conveniente para el hotel? —dije—. Opino que si se publica la noticia en los diarios se quedará usted sin recompensa y sin empleo. ¿No nos permitirá demostrarle quiénes somos? Además, querría bajar las manos.

Él consideró la solicitud.

—Muy bien. Pero póngalas en el bolsillo y déjelas allí.

El botones le entregó en ese momento el sobre lacrado que fuera el motivo de todas mis aventuras y se perdía ahora para mí.

—¿Qué hay aquí?

—Algunos papeles.

—Más dinero falso, seguramente.

—¿Por qué no lo abre y lo comprueba? —repuse. Estaba tan curioso por saber qué contenía el sobre que, en ese momento, no me hubiera importado que lo leyera—. Ábralo.

—Debe ser una trampa —replicó en seguida, mientras contemplaba el sobre—. En fin, ya veremos más tarde. Tome, Frank, lleve este sobre abajo y guárdelo en la

caja de hierro.

Adiós, adiós para siempre. Nada podía hacer para remediar la situación. Lo estaba entregando al botones cuando se detuvo y lo miró con más atención.

—Está todo sucio —expresó entre dientes—. Como si... ¿Qué es lo que tiene? ¡Negro de humo!

El botones abrió los ojos y al fin tomó parte en el asunto.

—¿De veras? —preguntó, con gran interés—. ¡Negro de humo! ¡Cáspita! Anoche compré un poco para Mr. Keppel.

—Ahora veo —observó nuestro captor, mientras le relucían los ojos—. ¡Keppel! Por él preguntaron al venir, asegurándose de que no estaba. No tenían cita ninguna, pues, de otro modo, él los hubiera esperado. Salieron por esa ventana, marcharon por la cornisa y entraron a su cuarto... ¡Frank! ¿Tiene usted la llave de la habitación del doctor Keppel?

—Sí —repuso Frank.

—Iremos ahora mismo a echar una ojeada. Ustedes dos, caminen, y nada de tretas... ¡Un momento! ¿Quién sube?

Momentáneamente miró hacia la puerta, y en ese instante podría haberle quitado el arma. Mas no hice la tentativa, pues la respuesta de Frank envió todas nuestras esperanzas al limbo, y nuestras perspectivas de boda se desvanecieron como el humo. Frank repuso que era el inspector Murchison, de la policía. El escribiente dejó escapar un suspiro de alivio y llamó al recién llegado, mientras que Evelyn cerraba los ojos. En la habitación penetró el hombre fornido del sombrero hongo a quien viéramos en la estación. Contempló el grupo y nos miró con cierta ironía. Mas no fué esto todo. Por encima de su hombro descubrimos el rostro sonrosado de Mr. Johnson Stone.

Stone me señaló.

—Ése es —dijo.

—¡Oh, Judas! —exclamó Evelyn, al cabo de una pausa—. ¡De modo que era una treta! Nos contó un cuento de fantasmas, ¿eh? L. no está muerto. Apuesto a que es usted mismo. Usted lo llamó, ¿eh? Bueno, espero que esté satisfecho.

Stone levantó la vista. Por un momento nos miró fijamente y enrojeció más. Al fin habló con voz ahogada.

—Así que ahora soy un Judas, ¿eh? —exclamó—. ¡Muy bonito! ¡Muy bonito! Juro que nunca más, aunque viva hasta los cien años, ayudaré a nadie. Al que me pida ayuda le daré un puntapié en la cara. ¡Le mataré! Le... Escuchen ustedes, par de tontos, ¿por qué no esperaron y me dejaron explicar? —Extendió la mano y tomó el hombro del inspector, como si necesitara apoyo—. Estúpidos de... Escuchen. El inspector no fué a la estación para arrestarlos. Jamás en la vida había oído hablar de ustedes. No iba al compartimiento para buscarles. Subió al tren para *recibirme*. ¡Es mi yerno, idiotas, el yerno de quien hablé toda la noche y el que dije que probablemente podría ayudarles! ¿Pero me escucharon ustedes? ¡No! Y ahora, en lo

que a mí respecta, pueden ustedes tomar sus sobres, sus Keppels y sus Hogenauer y...

Hago aquí una pausa, recordando la escena desarrollada en el prosaico cuarto de hotel. Fué allí donde se produjo el cambio. Marcó el cruce del Jordán y la división de los caminos. No significó paz, pues en este caso no la hubo hasta el final; pero al menos señaló el fin de nuestra carrera como fugitivos de la justicia. Aunque en el momento no estaba seguro de esto, sé que sentí un alivio extraordinario.

Al fin habló Evelyn, en voz muy queda:

—¿Quiere decir eso que... —dijo— que...?

—Cálmese —gruñó Stone—. ¿En qué clase de enredo se han metido ahora?

Murchison miró al escribiente y le preguntó en tono casual:

—¿Pasa algo?

El yerno de Stone era una especie de versión inglesa de su suegro. Además, había en él algo que me recordó a nuestro amigo Humphrey Masters. Tenía unos treinta y cinco años de edad, era de cuerpo fornido, mandíbula cuadrada y ojos azul claro con párpados arrugados que le hacían parecer mayor. Cuando se quitó el sombrero hongo (señal de tregua en los representantes de la ley), dejó al descubierto su cabello castaño que se elevaba hacia lo alto como las cerdas de un cepillo. Tenía dos surcos alrededor de la boca y hablaba lentamente, lo cual también le hacía parecerse a Masters.

Golpeó su sombrero con los dedos mientras observaba al escribiente con expresión casi distraída. Me figuré entonces que Stone le había contado todo.

—¿Pasa algo —repitió—, Mr...?

—Robinson —dijo el otro. Estaba algo aturdido, y el revólver que empuñaba parecía molestarle—. Me parece —continuó, lentamente— que pasan muchas cosas. He capturado a dos miembros de la banda de Willoughby.

—¡Tonterías! —le espetó Murchison.

El inspector sonreía amablemente y su actitud era de indulgencia. El joven nos miró extrañado.

—Parece que he cometido un error —observó—. Todos me miran como si yo fuera el culpable. Le aseguro que este hombre me dió cuatro billetes falsos de diez chelines, y tenía otro de cien libras en el bolsillo...

Murchison pareció sobresaltarse un tanto al oír esto; pero no hizo más que acercarse al otro y darle una palmada en el hombro, como si quisiera hacerle salir de la habitación.

—¡Vamos, vamos, cálmese! —le recomendó—. Ya estoy enterado de todo eso. Yo respondo por ellos. Son personas honradas.

El escribiente agachó la cabeza.

—Entonces estoy en un aprieto —replicó con gran franqueza—. Pero algo raro

pasa aquí, y tengo que saber de qué se trata. Si no aclaro el asunto, despertaré al gerente para que intervenga él. ¡Vaya, hombre, mírelos! Se metieron en el cuarto del doctor Keppel. Mire este sobre. Si va usted allí, podrá comprobarlo. Usted mismo conoce al doctor, pues vino aquí a verle. Pues bien, le aseguro, que este hombre debe...

Me pareció que Murchison se tornaba preocupado. Se aclaró la garganta y encogió sus anchos hombros.

—¿Le vió entrar en la habitación? —inquirió.

—No, pero si va usted allí...

—¿Dónde está el doctor Keppel?

—Todavía no ha regresado.

—Bien, bien —dijo Murchison, con la actitud de quien sugiere algo muy justo—, ¿que le parece si deja esto en mis manos, eh? Sólo por un rato. Puede usted estar seguro de que estas personas no son criminales. Pero quiero hablar con ellos. Vaya usted abajo y espere a que le llame. Deje todo a mi cargo y no tendrá motivos para lamentarse. Sí, sí, sí, ya sé que cumplía usted con su deber. No, no habrá dificultad ninguna...

—Tome un cigarro —ofreció Stone, amablemente.

El aturdido escribiente, con un cigarro en una mano y un viejo revólver en la otra, se retiró de la habitación. Cuando la puerta estuvo cerrada, los otros dos se volvieron hacia nosotros. Había desaparecido la expresión adormilada y sonriente de Murchison; ahora parecía preocupado. Tenía en la mano el sobre que sacara de entre los dedos de Robinson y golpeó con él su sombrero. Stone también estaba preocupado; habló como si fuera un conspirador, mirando por sobre el hombro para asegurarse de que la puerta estaba cerrada.

—Oigan —dijo—, yo no se lo dije. Es decir, no le confié nada hasta que él me hubo contado una cosa. Entonces tuve que hablar, y vinimos hacia acá lo más pronto posible. Bill...

—Espere un momento, papá —intervino Murchison. Al cabo de un instante, durante el cual respiró ruidosamente, el inspector agregó en voz baja—: Está muerto, ¿verdad?

Evelyn se acercó a un sillón y se dejó caer en él.

—¿Muerto? ¿Quién?

—Ya saben que me refiero al doctor Keppel.

Inspiré profundamente.

—Sí, está muerto. Lo encontramos sentado allá, en la misma posición que... A propósito, ¿está usted enterado de la muerte de Hogenauer?

—Sí. El jefe de la familia me lo contó después que yo le hube dado ciertos informes que no creí importantes. —Sonrió irónicamente—. Me pareció que sería un buen cuento para recibir a mi visitante. No lo era... Aclaremos esto. Keppel ha muerto. Supongo que estaría envenenado con estriquina, ¿verdad?

—Eso mismo, y la tomó con la misma agua mineral que bebía Hogenauer. Están sentados casi en la misma posición, junto a la mesa, y Keppel tiene puesto un gorro como el de Hogenauer. ¿Cómo lo sabía usted?

—Porque estaba enterado de que Keppel iba a tomar eso —respondió acerbamente Murchison—. No, no; no quiero decir que sabía que iba a ingerir estricnina, y puede usted apostar a que él también lo ignoraba. En cuanto a este sobre —lo agitó en la mano—, yo mismo lo puse en el casillero del escritorio. Estuve aquí esta tarde, ¿sabe usted? Todo esto formaba parte del mismo engaño.

Evelyn intervino en ese momento.

—Le estamos muy agradecidos —manifestó— por habernos librado del enredo. Pero si tiene usted la explicación de todo esto, haga el favor de dárnosla, antes de que me vuelva completamente loca.

Murchison sacudió la cabeza.

—Eso es lo malo. Sólo estoy enterado de lo que ocurrió esta tarde y de que me veré en dificultades.

Se acercó a la cama y dejó sobre ella su sombrero. Luego cruzó los brazos y clavó la vista en el suelo, diciendo por lo bajo:

—¡Bonito enredo! ¡Bonito enredo!

Al fin pareció volver a la realidad.

—Pues bien —manifestó—, el doctor Keppel me llamó esta tarde para rogarme que viniera. Le conocía un poco, como así también a su amigo, Mr. Hogenauer. Verán ustedes, ambos tenían mucho interés por estar bien con la ley, aunque Keppel no era tan aprensivo como Hogenauer. Éste se había visto en dificultades con las autoridades alemanas y temía que le deportáramos.

—¡Vamos, vamos! —intervino Stone, parpadeando rápidamente—. Se habló algo respecto a un individuo llamado L. y complots internacionales, y tal vez...

—¡Pamplinas! —le interrumpió Murchison, con gran énfasis. Me miró—. Perdone usted, Mr. Blake. Le aseguro que no quiero contradecir al servicio secreto o meterme donde no me llaman; pero esto es asunto mío, por desgracia, y le diré francamente que todos esos rumores son fantásticos. ¿Keppel y Hogenauer? Le acostaría diez libras a que si Hogenauer viera un perro sin licencia iría en seguida a dar parte a la comisaría de Moreton Abbot.

—¿Quiere usted decir que eran inofensivos? —pregunté—. Puede ser. ¿Pero sabía usted que Keppel tenía una especie de guillotina en miniatura en una de sus ventanas?

Murchison levantó la cabeza.

—¿Una guillotina en miniatura? ¿Qué quiere usted decir?

—Eso puede esperar. Prosiga con lo que estaba diciendo.

—Pues, no es mucho. —Se restregó la barbilla, y en ese momento pareció ser más viejo que Stone—. A veces solía venir a visitar a Keppel. Este no era un recluso, como el otro. Me gustaba oírle hablar. ¿Alguna vez le vió actuar? Era pequeñito y caminaba muy erguido, con los párpados entornados y dos dedos juntos como si

acabara de aferrar una idea por la cola. Era nervioso y le molestaban las cosillas más insignificantes, pero me resultaba simpático. Solía hablar sobre la luz, que era su especialidad, y no se le comprendía nada, pero parecía muy interesante.

»Bien, ésta tarde me llamó por teléfono para pedirme que viniera. Eso fué alrededor de las cuatro. Cuando llegué me dijo que necesitaba el consejo de un experto. Le pregunté sobre qué y me mostró entonces este sobre. Estaba cerrado, pero no tenía esa cera con que está lacrado ahora. Entonces me dijo: “Quiero poner este sobre en posición tal que nadie que entre aquí secretamente pueda enterarse de su contenido”».

—¿Y? —le urgí, al ver que callaba.

—Naturalmente, le pregunté por qué no lo guardaba en la caja fuerte del hotel. Él respondió que yo no comprendía, y agregó que se trataba de una especie de trampa. Deseaba asegurarse de que nadie podría mover el sobre, tocarlo o leer su contenido. Me comunicó que tenía un poco de negro de humo para ponerlo en el casillero, de manera que si alguien tocaba la carta tendría que dejar huellas. Le enseñé otro ardid. ¿Ven esto?

Levantó el sobre y nos mostró el sello. Todos nos acercamos.

—¿Qué tiene? —preguntó Stone, con suspicacia—. No veo nada. Parece ser un sello de cera común. ¡Un momentito! Es una impresión digital.

—Es la impresión digital de Keppel —le informó Murchison, muy complacido—. Hay muchos medios para falsificar sellos, mas no es posible imitar esto. Es demasiado delicado. Bien, puse el sobre en el casillero y lo arreglé. Luego le pregunté de qué se trataba. El viejo me dijo que si venía la mañana siguiente me pondría al tanto del asunto. Eso es todo.

—Pero, ¿y la estricnina?

Murchison juró entre dientes.

—Eso es lo malo del caso. Le pregunté: “¿Piensa usted esperar levantado?”, y me dijo que probablemente estaría dormido. “¿Dormido?”, exclamé yo. Entonces sacó del bolsillo un sobrecito que contenía una dosis de un polvo blanco y me lo mostró. Recuerdo sus palabras exactas. Me dijo: “Mi amigo Hogenauer me dió esto, asegurándome que era bromuro ordinario. No le creo y opino que quiso darme un narcótico que insistió tomara. Lo he probado y es amargo. Eso quiere decir que debe ser veronal”.

Dejé escapar un silbido.

—¡Veronal! ¡Y por eso lo tomó como si nada!

Stone estaba exasperado.

—Tanto hablar para no aclarar nada. ¿Por qué no se termina de una vez el asunto? ¿Por qué diablos no abren el sobre?

El inspector asintió.

—Sí. Me dijo que viniera por la mañana y abriera el sobre. Eso es lo que me preocupa...

Con un rápido ademán, lo abrió.

XIII

EL REGRESO DE L.

En el interior había varias hojas de papel plegado, cubiertas con una escritura grande y fea, pero muy clara. Murchison echó una ojeada a las primeras líneas y cambió la expresión de su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Stone, roncamente—. ¡Léala!

—Es la solución —manifestó el inspector, sin levantar la vista—. Está fechada el 15 de junio a las 3 p.m., y dirigida a mí. Será mejor que se acerquen.

Extendió las páginas sobre la mesa situada en el centro de la habitación, e inició la lectura:

Estas líneas servirán tanto de explicación para usted como de prueba para mi amigo Hogenauer. Es usted el único testigo del fracaso o éxito de este experimento, el que hago solamente para convencer a mi amigo de su locura. No he mencionado el asunto a nadie; no me agradaría que se supiera que un hombre como yo está relacionado a un experimento con las fuerzas ocultas.

Se sabe que cuando un hombre de ciencia ha pasado la mejor edad y le amenaza la arterioesclerosis, posible causante de apoplejía cerebral, muy a menudo dedica su atención a estudios que son todo lo contrario de científicos. Esta enfermedad produce el endurecimiento de las arterias del cerebro, detalle sobre el cual no necesito explayarme. Usted conoce a Mr. Hogenauer, y ha notado su aspecto enfermizo. Hace ya tiempo que mi amigo está en manos del médico, y, aunque obedece sus órdenes en los detalles menos importantes —no bebe más que agua mineral, aunque era muy afecto a los estimulantes, y ha dejado de fumar, aunque aún guarda su colección de pipas—, sin embargo continúa mentalmente activo. En una palabra, el ex hombre de ciencia está obsesionado ahora con la idea de demostrar la verdad de la Clarividencia.

Se ha dicho que los poetas no enloquecen, pero que los matemáticos sí. El poeta sólo desea elevar su cabeza hacia el cielo. Es el científico quien desea meterse el cielo en la cabeza, y es su cabeza la que explota. Estas ideas despiertan la desconfianza; pero seamos justos con Hogenauer. Su fe en la Clarividencia (empleo el término en su sentido más amplio) no tiene relación alguna con el espiritismo o el otro mundo. Es una desviación del tema llamado Magnetismo Animal, el que tantas discusiones ha provocado desde Mesmer

hasta Heidenhain. El Magnetismo Animal presupone que un sujeto sensible, estando en trance hipnótico, puede describir claramente los objetos que se hallan en una habitación a la que no llega su vista; puede ser también una habitación que no ha conocido en su estado consciente.

Ha habido aparentes ejemplos de esto. No lo niego. Pero, a diferencia de Hogenauer, lo explicaría diciendo que es la diferencia entre las Impresiones Sensoriales y la Memoria. Esta depende de la dirección de la atención hacia las sensaciones. Si el esfuerzo de la atención es fuerte, el recuerdo será vivido. Las percepciones sensorias vienen y se van, como las sombras de una nube en una colina, si no se hace una tentativa para fijarlas, y, en consecuencia, no queda recuerdo de ellas. Las percepciones sensorias pueden haber existido por un tiempo tan breve que no dejan ningún recuerdo. La generalidad de los psicólogos admiten que los hemisferios cerebrales son el centro de las operaciones mentales más elevadas —tales como la atención— aunque la dependencia mutua de estos hemisferios con los ganglios que reciben todas las impresiones sensorias en primer término, y con los ganglios motores que son los puntos de partida de los impulsos motores, no se ha llegado a comprender. Una porción del sistema nervioso puede funcionar sin la otra. De tal modo, durante la actividad cerebral libre, prestamos poca atención a lo que vemos u oímos, y, en consecuencia, nada recordamos. Un ejemplo práctico de esto es el siguiente: Hogenauer me ha visitado muchas veces en este hotel. Su mente consciente puede estar convencida de que no ha visto otras habitaciones que las mías; pero una puerta entreabierta, al pasar él por el corredor, puede haber producido una impresión sensoria que no es (ni puede ser) liberada hasta que la actividad cerebral se vea detenida por el estado hipnótico. De ahí el antiguo término de Braid: “sueño del nervio”, el cual puede ser una definición exacta de lo que he afirmado.

La teoría de Hogenauer es tan antigua como la creencia egipcia en el Ka o la superstición alemana del doppelgänger. Es decir, la proyección del sujeto fuera de los lazos materiales, tal como la imagen que la linterna mágica proyecta sobre una pared. Hogenauer cree que no necesita ayuda para ponerse en trance hipnótico o para que lo dirija. Naturalmente, no niego esto. Cualquier médico podrá decirle que es fácil para el sujeto apropiado hipnotizarse a sí mismo. El método de mi amigo es el siguiente:

Todos los aparatos para el hipnotismo de sí mismo dependen de un rayo de luz que se encuentra con una superficie pulida y quebrada, con preferencia movediza, sobre la cual se fija la vista del sujeto. Esta superficie quebrada debe ser puesta más o menos treinta centímetros más arriba del nivel de los ojos. De tal modo, en una habitación oscura, mi amigo hace que un delgado rayo de luz pase por sobre su escritorio y vaya directamente a la parte inferior del cordón de la lámpara que pende sobre su escritorio. En el extremo del cordón, donde

cuelga por lo general la bombilla, se suspende un grupito de pequeños objetos brillantes —la plata es el metal más apropiado— que presenten una superficie quebrada. El cordel puede ser retorcido de tal modo que vaya desenrollándose lentamente. La luz, al herirlo, produce una serie de refracciones deslumbrantes, en las cuales fija la vista el sujeto. Yo mismo le sugerí este método. No menciono los detalles técnicos, aunque fui yo quien calculó para él las ecuaciones de luz. En estos últimos días me ha dicho que sólo en un detalle encuentra el fracaso. El rayo de luz, al pasar más allá de la superficie en movimiento, va a parar a una biblioteca en la que hay algunos volúmenes con adornos dorados. La refracción de la luz al herir los volúmenes, provoca otro resplandor que distrae la vista. Mi amigo me ha informado que, al efectuar este experimento, retirará los libros...

Alguien interrumpió a Murchison.

—¡Cielo santo! —exclamó Evelyn—. Ken, ¿es verdad eso? ¿Estaba arreglada así la habitación?

Estaba reflexionando yo sobre los primeros detalles que me dieran con respecto al caso: el informe del sargento Davis, quien una noche espío por las celosías de la sala de Hogenauer y comunicó luego a Charters: “La habitación estaba a oscuras; pero vi unas lucecillas que danzaban alrededor de una cosa que parecía ser un tiesto de flores invertido”. ¡De manera que así pensaba Hogenauer trasladarse por el aire en estado invisible, como Alberto Magno!

—Así era —admití—. Había un lazo en el extremo del cordel, para colgarlo del cordón de la luz.

—Apártense —dijo Stone—. No veo la parte inferior de la página. ¡Pasa a la próxima! Sí; pero, ¿y los muebles cambiados de sitio? Eso...

Se comprenderá fácilmente que, en un hombre que sufre de idiopatía mórbida, tales experimentos pueden resultar peligrosos. No sólo está convencido mi amigo de su habilidad para proyectar su mente, sino que también está ansioso por convencerme de que puede hacerlo. Es verdad que, tanto mental como físicamente, ambos tenemos mucho en común: somos primos hermanos, y, como él, soy yo un buen sujeto para el hipnotismo. Todo esto no lo niego. El afirma que, si ambos nos pusiéramos en trance hipnótico a la misma hora —él en su casa y yo en la mía—, y si las condiciones físicas fueran iguales para ambos, podría yo entonces “hacer una visita” a sus habitaciones al mismo tiempo que él “efectuaba una visita a las mías”.

Repliqué que no tenía duda respecto a mi habilidad para caer en trance hipnótico. Lo otro lo rechacé, pues no habría método para comprobarlo. En estado cataléptico, influenciado por las ideas ya sugeridas a mi subconsciente, era posible que sufriera la alucinación de haber “visitado” su estudio de Moreton Abbot. Habiendo estado allí muchas veces, tendría una memoria demasiado

vivida de la habitación. Él me dijo esta mañana que haría una prueba para ello, cambiando de sitio los muebles de su estudio, de manera que si, al despertar, recordaba yo la posición de todos, tendríamos entonces la prueba irrefutable de que no se trataba de una simple proyección de la memoria.

—¿Ha llegado usted al final de esa página? Porque si así es, podríamos descansar un momento de todas estas emociones. No hay duda de que la locura del viejo tenía su método. Además, ahora tenemos la explicación de las observaciones que hizo el simpático Mr. Hogenauer a ese criado... ¿cómo se llamaba?

—Bowers.

—Eso mismo. Me refería a lo que dijo respecto a visitar a Keppel esta noche. De manera que esta mañana fue Keppel a la casa de Hogenauer para arreglar los detalles...

... arreglar los detalles (decía la carta del difunto). Y así llegamos al motivo de estas líneas y la razón de que haya escrito una declaración tan detallada. Esta mañana mi amigo me hizo otra sugerión. Me mostró un frasco que, según él, contenía “polvos de bromuro”, diciéndome que —ya que ambos estaríamos algo excitados mentalmente en el momento del experimento, y tal vez me resultara difícil concentrarme lo bastante para entrar en estado hipnótico— ambos debíamos tomar una dosis de sedativo unos quince minutos antes de llevar a cabo la tentativa. Echó una cucharadita en un sobre y me lo dió. Sugirió además que ambos tomáramos el sedativo en agua mineral, a fin de que las condiciones fueran las mismas.

Espero no se ría usted de estos dos viejos entregados a juegos tontos. He aceptado todo esto porque tengo intención de salvar a Paul Hogenauer de la locura, y he hecho cosas más absurdas para convencer a otros de verdades menos importantes. Pero agregaré que se despertaron mis sospechas, pues la prueba que le he impuesto es la siguiente: He dicho que pondré algo escrito en un sobre y lo cerraré, colocándolo en el casillero superior izquierdo de mi escritorio. Si él puede leer lo que hay en su interior, y después me cita correctamente su contenido, he prometido aceptar su creencia.

Pero (preguntará usted), ¿por qué me dio bromuro? Yo soy hombre práctico. Creo que mi amigo es sincero; pero no necesito indicar que aun un hombre honrado suele apelar a un ardid —frente a los escépticos— a fin de probar lo que considera que es la verdad. De ahí, según me temo, algunos de nuestros “milagros”. Supongamos, entonces, que lo que me dió sea un narcótico en lugar de bromuro. A fin de demostrar la verdad de lo que no puede probar científicamente, ha concebido la idea de hacerme dormir durante algunas horas mientras él viene aquí en carne y hueso para apoderarse del sobre.

Sólo se trata de una sospecha; sin embargo, tengo confirmación de la

misma. Probé el polvo blanco y he notado que es amargo, lo cual demuestra que no es bromuro. Pero sé, por lo tanto, lo que debe ser. Es veronal, un fuerte narcótico.

Pienso seguir adelante con el asunto, y tomar la dosis. Pero también he tomado precauciones para que mi amigo no pueda tocar la carta sin ser descubierto. Para cuando lea usted esto, ya me habrá ayudado. Además de imposibilitar cualquier ardid, he ordenado a la gente del hotel que no permitan entrar a nadie a mis habitaciones hasta que “regrese”. Esta noche, a las nueve menos cuarto, ingeriré la dosis. Para hipnotizarme he elegido un cristal convexo que era el lente de una linterna mágica. Las ventanas de mi estudio, como habrá notado usted, dan al oeste; he calculado el ángulo del sol, bajo a esa hora. Sus rayos deben entrar por la ventana más lejana con suficiente fuerza como para reflejarse debidamente sobre el cristal; pero, a fin de evitar desviaciones, debo levantar la ventana. ¡Bien sabe Dios que hago todo lo posible para que el experimento se lleve a cabo a la perfección!

Ya sea que mi amigo intente cometer un engaño, o esté yo enteramente equivocado—lo cual es posible— es necesario que deje de dedicarse a estas cosas. No me agradaría que le encerraran en un manicomio. Aun si guardara el secreto de lo que hace para él o para mí, ya sería bastante malo el asunto. Pero tiene pasión por escribir cartas. Aun en la época de la guerra, cuando regresó a nuestra patria y se dedicó a trabajar en el servicio secreto, este extraño amigo mío se vió obligado a escribir un relato completo de sus motivos al jefe del Servicio de Contraespionaje Británico. Creo que nunca ha olvidado aquellos días. Todavía le quedan muchos amigos en Inglaterra, aunque poco les ve. Lo que hace es escribir notas. El motivo de que mande notas con oscuras insinuaciones no lo sé, pero indudablemente podría explicárnoslo un psiquiatra. Esto ya es bastante malo cuando las notas son para personas comunes; pero cuando escribe a gente como el Director de la Asociación Médica Británica y aun al Ministro del Interior, no me extrañaría que llamara la atención de las autoridades y comenzaran a vigilarnos a los dos. Esto es ridículo. Por consiguiente, he rogado a mi amigo que escriba para cambiar tales impresiones. Creo que al fin lo hizo esta misma mañana, dirigiendo su nota a una persona investida de autoridad. Al menos sabrán que es honrado, aunque sospechen que está loco. Sé también que opina que yo sospecho de que quiere engañarme durante el experimento de esta noche. Me mostró una copia de la carta, en la que noté palabras muy significativas. En una parte decía así: “Siempre he negado que el alma, espíritu, o fuerza vital, o como quiera que desee usted llamarlo, esté confinada a los límites de la materia, teoría que rechazo de plano. Haré la tentativa esta noche, y puedo asegurar a Su Excelencia que tengo esperanzas de éxito. El sobre se halla en la casilla superior de la izquierda del escritorio de Keppel en el Hotel Cabot, Bristol. En vista de las dudas de Keppel,

tal vez habría sido más aconsejable tener aquí a dos hombres de confianza". Como testigos, sin duda alguna. ¿Es que, entonces no tiene intención de hacerme una jugarreta? De todos modos, la carta será recibida mañana y aclarará cualquier sospecha que pueda existir. Al menos ha sido enviada a un hombre que comprenderá perfectamente la situación, Su Excelencia el Jefe del Servicio Secreto, Sir Henry Merrivale.

Había algunas líneas más, pero ni las miramos siquiera. Stone golpeó la mesa y habló en tono extático.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —exclamó, con voz tan juvenil que todos nos volvimos para mirarle asombrados—. Pasen por aquí, damas y caballeros. Pasen. Por aquí se va a la tienda grande. Por sólo diez centavos verán ustedes al gato que quiere agarrarse la cola. Veán a la foca mayor, en una gran carrera con dos agentes para apoderarse de una carta que el correo le entregará mañana por la mañana...

Llena de cólera, Evelyn se volvió hacia él.

—¡Calle usted! —le dijo, fieramente—. ¿Cómo iba a saberlo? ¿No habría usted hecho lo mismo que él? Admito que se equivocó, pero, ¿fué por su culpa? Esa carta...

En ese momento intervino el inspector Murchison.

—Esa carta... Pues, esa carta explica muchas cosas, señorita —declaró, y casi me pareció oír el eco de la voz de Humphrey Masters.

—Explica todo —anunció Stone, muy fresco—. ¿Adónde van a parar ahora sus misteriosos complots de espías? Es tal como escribió Keppel: dos viejos entregados a juegos tontos. ¿Qué dice usted, Blake?

—Digo que no es tan sencillo el asunto. ¿Qué clase de explicación tenemos?

—¿Qué clase de explicación?

—Sí. Está la explicación de una serie de extraordinarias contradicciones, como los gemelos de camisa y los rayos de luz y otras cosillas. Esas rarezas ya están explicadas. Sabemos por qué faltaban algunos libros de una biblioteca, por qué se cambiaron de sitio los muebles en una sala, por qué las luces danzaban alrededor de un tiesto de flores invertido. ¿Y bien? ¿Adónde nos lleva todo eso? Recuerde que todavía queda el hecho de que alguien envenenó a Hogenauer. ¿Por qué? Si todo esto es verdad... ¿por qué? No existe L., no hay, pues, un complot de espías. ¿Pero por qué mencionó Hogenauer a L., y por qué pidió dos mil libras para revelar su identidad? ¿De qué le servirían dos mil libras para llevar a efecto un experimento como el que conocemos? Además, tenemos el asunto del dinero falso.

—¿Qué dinero?

Expliqué concisamente:

—Serpos roba el dinero y escapa la misma, noche que. Hogenauer es envenenado. Pero en un diario que estaba en la cocina de Hogenauer había un billete falso de cien libras. ¿Estaba Hogenauer en combinación con la banda? Siga usted; búrlese de

H. M. todo lo que quiera. Pero apostaría a que él tiene entre manos algo que no sospechamos.

Murchison lanzó un profundo suspiro.

—Bien, eso no hace al caso. Mi obligación, en estos momentos... —miró hacia la puerta, haciendo una mueca—. ¡Qué enredo! Y yo... Bueno, yo le ayudé. Sólo me queda un consuelo. El final del caso no está aquí, sino en Torquay. Alguien de allí dió el veneno a Hogenauer, y éste se lo dió al doctor Keppel. Aquí no se puede efectuar la investigación. Todo lo que tenemos que hacer es recoger los indicios que haya. La cuestión es ésta, Mr. Blake, ¿qué piensa usted hacer?

—Llamar a H. M. por teléfono y darle mi informe. Entonces habrá terminado nuestra participación en el asunto. Después...

—¿Sí?

—Lo demás depende de usted —manifesté—. Oficialmente, nos tiene en sus manos. Esta noche fui yo el primero en descubrir dos cadáveres; lo más lógico es que la policía requiera mi presencia. Por otra parte, H. M. me prometió protección. Si estamos de malas con usted, hemos perdido. Pero, si ha hablado usted con Stone, debe saber que se nos espera en Londres mañana a las once y media de la mañana para que nos casemos.

Murchison nos miró sonriendo.

—Si lo que papá dice de usted es verdad —manifestó, indicando a Stone con un movimiento de cabeza—, no ha tenido usted ni un poco de suerte desde que salió de Torquay. Y no ha descubierto usted “oficialmente” este cadáver... todavía. Pero deseo que comprenda usted mi situación. No soy el Alguacil Mayor. Ni siquiera soy superintendente, sino un vulgar detective inspector con una foja de servicios no muy brillante. No puedo dejarle en libertad y permitirle que regrese a Londres, aunque pudiera usted encontrar, el medio de regresar a la capital esta noche. Es seguro que no se puede quedar en Bristol, pues se producirá un gran revuelo cuando la noticia se sepa en la jefatura. Pero algo puedo hacer: puedo ponerlos en un automóvil policial y enviarles de regreso a Torquay. Entonces que se arreglen ellos. Lo que ellos crean conveniente, no lo sé. Se le necesita como testigo allá, y eso es todo lo que sé. ¿Me comprende?

Sobrevino una pausa.

—“Y desde la torre de Mechlin el reloj dió la media hora”.

Recitó Evelyn con gran gusto.

—Y Joris rompió el silencio, diciendo: “¡Todavía queda tiempo!”... Ken, tal vez vayamos en dirección contraria; pero es lo único que puede salvarnos, y todavía tenemos posibilidad de estar presentes en nuestra boda. Muchas gracias, inspector. Ha sido usted muy amable con nosotros.

—Dele gracias a él, Miss Cheyne —replicó Murchison, indicando a Stone—. Parece que papá ha simpatizado con ustedes. ¿Ya está todo convenido? Bien. Ahora iré a descubrir el cadáver. Convendría que ustedes tres se quedaran aquí y no

intervinieran en nada. No, esperen; mejor será que me acompañe usted, Mr. Blake. Tendrá que comunicarse con Torquay antes de que empiece a venir gente, y en las habitaciones del doctor Keppel hay teléfono.

Salimos al sombrío corredor, cerrando la puerta a nuestras espaldas. Cerca de la escalera había una figura furtiva que asomó la cabeza y se ocultó en seguida. Murchison primero le silbó y corrió luego en su seguimiento. Resultó ser el botones, a quien el inspector le pidió la llave con la que abrió la puerta de la sala de Keppel.

Había un interruptor a la izquierda de la puerta. Una vez encendidas las luces, la habitación no me resultó tan terrorífica como antes. Seguía, empero, siendo poco agradable. El cadáver sentado en el sillón era bastante grotesco. Pero ya teníamos la explicación del misterio; ahora podíamos compadecernos de las víctimas. Murchison cerró la puerta y se apoyó contra ella.

—¡Hum! —dijo por lo bajo.

—Pobre diablo —agregó, al cabo de una pausa.

—Sí. ¡Qué innecesario! Es el asesinato superfluo...

El inspector pareció sopesar mis palabras. Señaló hacia la puerta de la izquierda.

—Por allí se va al dormitorio —anunció—, donde encontrará el teléfono. Respecto a que el asesinato fuera innecesario... no sé. Sí, quizá sí. Pero hay algo que no puedo comprender. Mucho hemos oído hablar de Sir Henry Merrivale, y no puedo menos que pensar que debe tener algo entre manos, algo que mi suegro no sospecha. Usted mismo lo dijo. Se han explicado varios detalles insignificantes, tales como los gemelos, los libros y el cambio de sitio de los muebles, y eso debe ser lo más sencillo de todo el caso. Lo difícil de aclarar es el comportamiento de Hogenauer con respecto al otro asunto. Si era un viejo inofensivo que no hacía más que jugar con los misterios del más allá, ¿por qué habrían de querer asesinarlo?

—Los crímenes de Polichinela —dije—. Todas estas alarmas y corridas, y todos los cuentos de espías, no han resultado más reales que una función de títeres para niños. No hay ningún L. No hay...

En ese momento repicó estridentemente la campanilla del teléfono.

Murchison marchó rápidamente hacia el dormitorio y abrió la puerta. Ni siquiera se molestó en encender la luz. El teléfono se hallaba sobre una repisa, a la izquierda de la entrada.

—Sí —dijo, después de levantar el auricular.

Era tal el silencio que me fué posible oír una suave voz que murmuraba en el tubo, aunque no pude comprender las palabras. Murchison se hallaba entre las sombras, con un hombro más alto que otro y su rostro bovino vuelto hacia la sala.

Al fin habló:

—¿Quién habla?... Sí, está muerto. Sí, envenenado... ¿Quién habla? —Sin alterar la expresión de la voz, tapó el transmisor con la mano y me dijo quedamente —: Llame a ese botones. Dígale que baje en seguida y haga que el escribiente averigüe de dónde viene esta llamada. Trataré de entretenerle hasta que...

El botones no estaba lejos de la puerta; a decir verdad, casi se cae al interior de la habitación cuando la abrí. Por fortuna no vió el cadáver. Pareció comprender perfectamente mis instrucciones, y corrió hacia el ascensor, el que oí rechinar mientras descendía hacia el piso bajo.

Cuando volví al dormitorio, Murchison seguía hablando en voz baja.

—Si se trata de una broma, no tengo tiempo para perderlo con usted... ¿Quién es? ¿Quién habla?

Se produjo entonces una de esas descargas que suelen ocurrir en el sistema telefónico; oyóse un violento plop y Murchison apartó el receptor de la oreja. Yo estaba a su lado. Claramente llegó a mis oídos la suave voz que le hablaba.

—*Habla L.* —decía—. *¿Querría saber la verdad respecto al dinero?*

Siguió luego una risa suave y desagradable, y se cortó la comunicación.

Por un momento, Murchison estuvo agitando la horquilla. Luego se comunicó con el conmutador de la planta baja.

—¿Está averiguando el origen de la llamada? Muy bien. Hágalo, o le haré pasar un mal rato. Continúe. Llámeme aquí en cuanto... Sí.

Colgó el tubo lentamente y levantó la vista.

—Era una voz fingida, por supuesto. Mr. Blake, tengo la idea de que estuve hablando con el asesino, y me parece que es un individuo más peligroso que un títere.

Salió lentamente hacia la sala, poniéndose las manos en los bolsillos.

—L. —dijo.

No supe qué decir. El caso volvía a complicarse.

—También me dijo usted algo —continuó Murchison— respecto a una ventana con una guillotina en miniatura...

El teléfono llamó de nuevo y el inspector fué a atender. Después se volvió con una actitud en la que noté una mezcla de satisfacción y duda.

—No hubo dificultad ninguna —me informó—. Era una llamada de larga distancia, fácil de identificar. Provenía de Torquay 0066, el cual parece ser el número del doctor Lawrence Antrim.

XIV

LA FUNCIÓN DE POLICHINELA

La luna estaba oculta detrás de las colinas y, aunque el cielo habíase oscurecido, muy pronto llegaría el alba. El automóvil policial entró en un camino que me resultaba conocido. A ambos lados veíanse altos setos y predominaba en el aire el aroma del mar. Regresábamos hacia el promontorio sobre el que se hallaban la villa de Charters y la morada de Antrim. Desde cierta distancia nos llegaron las campanadas del reloj de la iglesia que anunciaban las cuatro menos cuarto.

En el automóvil policial viajábamos cuatro personas: el agente encargado de guiarlo, Evelyn, yo y Mr. Johnson Stone, quien había insistido en regresar con nosotros. Parte de la razón de que convenciera a Murchison de que nos enviara de regreso era que él mismo deseaba volver a ver la cara del viejo pillo cuando éste se enterase de la verdad. Había yo llamado al viejo pillo, informándole concisamente de los sucesos que ocurrieran. Él se mantuvo en silencio.

Durante el viaje creo que ninguno de nosotros se sentía cansado. Stone se hallaba sentado junto al conductor, y Evelyn y yo ocupábamos el asiento trasero. Estábamos nerviosos e intranquilos, pero no fatigados. Para distraernos, hicimos lo que suele hacer la gente durante los viajes nocturnos en automóvil: cantamos. Stone resultó ser un entusiasta tenor aficionado, con gran preferencia por las canciones escocesas sentimentales. Lo que hizo de *Annie Laurie*, elevando el rostro hacia la luna y con los dientes al descubierto, hubiera provocado las lágrimas de cualquier escocés. El agente también pareció ser aficionado a la música. No volvió la cabeza en ningún momento ni apartó la vista del camino; pero acompañó a Stone en todas las canciones, haciendo oír su profunda voz de bajo.

Callamos todos al llegar al extremo del camino. La casa de Charters estaba iluminada, como así también la de Antrim. Y, al entrar en el camino de coches, nos saltó al paso un hombre que hizo señal de que nos detuviéramos. Era Charters. Estaba tan erguido como siempre, aunque parecía más preocupado y nervioso que de costumbre, como si deseara terminar con el asunto de una vez por todas e irse a la cama. Apoyó una de sus manos sobre la portezuela del coche.

—Me alegro de que hayan regresado —expresó—. No vayan a casa, sino a la de Antrim. Todos están allí.

—¿Todos?

—Todos —repuso Charters—. El doctor y la señora Antrim. También está Bowers. Además, han traído de Moreton Abbot a ese idiota de Serpos. Merrivale está

conduciendo la investigación. Se ha apoderado del consultorio de Antrim como si fuera suyo.

—¿Cuánto hace que están allí? —inquirí rápidamente. La llamada telefónica de L. se había efectuado a la una y media en punto.

—¿Cuánto? ¿Por qué?... Hace bastante; desde medianoche, cuando la señora Antrim regresó de Moreton Abbot. Es una chica muy serena, pero esta vez creí que se dejaría dominar por el histerismo. —Charters hizo una pausa. Acababa de ver a Stone, e instantáneamente adoptó su actitud de funcionario—. ¿Mr. Stone? No creí...

—A pesar de todo, coronel —replicó Stone, con gran frescura—, creo que se alegrará usted de verme. Aun cuando la otra vez me despidieron con cajas destempladas...

—Lo siento —afirmó Charters, concisamente—. Parece que esta noche hemos cometido varios errores. Pero no creo que falte mucho para que todos sean arreglados. ¿Vamos?

Saltó al estribo del auto cuando reanudábamos la marcha. La casa de Antrim era pequeña y tenía un *hall* de baldosas rojas en el que se hallaba de guardia un policía a quien Charters llamó sargento Davis. No se veía a nadie más, aunque se adivinaba movimiento en el interior de la morada. Stone pidió que lo llevaran inmediatamente a ver a H. M.; pero, previendo un posible altercado, susurré algunas palabras al oído de Charters, de manera que el americano tuvo que conformarse con permanecer en la sala, donde, al abrirse la puerta, alcancé a ver el rostro asombrado de Bowers. Luego el coronel nos condujo a la parte trasera del *hall*.

El consultorio de Antrim era una habitación reducida, muy limpia y ordenada, en la que se veían dos diplomas enmarcados, una biblioteca y dos ventanas que daban al mar. El único objeto poco agradable en ella era H. M., que se hallaba sentado ante el escritorio, a la luz de una lámpara con pantalla verde. Ocupaba un sillón bastante amplio y seguía luciendo obstinadamente su sombrero de panamá con el ala vuelta hacia abajo. Sus pies descansaban sobre el escritorio, exhibiendo sus inevitables calcetines blancos, y enredaba con el cordón del teléfono de manera tan natural como si se encontrara en su cubil del Whitehall. A mitad de la nariz reposaban sus anteojos, y examinaba con expresión de amargura una calavera.

Habló en tono esperanzado.

—La señora de Charters les está preparando algo de comer —dijo—. Supongo que tendrán apetito. ¡Vaya! Han estado dejando ustedes cosas en su camino de una manera que resulta escandalosa. Todo lo que se necesitaba hacer para seguirles la pista por Inglaterra era marchar detrás y recoger los pedazos, como en una carrera en que se van dejando papeles de seña. Primero deja usted un coche, una americana y una maleta de herramientas de ladrón. Luego deja una maleta llena de dinero y un sermón. Después...

—¿Es eso todo lo que se le ocurre decirnos? —repliqué, fríamente—. Algo debemos arreglar ahora mismo. Cuando me envió usted a la caza de fuegos fatuos,

¿tenía idea de lo que encontraría? “Tiene que desempeñar el papel de Robert T. Butler”. “Es nuestra defensa”. ¿Fue todo un engaño? Y en caso de que así sea, ¿por qué?

—Bueno... bueno —dijo H. M. Dejó la calavera sobre sus rodillas, extendió sus gruesos dedos y los examinó con expresión apenada—. Todavía tengo que pedirle que confíe un poco más en el viejo. No puedo decirle nada... todavía. Pero si eso le consuela un poco, puedo afirmar que cuando le envié a registrar la casa de Hogenauer, hablaba muy en serio. ¡Oh, sí, tan serio como nunca en la vida!

—Entonces... —comenzó Evelyn.

—Todo a su tiempo. Ahora quiero oír la historia, con todos sus detalles —le interrumpió H. M., inexorablemente—. Los teléfonos no sirven para nada. ¡A ver los dos! Comiencen ya.

Después de arrellanarnos en nuestros asientos, Evelyn y yo logramos relatarle todos los detalles de lo acontecido a los dos. No hubo comentarios. Durante todo ese tiempo el rostro de H. M. permaneció tan inexpresivo como el de la calavera que tenía entre las manos. Aunque le había informado ya de lo más esencial, algunos de los detalles eran tan novedosos que Charters trató de interrumpirnos varias veces; pero H. M. siguió mirándome fijamente, mientras escuchaba con gran atención. Sólo cuando mencionamos el mensaje telefónico de L. dió señales de animación.

—Ajá —gruñó, suavemente—. Eso es interesante, muy interesante. Especialmente... —extendió un pie y tocó el teléfono que descansaba sobre el escritorio de Antrim—. Oiga usted, Charters, si ese individuo telefoneó, ¿de dónde lo hizo? Usted y yo hemos estado aquí toda la noche, y nadie usó este aparato. ¿Hay algún otro en la casa?

Charters desechó el detalle con un ademán.

—Sí, dos, según creo. Hay uno en el *hall*, debajo de la escalera, y creo que tienen otro en el dormitorio de Antrim, por si algún paciente llama por la noche...

—Ya sé. ¿A quién le agrada ser médico?

—... pero lo que más interesa —persistió Charters— es saber hasta qué punto se puede confiar en Stone. ¿Quién es? No dudo que tendrá credenciales; pero, según nos dice Blake, nuestro amigo Serpos también las tenía, y bastante buenas, demostrando que era el Reverendo “No-sé-cuánto”, de Somerset. Stone nos cuenta un cuento sobre la muerte de L....

H. M. agitó las manos, como si le molestara una mosca.

—Cuento —dijo—. Bien, será fácil telegrafiar a Pittsburgh y comprobar sus declaraciones. Si no está relacionado con el departamento de policía y si L. no murió allá, sabremos que ha mentado. Pero, dígame una cosa, hijo, ¿por qué no cree usted el relato de Stone?

—No sé —admitió Charters, lentamente—. Pero ¡Vaya, hombre! ¿No se da usted cuenta? Es increíble, no tiene consistencia, resulta sospechoso.

—Ajá. Pero eso se debe a que usted es un romántico, Charters.

—¡Cristo! —exclamó el coronel.

—Sí, lo es usted —afirmó H. M. Sacó su pipa y la movió de un lado a otro—. A pesar de su actuación en el servicio, es usted un romántico incurable. Lo legendario le deslumbra, oscureciendo sus percepciones. Supongamos que hubiéramos oído una historia diferente. Supongamos que L. hubiera fallecido en una buhardilla de Viena, con las ventanas abiertas por las que penetraban los últimos rayos del sol crepuscular y con las armas de los Habsburgo en el techo de la Catedral... ¡Silencio, maldita sea! ¡Soy yo el que esta diciendo esto!... En tal caso estaría dispuesto a creerlo porque no sería más que un cuento fantástico. L. era un hombre de negocios, y bastante bueno. Tenía que serlo. Pero porque lo hallaron moribundo en una ciudad comercial como Pittsburgh, porque falleció en un cómodo cuarto de hotel, a consecuencia de una mojadura o algo por estilo, en lugar de morir de tuberculosis o de una herida de arma blanca asestada a traición; porque no se oía un vals de Strauss o los murmullos delirantes del moribundo; entonces le parece que la historia es increíble. ¡Oh!, admito que es un desengaño. Yo estoy decepcionado. Pero no es ése un motivo para que supongamos que sea mentira el relato de Stone.

Charters le contempló con frialdad.

—Muy bien, le daré entonces algunas razones más sólidas. En primer lugar, si L. no existiera, la oferta de Hogenauer de traicionarle resulta ser mentira.

—Es verdad —dijo H. M.

—Además —continuó Charters, con cierta brusquedad y al cabo de una pausa durante la cual H. M. dio varias chupadas ruidosas a su pipa vacía—, no olvide usted el relato de Stone acerca de la hija misteriosa. La hija perdida que L. quiere hallar, y a quien encuentra Stone en la esposa de Larry Antrim, convenientemente situada en la casa vecina. ¡Betty Antrim la hija de L.! ¡Bah! Dice usted que soy un romántico. ¿Y usted? Entre mis vals de Strauss y sus hijas perdidas, prefiero una buena melodía cualquier día de la semana... ¿Quién puede saber que es la hija de L.?

—Pues, ella podría saberlo —sugirió H. M.—. ¡Vamos, vamos, hijo, no se enfade usted! Admito que el asunto parece raro; pero, si la señora Antrim es la hija de L., tenemos bajo este mismo techo a un valioso testigo del relato de Stone.

Evelyn habló en ese momento, en tono reflexivo.

—A propósito —expresó—, ¿qué le parece a usted la teoría de Stone respecto al asesinato?

H. M. abrió un ojo.

—La teoría de Stone, ¿eh? ¡Ja, ja, ja! ¿De modo que también él tiene una? No incluyó usted eso en su relato, Ken. ¿Qué me dice?

—Stone no está satisfecho con la idea de que los frascos de bromuro y estriquina fueron cambiados; que se pegaron a cada uno etiquetas falsas; que la señora Antrim dió a Hogenauer una dosis de estriquina por error y que, más tarde, el verdadero criminal volvió a poner los frascos en sus respectivos sitios. Él opina que se trata de un trabajito de larga distancia, el cual el asesino quiso hacer creer que fué llevado a

cabo desde esta casa por alguien que tenía fácil acceso al botiquín. Stone afirma que el criminal no pudo haber sabido por anticipado lo que Antrim recetaría...

—No está mal —admitió H. M. Parecía muy interesado—. ¿Y bien?

—Sostiene que la señora Antrim dió a Hogenauer una dosis de bromuro. El asesino, al enterarse, viene aquí y fuerza su entrada a la casa. Llena el frasco de bromuro con este producto, el que ha comprado en una farmacia, y luego se apodera de una cuantiosa dosis de estriknina del frasco del veneno. Pone alguna sustancia gomosa sobre las etiquetas, y empuja el frasco de estriknina hacia adentro. Más tarde debíamos suponer (como lo supuso la señora Antrim) que el doble cambio de los frascos fué efectuado por alguien que tenía libre acceso al botiquín. Pero, en realidad, el autor de todo esto fué un desconocido que no reside en los alrededores. Según esta teoría, Hogenauer se llevó a su casa un frasco de bromuro común. El cambio fué efectuado el día siguiente, cuando el asesino le visitó... Pero la teoría de Stone se basa en la idea de que el doctor Keppel fué el culpable. Y sabemos que, fuera quien fuere, no pudo ser Keppel.

La mirada de H. M. continuó fija en mí.

—Ya veo —gruñó por lo bajo.

—¿Qué es lo que ve? ¿Pensó en eso?

—¡Oh, sí! ¡Sí! —replicó, suavemente—. Ya lo creo que lo pensé. Ajá. No era posible pasar por alto tal posibilidad. Salta a la vista. Es... En fin, puede interesarle saber que hay corroboración para eso.

—¿Corroboración?

—Sí. Será mejor que atemos los cabos sueltos —gruñó H. M., uniendo sus dedos—. Hay dos aspectos del asunto, ¿sabe usted? Nosotros no nos hemos dormido. Mientras ustedes dos se estuvieron divirtiendo a más y mejor, yo me ocupé de investigar a fondo. Recuerde que hace varias horas tenemos aquí a unos cuantos testigos. El doctor y la señora A. han pasado ya por el cedazo, como así también Bowers y Serpos...

—¿Qué piensa usted de Serpos?

—¡Ja, ja, ja! —rió H. M. Después de su explosión de regocijo, me miró de soslayo—. Ya llegaremos a Serpos. Todo a su tiempo. ¡Deje ya de interrumpirme, maldito sea! Quiero contarle lo que sucedió aquí anoche... Quiero decir la noche en que Hogenauer vino a buscar su bromuro... según el testimonio del señor y la señora A.

»Sus declaraciones han sido confirmadas por la criada, una moza llamada Jenny Dawson y que es muy digna de confianza. Hogenauer llegó aquí a eso de las nueve y media, en un auto alquilado que guiaba Bowers. La criada lo hizo pasar. Ahora bien, las horas de consulta de Antrim son de siete a nueve. Ya había pasado la hora de cerrar, pero Hogenauer supuso que el doctor le recibiría. Así fué. Antrim asomó la cabeza a la puerta del consultorio e invitó a su visitante a que pasara.

»Después tenemos el testimonio del doctor —prosiguió H. M.—. Éste dice que su

paciente le pidió que lo examinara, para ver si estaba en condiciones de soportar un esfuerzo físico y mental... Evidentemente se preparaba para el experimento que efectuaría la noche siguiente. ¡Que me maten, deberíamos habernos hecho cargo de que Hogenauer era muy metódico, aun en sus manías! Antrim afirma que no tenía la menor idea acerca del “esfuerzo físico o mental” a que se refería Hogenauer. Dice que el hombre estaba bien de salud, pero que tenía los nervios desquiciados. Pensó que su paciente necesitaba un sedante de acción suave; a decir verdad, dice que el mismo Hogenauer fué quien sugirió que le diera bromuro. Podría haberlo comprado en cualquier farmacia, por supuesto, sin molestar al doctor; pero le resulto más conveniente pedírselo a él.

»Pues bien, en ese momento la señora Antrim abrió la puerta del consultorio. No hubiera interrumpido, naturalmente; pero era ya pasada la hora de consulta y no creyó que hubiera nadie aquí, excepto su esposo. Entonces Antrim aprovechó para decirle: “Ya que estás aquí, encanto de mi vida” o palabras similares, “podrías traerme un cuarto de onza de bromuro de sodio”. Ahora bien, la dosis común de bromuro corresponde aproximadamente a un cuarto de cucharadita, la cual contiene más o menos la cuarta parte de una onza, de manera que Antrim dió a Hogenauer suficiente bromuro como para cuatro dosis abundantes.

»Esto lo confirman el mismo doctor, su esposa y la criada... quien por casualidad pasaba por el *hall* en ese momento».

—Pasaba por el *hall* —comenté—. ¡Qué coincidencia!

H. M. me miró por sobre el cristal de sus lentes.

—Hijo, mucho me temo que sea demasiado suspicaz —declaró con cierta truculencia—. Seguro que estaba en el *hall*. Parece que nuestro amigo Bowers, a quien le dieron permiso para esperar allí, estaba tratando de conquistarla, y la criada no tenía interés en la aventura. De modo que se quedó cerca de la puerta a fin de llamar y tener una excusa para entrar en caso de que el enemigo efectuara un repentino ataque de flanco. ¿Eh?

»Mientras tanto, la señora Antrim obedece la orden de su esposo. Va al botiquín —H. M. señaló una puerta entreabierta—, y saca el frasco de bromuro, o lo que toma como tal; no discutiremos el punto todavía. Pone un cuarto de onza de bromuro de sodio en un frasquito de media onza. Lo saca y lo entrega a Hogenauer, quien lo guarda en su bolsillo. Luego la señora Antrim se retira... y finaliza su testimonio. Después Hogenauer saluda, se encamina a la puerta, acompañado por el doctor, sube al automóvil y se aleja. Antrim da un paseo por el promontorio y se queda contemplando el mar durante diez o quince minutos. Después regresa a la casa. Eran las diez y media».

Sobrevino una pausa. Con gran trabajo, H. M. se incorporó de la silla y marchó pesadamente hacia la puerta del botiquín. Le seguimos. El recinto era largo, pero muy angosto. En el extremo, sobre el lado más corto del rectángulo, había una puerta-ventana que daba al prado trasero. Sobre la pared de la derecha veíase una ventana de

guillotina de tipo común. Las otras paredes estaban ocupadas por estantes llenos de frascos, casi todos del tamaño de diez onzas tan usuales en las farmacias. Una lámpara con pantalla verde pendía sobre una piletta, junto a la cual descansaba una balanza y una hilera de embudos de cristal.

H. M. levantó la mano y se apoderó de un frasco cerrado en cuya etiqueta blanca se leía escrito con tinta: BROM. SÓD. Dosis: 30 centigramos a un gramo.

—En circunstancias ordinarias, esta confusión no podría haber ocurrido —manifestó—. Miren los otros frascos. La mayoría proceden de las droguerías y tienen el nombre del producto grabado en el cristal, de manera que no puede haber errores, y, además, tienen tapones de cristal. Ahora miren esto.

Desde el extremo del anaquel sacó otro frasco del mismo, tamaño y también tapado con un corcho. Tenía un rótulo rojo con las siguientes palabras. FORMIATO DE ESTRICNINA — *Veneno*. Dosis 1/16 gr. A excepción de los rótulos, los dos frascos eran exactamente iguales. El de bromuro estaba lleno hasta la mitad; el de estriquina, casi vacío. El contenido de ambos relucía como nieve.

—Vean ustedes qué parecidos —indicó H. M.—. Ahora bien, antes de que viniera Hogenauer, ¿entró alguien aquí con etiquetas falsas y cambió los frascos? Hubiera sido muy fácil. —Señaló la puerta-ventana—. Puedo asegurar que esa puerta nunca se cierra hasta la hora en que Antrim se acuesta. Después que Hogenauer se hubo ido... ¡Pues, nada más fácil que entrar de nuevo y volverlos a cambiar! Recuerden, durante diez o quince minutos el doctor estuvo paseando por el promontorio. La habitación estaba abierta.

—¿Pero qué motivo había para cambiarlos de nuevo? —pregunté—. Me parece una minuciosidad innecesaria.

—Es verdad —concedió H. M.—. Contemplemos ahora la otra teoría. ¿Entró aquí alguien durante la noche, cuando todos estaban durmiendo? ¿Entregó la señora Antrim verdadero bromuro a Hogenauer, y entró luego el asesino y cambió las cosas como sugirió Stone? Miren eso.

Señaló la ventana de guillotina. Yo era el que estaba más cerca de ella, y no necesité una lupa para ver lo ocurrido. El pestillo había sido forzado, evidentemente con un largo cortaplumas insertado desde el exterior. En el alféizar se veían algunas raspaduras muy curiosas.

Evelyn, cada vez más confundida, se echó el cabello hacia atrás y contempló a H. M. con expresión curiosa.

—¿Y qué tiene eso? —preguntó—. Me parece bastante claro. Stone tenía razón. El asesino entró aquí después que todos se hubieron acostado...

—Y sin embargo —le interrumpió H. M.—, me inclino a dudar de que ese pestillo haya sido forzado desde el exterior.

Regresó al consultorio y esta vez consintió en quitarse el sombrero, con lo cual recobramos a nuestro viejo H. M. Tomó asiento en el sillón de siempre y contempló la calavera que le miraba desde encima de la carpeta; era casi tan calvo como la

reliquia, y resultaba cómico contemplar a la pareja iluminada por la luz clara de la lámpara.

—De lo único de que estoy seguro —afirmó— es de que el asesino está ahora bajo este mismo techo.

»Les diré, mis pequeños, cada vez que intervengo en este juego de cazar al asesino encuentro alguna novedad. Siempre aprendo algo. Han llamado a este caso «Los crímenes de Polichinela», y por un fenómeno de inteligencia que no es usual en ninguno de ustedes, han acertado en varios sentidos. También se parece a una función de títeres en que está todo al revés. Al efectuar una investigación ordinaria de un crimen, primeramente nos tropezamos con un cadáver que yace en el suelo rodeado por seis o más sospechosos. Luego ponemos a éstos en fila y los interrogamos concienzudamente. Si usted, Ken, estuviera relatando el caso, dedicaría la primera media docena de capítulos a un interrogatorio en el que daría detalles íntimos de los sospechosos, como así también sus respuestas acerca de su paradero en la noche del quince de junio. Después podría lanzarse a la aventura, y luego podría continuar con la visita a la casa del páramo, la lucha en el consultorio del dentista, el rescate de la heroína (si la hubiera), y dejaría las pruebas en paz hasta que al final tuviese que sacarlas de un sombrero, como un prestidigitador.

»Eso es lógico y normal. Pero, ¡que me maten!, en este asunto tenemos las cosas completamente al revés. La aventura, o sea las corridas en el suburbio, vinieron primero. Realizó usted su pantomima antes de que nadie, ni yo siquiera, supiese bien qué estaba pasando. Y cuando lo supimos, todavía no pudimos comprender qué relación tenía con el asesinato. En consecuencia, empezamos a interrogar a los sospechosos al final.

»No podríamos haberlos interrogado antes, pues no teníamos prueba alguna. No hubiera servido de nada espetarles la pregunta: “¿Dónde estuvo usted?”. Todavía no sabemos *cuándo* y *cómo* recibió Hogenauer el veneno. Todo se reduce a ese detalle. Y tenemos que atacarlos con las nuevas pruebas que hemos descubierto. Esta nueva evidencia consiste en dos cuestiones que no tienen relación alguna entre sí: 1ª ¿Está vivo L. o no? 2ª ¿Qué relación tiene con el dinero falso la presencia o ausencia de L.? Ajá. A primera vista parece como si quisiéramos averiguar la relación que existe entre una planta de cactus y un barril de arenques ahumados; pero cuando hagamos concordar esos dos detalles, tendremos la verdad. De manera que iremos haciendo pasar a los sospechosos, uno por uno... y debemos averiguar la verdad antes del amanecer».

—Y supongo que tiene usted una idea respecto a lo que es la verdad, ¿eh? —preguntó Charters, en tono irritado.

—¿Yo? Seguro que la tengo, hijo.

—¡Pamplinas! Esta superchería...

—¿Quiere apostar algo? —preguntó H. M., con una sonrisa—. ¡Davis!

Pronunció el nombre con la sonoridad con que hacía correr hacia todos lados a

sus estenógrafas del Whitehall, e hizo que se presentara el sargento Davis inmediatamente.

—Que pasen todos, uno por uno —manifestó H. M., con voz soñolienta—, y ¡ah, sí!, creo que comenzaré con la señora Antrim. Vaya a buscarla, sargento. Hagan sus apuestas, damas y caballeros. ¿Quién es el culpable? Les diré, jovenzuelos, que alguien tendrá que representar muy bien su papel durante un rato largo.

XV

LOS TRES TELÉFONOS

H. M. estaba en lo cierto. Era como si viéramos a todas esas personas a una nueva luz. Los conocíamos sin conocerlos, y ahora nos enteraríamos de lo que en realidad eran. Se me ocurrió que me había encontrado con todos ellos cuando estaba disfrazado; sería curioso ver la reacción de la señora Antrim cuando descubriera que el Perfecto Policía estaba allí sentado luciendo ropas comunes. Era evidente que H. M. opinaba lo mismo que yo.

La señora Antrim entró en el consultorio con paso firme. Sólo su rostro parecía reflejar indecisión. La primera persona a la que miró fué a Evelyn, y ambas se midieron con la mirada. La primera parecía más arreglada que cuando la vi en “Los Alerces”. Su cabello rubio oscuro estaba peinado tirante y recogido detrás de las orejas. Lucía ahora una chaqueta marrón sobre una blusa de seda blanca. Cuando Charters le ofreció una silla, estaba tan nerviosa que le dió las gracias con cierta coquetería. Luego me vió sentado junto al escritorio. No dió un respingo ni hizo gesto alguno; sólo sus ojos demostraron su sorpresa.

—Siéntese usted, señora —le invitó H. M., con amabilidad—. ¡Una chica tan bonita como usted no debe enfadarse! Lamento que tuviéramos que revolverle la casa de está forma y...

Ella pareció extrañada, y le miró.

—¡Oh, no tiene importancia! —manifestó—. Pero, ¿para qué me ha llamado otra vez? Ya le he contado todo lo que sé respecto al veneno, como así también todo lo que ocurrió en... en Moreton Abbot —me miró—. También se lo dije a un policía que estaba allí, el que resultó no ser tal policía. Supongo que era uno de sus hombres. ¿Le parece justo eso?

—¿Justo, señora? ¿A qué se refiere usted?

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla; preguntó luego:

—¿Qué deseaba preguntarme?

—No se trata de nada de eso, señora. Es una nueva evidencia que ha aparecido últimamente. Tal vez le parezca raro, y quizá no se dé cuenta de lo que me propongo; pero conteste usted a las preguntas como buenamente pueda...

El método que empleaba H. M. parecía ser el mejor, pues la sacó de su ensimismamiento.

—No necesita usted tratarme como a una chiquilla —manifestó, fríamente—. Soy muy capaz de comprender que las cuestiones más tontas pueden ser importantes... o

tal vez se lo parezcan a usted.

—¡Ah! ¡Así me gusta! ¿Cuál es su nombre de soltera, señora?

Ella siguió mirándole fijamente.

—¡Ah! —dijo—. ¿De modo que ya lo sabe?

—¿Cuál era su nombre de soltera?

—Elizabeth Ann Lord.

—Y, si la pregunta no le parece demasiado insultante, ¿cómo se llamaba su padre?

Ella habló rápidamente.

—Habla usted en pasado. Tiene razón. Mi padre se llamaba John Stuart Lord. Ha fallecido.

—¿Era el notorio L.? —inquirió H. M., en tono casual.

—Así me han informado. Nunca lo conocí bien. Yo... yo no le he visto desde mi niñez.

—¿Cuando se enteró de que había fallecido?

—Hace sólo tres días. Hubo una noticia de la policía de Pittsburgh, como así también una larga carta de un procurador... —Se aceleró su respiración, acrecentándose el rubor que cubría su rostro; súbitamente pareció abandonar su actitud defensiva—. Seré sincera. ¿Se trata de algo relacionado con mi padre? ¿Es por eso por lo que nos estaban espionando?

—¿Espionando?

Ella hizo un ademán de impaciencia.

—Ni siquiera podrá usted acusarme de nada, a menos que hable con franqueza. Sí, espionando. Ese hombre —me señaló— me estuvo espionando esta noche. Y mucho antes. Cuando le vi vestido de policía me pareció conocido. Ahora que los veo juntos, recuerdo dónde le vi antes. Al anochecer llegó en auto con usted a la casa del coronel Charters. Es el mismo que vió mi esposo cuando se alejaba en automóvil de la casa. Larry se enteró entonces de que usaba un nombre falso, y... Pues bien, no somos sordos ni ciegos, Sir Henry Merrivale. Sabemos quién es usted.

Nunca en la vida me había sentido tan avergonzado como en ese momento, ante la mirada de la damita. Pero en el rostro de H. M. se dibujó una expresión que no pude interpretar claramente; podía ser de curiosidad, alivio, o regocijo.

—¡Ja, ja, ja! —rió—. Y por eso pensó que los Sabuesos del viejo le seguían la pista, ¿eh? ¿Por eso ha estado tan nerviosa?

Ella lo contempló.

—La situación no me parece cómica —observó con gravedad—. Permítame que le hable un poco de mí misma. Es más fácil de lo que imaginaba. Nací en Alemania, y viví allí hasta los diez años de edad, época en que falleció mi madre, justamente al finalizar la guerra. Ignoraba cuál era la ocupación de mi padre; pero una vez le vi matar a un hombre. Fué algo horrible, porque para mí mi padre era muy hermoso y bueno. Ocurrió en nuestro departamento de Berlín. Fué espantoso porque la

tranquilidad de mi padre no se alteró en absoluto; no hizo más que extraer un arma y matar al individuo, y más tarde fueron unos hombres y se llevaron el cadáver. Mi padre me compró un juguete para que se me pasara el miedo. Varios hombres iban a visitarlo con frecuencia.

De nuevo noté en su voz esa curiosa inflexión teutónica que me llamara la atención en la villa de Moreton Abbot.

—Claro está que me di cuenta de lo que pasaba. Pero, en realidad, no me preocupé mucho. Cuando finalizó la guerra, después de fallecer mi madre, vine a Inglaterra a vivir con una prima de ella. Mi padre desapareció. No lo he visto desde entonces, excepto una vez, hace unos diez años, cuando se presentó inesperadamente en casa de mi tía, anunciando que le era necesario ocultarse un tiempo porque... —Se interrumpió, agregando—: Pero eso no hace al caso. Varias veces visité Alemania. Allí conocí a Larry; creo que él les dijo que hizo sus estudios en ese país, ¿verdad? Creo que fué en Alemania donde conoció a Hogenauer.

»Pero yo no vi nunca a este último hasta que se presentó en estos alrededores hace algún tiempo. Es decir, creía que no. Pero, de todos modos, hubiera jurado que lo conocía de otro lado... y no podía recordar de dónde. No hacía más que devanarme los sesos al respecto; pero sólo pude recordar hace tres días, cuando recibí esa carta de América. Mientras leía la noticia de la muerte de mi padre, me hice cargo de que Mr. Hogenauer era uno de los hombres que solían visitarle en Berlín cuando tenía yo diez años de edad».

Se inclinó hacia adelante, golpeándose una rodilla con la palma de la mano.

—Y durante varios meses estuvo rondándonos. ¿Por qué? Era terriblemente reservado en todo lo que le concernía. Creí que tendría algo entre manos aunque no podía imaginar qué. Todavía no sé de qué se trataba. Luego supe por el coronel que usted se dirigía hacia aquí. Oí algunas vagas alusiones a L. La noche en que se presentó usted, me vi en tal situación que di a Mr. Hogenauer sales de estricnina en lugar de bromuro. Además de todo eso, hallé en el secante del escritorio de Hogenauer algunas palabras que indicaban que había algo feo y... —De nuevo se interrumpió—. ¿Pero por qué nos espiaba usted? No hemos hecho nada. Bien sabe que el menor escándalo arruinaría la carrera de Larry. ¿Por qué? ¿Por qué?

Sobrevino un momento de silencio.

—Ajá —dijo H. M.

Durante unos instantes estuvo acariciándose los dos mechones de cabello que crecían a ambos lados de su gran calva. Por el rabillo del ojo miré a Evelyn, quien examinaba atentamente su cigarrillo.

—Señora —expresó H. M., después de aclararse la garganta—, parece que el destino ha confundido extraordinariamente las cosas, tanto para usted como para nosotros. Hemos estado preocupados por ese “algo feo” de que habla usted, y, aparentemente, ha resultado ser nada más que una falsa alarma. Se ha afligido usted innecesariamente. No los estábamos espiando.

—No le creo —declaró ella, irguiéndose en la silla.

—Muy bien. No tiene obligación de creerme, aunque le aseguro que es la verdad. Bien, bien, volvamos a lo importante. Su esposo conocía a Hogenauer bastante bien, ¿no es verdad? ¡Espere! Ya veo que piensa contestarme “No mucho”. No lo haga. Sólo quiero saber si mantenían relaciones. Ajá. Muy bien. ¿Usted también lo conocía?

—Muy poco. No lo conocía mejor que a cualquiera de los otros pacientes de Larry. En verdad, me resultaba simpático; pero, por alguna razón, le tenía un poco de miedo. Tal vez fuera por los recuerdos subconscientes.

—Sí. Ahora bien... —se volvió hacia nosotros, haciéndome una seña. Saqué entonces del bolsillo el billete de cien libras y se lo entregué. H. M. lo sacudió frente a los ojos de la señora—. ¿Ha visto esto antes?

Ella se mostró extrañada, y parecía temer una celada.

—No muchos —repuso—. Es un billete de cien libras, ¿verdad?

—Es un billete falso.

—¿Sí? Pues, no sabría distinguirlo de uno bueno.

—Sin embargo, como vive usted en Torquay —manifestó H. M., en tono persuasivo— habrá oído hablar de la captura de Willoughby, el falsificador, y del descubrimiento de su imprenta para fabricar billetes falsos, ¿eh?

Súbitamente, Elizabeth Antrim rompió a reír.

—Lo siento mucho —dijo, apresuradamente—; pero parece que quiere acusarme de una u otra cosa, ¿eh? No soy una falsificadora, se lo aseguro. Puede usted preguntar al coronel o a la señora Charters.

Por supuesto, el asunto que debía traerse a colación era el del periódico que la señora Antrim dijo haber encontrado en la cocina de Hogenauer y en el cual estaba el billete. Creo que todos nos sorprendimos bastante cuando H. M. no dijo nada al respecto. No hizo más que doblar el billete y guardarlo en el bolsillo de su chaleco.

—¿Sabía usted —preguntó H. M., sin cambiar de tono— que anoche hubo un robo con escalamiento en su casa?

Durante unos segundos la mujer guardó silencio; parecía dominada por la incredulidad. Luego se humedeció los labios.

—Un robo —repitió—. ¡Pero eso es imposible! Quiero decir que no robaron nada. Cuando dice usted “anoche”, ¿se refiere...?

—Me refiero a la noche en que nuestro difunto amigo Hogenauer vino a buscar el bromuro —respondió H. M., algo amoscado—. Para más claridad, diremos que fué anoche.

—Pero eso también es imposible.

De nuevo se levantó H. M. de la silla. Charters y yo le seguimos, mientras que la señora Antrim corrió tras él hacia el botiquín. Evelyn, permaneció donde se hallaba, reclinada en el sillón, con las piernas cruzadas, las manos en la nuca y el cigarrillo pendiente de sus labios. Me quedé yo en el umbral del botiquín, desde donde podía

observar a las dos mujeres. La señora Antrim se encaminó rápidamente hacia la ventana. Luego se volvió hacia nosotros.

—Bien, bien —dijo H. M., con voz soñolienta—. ¿Notó usted eso esta mañana, cuando entró y vió que los frascos habían sido cambiados?

—No. Estaba demasiado... ocupada con otras cosas. ¡Pero todavía sigo pensando que es imposible!

—¿Imposible? ¿Cómo?

Ella señaló hacia lo alto.

—Le diré: Larry y yo dormimos en una habitación que está encima de ésta. Yo tengo el sueño muy liviano. El pestillo de esta ventana está roto; mírelo usted. Al romperse debe haber hecho un ruido tremendo. Tendría que haberlo oído.

—¿Y no oyó usted nada? ¿Ni oyó ruidos de alguien que anduviera por la casa?

—No. Además...

Se inclinó hacia el alféizar y estudió las marcas que había allí. Ahora comprendí la mentalidad de la mujer que, encerrada con un cadáver en la salita de Hogenauer, notó sin embargo que faltaban dos libros del sitio en que iba a parar la luz de la linterna.

—Creo que Larry tiene una lupa en su escritorio —dijo, y se encaminó rápidamente hacia el consultorio.

Evelyn, según observé, parecía algo molesta. Cuando Elizabeth Antrim se inclinó para abrir el cajón del escritorio, nos daba la espalda. Pero al otro lado de la habitación había una biblioteca con puertas de cristal y en ella vi el reflejo de su rostro. Lanzó a Evelyn una mirada hostil y luego volvió al botiquín con una lupa pequeña.

—Parece que fueran las marcas dejadas por un botín claveteado —manifestó, mientras examinaba las huellas a través del vidrio de aumento—. Los bordes más profundos de las marcas apuntan desde aquí hacia la ventana. Si alguien hubiera entrado por aquí, las marcas tendrían que estar al revés. ¿No es cierto? Quiero decir que si hubieran sido hechas por alguien...

Se interrumpió.

—Es usted toda una Sherlock Holmes —observó Charters, fríamente—. Acaba de demostrar que...

—Verá usted —intervino H. M.—, se había tenido en cuenta otra teoría: la de que usted podría haber dado a Hogenauer bromuro verdadero, y de que alguien entró luego aquí y cambió los frascos para que se creyera lo contrario.

Explicó ampliamente la teoría.

—Ajá —concluyó—. Pero ahora ha demostrado usted que no pudo haber sido así, y ha vuelto a poner a todos nuevamente bajo sospecha, probando que el asunto se hizo desde el interior de la casa.

Muy lentamente, se incorporó ella, volviéndose hacia H. M. Apenas si cambió de color. Me dije que era una gran mujer.

—Lo lamento —manifestó, al cabo de una pausa—. Si me hubiera dado cuenta de ese detalle, le habría mentido.

—Dando también mía prueba tolerable de su propia inocencia —dijo H. M., con cierta vaguedad.

Se encaminó hacia el consultorio y lo seguimos.

—Algo más, señora —prosiguió H. M., una vez que estuvo sentado nuevamente—. ¿Cuántas extensiones telefónicas tienen en la casa?

—¿Extensiones telefónicas? —repitió ella—. No com...

—Ya sé, ya sé; pero dígame usted, ¿cuántos teléfonos hay?

—Tres. El que está ahí en el escritorio, uno en el *hall* y otro en nuestro dormitorio.

—Ahora bien, señora —prosiguió H. M., examinándose las uñas—; en este caso no hemos preguntado a nadie su paradero durante cierto momento porque no sabemos lo suficiente. Pero le haré a usted una pregunta al respecto. ¿Dónde estaba usted hace tres horas? Para ser más exacto, ¿dónde estaba usted a la una y media?

La señora Antrim le miró fijamente.

—¡Cielos, no habrá ocurrido otro...!

—No, no hay otros crímenes. Cálmese y piense. ¿Dónde estaba usted a la una y media?

—Pues... en el dormitorio, según creo. Recuerde usted que me trajeron de Mocetón Abbot a media noche. Tenía usted la casa llena de gente, de manera que no me quedaba otro sitio libre que mi dormitorio. Allí estuve desde entonces, excepto cuando me llamó usted para interrogarme. ¡La una y media! —Meditó un momento—. Sí, ahora recuerdo, pues estaba mirando el reloj y pensaba que la noche se me hacía demasiado larga, y no podía dormir.

—¿Y no hizo usted ninguna llamada telefónica?

—¡No! ¿Para qué había de hacerlas?

—¿Había alguien en el dormitorio con usted, señora?

—Pues, Larry entró y salió constantemente. No puede estarse quieto, como comprenderá usted. Creo que se asomó a la una y media y me habló, ahora que me lo recuerda usted. ¿Pero, de qué se trata? ¿Qué quiere usted saber ahora?

H. M. agitó la mano.

—Gracias, señora —repuso—. Eso es todo. Sargento, haga el favor de acompañar a la señora Antrim...

—Y ocuparse de que no me comunique con nadie —dijo dulcemente la dama, sonriéndonos por sobre el hombro—. Ya comprendo. No necesita usted afligirse. Larry y yo no inventaremos ningún cuento entre los dos.

—... y pedir al doctor Antrim que venga a vernos —finalizó tranquilamente H. M.

La señora Antrim nos saludó y se alejó acompañada por el sargento Davis. H. M. estuvo haciendo girar sus pulgares durante un momento y al fin lanzó un gruñido y

dijo:

—Esa señora es muy interesante.

—De acuerdo —manifestó Evelyn.

—Tiene usted un temperamento de mil diablos —declaró H. M., mirándola fijamente—. Ya le advertí a Ken que tuviera cuidado. ¿Qué es lo que provocó su desagrado? La señora Antrim me pareció muy simpática y atractiva. No, no me conteste. Ya veo que se está ruborizando. Lo interesante es que ha pasado el primero de los sospechosos para representar su papel en la función. Es hora dé que el jurado vote. ¿Cuál es el veredicto? ¿Culpable o inocente?

—Inocente —dijo Charters.

—Inocente —repetí yo.

—Yo —observó Evelyn, muy pensativa— me reservo mi juicio. Parece que al menos algo se ha aclarado. Ella ha confirmado el relato de Stone. Me interesará mucho oír lo que su esposo nos diga. Sólo una cosa me preocupa. ¿Por qué no le preguntó nada más respecto a ese billete falso?

H. M. se mostró algo molesto.

—Porque debemos saber algo más al respecto. Hasta el momento no sabemos más que dos cosas: que es falso y que estaba en un diario en casa de Hogenauer. ¡Hum! Lo primero que debemos averiguar con certeza es si forma parte de los que tenía Willoughby... Oiga usted, Charters, ¿hay algún medio para averiguar la procedencia de ese billete? No hizo una lista de los de Willoughby, ¿verdad?

—Por cierto que sí —repuso Charters, algo resentido. Había estado mirando hacia la puerta, como si algo le preocupara, pero ahora nos dedicó su atención—. Tomé el número de los billetes falsos. ¡Vaya, hombre, los tenía en mi caja de hierro! No hubiera sido muy agradable que se mezclaran con mi dinero. Es decir, no sería muy bonito que el Alguacil Mayor del condado diera a alguien un billete falso de su propio bolsillo. Puedo identificar ése fácilmente. ¿Quiere que vaya a buscar la lista?

—Dentro de un momento —repuso H. M., algo fastidiado. Parecía pensativo—. ¡Cristo, qué bonito enredo si resulta que ese billete de cien libras no pertenece a los de Willoughby!

Esto nos sobresaltó.

—El asunto ya está bastante confuso sin que tenga usted que enredar más las cosas —manifesté—. ¡Ese billete debe pertenecer al lote de Willoughby! Si no... Oiga usted, no pensará que hay dos bandas de falsificadores a tan poca distancia una de otra, ¿eh?

—¡Oh, no! No hacía más que pensar. Quería idear una forma de hacer llegar mis ideas a alguien. No adelantaremos mucho hasta que lleguemos a Serpos y a Bowers. Tengo la idea de que Serpos es la clave de este caso y de que nos dará bastante que hacer. Pero Bowers... ¡Sí, tengo cifradas muchas esperanzas en Bowers!

—¿El pequeñito? —inquirió Evelyn, con gran curiosidad—. ¿Por qué?

—Ya he conversado una vez con Bowers —declaró H. M.—, y me parece que es

un muchacho muy astuto. ¡Que me maten, mire usted cómo se portó en Moreton Abbot! Tenga en cuenta la forma en que vió el picaporte y el eje que faltaban de la puerta de la sala, y en que inmediatamente se hizo cargo de lo que ocurría y halló el picaporte antes de que el cabezón de Ken cayera del limbo. Eso estuvo muy bien. En fin, se han hecho ustedes muchas preguntas respecto a ese billete de cien libras; pero pasaron por alto las más importantes. ¿Quién era el que estaba más cerca del billete? El trabajo de Bowers era el de sacar la basura... como los diarios viejos. Sus obligaciones le retenían en la despensa y la cocina. Si alguien pudo haber observado cómo un billete de tanto valor se introdujo misteriosamente en el *Daily Telegraph*, ese alguien tiene que haber sido Bowers. ¿No leía los diarios después que Hogenauer había terminado con ellos? La mayoría de los criados lo hacen. Y, repito, es un muchacho muy observador. Finalmente, desearía que tuvieran algo en cuenta. Ken, ¿recuerda que cuando veníamos hacia aquí le cité una lista de las habilidades de Hogenauer? ¿Recuerda que le dije cuáles eran las más importantes?

—Dijo usted —repuse— que era muy poco lo que no sabía sobre grabados, tintas o anilinas...

—Eso mismo —afirmó H. M., abriendo los ojos en el momento en que llamaban a la puerta.

—El doctor Antrim, señor —anunció el sargento Davis.

XVI

EL LADRÓN IMPOSIBLE

Lo primero que nos llamó la atención acerca del doctor Antrim fué que no estaba tan nervioso o turbado como lo había visto algo más temprano. Seguía excitado, mas era así por naturaleza. Esto habría representado una gran desventaja para él en su profesión, si no hubiese sido por la gran personalidad que demostraba poseer y que pareció destacarse en la habitación, donde aun la gigantesca vitalidad de H. M. comenzaba a decrecer con la llegada del alba. Comprendí entonces cuán fatigado me sentía.

Antrim tenía un cigarrillo en la mano, y, a pesar de su ceño, parecía bastante animado. Después de contemplarnos un instante, se dejó caer en una silla, cruzó sus largas piernas y dijo:

—¿Están analizando otra vez los indicios? Muy bien. Tengo mi declaración preparada. —Se volvió hacia mí—. Debe usted disculparme. Cuando lo vi alejarse en ese auto creí que era el de Charters y que era usted un ladrón.

—No es ése el único error que se ha cometido esta noche, hijo —manifestó H. M.—. Usted y su esposa incurrieron en otro más grande.

—Es probable —replicó Antrim—. Todos los cometemos, una u otra vez. ¿Y bien?

—Y ahora oímos la nota desafiante. ¡Bah! —exclamó H. M., abriendo los ojos—. Parece usted adoptar la misma actitud que su esposa. No, no. Le aseguro que no es necesario proceder así. Aquí no estamos para juzgarle, sino para darle buenas nuevas. Quiero decirle que estamos enterados de sus sospechas de que los perseguían hombres del Servicio Secreto y que tal cosa no es verdad. No es así. De manera que puede usted olvidar sus temores y sospechas mientras responde a mis preguntas.

Antrim enrojeció.

—¡Infiernos...! —dijo en tono resonante, y saltó de su asiento—. ¡Oiga! Tiene usted la costumbre de tomarlo a uno de sorpresa...

—Nos dijo usted que Paul Hogenauer, con su frasco de estriknina o bromuro, salió de aquí a eso de las diez y cuarto. Fué usted a dar un paseo y regresó a la casa a las diez y media. Durante ese intervalo la casa estuvo abierta. ¿Dónde estaba entonces su esposa? ¡Responda en seguida!

—En el dormitorio —repuso Antrim—. ¡Un momento! Deme un poco de tiempo. ¿Qué tiene que ver eso con el asunto? —Pensó un instante y su rostro se animó—. ¡Ah! Ya veo. ¿Quiere usted decir que puede haber oído a alguien entrar en la casa

para cambiar los frascos? Pero no oyó nada, pues, en tal caso, me lo habría comunicado.

—¿Cómo sabe usted que estaba en el dormitorio?

—La oí caminando en él cuando regresé. El dormitorio está encima de esta habitación y del botiquín: Pude oírla claramente.

—Ajá. ¿Qué hizo usted al regresar?

—Cerré la casa. Ya se lo dije.

—Y cuando cerró usted el botiquín —dijo H. M., indicando la puerta entreabierta con un movimiento de cabeza—, ¿aseguró la ventana de guillotina y la puerta ventana?

—Esto es nuevo —expresó Antrim—. No me preguntó usted... ¿La ventana de guillotina? No. Ni la toqué. Siempre la tenía cerrada, de manera que no hubo necesidad de hacerlo. Nunca la abrimos. Cuesta mucho trabajo, pues se atranca demasiado.

—¿De veras? ¿Pero sabía usted que alguien la forzó esa misma noche y entró en la casa?

—¡Cáspita! —exclamó Antrim, por lo bajo.

Enarcó un poco las cejas, pero siguió mirando fijamente a H. M. Se hallaba sentado muy erguido, con sus grandes manos apoyadas sobre las rodillas y el cigarrillo casi consumido por completo. Al pasar la colilla a su mano izquierda, levantó la derecha lentamente, la bajó y castañeteó los dedos.

—¡Cáspita, lo sabía! Ya me pareció, y estaría dispuesto a apostar que vi a quien lo hizo.

—¿De veras? —inquirió H. M., en tono casual. Nos pareció que Antrim había caído, en una trampa—. ¿Pero no le picó la curiosidad? ¿No le llama la atención cuando entra un ladrón a una casa? ¿Cómo es que no nos dijo nada?

Antrim hizo un ademán vago.

—¡No diga usted eso! No se trata de lo que cree. No podía estar seguro. Le diré: después que hube cerrado la casa, fui a acostarme. Eran las once menos cuarto. Como no podía dormir...

Lo raro del caso es que, a pesar de la falta de seguridad con que hablaba (aun la excusa de no poder dormir la dió en tono poco convincente), su actitud era sincera. No supe qué pensar.

—¿Por qué no podía dormir? —inquirió H. M.

—¡Y me lo pregunta! —repuso Antrim, en tono acerbo—. ¡Ja, ja! ¡Me habla de lo que Betty y yo temíamos, y luego me pregunta por qué no podía dormir! No podía porque no sabíamos qué pasaba. Porque esa carta infernal respecto a su padre había llegado el día anterior, y...

—Y hasta que la recibió —le interrumpió H. M.—, ella no le había dicho quién era su padre, ¿eh? ¿Le informó también sobre la identidad de Hogenauer?

—Eso no tiene nada que ver —dijo Antrim, en tono agresivo—. ¿Cree que me

importó? ¡Bah! No era eso. Lo que pasa es que me preguntaba qué habría en el aire, qué tendría Hogenauer entre manos. ¿Cree usted que pude hablar tranquilo con él esa noche? ¡No, no! —Estaba muy agitado y sus palabras eran casi incomprensibles—. Le seré franco. Mientras estaba hablando aquí con el pobre Hogenauer, pensé: “¿Qué pasaría si le diera una dosis de veneno junto con el bromuro y la tomase usted con su agua mineral?”. Tal vez no lo crea usted, pero eso es lo que pensé.

Lanzó una exclamación ahogada, hizo una pausa y prosiguió luego:

—Me pregunta usted qué podía temer. No sé. Por eso es que se teme. Como le dije, no podía dormir. Alrededor de las doce y media decidí levantarme. No quería despertar a Betty, que dormía profundamente. Salté del lecho, pasé al otro cuarto, encendí la luz y me dispuse a leer. No pude. Apagué entonces la luz, encendí un cigarrillo y me senté junto a la ventana.

Esto le recordó que aún tenía la colilla en la mano. Hizo el ademán de arrojarla al hogar, pero se contuvo y, levantándose con gran dignidad, la dejó en un cenicero que había sobre el escritorio.

—Había luna —prosiguió entonces—. Creo que dormité un poco, aunque no estoy seguro. Pero entonces me pareció oír un ruido como de algo que se rompiera.

—Bien —dijo H. M., reflexivamente—. ¿De qué dirección parecía proceder, hijo?

—No sé. No fué muy fuerte y hasta creí haberlo imaginado. Luego me puse a pensar en Hogenauer, en el padre de Betty y en todas esas cosas. De manera que me apoderé de mi revólver y bajé.

—¿Fué usted a su dormitorio?

—No. El revólver lo guardo en la habitación donde estaba entonces, que es una especie de estudio. Bajé, como le dije, y al llegar al rellano, desde cuya ventana se domina el prado trasero, me pareció ver una sombra que se perdía de vista en ese momento...

—Un momentito, hijo —le interrumpió H. M.—. Esto es serio. ¿Desde qué dirección procedía esa sombra?

—No sé. Ni siquiera podría jurar que era una persona. Después me figuré que tal vez fuese un gato; hay muchísimos en los alrededores, y suelen venir por aquí, pues la señora Charters tiene una gata que los recibe muy bien. Bajé, pues, al piso bajo, encendí las luces y recorrí toda la casa. Pero todo estaba en su lugar, según pude ver. No dije nada a Betty, pues creí que sería una falsa alarma. ¿Para qué asustarla?

—Cuando bajó usted, ¿examinó la ventana de guillotina? —H. M. indicó de nuevo el botiquín.

Algo tenía preocupado a Antrim. Se tiraba del labio inferior, dejando al descubierto sus dientes, y parecía reflexionar. Al fin dijo:

—¿Eh? No. Es decir, no pensé en eso, pues... ¡Algo raro...!

—Ajá. Vaya usted allí un momento y eche una ojeada. Luego díganos si el ruido que oyó podría haber sido producido por la ventana al ser forzada.

Los demás no nos movimos. Antrim se levantó de la silla, fue al botiquín de dos zancadas y no tardó mucho en regresar.

—Eso es —nos dijo—. Tiene que haber sido eso lo que produjo el ruido. Tal vez tendría que haber sido más fuerte, pero... sí, eso es. Oiga usted, acaba de ocurrírseme. Creo que esa confusión de los frascos podría...

De acuerdo con su hábito, dejó la frase a medias.

H. M. gruñó:

—Ya veo. Sí, ya lo habíamos pensado. ¿Entonces está seguro de que alguien entró aquí esa noche?

—Lo estoy, pero...

—¿Pero qué? Algo le preocupa. Rápido, ¿de qué se trata?

—Pues, debe haber sido un ladrón muy tonto —replicó Antrim—. ¿Por qué entró por esa ventana? En el botiquín hay una puerta-ventana con un pestillo que se puede romper con los dedos. Sería facilísimo. Casi como entrar por la puerta. Sin embargo, ese ladrón elige una ventana de guillotina, algo alta y atrancada. La puerta ventana no parece haber sido tocada. ¿Por qué?

De nuevo esperamos que H. M. le atacara con su habilidad de siempre, desbaratando las declaraciones de Antrim, y de nuevo, como en el caso de la señora Antrim, no mencionó lo obvio. Miré a Charters y luego a Evelyn, y ninguno de nosotros pudo comprender qué tenía entre manos el viejo. No tardó mucho en sernos claro su terrible propósito. Pero he oído decir, no hace mucho, que la verdad nunca estuvo mejor oculta tras lo obvio como en este caso, el cual comenzó como una gran aventura y finalizó como un problema psicológico al amanecer.

H. M. golpeaba suavemente con un lápiz las cuencas vacías de la calavera.

—Entonces eso está bien aclarado. Siéntese, hijo —dijo a Antrim—. Ya le avisé que le aliviaría de toda responsabilidad. Ahora quiero que responda en seguida a varias preguntas. La primera: me dicen que conocía usted bastante bien a Paul Hogenauer. ¿Alguna vez fué a su casa de Moreton Abbot?

—Sí, una o dos veces.

—¿En qué habitación lo recibió?

—En la sala trasera, donde tiene su estudio —repuso Antrim—. Ya sé que me va a interrogar sobre sus “estudios”. No sé nada al respecto, y eso es lo que me tenía preocupado. Solía dejar escapar toda clase de veladas insinuaciones. “Moverse en estado invisible”. ¡Bah! Si sabe usted tanto al respecto, desearía que me lo dijera.

—Tranquilo, hijo. No iba a preguntarle eso. Pero usted sabía que él siempre dejaba cerradas las persianas de esa sala, ¿no es verdad?

Antrim sé mostró interesado.

—¡Oh, sí! Pero tenía una buena explicación para eso. Decía que a veces realizaba algunos experimentos en esa habitación, para los cuales debía cerrar las celosías. No deseaba que los vecinos se sintieran curiosos. Por eso, si mantenía siempre cerradas las persianas, todos se acostumbrarían y dejarían de prestar atención a ese detalle.

Hogenauer deseaba estar bien con todos... o al menos así parecía.

—Ajá. Ahora bien, haremos una pequeña digresión... Usted —dijo H. M., bruscamente, volviéndose hacia el sargento Davis. Éste, que se había estado retorciendo los mostachos, como un villano de melodrama, pareció sorprenderse; pero en seguida prestó atención al viejo—. Usted fué quien entró una noche al jardín de Hogenauer y espío por la celosía, ¿verdad? Fué entonces cuando vió las lucecillas que danzaban alrededor de un tiesto de flores invertido, ¿eh?

—Sí, señor.

—Según me han dicho, hay dos ventanas en esa sala. Hogenauer solía sentarse junto a la de la izquierda; pero para su experimento cambió de sitio los muebles y se sentó junto a la de la derecha. ¿Junto a cuál estaba cuando le vió usted?

—La de la izquierda, señor.

H. M. entornó los párpados.

—¿Pudo usted ver algo, además de las luces, y lo que llamaremos el tiesto de flores? Tenga cuidado, hijo, y piense bien.

Davis reflexionó un momento.

—No, señor, nada en absoluto, excepto lo que podría haber sido el respaldo del sillón, y no muy claramente.

—¿También miró por la otra ventana?

—Sí, señor, con el mismo resultado.

H. M. se volvió otra vez hacia Antrim, quien parecía intrigado.

—Ahora que ha terminado la digresión —agregó, en tono alegre—, podemos volver a lo nuestro. Tenemos el asunto ése del agua mineral de Hogenauer. ¿Sabía usted que sólo bebía eso?

—Sí.

—¿Lo sabía alguien más?

—Pues... sí, me figuro que sí. Siempre estaba maldiciéndola; pero debía beberla.

—¿Solía recibir algunos otros visitantes en su casa, además de usted?

—Sólo al doctor Keppel, de quien le he hablado.

—¿Lo conocía usted?

—Lo vi una vez. —De nuevo Antrim se mostró interesado—. Estaba en Bristol y me encontré allí con Hogenauer, quien me llevó al hotel de Keppel. Individuo muy interesante. Muy conversador, y aficionado a las curiosidades mecánicas, como la mayoría de los hombres de ciencia. Oiga usted, tenía una que le habría interesado. Se trata de una trampa para ladrones construida en el siglo dieciocho. Parece que el hotel fué en otro tiempo la residencia de una persona muy importante a quien le gustaban esas cosas. Está en la ventana, la que se mantiene levantada; pone uno la mano en el alféizar, en el sitio donde debe bajar la hoja, y esto la hace descender como la hoja de una guillotina. Unos pesos y cables instalados en el marco hacen funcionar la trampa... Pues bien, en la parte inferior de la ventana tiene colocada una hoja filosa. Claro está que esta hoja fué retirada hace cien años; pero Keppel descubrió la trampa

y la reconstruyó. Lo hizo para divertir a sus visitantes. Naturalmente, la administración del hotel no estaba enterada de esto, pues se lo habría hecho sacar en seguida. Es muy peligroso. Keppel tenía mucho cuidado de no decírselo a un policía amigo suyo. Además, la mantenía asegurada, y advirtió a las criadas que no la tocaran. El hombrecillo era un tipo raro.

—De manera que la guillotina esa no tiene un significado más siniestro, ¿eh? —murmuró H. M.—. Dígame, hijo, ¿por qué habla usted en pasado al referirse a Keppel?

Antrim parpadeó.

—¿Hablé en pasado? No me di cuenta. Lo siento.

—No lo sienta. Estaba usted en lo cierto. Keppel fué asesinado esta noche, hijo.

Una ligera brisa agitó los laureles que crecían junto a la puerta-ventana, y unas gotas de lluvia golpearon contra los cristales. Antrim se echó hacia atrás en su silla, como si hubiera recibido un golpe, aunque sus ojos continuaron fijos en los de H. M.

—Con el mismo veneno que mató a Hogenauer —agregó H. M.

—¡Dios mío! —exclamó el doctor. Al cabo de un instante, agregó—: ¿Lo sabe Betty?

—No. No creí necesario alarmarla. —De nuevo golpeó el viejo las cuencas de la calavera con su lápiz—. ¡Ea, no salte así! Quédese quieto. No quiero que se excite usted. A decir verdad, no creo que fuera otro asesinato, sino más bien un descuido de Hogenauer. Le digo esto porque todos tienen una coartada para la hora en que falleció Keppel. Pero, que me maten, hay una pregunta a la que debe usted responder si no quiere verse en dificultades. Usted estuvo en la casa toda la noche, y anduvo vagando de cuarto en cuarto. ¿Quién usó uno de sus teléfonos a la una y media de la madrugada?

Antrim se golpeó la frente.

—A la una y media —repitió—. El teléfono. Sí. Por cierto. Lo recuerdo y puedo decírselo. Fué ese cerdo de Serpos. ¿Qué es lo que ha hecho?

XVII

LA VOZ EN LA SALA

Había comenzado a llover lenta y monótonamente. Oímos el golpeteo de las gotas contra los cristales y los laureles, cercanos.

—Esto parece interesante —expresó H. M., con gran suavidad. Hacía ya rato que no dejaba oír sus acostumbradas protestas; estaba demasiado ocupado para ello—. Cuénteme.

Antrim parecía algo inquieto.

—No hay mucho que contar —protestó—. ¿Qué pasa? Era la una y media. No me pregunte cómo lo recuerdo, pero tengo la hora fija en la memoria. Acababa de salir del cuarto de baño e iba hacia mi estudio... Arriba, por supuesto. Marchaba por el *hall* del piso alto, y se me ocurrió mirar hacia abajo, por entre los barrotes de la baranda. Desde allí se ve el *hall* de abajo. El teléfono está debajo de la escalera. Miré hacia abajo y vi a Serpos en pie allí, semioculto por la escalera, con el teléfono en la mano. Estaba apoyado contra la pared, ¿sabe usted?, y hablaba en voz baja, con la boca junto al transmisor. No pude oír lo que dijo, pero me dió la impresión de que reía. Le aseguro que me disgustó su audacia... Había estado en el comedor, bebiendo mi *whisky*, y ahora me usaba el teléfono. Pero no le dije nada.

—¿Había, alguien más en el *hall*?

—No vi a nadie. Pero, claro está, desde arriba no se ve más que una parte del *hall*.

—Ajá —gruñó H. M.—. Oiga usted, sargento, ¿dónde estaba a la una y media? Se le dijo que montara guardia en el *hall*. ¿Dónde estaba usted?

Davis se mostró algo turbado.

—No recuerdo, señor. No llevé la cuenta del tiempo. He estado entrando y saliendo; además, hice un par de mandados. Pero no pude haber estado en el *hall* en ese momento. Si Serpos es ese joven tan estúpido que viste de cura, no le vi usando el teléfono en ningún momento. La mayor parte del tiempo la ha pasado en el comedor, bebiéndose el *whisky* del doctor Antrim.

H. M. agitó las manos, mirando al galeno.

—Muy bien, hijo. Eso es todo. Puede retirarse.

—¡Pero...!

—Salga. No discuta. Usted y su esposa tendrán mucho de qué hablar. Vaya a verla en seguida.

Cuando al fin se retiró Antrim, Evelyn se volvió hacia H. M. En su rostro se reflejaba una expresión de sufrimiento.

—¿Por qué no hace pasar a Serpos? —exclamó—. ¿Por qué no le interroga? Es el personaje más importante del caso. ¡Viejo diablo, algo debe tener usted entre manos! Lo sé. Lo presiento, pero no puedo adivinar de qué se trata, y eso me enfurece. —Calló un momento y se mordió el labio inferior—. Además, hay otra cosa. De manera que no quiso alarmar a la pobre señora Antrim con la noticia de un horrible crimen, ¿eh? ¡Pues a mí no tuvo inconveniente en alarmarme con sus cadáveres! Me mandó a buscar uno. ¡La pobrecita señora Antrim...! ¡Bah! Si...

—¡Vamos, vamos! —le interrumpió el viejo, en tono conciliador—. Usted está acostumbrada, y la señora Antrim no. Lo importante ahora es que todos han visto al segundo actor y han oído sus declaraciones. También oyeron su cuento del ladrón fantasma. Ha llegado el momento de dar el veredicto. ¿Culpable o inocente?

Por un momento nos quedamos escuchando la lluvia, mientras cada uno se preguntaba qué dirían los otros. Fué Charters quien habló primero.

—Inocente —declaró.

—Inocente —afirmó Evelyn.

—Inocente —dije yo.

—¡Bueno, que me...! —comenzó H. M., mirándonos extrañado. Sus cejas casi invisibles se elevaron hasta unirse a los surcos de su frente—. ¡Que me maten, pero no comprendo la mentalidad de ustedes! Veamos, primero entra aquí una joven que cuenta una historia sincera y se porta de modo que parece demostrar su inocencia de manera bastante convincente, para no decir nada de que nos mostró por su propia voluntad que la ventana forzada no fué más que una superchería. Con respecto a ella Ken se muestra suspicaz y la joven Evelyn se reserva el veredicto, meneando la cabeza. Luego entra aquí un hombre que nos cuenta lo siguiente: un ladrón ha roto el pestillo de la ventana desde el interior de la casa, levantó luego una ventana que por lo general se atasca tanto que no suelen moverla ni ellos mismos, y ha hecho todo esto con muy poco ruido, y, para hacer más increíble el asunto, comienza sus tareas en cuanto Antrim acaba de apagar la luz de su dormitorio. ¡Cielo santo! En cuanto terminan ustedes de oír este relato, gritan “Inocente”. Usted también, Charters. ¿Piensa usted aducir intuición masculina?

—La intuición masculina tiene que existir —declaró Charters, con cierta aspereza —, pues, de otro modo, nadie triunfaría en los negocios. Lo que pasa es que nunca se habla de ella, y, por consiguiente, le digo que el aspecto dé ese joven...

—¡Ea! No me dirá usted que los criminales se conocen por su aspecto, ¿eh?

—Hay que admitir que, al menos, es mucho más lógico que la teoría novelesca de que los asesinos nunca lo parecen —replicó Charters—. Me parece que ha ido usted demasiado lejos en la dirección opuesta. Sí, conozco todas las ideas pasadas de moda: Lombroso era un tonto, y no existe un tipo criminal. No es eso exactamente lo que dijo Lombroso, pero no importa. En general, estoy de acuerdo. Usted o yo o Blake o cualquiera podría ser un ladrón o un asesino. Hasta podríamos engañar a la policía. Pero, dijéramos lo que dijéramos a las autoridades, nunca hablaríamos como habló

Larry Antrim hace un momento.

—A todos ustedes les gusta meter en aprietos al viejo, ¿eh? —preguntó H. M., con cierta truculencia—. Nada les agrada más que verme vencido. Bien, entonces, resuélvanme esto: El doctor A. dice “ladrón”. La señora A. lo contradice. ¿Cuál de los dos mintió?

—¿No se le ha ocurrido que ninguno de los dos mintió? —inquirió Charters—. Supongamos que un ladrón entró en la casa, por otra parte, e hizo esas marcas en una ventana para arrojar sospechas sobre los Antrim y hacernos creer que fueron ellos los que dejaron las marcas...

H. M. le miró con cierto regocijo.

—Pero —gruñó—, ninguna otra puerta o ventana de la casa tiene señales de haber sido forzada. ¡Oh, no! No hay otra explicación que yo... —Se interrumpió para reflexionar un momento—. ¡A Bowers lo necesitamos! ¡Que me maten! ¿Por qué me hacen esperar así? ¡Vayan a buscar a Bowers!

Fué innecesario hacerlo. En ese momento se abrió la puerta y apareció en la abertura el rostro colérico de Johnson Stone, evidentemente preparado para la guerra. Detrás de él, más cauteloso, aunque siempre desafiante, marchaba Henry Bowers, quien apoyaba su dignidad en un cigarro. Nunca supe dónde llevaba Stone tantos puros, y creo que debía tener todos los bolsillos de su chaleco llenos de buenos habanos. El cigarro estaba metido en una esquina de la boca del criado, y en su rostro notábase una expresión que parecía decir: “Francamente, ¿qué le parece a usted el aroma de este puro?”.

—Quiero decir esto —manifestó Stone, inspirando profundamente—. Después de haber hecho todo lo que pude por dos jóvenes ingratos; después que me han tenido esperando media hora en esa sala, quiero decir esto: que de todas las tretas sucias y desagradables que me han jugado...

—Pase usted, Mr. Stone —le interrumpió H. M.—. Pase usted. Tengo que pedirle disculpas.

Sinceramente, no pude creer en el testimonio de mis sentidos. H. M. empleó un tono cordialísimo, y fué ésa una de las pocas veces en mi vida en que le oí tratar a nadie de “Mr.”. No hubo choque alguno ni discusión. El más asombrado de todos fué Stone, quien permaneció inmóvil mientras cambiaba de color varias veces. Luego se recobró y se aclaró la garganta, haciendo un ademán como para dejar de lado las excusas del viejo. Marchó hacia el escritorio con paso firme.

—Permítame que le ofrezca un cigarro, señor —dijo.

—¡Hum! —exclamó H. M., aspirando el habano muy gustoso—. ¡Qué bueno! Siéntese aquí. No hay razón para que no esté usted presente. Usted... —H. M. se volvió hacia Bowers—. Iba a mandarle buscar. Siéntese allí, frente a mí. Charters ya le interrogó antes, estando yo presente. Ahora voy a hacerle algunas preguntas, y si me miente, le retorceré el cuello. ¿Entendido?

Bowers reconoció la voz de la autoridad y se turbó un poco. Miró inquieto su

cigarro, como sin saber de qué modo librarse de él; luego se las ingenió para tenerlo en la mano como si no existiera. También me lanzó una mirada acusadora, aunque no pareció sorprendido. Me figuré que Stone (que hubiera sido capaz de ponerse a conversar con una momia, de no tener cerca a un interlocutor mejor) le había hablado de mi aventura.

—Sí, señor —dijo Bowers—. Usted dirá.

Sus ojos se fijaron en la calavera que descansaba sobre el escritorio. Se sentó con gran cuidado, como para no perder su dignidad.

—Durante el tiempo que trabajó usted para Hogenauer, ¿recibía él el diario?

—¿El diario? Sí, señor.

—Ajá. Lo leía diariamente, ¿eh?

—Casi siempre. Es decir, por lo general lo leía durante el desayuno; pero a veces olvidaba hacerlo, y entonces se acumulaban por dos o tres días. En tal caso los llevaba a su estudio alguna noche y los leía todos juntos.

Este interrogatorio, que parecía no comprender, impresionó al criado casi tanto como la calavera.

—¿Qué se hacía con los diarios después que él había terminado de leerlos?

—¿Qué pasaba? Pues, los recogía yo y los llevaba a la despensa, eso es todo.

—Ajá. ¿No los leía usted?

—No, señor, no los leía.

—No, ¿eh? ¿Por qué no?

—Porque eran demasiado serios para mí —replicó sencillamente Bowers—. Le aseguro, señor, que ése es la verdad. Era el *Daily Telegraph*, y a mí me gusta algo así como el *News of the World* de los domingos, pues las noticias se publican de manera más agradable. Claro que a veces le echaba una ojeada, pero eso no es lo mismo que leerlo, ¿verdad?

Su actitud persuasiva pareció convencer a H. M.. El viejo volvió a adormilarse.

—Respecto a Hogenauer, hijo. Estaba bastante bien de finanzas, ¿verdad?

—¡Ah! ¡Ya lo creo que sí! —asintió Bowers, bajando la voz como para hablar en tono confidencial—. Le aseguro que no solía ufanarse de ello.

—¿Cómo sabía entonces que disponía de fortuna?

—Porque he visto su libreta de cheques —replicó el otro, con gran complacencia—. ¡No me riña usted, señor! Si uno ve algo, lo mira. Es la naturaleza humana, ¿sabe usted?

H. M. sacó del bolsillo el billete de cien libras y se lo mostró.

—No iba a reñirle, hijo. Quería preguntarle si había visto esto antes.

Bowers dejó escapar un silbido.

—No, señor. No lo había visto, pues lo recordaría con toda seguridad.

—Sin embargo, parece que estaba tirado —observó H. M., observándole con gran atención—. ¿Sabe dónde lo hallaron, muchacho? Estaba dentro de uno de esos diarios viejos que guarda usted en la despensa.

—¡Vamos! —exclamó Bowers, en tono de incredulidad.

—Es la verdad. El mismo Hogenauer debe haberlo dejado allí. Pero no es eso lo más interesante respecto a este billete, muchacho. Tal vez parezca una promesa de juerga, pero no lo es. Se trata de una falsificación.

Por un momento, Bowers guardó silencio, y luego comenzó a proferir maldiciones. Aunque no hablaba alto, resultó desagradable oírle durante los dos o tres segundos que transcurrieron hasta que me le acerqué y le sacudí para que callara. Parecía completamente desmoralizado.

—¿Qué derecho tiene usted...? —dijo a H. M., por encima de mi hombro—. Y usted —agregó, volviéndose hacia mí—, ¿por qué andaba disfrazado de policía, asustando gente...?

—¿Pasa algo? —inquirió H. M., con gran serenidad—. Parece usted turbado. ¿Qué le pasa, amiguito?

Bowers se calmó un tanto.

—Me han tomado el pelo —expresó quedamente—. Me han tomado el pelo y alguien lo pagará, aunque tenga que cobrármelo del testamento del viejo pordiosero. Me pasé la vida trabajando para él y creyendo que tenía unos ahorrillos, y ahora veo que me han pagado con dinero que no vale...

—No le pagó con esto, ¿verdad?

—No. Ya le dije.

—¡Ah!, entonces no tiene nada de qué afligirse —afirmó H. M.—; pero hay algo que quisiera preguntarle y será mejor que me diga la verdad. —Se inclinó hacia adelante, apuntando a Bowers con el índice—. Ese diario, según me informa Ken, estaba fechado el viernes 12 de junio. Ese día, probablemente en la noche, alguien visitó a Hogenauer, y no era Keppel. ¿Quién era?

—No sé.

—Pero fué alguien, ¿eh?

—Sí. No. ¡No sé! ¡Ea, no tiene usted derecho...!

—¿Era un hombre o una mujer?

—No sé.

—Ahora le diré por qué ha guardado usted silencio al respecto —manifestó el viejo. Se levantó de la silla, dominando al criado con la mirada—. No, no aparte la vista. Míreme. Siga mirándome. Alguien fué a la casa esa noche y sostuvo una conversación con su amo. Más adelante, probablemente la mañana siguiente, encontró usted un billete de banco en un sitio donde su amo u otra persona lo había dejado. Creyó usted que era un descuido, y su amo era muy descuidado. Se trataba de un billete de cinco o diez libras. No se hubiera usted arriesgado a apoderarse de uno de más valor. Se lo guardó en el bolsillo en seguida. No me importa un ardite si robó usted ese billete o no. Lo que quiero saber es lo siguiente: ¿Quién fué a visitar a Hogenauer aquella noche?

Como le había visto ya una vez esa misma noche, Bowers fingió gran calma. Al

cabo de un momento de silencio asintió.

—No admito nada respecto a que haya robado un billete —advirtió a H. M.—. No tengo por qué acusarme a mí mismo. Pero reconozco que es mi deber decir quién estuvo allí esa noche. Fué el doctor Antrim.

XVIII

LAS CINCO SOLUCIONES

La lluvia seguía cayendo suavemente. H. M. volvió a arrellanarse en su silla. Fuera cuales fuesen sus pensamientos, ningún cambio se vió en la expresión de su rostro.

—De modo que era el doctor Antrim, ¿eh? ¿Cómo lo sabe usted, hijo? ¿Le vió? Ahora que el temor no le molestaba, Bowers parecía más dueño de sí mismo.

—No, pero tengo oídos —replicó—. Estaban en la sala trasera, con la puerta cerrada. Los oí hablar cuando entré... algo tarde. Al menos, oí a mi amo. Tenía una voz inconfundible. Y se dirigió al otro llamándole Antrim un par de veces. ¡Se lo juro!

—Eso es tocio —gruñó H. M.—. Llévelo —ordenó al sargento Davis—. Luego tráiganos a Mr. Joseph Serpos. Espere unos cinco minutos y tráigale entonces.

Durante todos estos procedimientos, Stone había estado observando y escuchando con gran atención. Su rostro estaba algo sonrojado y le brillaban los ojos tras los cristales de sus lentes. Cuando habló, lo hizo empleando su tono más amable.

—Permítame, señor —dijo a H. M., mientras le extendía su encendedor—, que encienda su cigarro. Durante varios minutos —continuó, con la actitud de un orador de sobremesa— he tenido el privilegio de ver una muestra de los métodos policiales ingleses que serán de gran interés para mis colegas americanos. Pienso dar una conferencia sobre el tema. Pero hay una pregunta, sólo una, que me gustaría formularle. *¿En nombre de Cristo, quién es el culpable?*

Cuando volvió a sentarse, reflejábase en el rostro de H. M. un intenso regocijo. Nos dió la impresión de ser la persona que conoce la solución de un juego de preguntas y respuestas cuyos misterios vuelven locos a los otros participantes. Tal era el efecto que nos producía el caso.

—Eso mismo —manifestó Charters. Había comenzado a pasearse por la habitación, con la cabeza gacha y los hombros inclinados, como si el cansancio le dominara ya—. No puede ser —dijo, para sí mismo—. ¡Les digo que no puede ser! Creía ser una persona inteligente, pero ya no lo creo. Oiga usted, Merrivale, ahora que Bowers ha salido, ¿jugamos otra vez al veredicto? Si es así.

—Haremos algo mejor —repuso H. M. Estaba más serio, y comprendí que acababa de tomar una decisión—. ¡Veamos!

Levantó del escritorio un bloc de recetas y lo empujó hacia nosotros.

—¡Hum! —continuó—. Lamento tener que usar el recetario de Antrim, pero es lo que tenemos a mano. Arranquen algunas hojas y distribúyanlas. ¿Alguien tiene

lápices? Quiero que cada uno de ustedes escriba el nombre de la persona que considere culpable...

—¿Antes de que veamos a Serpos? —preguntó Evelyn.

—Sí. Antes de que veamos a Serpos. ¡El buen Serpos, figura enigmática del caso, que ha estado destacándose en forma misteriosa sin que le veamos en ningún momento claramente! Una cosa debo advertirles. Cuando escriban, no quiero que lo hagan como si se tratara de una adivinanza. No adivinen nada. A menos que tengan pruebas verdaderas, no escriban nada. Deseo que todos hagan un esfuerzo por ver lo que tienen debajo de las narices. Anoten el nombre y el motivo que atribuyen al presunto culpable, que es donde la mayoría cometerá un error. Pongan también las pruebas que creen ser la causa de su veredicto. —Parpadeó y miró a Stone—. ¿Le gustaría intervenir?

—¡Cómo no! —repuso el aludido. Frunció el ceño y agregó—: Aunque me parece que ya esta noche me equivoqué una vez. Creí que Keppel era el culpable. Pero sabemos que él no pudo haber sido...

—Sí —repuso H. M., en tono extraño—, sabemos que no pudo haber sido él.

Repartí las hojas entre el grupo, y Stone tenía suficientes lápices para equiparnos a casi todos. Cuando me acerqué a H. M., le extendí el bloc con cierta desconfianza. Él abría y cerraba las manos, indicándome que se lo entregara, y así lo hice. Luego, antes de sentarme, abrí una de las puerta-ventanas. Desde el exterior nos llegó el rumor de la lluvia y un soplo de aire húmedo me dió en el rostro.

Todos nos concentramos en el problema, como si se tratara de un juego de ingenio. Creo que ninguno de nosotros olvidará fácilmente ese círculo reunido entorno al escritorio del doctor. Volví a mi asiento andando de puntillas, pues una idea acababa de nacer en mi cerebro en esos últimos minutos. Con el papel apoyado sobre los brazos del sillón, escribí rápidamente, aunque miraba de tanto en tanto a H. M. Este había tomado del escritorio un lápiz azul y escribía con rapidez, mientras echaba humo por la boca. A excepción del rumor de la lluvia, reinaba el silencio en el consultorio...

—¡Ya! —anunció H. M., golpeando el escritorio con la palma de la mano.

Esto quería decir que él había finalizado.

—¡No salte así, maldita sea! —rugió, dirigiéndose a Stone—. Bien, veamos. Si están todos listos, pliéguenlos y entréguenmelos. ¡Eso mismo!

Recibió los cuatro papeles y, con gran seriedad, los mezcló bien a fin de que no se conociera la procedencia de cada uno. Luego, con la misma gravedad, desplegó los papeles uno por uno y los leyó, volviéndolos, a plegar y a dejar sobre el escritorio. Posteriormente, lanzó varias exclamaciones ahogadas.

—Oiga usted —le dijo entonces Evelyn—, si no nos dice lo que hay escrito en los papeles, lo asaltaremos. Ya no puedo soportar más.

—Bien, bien —dijo H. M., mirándola con cierto regocijo—. Estaba pensando en lo suspicaces que son todos ustedes. Les diré, será mejor que rompamos estos papeles

una vez que hayamos terminado el caso. Son calumnias. Que me maten, nunca he visto tantos... Oigan. Son ustedes cuatro, y cada uno ha escrito un nombre diferente.

Stone se enfadó al oírlo.

—Sí, ¿pero qué escribió usted? —quiso saber.

—Dentro de un momento. Tenga paciencia. El representante oficial de la policía debe ser el primero. Tome, Charters, léalos.

Charters leyó los primeros cuatro papeles sin hacer comentario; pero al llegar al de H. M., lo miró fijamente y con expresión de asombro.

—¡Imposible! —expresó—. Le digo, Merrivale, que esto es absolutamente...

—¡Oh, no, nada de eso, hijo! Piénselo usted.

—Pero esta persona no tiene...

Evelyn se levantó de su sillón, y paseó un momento por el consultorio. Luego, sin decir palabra, se lanzó hacia Charters con intención de arrebatarse los papeles de la mano. El coronel los puso fuera de su alcance y trató de calmarla.

—Debería usted avergonzarse —intervino H. M., en tono austero. Se volvió hacia Charters—. ¿Iba usted a decir que no tiene motivo? Claro que lo tiene, y está bien claro. Pero le dije que ése iba a ser el detalle más difícil del caso. La cuestión es... Oiga, Ken, ¿dónde está ese billete de cien libras? No, espere, lo tengo yo aquí. La cuestión es que primeramente debemos controlar este billete con la lista de números de los falsificados por Willoughby. Vaya usted a buscar la lista mientras atendemos aquí a nuestro amigo Serpos. Pero no vaya a cometer ningún error.

Charters parecía muy preocupado cuando salió, mucho más preocupado que Serpos, a quien el sargento Davis introdujo en ese momento. Yo lo había visto antes, a la luz débil de la estación; pero la impresión que me produjo estaba viva todavía. El único cambio en su apariencia era que se había quitado el cuello eclesiástico, que siempre pareció grotesco en él. El lucirlo ahora habría sido una parodia desagradable. No sé si él opinó así o no; el caso es que se lo había quitado y su largo cuello sobresalía de su negra vestimenta. Aunque se veía en sus ojos el brillo producido por el alcohol, estaba muy sobrio y era completamente dueño de sus facultades mentales. Nos miró con cierta desaprensión y sonrió. Luego me vió a raí, y creo que sufrió una sorpresa. Tuve la impresión de que no me había reconocido; pero se hizo cargo de que me había visto antes, y de que existía allí algo que no alcanzaba a comprender del todo. No dije nada, pues me hubiera descubierto inmediatamente. Era mejor dejarse esperar un poco. Noté que el individuo no perdía el valor.

—Siéntese —le ordenó H. M., sin preámbulo alguno—. Está usted en un aprieto, ¿eh?

Serpas estuvo a punto de romper a reír. Habló en tono casi desdeñoso.

—¡Vamos, viejo! —dijo—, ¿cree usted que puede atemorizarme con esas tonterías? ¡Bah! Es infantil. Esperaba de usted algo mejor.

H. M. le miró de soslayo.

—Oigo el eco de un discurso teatral —dijo, vagamente, e hizo una mueca—.

¿Piensa obrar así, hijo? ¿No tiene miedo de que lo arresten?

—No.

—Entonces es usted la única persona del mundo que no tiene miedo de la ley. ¿Por qué no?

—Porque no serviría de nada —repuso Serpos, con gran frescura—. Soy una herencia de un viejo amigo de Charters. Tengo salud delicada, soy una buena persona y es mi primer error. No, no me arrestarán. Seré despedido, por supuesto; pero ya tendré mejor suerte y me las ingeniaré mejor, pues sé hacerme simpático. ¿Comprende usted?... Supongo que tengo que escuchar sus preguntas, pues no me queda otra alternativa; pero no les prestaré la menor atención si usa usted tretas tan infantiles como las amenazas de arresto.

A pesar de que es muy peligroso adoptar tal actitud ante H. M., éste se mantuvo tranquilo.

—Bien, muchacho, la parte del arresto está fuera de mi jurisdicción. Pero, pase lo que pase, hará usted el papel de idiota, hijo.

—¡Bah! Tampoco me convencerá con eso.

—Ya sé, ya sé; pero esto no es una amenaza, sino solamente una reconstrucción de lo que ocurrió óigame: preparó usted un plan de acción digno de una novela policíaca. Si hubiera robado dinero verdadero, habida sido un delito; como están las cosas su proceder sólo resulta cómico. Pero no es eso todo. Se abatió usted cuando un polizonte falso le tocó el hombro, y en las primeras horas de su carrera criminal lo encerraron en un lavatorio mientras un impostor se escapaba con su bolsa y su camisa. En una palabra, se dejó usted quitar el dinero falso. Su simpática personalidad podría suavizar las cosas y conseguir que le perdonen por el robo. Pero hay otra cosa, amiguito. Personalmente, no odio a los pillos. A decir verdad, tengo varios a mis órdenes. No me importa si son buenos cristianos o no, pero sí me importa que sean buenos pillos.

Serpos hizo un gesto de asentimiento.

—¿Para que le eviten la necesidad de ser un buen detective? —dijo—. Comprendo, por supuesto. Como he sabido casi todo lo que ha pasado esta noche, también podría preguntar cuál de los dos ha sido más tonto. —Sonrió muy tranquilo—. ¡Oh, no, amigo mío! Su actitud es muy ingeniosa y divertida, pero debe usted comprender que no me engaña con ella.

Reflexionó un momento y agregó:

—Debo admitir que cometí un error. No tengo obligación de explicarle nada; pero reconozco que me equivoqué.

—No sé —gruñó H. M., mirándose las uñas—. Lo que más trabajo nos costará creer es la razón de que confundiera usted esa falsificación con dinero bueno. Admitiendo que no estaba usted aquí cuando sorprendieron a Willoughby, debió usted sin embargo haber oído hablar del caso. Seguramente no habrá pensado que todo ese dinero de la caja pertenecía a Charters, ¿verdad? Cualquier policía podría

haberle dicho lo que era. ¿Y bien? ¿Por qué tenía que ser usted el que cometiera el error?

Serpos reflexionó un momento y al fin respondió:

—Sí, eso debo decírselo. No es que no estuviera enterado del caso. El error lo cometí porque creí saber demasiado al respecto. ¿Me permite usted que formule algunas preguntas al sargento Davis?

—Sí, por supuesto.

Davis miró a Serpos con ira, pero no tuvo más remedio que prestarle atención.

—Sargento —dijo el joven, observándole fijamente—, usted tomó parte en la captura de Willoughby, cuando lo mataron al resistirse a ser arrestado, ¿verdad?

—Así es —gruñó el sargento, con desgano.

—Bien. ¿Capturaron a algún otro, además de Willoughby?

—No.

—Pero se sabía, o se creía —insistió Serpos, con el aplomo del actor que se sabe observado— que Willoughby tenía cómplices, ¿verdad?

—Imposible que un solo hombre dibujara, imprimiera e hiciese circular el dinero sin ayuda —repuso el sargento—. Debía tener cómplices. Eso es todo lo que sabemos.

Serpos se aclaró la garganta.

—Un poco de estudio sobre criminología no le vendría mal, sargento —manifestó—. Usted sabía que Willoughby era americano, ¿verdad? Sí. ¿Conocía usted el sobrenombre que le daban en los Estados Unidos?

En ese momento, Stone se inclinó hacia adelante. Parecía haber tenido una inspiración, y habló a H. M. en tono ansioso.

—Lamento interrumpir —manifestó—, pero se me acaba de ocurrir algo. Sí, sí. ¿Podría usted darme ese papel un momento? Quiero agregar algo.

Sin decir palabra, H. M. le entregó uno de los papeles, aunque sin dejar de mirar a Serpos. Este, que se hallaba sentado cerca de Stone, le lanzó una mirada y volvió luego su atención hacia nosotros.

—A Willoughby se le llamaba *Cash-Down*^[4]. Le gustaba el dinero contante y sonante, y lo tenía siempre al alcance de la mano. Parece que no confiaba en los bancos y siempre recelaba de sus asociados. Decíase que tenía encima gran cantidad de dinero. Pues bien, me enteré de que lo habían matado. Vi una gran cantidad de dinero guardado en la caja, con una lista de su numeración. Bien saben que no soy un policía, sino un secretario privado, y no se me confían los secretos oficiales. Como es natural, supuse que habían encontrado el dinero bueno que poseía Willoughby. No formulé preguntas al respecto, ya que no deseaba que se sospechara de mí. Fué un error; pero, vuelvo a repetir, un error muy natural. Y eso es todo lo que estoy obligado a decirles.

—Sin embargo, le resultaba agradable aliviar la conciencia, ¿verdad? —manifestó H. M., con el ceño fruncido—. Veamos si hay algo que no concuerda. Anoche le

arrestó a usted en Moreton Abbot una persona a la que consideró usted un verdadero policía. Se abatió usted. Luego se dió cuenta de que el agente no lo era en realidad. Si es que he comprendido bien lo que me contaron, dijo usted: “Usted no es de la policía. No lo mandaron Charters o Merrivale. Ya sé de dónde viene. Y está usted enterado de todo”. Ajá. Creyó usted que se trataba de un miembro de la banda de Willoughby que quería apoderarse del dinero, ¿eh?

Serpos se encogió de hombros.

—Eso explica las cosas, ¿no le parece?

—¡Oh, no! Eso es lo malo. Es una contradicción. Por ejemplo —argüyó H. M., mirándose las uñas—, no explica por qué estaba usted tan ansioso, un momento antes, de venir a recibir su castigo... Pero dejemos eso. Parece usted saber mucho respecto a este caso, muchacho, y no comprendo cómo pudo haberse enterado, amenos que...

—¿A menos qué? —le urgió el otro, con una sonrisa—. No me hace efecto su *bluff*, se lo advierto.

—Me refiero a todas esas indirectas de hace un momentó con respecto a los supuestos errores que cometí esta noche.

—¿Se refiere usted a que envió un agente del servicio secreto a casa de Hogenauer y todo eso? —dijo Serpos, irónicamente—. Mi buen amigo, oí toda la conversación. Estaba en casa de Charters, ¿sabe usted? No me midieron ver, pero yo sí los vi a ustedes y le oí dar instrucciones a alguien llamado Blake...

—Claro, claro. Lo comprendo. Pero, ¿cómo supo usted que fué un error de mi parte? ¿Cómo estaba enterado de que no había algún complot político en el que estuviera complicado Hogenauer?

Serpos sonrió desdeñosamente.

—Menosprecia usted mi capacidad. Hace mucho sospeché que el pobre Hogenauer, a pesar de sus alusiones a “trasladarse por el aire”, estaba ocupado simplemente en un experimento de hipnotismo. Cuando me enteré del asesinato por boca de un policía muy conversador que me trajo desde Moreton Abbot... —En los ojos de Serpos brillaba la inspiración, y creo que ya se esfumaba el efecto del *whisky*—. Las luces, los gemelos, la visita del doctor Keppel...

—Eso es todo lo que deseaba saber —le interrumpió H. M.

Habló con tanta amargura que su voz pareció cambiar la atmósfera imperante en el consultorio. Fué como si se cerrara una puerta y se hubiese llegado a la conclusión.

—Ya está aclarado —explicó en seguida H. M., con la cabeza entre las manos.

La voz de Serpos se elevó un tanto.

—Es usted muy ingenioso —dijo, con sarcasmo—, pero no creerá que puede complicarme con ese asesinato, ¿verdad?

—Pues... ¿No niega usted que conoció a Hogenauer?

—Lo vi en esta casa por muy poco tiempo. No le conocía.

H. M. levantó la cabeza.

—¿Alguna vez fué usted a su casa, hijo?

—Nunca.

—De manera que —prosiguió H. M.—, ¿cuando robó usted el dinero y echó a correr, malgastó un par de horas en ponerse su disfraz, preparar una pista falsa y ocultar el auto antes de ir a la estación de Moreton Abbot?

—Así es.

—Pero, antes de robar el dinero de la caja de Charters, ¿no lo examinó usted todo por si era falso? ¿No se le ocurrió hacer tal cosa?

Serpos se encogió de hombros.

—Sí, lo examiné —admitió—. Pero me pareció bueno. No sé nada de esas cosas.

—Y por lo tanto —continuó H. M., golpeando rítmicamente con su lápiz sobre la calavera—, una falsificación más o menos buena le hubiera engañado, ¿eh?

—Por supuesto.

—En una palabra, desconoce usted por completo los detalles de las falsificaciones y las tretas de los falsificadores, ¿eh?

—Es verdad.

H. M. dió varios golpecitos más sobre la calavera y luego dejó el lápiz sobre el escritorio.

—Es usted un mentiroso, hijo —declaró, ásperamente—. Una de las primeras cosas que supe de usted es que, antes de ocupar este puesto, había trabajado en un banco.

XIX

EL ASESINO

—¿Querrían saber quién es realmente el asesino? —preguntó H. M., mirándonos con expresión feroz.

El viento agitaba las cortinas de la ventana, y las gotas de lluvia penetraron en la habitación, pero ninguno de nosotros lo notó. Fuera o no culpable, debo admitir que Serpos no perdió el valor ni por un momento. Su voz no tembló cuando dijo:

—Trabajé en un banco, y eso demuestra que sé distinguir el dinero bueno del falso. Eso demuestra que debo conocerlo perfectamente, ya sea por el olfato u otro sentido, aunque el falsificador haya sido un experto como Willoughby. Mi buen amigo, sé guiar un automóvil; pero no soy capaz de desarmarlo y volverlo a armar. Usted es el jefe del Departamento de Inteligencia; pero eso no presupone que sea usted inteligente, como creo que se ha demostrado... A propósito, ¿me acusa usted?

H. M. le apuntó con el lápiz.

—Eso depende. Dice usted que nunca visitó la casa de Hogenauer. Entonces, ¿cómo es que se encontró en su casa un billete falso de cien libras que no se separó del lote hasta que lo robó usted?

Serpos abrió la boca y volvió a cerrarla. Parecía azorado.

—No sabía nada de eso —replicó. Es decir, si es verdad, lo que dudo.

—¿Conocía usted al doctor Albert Keppel?

—No. He oído hablar de él, pero no lo conozco.

—Entonces, ¿cómo es que telefoneó usted a su hotel esta noche a la una y media, dijo que era L... y preguntó si el que lo atendía, que era un inspector de la policía, deseaba saber la verdad respecto al dinero?

Con lentitud, Serpos nos miró a todos. Ninguno de nosotros se movió: Stone estaba inclinado hacia adelante, asido del borde del escritorio; Evelyn tenía los párpados entornados, y H. M. continuaba tan tranquilo como siempre.

—No se atrevería —dijo Serpos, bruscamente. Parecía tener dificultad para respirar—. No comprendo cómo es, pero me ha hecho usted contestar a sus preguntas. Esto es absurdo. Yo no llamé a nadie por teléfono. ¿Quién ha dicho tal cosa?

—El doctor Antrim.

—Entonces lo niego.

—Bueno, haremos una prueba —gruñó H. M. Extendió la mano y tomó el teléfono—. Voy a efectuar una llamada. No importa a quién pueda llamar; pero

probemos de comunicarnos con el Cabot Hotel de Bristol. ¿Alguien sabe el número? No importa; me lo dará la central. ¡Hum! ¡Central!

Agitó la horquilla y aulló frente al transmisor, como era su costumbre. Por lo general suelen oírse ruidos raros en los teléfonos, pero no ocurrió así esta vez.

—¡Central! —rugió H. M. Sólo la lluvia le contestó. Se echó hacia atrás con una expresión que parecía de satisfacción—. Ajá —manifestó—. Prueben ustedes, si gustan; pero creo que han cortado los cables. Muy bien. Sargento, salga usted a ver.

En el rostro de Evelyn se dibujó una expresión que parecía indicar que su teoría se había esfumado.

—Entonces —dijo—, Antrim no pudo haberle oído telefonar...

—Todos ustedes se han mostrado muy curiosos respecto a esas hojas y a lo que hay escrito en ellas —declaró H. M., recogiendo los papeles del escritorio—. Ya es hora de ver a quién suponemos culpable. Muy bien. ¡Veamos! —se volvió hacia Stone—. Usted tiene mejor voz que todos. Léalas una por una. Con el respeto que se me debe por la edad, deje la mía para el final, pero lea la suya inmediatamente antes de la mía. Creo que Mr. Serpos se interesará mucho.

Stone se ajustó los lentes.

—La primera —dijo— está inicialada K. B., de manera que imagino... Pues, es suya —agregó, mirándose. Se dispuso a leerla—. Dice... ¡Cristo!

—Prosiga usted, hijo —le urgió H. M., con gran regocijo.

—Dice así: *El asesino*: Henry Bowers. *El motivo*: Dinero. Nos vemos obligados a sacar en conclusión que Paul Hogenauer, con sus incomparables conocimientos de grabados, tintas y anilinas, fué miembro de la banda de Willoughby. Es ésta la razón de que temiera tanto a la policía. Cuando las autoridades apresaron al falsificador, Hogenauer lo supo, y comprendió que le sería necesario huir del país. Por eso necesitaba dos mil libras e hizo una falsa proposición de traicionar a L. Es un error suponer que todo el dinero de Willoughby se encontró en el escondite del falsificador. Gran parte debe haber estado en la villa de Hogenauer.

Stone hizo una pausa y volvió la hoja. Se aclaró la garganta y lanzó una mirada de soslayo a H. M. antes de continuar:

—Pero Bowers ignoraba lo que hacía Hogenauer. El criado creyó que los billetes de poco valor que encontraba en la casa eran buenos. Suponía que Hogenauer estaba medio loco y era capaz de tales descuidos. Luego Bowers encontró un paquete de billetes de cien libras, de la misma clase que el que se encontró más tarde en el diario. El total sumaba mil libras o más, lo cual fué suficiente para tentar al criado, quien asesinó a su amo para hacerse dueño de esa suma. Esto queda demostrado por el hecho de que Bowers se abatiera y se dejase dominar por el histerismo cuando se le dijo eme el billete de cien libras era una falsificación. A fin de disimular, mintió acerca de la fortuna de Hogenauer y respecto a que oyó la voz de Antrim en la casa.

»Eso es todo —observó Stone, agitando la hoja como para corroborar sus palabras—. Comienza una nueva frase, pero no está terminada...».

—No nos dió usted tiempo para finalizar —intervine, dirigiéndome a H. M.—. Bowers tuvo mejor oportunidad que nadie. Estaba en el *hall* de esta casa y oyó a Antrim recetar el bromuro. Pudo regresar en el auto esa misma noche, entrar en la cas...

—¡Un momento! —exclamó H. M.—. Calma. No se puede agregar nada a lo que dicen los papeles. El siguiente.

Stone se apoderó de la segunda hoja y nos la mostró.

—Ésta —explicó— está escrita con letra femenina, de manera que me figuro es la de Miss Cheyne. En la parte superior y subrayado con dos líneas, se lee un nombre: “Elizabeth Antrim”.

»Este caso no tiene nada que ver con el dinero falso. Ella es la culpable. Ella vivía aburrida en un sitio demasiado tranquilo y con un médico poco alegre, y no es una mujer que pueda soportar el hastío. Se parece a su padre. La semana pasada se enteró de que éste había fallecido y era ella la heredera de una cuantiosa fortuna. Ahora podía obrar a su antojo. Lo hizo para librarse de su marido. Dió la estriknina a Hogenauer y luego cambió los frascos a fin de que se supusiera que otra persona lo había hecho. ¿Quién? Pues bien, ella misma hizo esas marcas en la ventana para que el doctor Antrim cayera en la trampa y pudiera ella probar que las marcas se habían hecho desde adentro. Su plan dió resultados positivos. Además, el hecho de que fuera a casa de Hogenauer con la idea aparente de evitar que ingiriese el veneno fué su método de crearse una coartada. Así es ella. Sé que esto es verdad».

Stone dejó el papel sobre el escritorio e hizo chasquear la lengua.

—Y sé bien que es la verdad —anunció fieramente Evelyn—. Todos ustedes buscan las razones más complicadas: gente que entra y sale por las ventanas o cambia de sitio los frascos. La verdad es que no hubo cambio ni ladrón alguno, y les desafío a que me contradigan.

—Sin embargo... —dijo H. M., entre dientes, y agitando las manos—. Es la solución más sencilla. Pero en tal caso, ¿cómo debemos interpretar el relato de Bowers de que alguien visitó a Hogenauer y de que éste se dirigió a su visitante llamándole Antrim? ¿Cree usted que fué realmente la señora A., y que Hogenauer era una especie de admirador suyo? ¡Bah! El pobrecillo no podría hacer bien su papel en un crimen pasional. ¿O está usted a medias de acuerdo con Ken y afirma que la señora A. sobornó a Bowers para que dijera que su esposo estuvo allí?

—Hum —murmuró Evelyn, en actitud pensativa.

H. M. sacudió la cabeza.

—Ya le dije que, desde cualquier ángulo que se le mirara, el motivo resultaría la dificultad más grande para la solución del caso. Según esta teoría, la señora A, estaba hastiada de su marido. Por eso mata a otra persona, con la esperanza de que su esposo pague con su vida por su crimen; comete un doble asesinato cuya única víctima cierta es alguien que no tiene nada que ver con ella. No, no, jovencita; son muchos los rodeos. No niego que algunos maridos matan a sus esposas y viceversa; pero, cuando

llegan a ese punto, están demasiado impacientes para obrar de una manera que no sea la más directa. A menos que pueda usted presentar una razón que explique por qué Hogenauer participó en todo esto, no servirá de nada su teoría... Hay dos puntos opuestos. Su solución es aceptable en el funcionamiento del crimen, pero débil en el motivo. La de Ken es aceptable en el motivo, pero poco convincente en el funcionamiento. ¿O será lo contrario? Oiga usted, Ken, si Bowers fué el culpable, ¿de qué modo cometió el crimen?

Reflexioné un momento.

—¿Qué le parece esta teoría? Bowers estaba enterado de que Hogenauer tenía un frasquito de bromuro. Después de dejar a su amo en la villa, volvió aquí en el auto alquilado con la intención de robar cualquier veneno para unirlo al bromuro. Entró por la ventana...

H. M. abrió los ojos.

—¿La ventana del botiquín? Entonces, ¿la forzaron desde afuera? ¡Ea, ea! Como lo indicó el mismo Antrim, ¿por qué habría de elegir el ladrón esa ventana cuando era mucho más sencillo forzar la puerta?

Era ése un detalle que me pareció haber sido demasiado complicado por todos.

—Porque se trataba realmente de un extraño a la casa —repuse—. Porque no estaba enterado de las condiciones de la morada. ¿Por qué habría de saber que la ventana se atrancaba? Dió la vuelta al edificio y la vió. Abrió el pestillo desde afuera con un cuchillo y lo rompió. En cuanto a esas marcas en el alféizar, las que todos parecen pensar que fueron hechas desde adentro... ¿por qué no aceptar que se hicieron desde adentro? ¿Por qué no pudo haberlas dejado el ladrón al escapar?

»Muy bien, el hombre entra. Busca un veneno cualquiera. Encuentra el frasco de estricnina con su correspondiente rótulo. No digo que Bowers sea farmacéutico, pero cualquiera sabe lo que es la estricnina. Nota que se trata de un polvo blanco y cristalino como el bromuro. En seguida concibe la idea de cambiarlo por el producto que Hogenauer se ha llevado. Sobre el anaquel está el frasco de bromuro al que le falta un cuarto de onza. Lo llena con un cuarto de onza de...

—¡Ah! ¿De qué? Si no vino preparado, ¿de qué?

—De bromuro alcalino, por ejemplo. Son los mismos cristales y hay allí un frasco. Hasta podría haber puesto sal común. Me figuro —dijo el Perfecto Detective— que un análisis del contenido de esos frascos sería muy interesante.

—¡Pamplinas! —dijo Evelyn.

Sin embargo, parecía interesada. H. M. continuó golpeando rítmicamente la calavera con su lápiz. Estoy seguro de que su actitud ponía nervioso a Serpos. Desde que Stone iniciara la lectura de los papeles, Serpos no había pronunciado palabra. El efecto del *whisky* se esfumaba y sus ojos comenzaron a perder su brillo. Me di cuenta de que me había reconocido en cuanto hablé, y nos observaba a todos atentamente.

Tap, tap, tap sonaba el lápiz de H. M. Amenguaba la lluvia y ahora lo oíamos todos claramente.

—El siguiente —pidió el viejo.

—Me niego a leerlo —replicó Stone.

—¿Se niega a leerlo? ¡Ea! ¿Por qué?

—Porque es un ultraje —afirmó el americano. Se levantó llevándose la mano a la espalda. A causa de la falta de sueño y el esfuerzo, estaba un poco pálido—. Porque es un ultraje —repitió—. Porque me acusa de...

—¿De asesinato, hijo?

—¿Eh? ¡Oh, no! ¿No habrá pensado usted...? —Stone se interrumpió—. No. Pero da a entender que mi declaración sobre la muerte de L. es una mentira; que L. no está muerto; que L. fué quien cometió los asesinatos...

—¿Y usted qué cree? —preguntó suavemente el viejo.

Tap, tap, tap sonaba el lápiz sobre el pulido cráneo.

Cuando Stone se quitó los lentes, notamos que sus ojos estaban cansados. Se los restregó y volvió a calarse los lentes. No miró el papel que tenía en la mano. Dió la vuelta al escritorio, por detrás de H. M. y se detuvo frente a la silla ocupada por Serpos. Su traje blanco estaba muy sucio, como las vestimentas de Evelyn y mía. Se detuvo frente a la silla de Serpos y dos hombres muy astutos se enfrentaron.

—Creo que éste es su nombre —declaró el americano.

—¿De veras? —inquirió Serpos, mirándolo atentamente.

—Lo escribí hace un rato —prosiguió Stone—, y cuando este joven dijo algo, tuve el presentimiento que acepté en seguida. Por eso le pedí permiso para agregar algo a mi explicación. ¿Me comprende? Ahora verá:

»Soy americano y he oído hablar de *Cash-Down Willoughby*. Nunca me encontré con él; pero cuando este joven dijo algo respecto a sus hábitos con el dinero, recordé otra cosa. Me vino a la memoria el recuerdo de un falsificador llamado Shell Fields, quien solía trabajar en el Oeste hará unos sesenta años. Tenía una prensa para falsificar y una pandilla para que hiciera circular el producto de su trabajo. No confiaba en ellos. Le gustaba tener el dinero a mano. Por esa causa ideó un sistema para hacerlo de manera que su gente no supiera nunca dónde lo tenía y que la policía nunca lo encontrara si llegaba a capturarlo. Escondía su dinero en un sitio donde nadie en el mundo pensaría en buscarlo. *Lo ocultaba en el mismo escondrijo donde tenía los billetes falsos.*

»¿Comprenden? Como en ese cuento de Poe, ¿cómo se llamaba? El sitio más obvio. El dinero apilado contra la pared, a la vista de todos en el escondrijo del falsificador...

»Hacía un paquete de billetes de veinte dólares, o de cincuenta, colocando veinte en cada paquete y asegurándolos con una banda de goma. Los primeros tres de cada lado eran falsos, como en un sandwich. Después de ver que eran falsificaciones, nadie seguiría buscando más. Y dentro del sandwich había catorce billetes de los buenos. Eso mismo hizo Willoughby aquí en Inglaterra. Y usted fué el único que lo descubrió».

Por primera vez comenzó a cambiar la expresión del rostro de Serpos. Tal vez fuera el efecto del cansancio, aunque no lo creo. Stone continuó hablando con la misma claridad de antes, aunque con mayor rapidez. La luz de la lámpara le iluminaba el rostro cuando se volvió hacia H. M..

—No; estoy mintiendo —continuó—. Usted también lo descubrió. Por eso le preguntó... Él tendría que haber sabido que era dinero falso. No lo hubiera robado, a menos que fuera bueno. Así lo creyó, pero tenía que asegurarse. De modo que el amigo Serpos se aseguró. ¡Cristo santo, ahora lo veo claro! Sacó un ejemplar de cada billete de la caja y se los llevó a la mayor autoridad en la materia: Hogenauer. Éste le dijo que eran verdaderos; pero el viejecillo no quiso aceptar una parte del dinero y guardar silencio al respecto. Hogenauer es demasiado honrado. Teme que la policía le eche del país. De manera que se ganará la simpatía de las autoridades diciéndoles la verdad respecto a los billetes “falsos”... —Stone se interrumpió un segundo, y agregó —: Y por eso el amigo Serpos tuvo que matarlo.

Notamos que, salvo el golpetear monótono de la lluvia, reinaba un silencio profundo en la habitación. H. M. había cesado de golpear la calavera con el lápiz. Stone se volvió hacia él. Nos hicimos cargo en ese momento que durante toda la noche H. M. había manejado las cosas a su manera. Y ahora dejó de golpear la calavera.

—Usted está de acuerdo conmigo —dijo Stone—, ¿no es verdad?

—¿Yo? —repuso H. M. Hizo una mueca y dió la impresión de que recién despertara de un largo sueño—. ¡Oh, sí! Más o menos. Es decir, estoy de acuerdo con usted en todo menos en un detalle.

Serpos se incorporó de un salto. Extendió las manos y habló de manera casi incoherente a causa de su cansancio.

—No pueden decir que fui yo —protestó—. Nadie dirá que fui yo. No es verdad. ¡Locos!, ¿no ven quién fué? Yo se lo diré. No me importa. Yo...

Desde otra parte de la casa nos llegó ruido de pasos que se acercaban rápidamente. Abrióse la puerta del *hall* y asomó a ella el sargento Davis.

—Señor... —dijo, respirando jadeante—. Señor, ha pasado algo. Ha...

—¿De veras, hijo? —preguntó H. M., con gran serenidad—. Cállese, muchacho, cállese.

—Se trata del Coronel Charters, señor. La... la criada... No sé nada, pero la criada me dijo que tomó su automóvil y se alejó a toda velocidad... hace más de media hora... con la señora Charters... y algunas cosas...

Fué Evelyn quien se lanzó hacia el escritorio y tomó la hoja en que se veía la escritura de H. M.. Aunque no estoy seguro de ello, creo que leyó su contenido en voz alta; pero las palabras se grabaron en mi mente más como algo escrito que como si lo hubiera oído.

Usted es el asesino, Charters, y le dejo leer esto porque no hace caso a mis

insinuaciones y porque quiero que huya. Dicen que el envenenamiento es el crimen más bajo y más mezquino ante la ley; pero no puedo hacer daño a un viejo amigo. ¿No comprende que mañana se le echarán encima, tan pronto como hayan visto ese dinero “falso” que solamente usted ha tenido en las manos? Yo no podré contenerlos. Pero puedo darle una hora de ventaja si se va ahora, y si corta los hilos telefónicos y quita alguna pieza a los automóviles, dispondrá de más. Por otra parte, no es usted tan malo, Charters. No quiso acusar del crimen a ninguna persona viva que pudiera sufrir, a pesar de que le hubiera sido fácil hacerlo. Sólo afirmó que fué un muerto. Peores cosas se han hecho... y se harán.

H. M.

Había cesado la lluvia. Por sobre el mar asomó un rayo de sol que aclaró el ambiente del consultorio. Llegó a nuestros oídos el murmullo de las olas. H. M. tenía la cabeza entre las manos y no cambió de posición cuando le dirigimos la palabra.

—Es un hombre muy listo —dijo—. Espero y creo que conseguirá escapar.

XX

“Y JORIS ROMPIÓ EL SILENCIO...”

El camino que serpenteaba a través del tablero de ajedrez que era la verde campiña, mostrábase atrayente después de la lluvia. Era como si el fantasma de ésta se cerniera en la atmósfera; él sol iluminaba el follaje húmedo en un mundo desierto, por el cual avanzaba velozmente el Lanchester de H. M. Salimos de entre la bruma de la costa a las seis y media, pasamos por Exeter, Honiton, Chard, Yeovil. Al llegar a Sherborne ya era mañana plena.

*Y desde la torre de Mechlin el reloj dió la media hora,
Y Joris rompió el silencio, diciendo: “¡Todavía queda tiempo!”*

A duras penas llegaríamos a tiempo. Mientras guiaba el Lanchester me puse a pensar en la situación. La dificultad no residía en la distancia que separaba a Torquay de Londres; a pesar de los angostos caminos y las curvas cerradas, el velocímetro se mantuvo casi constantemente entre las cincuenta y sesenta millas por hora. Lo difícil sería correr por entre el tránsito de Londres, llegar a nuestros respectivos hogares para asearnos y cambiarnos y llegar a Westminster a las once, y media.

Y Joris no rompió el silencio; nos fué imposible persuadirle de que hablara. A decir verdad, H. M. estaba dormido. Descansaba en la parte posterior del automóvil, con el sombrero sobre el rostro y aunque el Panamá se movía de un lado a otro, H. M. continuó durmiendo. De vez en cuando salía un largo ronquido desde la sombra proyectada por el ala del sombrero.

—¿No será posible despertarle? —dijo Evelyn, desesperada—. He probado de todo. Hasta le ofrecí un trago de *whisky*, le dije que el Secretario de Estado afirmó que era un idiota. Probé...

Miré por sobre el hombro cuando salíamos ya de Salisbury. Evelyn golpeaba el pecho de H. M. con un dedo, como si se tratara de una caja registradora. Me hizo un gesto cuando me volví.

—Oye, Ken —manifestó—, hay que hacer algo. No quiere despertar. Y yo tengo que saber todo, pues, de otro modo, no podría casarme tranquila. El...

Intervino entonces Stone, que se hallaba sentado a mi lado. El americano nos acompañaba. Evelyn juró por todos los dioses que debía asistir a nuestra boda, pasara lo que pasase, y Stone tuvo que acompañarnos, a pesar de todas sus protestas. No sé

lo que diría su hija de todas las aventuras de su padre, y espero no tener la oportunidad de enterarme de su opinión. Durante todo el viaje estuvo, dominado por el horror. Aferraba la portezuela con una mano y su cabeza con la otra, mientras avanzábamos velozmente, y no cesó en ningún momento de hacer acerbos comentarios en voz baja y monótona.

—No atropelló usted a esa vaca —observaba, en tono crítico—. Lamento que haya perdido la mano; dos pulgadas más hacia la derecha, y la habría aplastado. ¿Para qué toma las curvas? ¿Por qué no corta camino por ese campito? ¡Ay! Me parece que no vamos bastante rápido. Me siento como la bola de la ruleta. ¿Qué le pasa al viejo? Tal vez sea un yogui. Pínchelo con un alfiler, y lo sabremos.

—No es eso —le dije—. No está dormido. Lo que pasa es que no quiere hablarnos del caso porque no puede hacerlo. Descubrió la solución por casualidad, y, como no puede darnos ninguna explicación, finge dormir a fin de poder...

—*¡Debería usted, avergonzarse!* —rugió una voz familiar a mis espaldas, haciéndome doler los tímpanos.

Bajó el sombrero y subió H. M. Me agradó oír ese tono de voz, pues significaba que sus preocupaciones no le molestaban ya y volvía a ser el viejo gruñón de siempre. De todos modos, habíamos pasado ya Basingstoke antes de que consiguiéramos hacerle hablar. Apoyó la barbilla en una mano y fijó la vista en el camino.

—Les diré —manifestó—, el asunto es mucho más raro de lo que piensan. En primer lugar, en un caso que ustedes creyeron que no era más que de aventuras y detalles extraños, no hubo detalle extraño alguno. Cada una de las cosillas que recogieron en el camino y dejaron a un lado formaba parte de un total al cual eran tan necesarias como las piezas de un rompecabezas. Una maleta de herramientas de ladrón, un error en una conversación telefónica, un billete falso y un cortaplumas.

Cada uno de esos indicios fué un ladrillo que, unido a los otros, formó una casa sólida que ustedes consideraron solamente como una Torre de Babel. Hago una excepción, y, ¡que me maten!, esa excepción son los asesinatos. Sin ellos, habríamos podido explicar el problema. Sin ellos habríamos tenido un caso de asesinato. ¿Les parece raro? Lo es. Escuchen:

»Primero quiero que piensen en Charters. Deseo que recuerden su rostro pálido y ascético, sus modales petulantes, su irritación por causas insignificantes, y la idea de que todas las cosas buenas de la vida estaban perdidas para él, y, detrás de todo eso, una especie de odio caballeresco. Estaba envejeciendo. Si se me permite el término, lo habían archivado; el Ministerio de Guerra no lo quería ya. No era rico, como él mismo lo afirmó; por el contrario, estaba al borde de la pobreza. No sólo se sentía cansado, sino también resentido. En otro tiempo había tomado parte en grandes aventuras y tenido tanta autoridad como... como otra persona, ¿comprenden? Pero ahora quería dinero y sol y calor y comodidades. Deseaba viajar a otros países donde pudiera hacer descansar sus viejos huesos y ser respetado. Por eso vivía cerca del

mar. Por eso construyó su casita de estilo chalet tropical... y por eso cometió el crimen.

»Pero será mejor que comience por el principio, cuando tomé el caso, y les diga cómo se fué desarrollando. Cuando Charters me contó que Hogenauer le había ofrecido revelarle la identidad de L. por dos mil libras, ¿creen que me engañó? Claro que sí. ¿Por qué no? Aprovechó el rumor de que L. estaba en Inglaterra. La razón de que apelara a mí la discutiremos dentro de un momento; estoy tomando las cosas por orden, tal como se presentaron...

»Una cosa me preocupó. No quiero decir que me hiciera dudar de Charters; sólo afirmo que me molestó bastante, pues todo lo que Charters me dijo de Hogenauer estaba en completo desacuerdo con lo que sabía yo del hombrecillo. Si de algo estábamos bien seguros con respecto a Hogenauer, era de su honradez. Empero, se ofreció a traicionar a L. por dinero, y Paul H. nunca se preocupó en su vida por el dinero. Por su invención, dirán ustedes. ¿Qué invención? La mecánica no le preocupaba en absoluto. ¿Para qué necesitaba el dinero?

»Pues bien, comencé a pensar y me dije: “¿Cómo sabes tú que Hogenauer hizo esa oferta?”. En seguida se me ocurrió la respuesta: “Porque Charters te lo dijo”. Lo cual me puso en un dilema, hijos míos, pues yo creía en Charters. Comencé, pues, a sospechar de Hogenauer, lo que me hizo formular mis planes con gran cuidado y dar a Ken todas esas instrucciones que más tarde les causaron tanta gracia.

»Pues bien. Llegamos a la noche en que Ken recibe sus instrucciones, junto con una valija de herramientas para ladrón (provista por Charters), y emprende viaje hacia Moreton Abbot, poco después de llegar Antrim con la noticia del frasco de veneno desaparecido.

»Charters me había hablado mucho respecto al caso Willoughby. A éste lo mataron al resistirse a la autoridad, y no estaba presente para relatar su parte en el asunto. Charters me informó que se apoderaron de todo el dinero falso, el cual estaba guardado en su caja de hierro, y me informó respecto a la investigación que se celebraría sobre el caso. Él iba a presentarse al *coroner* para describir la forma en que murió Willoughby y exhibir parte del dinero falso como evidencia. ¿El resto del botín? ¡Oh, bueno!, podía quemarse; el Alguacil Mayor se ocuparía de eso, pasando luego su informe a la Corona. Él presentaría una lista de números de los billetes falsos...

»Mientras me relataba el caso, Charters abrió su caja para mostrarme algunos de los billetes, y descubrió que todo había sido robado... por Serpos.

»Les diré, esto me aturdió un poco. Ahora comprenderán ustedes por qué. No era simplemente que Serpos, según me dijera Charters, hubiese trabajado en un banco, sino que el hombre vivía y trabajaba en la casa y era el secretario de Charters, hombre importante en el caso. Sin embargo, Serpos *robó* el dinero falso. ¿Estaba “de viaje cuando arrestaron a Willoughby”? ¿Cómo le impediría eso que se enterara del asunto? El hecho de que estuviera de vacaciones en Eastbourne cuando ocurrió todo

no puede haberle impedido que oyera algunos comentarios al respecto.

»—¡Oh, no! —me dije—. ¿Será posible...?

»Y luego observé cómo se portaba Charters al descubrir el robo. Se enfureció. Ya no le preocupaban los complots políticos de Hogenauer; estaba decidido a apresar a Serpos sin tardanza. Apresarlo, compréndanlo, pero sin acusarle de robo. Ahora comprenderá usted, Ken, por qué lo arrestaron en Moreton Abbot. Hubo una confusión y nadie sabía de seguro qué auto se había llevado Serpos al huir. Y Charters no podía correr el riesgo de que su secretario escapara. De manera que dió orden de arrestar a los conductores de ambos coches.

»Encima de todo eso vino su llamada telefónica informándonos de la muerte de Hogenauer y las circunstancias que rodeaban el caso. Esto resultó interesante; pero lo precedió un detalle mucho más importante. Ocurrió antes de que hubiera usted dicho una sola palabra respecto a lo sucedido en casa de Hogenauer o descrito nada acerca de la misma. ¿Lo recuerda? Charters atendió el teléfono. Usted iba a decirle que había huido de la celda, sin mencionar siquiera el nombre de Hogenauer, y Charters le respondió inmediatamente. ¡Piense bien! ¿Recuerda lo que dijo?».

Nos acercábamos ya el Great West Road, que nos llevaría directamente a los más intenso del tránsito londinense, y no aparté la vista del camino.

—Sus palabras exactas, según recuerdo —repuse—, fueron: “Ahora no tendrá oportunidad de registrar la casa de Hogenauer o el escritorio grande o...”.

—O el *escritorio grande*. Ajá. Eso mismo. Estaba bastante trastornado, pero no debió haber cometido ese desliz. ¿Qué escritorio? Nos había jurado que nunca estuvo en casa de Hogenauer y que no habló con él más que en aquella oportunidad en que el viejecillo fué a hacerle su proposición. Hasta fingió tener que pensar mucho para recordar su dirección. Pero... ¿cómo sabía que había en la casa un escritorio grande? Sus palabras demostraron que había estado en casa de Hogenauer. ¿Es posible, me dije, que Charters conozca la existencia del escritorio grande por el sargento Davis, quien espío por las celosías de la sala y puede haberle informado al respecto? Pero *usted* miró por ambas celosías, Ken, y no pudo ver nada. Tampoco vió nada el sargento, según, declaró cuando le interrogué al respecto frente a todos ustedes.

»Pero en ese momento, cuando llamó usted por teléfono, estaba yo muy preocupado. Tenía ya en mis manos un indicio. Charters visitaba secretamente a Hogenauer, y éste era toda una autoridad en lo referente a falsificaciones. ¿Habría descubierto Charters que una buena parte del dinero de Willoughby era bueno, y había visitado a Hogenauer para asegurarse de esto? En tal caso, me dije, Hogenauer sintió un resquemor de conciencia y anunció que Charters no debía tratar de hacer ninguna jugarreta, pues durante la investigación H. pensaba decir la verdad. De modo que es necesario taponarle la boca.

»Y aquí viene lo malo del asunto. Lo que me desvió de la pista fué toda esa superchería de las luces, los libros desaparecidos y los muebles cambiados de sitio. Durante media hora estuve aturdido. Si se hubiera hallado a Hogenauer muerto en su

casa, en circunstancias ordinarias, habría estado seguro. Pero me encontré enfrentado a una serie de indicios que no significaban nada. Tenía que ser muy cuidadoso, pues existía la posibilidad de que hubiera algún complot político internacional y de que él estuviera mezclado en el asunto, y les aseguro que esas líneas que se leían en el secante no me resultaron nada consoladoras. Era posible que mis sospechas con respecto a Charters no tuvieran fundamento. Tenía que asegurarme, y, en consecuencia, tuve que enviar a Ken a Bristol».

Al llegar a este punto, H. M. hizo una mueca horrible.

—Pero, Ken... ¿si hubiera hecho esa llamada telefónica diez minutos más tarde...!

—¿Por qué diez minutos más tarde? —preguntó Evelyn—. ¿Por qué habría cambiado eso las cosas?

—Porque entonces habría estado seguro —replicó H. M., acerbamente—. Siga usted el curso de sus aventuras, Ken, según las recibí yo en su siguiente informe desde Bristol. Todo el caso se desarrolló frente a su vista. Después de hablarme desde Moreton Abbot, salió usted de la cabina telefónica y abrió el paquete hecho con un diario para ponerse de nuevo el uniforme policial... y cayó al suelo un billete de cien libras.

»Esto aclaró todo. Un billete de tanto valor estaba metido de esa manera descuidada en un diario viejo que se arrojó a la cocina. El detalle indicaba que era parte del total del dinero falso; que alguien había conferenciado con Hogenauer respecto al caso Willoughby, y, especialmente, indicaba algo que ninguno de ustedes parece haber comprendido: significaba que la conferencia debió haberse efectuado *varios días antes; que el que visitó a Hogenauer tuvo que ser Charters, pues era él el único que tenía el dinero en su poder; guardado bajo llave en su caja de hierro*».

Stone levantó una mano.

—Un momento —objetó—. ¿Por qué no pudo haber sido Serpos? ¿Por qué no pudo Serpos haber sacado unos cuantos ejemplares de la caja? Ya sabe que había una suma grande, y Charters no se habría dado cuenta de que faltaban unos pocos billetes. ¿Y por qué no pudo Serpos haberlos llevado a casa de Hogenauer para que éste le dijera si eran genuinos o no?

H. M. parpadeó varias veces.

—Bien, veamos —dijo, calmosamente—. Si hubiera sido cuestión de unas cuantas muestras, ¿por qué iba el culpable, quienquiera que fuese, a confiar en Hogenauer y decirle de qué se trataba? Si se tiene unas cuantas muestras, ¿para qué hacer ver que uno tiene el dinero de Willoughby? Lo interesante del asunto es que el culpable tenía que estar seguro de todo el lote..., de otro modo de nada le serviría apoderarse del botín. Había dinero falso y dinero bueno. Si toma uno unas pocas muestras, ¿de qué le sirve? ¿Es bueno éste? No. ¿Y ése? Sí. Y no sabe uno qué tiene en las manos.

»¿Me explico? —inquirió H. M.—. Serpos no pudo haber robado el dinero, pues

no podría haberlo sacado de la caja sin el conocimiento de Charters. Nadie pudo haberlo hecho, excepto el mismo Charters. Ningún otro pudo haberlo llevado a casa de Hogenauer. El detalle que establece la culpabilidad de Charters es que el dinero fué mostrado a Hogenauer. ¡Que me maten...!».

—No —intervino Stone, muy pensativo—, que me maten a mí. Pero no se detenga; prosiga usted.

—¡Hum! Sí. Muy bien. Sigamos las aventuras de Ken desde allí en adelante. La verdad está demostrada. Ken fué a la estación de Moreton Abbot... y se encontró con Serpos.

»Ahora podemos ver lo que hizo Serpos. Él no consultó a Hogenauer, sino que confió en sus propios conocimientos del dinero para convencerse de que las dos terceras partes del total era bueno. Claro está que pudo haber dicho a Charters: “¡Ea!, ha dicho usted a todos que son billetes falsos, cuando sabe usted muy bien que no es así. Si no me da una parte, declararé la verdad”. Pero esto no hubiera satisfecho a Serpos. Él lo quiso todo, y lo mejor de su proyecto fué que se creyó perfectamente a salvo. En primer lugar, dudaba de que Charters tuviera el valor de mandar a la policía en su persecución. Segundo, aunque Charters lo hiciera, y en el remoto caso de que lo apresaran... Pues bien, estaba a salvo, pues podía decir al oído del coronel: “No se atreva a acusarme, o diré la verdad respecto al dinero”. De modo que preparó sus planes y puso pies en polvorosa, llevándose todo el dinero, tanto el bueno como el falso, pues estaba todo junto en paquetitos de diferente numeración, y no tuvo tiempo para separar las cabras de las ovejas.

»Debió haber sufrido una terrible sorpresa en la estación de Moreton Abbot cuando se encontró con que un policía, en la persona de Ken, se le iba encima, mientras que los mirones gritaban que detuvieran al ladrón que había robado al Alguacil Mayor. Serpos es un hombre muy temperamental. Se abatió; pero su abatimiento no duró muchos minutos. Lo habían capturado, pero vió su oportunidad de salvarse. Rogó que lo llevaran de vuelta para recibir su castigo; estaba arrepentido y le remordía la conciencia; sin embargo ya se le había ocurrido una idea; “Charters nunca se atreverá. Cuando hable yo con él, cambiará de idea. Todavía podré quedarme con algún dinero”, se dijo. Ése fué el cambio número uno.

»El segundo cambio ocurrió unos dos minutos más tarde, cuando descubrió que Ken era tan policía como él clérigo. Serpos cambió en seguida, y no quiso entregar lo que estuviera tan dispuesto a devolver un minuto antes, pues creyó que Ken debía ser...».

—Un miembro de la banda de Willoughby —dijo Evelyn.

—Ajá. Esa circunstancia debió haberles hecho comprender que Serpos no había “descubierto que se llevaba dinero falso”. ¡Oh, no, pequeños! Él sabía muy bien lo que llevaba. Lo sabía desde el principio.

»Ken le encerró en un lavatorio, y comenzó el siguiente episodio de sus aventuras. En seguida se encuentra Ken con un señor. —La mano de H. M. apareció

junto a mi hombro y dió un golpecito al de Stone— que presenta credenciales bastante aceptables y les dice que L. está muerto. Pero, ¿dudaron ustedes entonces de lo afirmado por Charters? No. ¿Qué prueba hubo de que Hogenauer hubiera hecho la proposición de traicionar a L.? La declaración de Charters, y nada más. ¿Le hizo esa proposición a otra persona? No. ¿Parecía probable? No. ¿Había pruebas de que no era posible? Sí. Pero todo esto no les hizo sospechar de Charters, sino de Stone.

»Para el momento en que estaban divirtiéndose en el Cabot Hotel y se enteraban de la verdad acerca de las luces, los gemelos y los libros desaparecidos, ya comenzaba yo a sospechar la verdad. Y, cuando Ken telefoneó su segundo informe, tenía ya ordenadas mis ideas. Hasta entonces había recibido una serie de golpes. Era yo el payaso de la función de títeres: cada vez que asomaba la cabeza al escenario, alguien me la golpeaba con un palo, y los espectadores reían a más y mejor. Pero, recuerden ustedes, jovenzuelos: el único que sobrevive al terminar la función de Polichinela es el payaso. Estoy acostumbrado a eso. Nadie me aprecia. ¡Bah!

»Bien, les diré la forma en que imaginé que Charters había trabajado:

»Estaba decidido a matar a Hogenauer para asegurarse de su silencio. Sí, a sangre fría. Tal vez se creía justificado; nunca sé cómo obrarán esas personas que tienen manía de persecución y creen que nadie les quiere. Él era el Alguacil Mayor, y debía investigar el asesinato que tenía pensado cometer. Hogenauer tenía un pequeño círculo de íntimos. Charters no deseaba que ninguno de ellos cargara con la culpa. Deseaba ser algo fantástico y maravilloso, cosa muy característica de él: deseaba ser un asesino caballero. ¿Comprenden ustedes lo que es la tortura? Si no, nunca podrán comprender a Charters. Él no deseaba que culparan a nadie. Especialmente, no quería que los Antrim fueran acusadas...

—¿Aunque les robó el veneno a ellos? —intervino Evelyn, muy pensativa.

—Aun así —replicó H. M.—. Pero, escuchen. Lo que deseaba era crear un motivo y un criminal hipotéticos, alguien contra quien se pudiera acumular cargos con tranquilidad, aunque después no se pudiese apresar. Recordó entonces que Hogenauer estuvo en el Servicio Secreto hace muchos años. Recordó asimismo a L., un personaje a la vez espectral y sólido. Si todo el Servicio Secreto no pudo apresar a L. o averiguar su identidad en el pasado, no se podría culpar entonces a sus policías si no lograban hallarle ahora. Charters no tenía la menor idea acerca de la identidad del superespía, y supuso que tampoco la tendría nadie. L. era el indicado para sus planes. Pero a fin de que se comprendieran bien los peligros que suponía su presencia en los alrededores, era necesario que trajera a la escena a alguien que estuviese enterado de todo, es decir, a mí. Y, les diré, no sé si no le produjo una gran satisfacción ver que Martin Charters (el archivado) podía burlarse del viejo. Y lo consiguió.

»Lo tenía todo preparado. ¿Recuerdan que cuando interrogué a Antrim respecto a aquella noche en que dió a su paciente el bromuro, el doctor afirmó que *Hogenauer fué quien sugirió ese sedativo?*

»Sí. Les diré, me parece que Charters estaba mejor enterado que nadie del experimento de Hogenauer. Mucho antes de que Charters concibiera la idea de cometer un crimen, y antes de que se aclarara el caso Willoughby. Charters se enteró del paradero de Hogenauer. Le picó la curiosidad y envió al sargento Davis para que viera qué tenía entre manos el misterioso Hogenauer, y, cuando le dieron el informe sobre las “luces que danzaban alrededor del tiesto de flores invertido” se sintió aún más curioso. Parecía que el alemán tenía realmente algo entre manos, ¿no es verdad?

»Creo que fué por eso por lo que creyó no correr ningún peligro al consultarle respecto al dinero: “No le conviene ser tan quisquilloso, considerando lo que hace usted aquí...”. Y Hogenauer, al comprender la forma rara en que podía interpretarse su conducta (pues Keppel le había aconsejado que no escribiera esas cartas misteriosas), pensó que la policía le estaba vigilando. Entonces dijo la verdad, dando así a Charters la oportunidad de cometer un crimen perfecto».

—Creo que era un diablo —manifestó Evelyn, súbitamente—. Si hubiera sido un asesino como se debe, habría matado a Hogenauer allí mismo, logrando así ganar su silencio. Pero no lo hizo. ¿Oiga usted, por qué le defiende?

—Si dejan de interrumpirme —continuó H. M., serenamente—, les diré lo que pasó. Charters prometió a Hogenauer que no trataría de hacer pasar el dinero como falso, y así lo calmó. Demostró luego interés en el «experimento», el cual el otro le explicó. Pero después Charters le sugirió que era peligroso para la salud...

Stone se irguió en el asiento.

—Comprendo —dijo—. Sugirió a Hogenauer que visitara a un médico la noche antes del experimento y se hiciera examinar. Le indicó que debía pedir bromuro y tomarlo antes de comenzar...

—Es claro. En la sala trasera estaban hablando de Antrim, y Bowers, al entrar en la casa y oír a su amo hablar tanto del doctor, creyó que era éste quien estaba allí.

»Siempre es lo peor lo que ocurre. Esos frascos fueron realmente cambiados en el botiquín y les pegaron rótulos falsos; Charters lo hizo la noche antes de que fuera Hogenauer. Pudo entrar fácilmente por la puerta ventana. La trampa ya estaba preparada.

»Pero se ha formulado una pregunta muy reveladora al respecto. Alguien preguntó: ¿Si el asesino realmente cambió los frascos, por qué fué tan minucioso como para volver a ponerlos en sus respectivos lugares? Y ya tienen ustedes la respuesta. Porque la conciencia de Charters le estaba siempre molestando. Con toda tranquilidad se dispuso a envenenar a Hogenauer. Les diré, tengo la sospecha de que Charters opina que los extranjeros son... No aseguraré que no los consideraba como seres humanos; pero, al menos, pensaba que el envenenar a un extranjero no es un delito tan grave como envenenar a un compatriota. Podía matar a Hogenauer, pero no le fué posible soportar la idea de que alguna otra persona pudiera recibir una dosis del mismo frasco, y menos aún a manos de la señora Antrim».

—Por eso —intervino Evelyn—, durante los diez o quince minutos en que Antrim

estuvo paseando, después de la visita de su paciente, Charters entró...

—¡No! —le interrumpió bruscamente H. M.—. No fué así. De otro modo, no habría habido confusión alguna con la ventana de guillotina. Piensen de nuevo. Antrim fué a pasear, sí. La casa estaba abierta y las luces encendidas. Pero, ¿adónde dice que fué a dar el paseo?

—Al promontorio, detrás de la casa —repuso Evelyn.

—Sí. Y por lo tanto, con las luces encendidas, Charters no podía entrar sin ser visto. Y después Antrim cerró la casa. Pero Charters debía introducirse en ella.

»Entró esa noche, algo más tarde. Pero algo le tenía preocupado. Su plan no era perfecto. Los frascos ya estaban en sus respectivos lugares; pero, ¿y si nadie notaba que había habido un; cambio de frascos hecho por una mano misteriosa, como él lo deseaba? ¿Y si se sospechaba que la señora Antrim había dado el veneno a Hogenauer intencionalmente... como lo pensó Evelyn?».

—¿Y usted cree que él tuvo eso en cuenta? —preguntó Evelyn.

—Realmente, no —repuso H. M.—. Hay que ser justos. Veamos lo que hizo. Para evidenciar que un extraño estuvo en la casa, dejó pruebas que demostraron que la ventana de guillotina había sido forzada.

—¡Un momento! —intervino Stone—. ¡No puede ser! Dice usted que entró y dejó pruebas. Muy bien. Esta noche dijo usted que el pestillo de esa ventana debe haber sido forzado desde el interior y que las marcas de la ventana también fueron hechas desde adentro. ¡Pero también afirmó usted que ninguna otra entrada mostraba señales de haber sido forzada! En tal caso, ¿cómo pudo entrar Charters para dejar esas huellas en el interior? Sería imposible.

H. M. habló de nuevo con cierto regocijo.

—¡Claro eme sí, hijo! Cualquiera pudo haber entrado sin dejar señales en la puerta-ventana. Pudo haberlo hecho una persona que tuviera a mano una caja de herramientas de ladrón de las más modernas y finas. Y Charters tenía esas herramientas. Se las prestó a Ken la noche siguiente.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Traté de demostrárselo a ustedes; por eso insistí tanto sobre el tema de la ventana, ¡y que me maten si Charters no estuvo a punto de admitir la verdad cuando defendió a los Antrim! Cuando persistí sobre el asunto me indicó la forma en que ambos podían estar en lo cierto. Ya les dije que las cosas más insignificantes tenían su importancia. Forzó esa ventana desde el interior, para hacer poco ruido; la rompió con un cortaplumas grande... el mismo que regaló a Ken cuando lo enviamos al Cabot Hotel.

»Pero lo malo fué que Serpos lo vió cuando salía de la casa esa noche. El secretario me lo dijo al fin. Esto da la explicación de la última pesadilla que tuvimos. Me refiero a la llamada telefónica efectuada al Cabot Hotel a la una y media, cuando alguien susurró: “Habla L. ¿Querría saber la verdad respecto al dinero?”. Y luego la risa. Era Serpos el que hablaba... para extorsionar a Charters. Éste se hallaba a su

lado. Si tienen ustedes un poco de memoria, recordarán que Antrim miró desde arriba y vió a Serpos apoyado contra el borde de la escalera. Ajá. Pero había alguien más allí. Alguien oculto bajo la escalera. Alguien que transpiraba a más y mejor: Charters».

—Sí —manifesté yo—; pero ¿cómo diablos fué que Serpos llamó a Keppel? ¿Qué tiene que ver eso con la extorsión que menciona usted? ¿Qué le hizo hacer tal cosa?

Desde atrás me llegó un profundo gruñido.

—¡Ah! Eso era lo que tenía que averiguar cuando interrogué a Serpos frente a todos ustedes. Tenía que saber cuánto sabía respecto a lo que pasó y al experimento de Hogenauer. Él admitió que lo había conjeturado y que el policía que le trajo desde Torquay le relató todos los detalles concernientes a la muerte de Paul H. El amigo Serpos es un muchacho muy listo; ya lo han visto ustedes. Él sabía lo que pasaba y la parte que correspondió en ello a Keppel. Y la noche anterior vió a Charters salir de la casa...

—¿Adivinó que Charters...?

—Más aún. Conjeturó la verdad respecto al “sobre doblado en dos”, sacando en conclusión que Hogenauer había dado el veneno inocentemente a Keppel, la otra víctima. En consecuencia, el amigo Serpos se enfrenta a Charters y le dice: “No sólo ha matado usted a un hombre, mi amigo, sino a dos. ¿Quiere que llame a Bristol por teléfono y se lo demuestre? ¿Quiere que también llame a la policía? ¿O me protegerá usted y me dará parte de ese dinero? ¿Eh?”.

»“¿Quiere que se lo demuestre? Escuche; no contestan. Sí, ahora responden. Ya están allí. Es un inspector de policía. Hable, amigo, y decida. (*Habla L. ¿Querría saber la verdad respecto al dinero?*)”. Y Charters, al verse en el aprieto, toma su decisión.

»Me he preguntado... —H. M. se interrumpió—. ¿Comprenden un poco mejor ahora? Si Charters hubiera sido un diablo, habría matado a Serpos. Creo que yo lo hubiera hecho. Pero él no fué capaz. Estaba en un dilema y se sentía completamente confundido.

»Ésa era la situación cuando todos ustedes regresaron a la casa. Ya ven ahora lo que trataba yo de hacer con mis preguntas. No molesté a nadie mucho, excepto en los detalles que sabía tenían relación directa con la verdad. Me mantuve alejado de los indicios obvios, cuando sabía que no llevarían a ninguna parte. Me dediqué casi exclusivamente a demostrar a Charters que estaba enterado de todo. El pobre debió haber sufrido una sorpresa muy desagradable cuando se enteró de la muerte de L... de labios de la propia hija del espía, la que fué vecina suya durante tanto tiempo sin que él la conociera. Además, me ocupé yo de que recibiera unos cuantos sobresaltos. Pero no vió nada, o fingió no ver. El caballero asesino apretó los dientes y se mantuvo firme.

»Estábamos los dos librando una batalla, y él lo comprendió así. Al fin hice lo

que era necesario. ¿Recuerdan su cara cuando leyó el papel? Salió de esa casa como saldrá de nuestras vidas. Alégrese. Olviden los duendes y fantasmas. Ya hemos llegado a la parroquia de Hammersmith, y hoy es el día de la boda».

—Hay una cosa —dije— que tiene usted que aclararnos...

—¡Cuidado con ese camión! —aulló Stone—. ¡Oh, Dios...!

Esquivé el vehículo que se nos echaba encima, y el tránsito de Hammersmith nos recibió en su seno. A pesar de que guardé silencio, estaba decidido a obtener respuesta a una pregunta que se me había ocurrido.

La tuve presente durante los febriles momentos que siguieron. Menciono rápidamente la mayoría de los acontecimientos subsiguientes. Habíamos telegrafiado para que llevaran mis ropas a la casa de H. M., en Brook Street, de manera que no perdiéramos tiempo. Sandy Armitage, mi padrino de boda, es un muchacho que merece toda mi confianza, y sabía que tendría todo preparado para el viaje. Admito que las cosas se presentan ahora, algo confusas a mi memoria, pues es lógico que olvidara asesinatos y otros delitos el día de mi boda; pero esa pregunta infernal continuaba molestándome.

Dejaré de lado la escena que se representó cuando tres personas sucias, barbudas e impresentables depositaron a la novia a la puerta de su casa en Mount Street, en el momento mismo en que los relojes daban las once. El padre de Evelyn descendió la escalinata dominado por una ira tan terrible que no se pudo hacer comentario alguno. Digo que dejo de lado la escena; pero no puedo menos que comentar que fué la primera vez que vi a un comandante bailando en la acera. También pasaré por alto las escenas desarrolladas en casa de H. M., cuando nos preparamos para la ceremonia. Stone necesitaba una levita, y la única que le sentaba más o menos bien era una perteneciente al mayordomo de H. M., que es bajo y fornido. No pude verme con Sandy; pero éste me dejó un mensaje anunciando que todo estaba listo; que iba en camino hacia la iglesia, y que le habría gustado retorcerme el cuello.

Al fin salimos de nuevo en el auto y entramos en Whitehall. Ahora comprendí que podríamos, llegar al templo antes que Evelyn.

—¡Llegaremos! —exclamó Stone, con el tono de quien espera presenciar una ejecución. Indicó el Big Ben cuando pasamos frente a él—. ¡Falta un minuto para la media hora! Nosotros...

—Y antes de que lleguemos —le interrumpí—, le diré algo que le dejará mudo, H. M. Hay una cosa que no podrá usted explicar.

—¿Quiere hacer una apuesta? —preguntó H. M., tironeándose el cuello almidonado. Detesta la ropa de ceremonia, como lo ha dicho con frecuencia—. ¿De qué se trata?

—Pues bien, dijo usted que todos los detalles insignificantes de este caso, como la maleta de herramientas de ladrón, un desliz en una conversación telefónica y un billete falso tenían su lugar preponderante en la narración. Pero hay un detalle que no hace al caso.

—¿Cuál?

—Un libro de sermones —repuse—, y un traje de clérigo. El traje me vi obligado a ponérmelo, y el libro de sermones tuve que llevarlo en la mano. ¡Vaya, el destino, manejó el asunto hasta ahora; pero si puede usted explicar el significado del libro de sermones y del...!

Fué en ese momento cuando tuve que detener el auto, y Sandy Armitage saltó al estribo.

—¡Gracias a Dios que ya has llegado! —exclamó—. Esperaré hasta después de la ceremonia para romperte la cabeza. Todo anda mal. Tu presencia podría calmar las cosas. Hemos tenido dificultades con el sacerdote. —¿El sacerdote? ¿Qué le pasa?

—Es el gran amigo del general —explicó Sandy—, el que hizo venir desde Canadá para que los case. Pues bien, el sacerdote ha pasado muy malos momentos. Parece que venía desde Plymouth en el tren de anoche, y dos archicriminales, un hombre y una mujer, se metieron con él, y... Pues bien, pasó la noche encerrado en una celda de la jefatura de Bristol, y el General Cheyne sólo ahora acaba de hacerle libertar. Está furioso. Dice que no sabe los nombres de esos dos pillos; pero que piensa dedicar su vida a seguirles la pista, y si alguna vez vuelve a verlos...

Y desde la torre de Westminster el reloj dió la media hora, y Joris rompió el silencio, diciendo: "Bien, por lo menos tenemos dos testigos. Ken, será mejor que saque de allí a la novia y que corramos hacia el registro civil más cercano. Si no, tendrá que pasar su noche de bodas en una celda".

FIN

Este libro se terminó
de imprimir el día 14
de abril de 1948, Talleres
Gráficos DIDOT, S. R. L.
Rondeau 3068, Bs. As.



JOHN DICKSON CARR (30 de noviembre de 1906 – 27 de Febrero de 1997) fue un escritor norteamericano de novelas policíacas. Además de firmar mucho de sus libros, también los seudónimos Carter Dickson, Carr Dickson y Roger Fairbairn.

Pese a su nacionalidad, Carr vivió durante muchos años en Inglaterra y a menudo se le incluye en el grupo de los escritores británicos de la edad dorada del género. De hecho la mayoría, pero no todas, de sus obras tienen lugar en Inglaterra. De hecho sus dos más famosos detectives son ingleses: Dr. Fell y *Sir Henry Merrivale*.

Se le considera el rey del problema del cuarto cerrado (parece que debido a la influencia de Gastón Leroux, otro especialista en ese subgénero). De entre sus obras, *The Hollow man* (1935) fue elegida en 1981 como la mejor novela de cuarto cerrado de todos los tiempos.

Durante su carrera obtuvo dos premios Edgar, uno en 1950 por su biografía de *Sir Arthur Conan Doyle* y otro en 1970 por su cuarenta años como escritor de novela policíaca.

Notas

[1] Prólogo completo de Salvador Bordoy Luque para la edición del Tomo I de sus “Novelas escogidas” publicadas por Aguilar que recoge estas obras: *Con guantes de acero*, *Sangre en el espejo de la reina*, *Los crímenes de la viuda roja*, *Los crímenes del unicornio* y *La Policía está invitada*. <<

[2] Juego de palabras a que se presta la palabra Butler, apellido inglés que significa mayordomo. (*N. del T.*) <<

[3] Novela publicada también en esta Serie Naranja de la Biblioteca de Bolsillo. (*N. del E.*) <<

[4] *Cash Downs*: al contado. (N. del T.) <<